



MIS RAÍCES Y MIS AÑOS

VIDA Y TESTIMONIO POLÍTICO

ARMANDO LÓPEZ NOGALES

MIS RAÍCES Y MIS AÑOS Vida y testimonio político
Armando López Nogales

Ignacio Lagarda Lagarda
Redactor

Servicios Gráficos
Aarón Lima
Diseño editorial

© D.R. Armando López Nogales Hermosillo, Sonora, México Impreso en México

MIS RAÍCES Y MIS AÑOS
Vida y testimonio político

ARMANDO LÓPEZ NOGALES

“El retorno a la tierra natal ha sido tan / sentimental, y tan mental, y tan divino, /
que aún las gotas del alba cristalinas están / en el jazmín de ensueño, de fragancia y
de trino”.
(Rubén Darío)

A mi esposa Laura Alicia y a mis hijos Luis Armando, Arturo y Laura Alicia,
quienes al leer estas memorias conocerán otras circunstancias de la vida de su
esposo y padre.
A mis amigos.

PALABRAS DEL REDACTOR

Una mañana de fines del verano del 2017, recibí una llamada desde un número desconocido, la respondí sin pensarlo y al otro lado de la bocina mi interlocutor se presentó como Armando López Nogales, el exgobernador de Sonora a quien le reconocí la voz en cuanto me lo dijo. Me pedía una reunión con él para mostrarme un proyecto que tenía entre manos.

Para un escritor e historiador, una llamada para verse en privado con un exgobernador resulta muy atractiva. Cuando un ser humano llega a ser gobernador deja de ser él mismo y se convierte en un ser para la Historia y cualquier cosa que se sepa o se diga de él, es parte de ésta.

Otro día en la mañana me presenté en la confortable oficina privada de su casa donde me recibió con una sonrisa y amabilidad desbordante. A López Nogales lo había saludado tres veces en mi vida, siempre en un evento público, pero jamás habíamos intercambiado palabras de manera personal. No nos conocíamos, aunque cada uno de nosotros sabíamos quién era quién. Él sabía de mí por mi exposición pública como escritor e historiador, y por las referencias que le había dado mi hermano César Alfonso, quien fue un cercano colaborador suyo cuando fue gobernador.

Después del saludo y las palabras de rigor, me mostró dos documentos. Les di una revisión a ambos “a vuelo de pájaro” frente a él y observé que uno contenía un resumen de las acciones de su gobierno, y el otro un análisis muy bien estructurado de la deuda pública del mismo, el anterior, y los dos posteriores. Concluí que eran un recuento aburrido de cifras y reportes gubernamentales parecidos a un informe de gobierno. Me reservé mi opinión y le pregunté directamente en qué podía servirle.

Me explicó la razón por la cual me había mostrado aquellos documentos. Que el de la deuda pública había sido elaborado como respuesta a una serie de dolosas imputaciones que su sucesor y coterráneo Guillermo Padrés Elías le había hecho a través de los medios de comunicación, donde se señalaba a su gobierno como el responsable del endeudamiento del estado de Sonora y que con ese profesional y concienzudo estudio elaborado por algunos de sus colaboradores, le demostraba que dichas acusaciones no solo eran inexactas sino absolutamente falsas.

Que el otro documento era un recuento detallado de los logros obtenidos por las políticas públicas llevadas a cabo durante su sexenio.

Que su intención era publicarlos como libro para hacerles saber a los sonorenses las condiciones en las que recibió la gubernatura, y sobre todo, hizo énfasis en que se conocieran las acciones y obras que realizó durante su gobierno. Quería que se supiera lo que en realidad había hecho en materia de políticas públicas y sus resultados, y el ambiente económico, político y social en el que se había desarrollado, buscando aminorar así las tantas especulaciones que se habían hecho sobre él en lo personal y en su trabajo como gobernador, y al mismo tiempo, hacerles sentir a sus sucesores su malestar por la forma como lo habían tratado.

Que consideraba que ese esfuerzo institucional lo había cubierto la densa bruma del tiempo y el olvido, hasta quedar la percepción generalizada en la opinión pública “que nada se había hecho durante su administración.”

Por otra parte, me expresó que algunos de sus amigos le habían comentado - y estaba de acuerdo con ello- que esos documentos eran eminentemente técnicos, analíticos y fríos y que resultaban tediosos y difíciles de entender para el ciudadano común, y le habían sugerido agregarles otros elementos de juicio tales como su origen, desempeño, trayectoria de vida y experiencia, pero sobre todo sus emociones como cualquier ser humano. Es decir, su biografía.

Que lo había meditado y reflexionado por largo tiempo y había concluido que se encontraba en un “auténtico dilema” ya que, nunca había pretendido ser escritor y tampoco estaba capacitado para serlo, y estando en aquellas tribulaciones de pronto su mente se había iluminado y se acordó de mí, y que por eso me había llamado a conversar y agradecía mi presencia, para que lo escuchara CON paciencia y profesionalismo, y que le ayudara a revisarlos, corregirlos y en su caso redactarlos apropiadamente para publicarlos como libro.

Lo escuché con toda mi atención y quedé complacido al escuchar el porqué solicitaba mi apoyo y asesoría, le agradecí su franqueza y le respondí que le respondería en ese mismo tono. Le dije que había entendido lo que me había planteado y que lo primero en lo que había que proceder era hacer a un lado los documentos que me había mostrado, ya que dada mi naturaleza de escritor e historiador, consideraba que no me servían para hacer lo que pensaba debía de hacerse, que consistía en escribir la historia de su vida desde el punto de vista humanista, en la que el mismo fuera el personaje principal de su historia y todo lo que hubiera hecho como político sería parte de la vida de ese personaje, le dije también que los lectores se interesan y sensibilizan más con los libros que reflejan historias humanas, y no con los de chismes y reclamos entre los seres humanos del poder, y mucho menos con informes de obras de los gobernantes.

Se quedó serio y atento, dándome la impresión de que se sorprendió con mi respuesta, aunque no se mostró reacio a la misma, solo me comentó que no tenía la menor idea de cómo acometer aquella tarea.

Entramos entonces en un “estira y afloja” de las visiones diferentes que teníamos sobre el libro a escribir; como todo político insistía en que las acciones de su gobierno fueran el eje central del libro. Le hice saber que por supuesto dichas acciones estarían incluidas como parte de su vida, como muchas otras de las que había vivido. No nos pusimos de acuerdo y le propuse entregarle un ejemplar de cada uno de los libros biográficos que había escrito antes para que los revisara y me diera su opinión al respecto. Se los llevé un día después y dos semanas más tarde nos volvimos a ver.

Dijo que le habían parecido buenos, solo hizo la observación de que no podía publicar su biografía contada por mí en tercera persona, como lo había hecho en los otros libros biográficos, sino que quería que la historia en su libro fuera contada por él. Entendí claramente que quería hacerse el único responsable de lo que se contara

en el libro. Muy fácil, le respondí, lo escribiré en primera persona, me cuenta su vida y yo la redacto como si usted la estuviera contando, será el personaje y el narrador de su propia historia.

Le advertí que aquel viaje por el baúl de sus recuerdos nos llevaría semanas, tal vez meses, pero que estaba seguro sería un periplo fascinante y solo necesitaba dejarse conducir por mí.

Me respondió que estaba complacido con mi propuesta, que aceptaba gustoso y se ponía a mis órdenes en la metodología para escribirlo.

Finalmente habíamos llegado a un acuerdo y planeamos la forma de hacer el trabajo. Nos reuniríamos los martes y jueves de cada semana, él me contaría su vida y yo la grabaría para transcribirla, después él revisaría cada capítulo redactado y lo analizaríamos y corregiríamos entre los dos.

El primer martes que nos reunimos le dije que empezáramos de cero, como si nada se hubiera escrito hasta entonces sobre él y estuvo de acuerdo. Encendí la grabadora y lo ametrallé directamente al pecho con las primeras preguntas: ¿Quién es usted?, ¿de dónde proviene?, ¿quiénes son sus ancestros?, ¿cuál es el origen de su familia?

Se quedó sorprendido, me miró directamente a los ojos diciéndome. “Nunca me había hecho esas preguntas”, y se quedó mirando hacia su interior, tardó unos minutos en recuperarse y empezó a responderme una por una las preguntas que le había hecho.

Así empezó esta gran aventura hacia el interior de su ser que nos hizo viajar a los dos “hasta el infinito y más allá” de lo que puede viajar un ser humano hacia el interior de sí mismo. La travesía del primer capítulo resultó fascinante, evidentemente hacía muchos años que él no viajaba hacia sus raíces, algunas de ellas no las conocía y tuvo que consultarlas con su familia para recordarlas.

Para cuando concluimos el primer capítulo, que termina cuando siendo un adolescente deja su natal Cananea y se sube a un camión para viajar a Hermosillo, ciudad que no conocía, para estudiar en la Universidad de Sonora, le propuse que viajáramos a Cananea, porque yo no podría redactar lo que me había contado si no recorría los mismos pasos que él había dado durante su infancia, y así fue como visitamos a su hermana Irma Alicia y cuñado René Rodríguez Sesma, donde vi que lo tratan como a un hermano más de cualquier familia, y todos juntos fuimos el barrio el Tanque Negro donde habían vivido sus padres y él había nacido, la pequeña casa de su infancia pobre del callejón Bravo, las calles que caminó descalzo siendo niño, fuimos a su escuela primaria, entramos a su salón de clases, sus escuelas secundaria y preparatoria, fuimos a cada uno de los edificios y lugares de las calles de su niñez, entonces vedados para él, como el club de golf, la colonia Americana, a donde no nos permitieron entrar, por cierto, el Círculo Social, entre otros, y observé cómo sus emociones se desbordaron, y me las contagió y los dos sufrimos una catarsis emocional de proporciones inconmensurables, ya que a él lo cimbraron sus recuerdos infantiles que moldearon su carácter y a mí los del mismo tipo. Descubrimos entonces que ambos teníamos el mismo origen de vida, él en la

pobreza de las serranías del norte y yo en las del sur del estado, como la enorme mayoría de los sonorenses de la generación a la que pertenecemos, que no él ni yo no somos ni remotamente de excepción.

A partir de ese viaje, del que volví “con un avispero en mi cabeza”, que le causó tanta gracia cuando se lo dije, tal vez porque él regresó con uno más grande, la vinculación entre nosotros se tornó indisoluble, seguimos trabajando con la misma rutina y metodología; semana tras semana me presentaba en su oficina puntualmente y continuábamos con el recorrido de toda su vida, que nos llevó más un año terminar.

Debo confesar que cada libro que escribo me resulta una aventura fascinante en la que me inmiscuyo en todos los sentidos, sobre todo emocionalmente, y cada una de ellas es diferente, pero particularmente la de este libro me resultó sumamente intensa. Puedo decir que por cada libro que escribo, puedo escribir otro de cómo fue que lo hice.

Con este libro descubrí cómo se puede formar un ser humano en la vida, que, viniendo de la pobreza, puede lograr llegar a los más altos niveles del poder público. López Nogales descubrió el mundo en Hermosillo cuando estudió en la Universidad de Sonora y tuvo la fortaleza para viajar a la Ciudad de México a intentar lograr sus sueños y en aquella selva humana de inicio de los años setenta terminó de formarse. Escaló peldaño por peldaño la escalera del poder gubernamental y sufrió todo lo que puede sufrir un ser humano para lograrlo.

Descubrí con asombro las condiciones en las que gobernó durante seis años el estado, con la mayoría de los municipios en manos de otros partidos políticos diferentes al suyo, que gobernaban a más del 80% de la población, una deuda pública casi fuera de control, con un Congreso del Estado que por primera vez en la historia su partido fue una minoría durante los seis años, y sin embargo le aprobó las leyes de ingresos, el presupuesto de egresos y la cuenta pública por unanimidad, que al concluir las administraciones municipales de oposición le entregaron sendos reconocimientos como gobernador.

Encontré que aquellos datos de su gobierno que había despreciado cuando me los mostró, cuando los revisé con detalle descubrí la gran cantidad de obras públicas que había realizado en todas las materias y que para la mayoría de los sonorenses pasaron inadvertidas, como los nuevos hospitales, las universidades, las carreteras, la infraestructura deportiva, y tantas y tantas obras más. Que en los seis años no hubo una sola huelga universitaria ni empresarial, ni motines en las cárceles, ni crímenes horribles en las calles, ni su gobierno terminó con escándalo alguno. Sería que por esa calma que se vivió esos seis años su gobierno, como él mismo dice: “lo había cubierto la densa bruma del tiempo y el olvido.”

También descubrí que algo había fallado en su gobierno, que desde mi punto de vista fue la comunicación emocional y la social.

Tal vez su formación familiar y espiritual, su experiencia en el sector público y su ausencia de ambición personal por su futuro como gobernador, le permitieron

gobernar el estado con tanta calma que pareciera “que no se hizo nada durante su administración” y solo se le recuerde por sus características personales.

Pareciera que a la población le gusta que durante un gobierno sucedan conflictos de todo tipo, para concluir que el gobernante si hizo algo durante su período, cuando debería de ser al revés: si no sucede conflicto alguno es que se está haciendo un buen gobierno.

Hay algunos gobernantes que provocan los conflictos soterradamente, para después aparecer como quienes los resuelven y dar la apariencia de que su gobierno está haciendo algo. López Nogales fue de los que hizo todo lo contrario, llevar al máximo las negociaciones con los grupos sociales y políticos, para que nunca hubiera ningún conflicto.

De los ochenta y nueve gobernadores que ha tenido Sonora desde que se independizó del Estado de Occidente en 1831, solo nueve de ellos han escrito su biografía o se las han escrito.

Juan Antonio Ruibal Corella escribió el libro Carlos R. Ortiz, el federalista (Gobernador 1881-1882); de José María Maytorena (Gobernador 1911-1915), Laura Alarcón escribió José María Maytorena: una biografía política; de Plutarco Elías Calles (Gobernador 1915-1919) se han escrito: Vida y temperamento, Plutarco Elías Calles 1877-1920 de Carlos Macías Richard, Yo fui Plutarco Elías Calles de Alfredo Elías Calles, Plutarco Elías Campuzano, mal conocido como presidente Calles de Tere Medina Navascues; de Adolfo de la Huerta (Gobernador 1919-1923) se han escrito: Memorias de don Adolfo de la Huerta según su propio dictado y Adolfo de la Huerta el desconocido, ambos de Roberto Guzmán Esparza, El Quijote de la Revolución: vida y obra de Adolfo de la Huerta por Carlos Moncada; Manuel S. Corbalá escribió Vida y obra de un sonoreño: Rodolfo Elías Calles (Gobernador 1931-1934); Rubén Gutiérrez Elías escribió el libro Biografía del General de División y Gobernador Interino de Sonora Jesús Gutiérrez Cázares 1936 (Gobernador 1935-1937); por su parte Abelardo L. Rodríguez (Gobernador 1943-1948), Alejandro Carrillo Marcor (Gobernador 1975-1979) y Carlos Armando Biébrich Torres (Gobernador 1973-1975), escribieron su propia autobiografía tituladas Autobiografía, Apuntes y testimonios y He vivido con dignidad, respectivamente.

Hay otros dos libros titulados Al despertar: filibusteros y dictaduras de Carlos Moncada Ochoa y Los gobernadores de Sonora 1911-2009 de Nicolás Pineda Pablos, donde aparece una breve reseña y obras realizadas por los gobernadores de 1831 al 2009.

Todos estos libros han pasado a la historia y han sido consultados por historiadores, académicos, estudiantes y público en general.

Ésta de Armando López Nogales, será la decimo cuarta biografía que se escribe de un gobernador de Sonora y creo que, como las otras, también pasará a formar parte de la Historia de Sonora.

Debo dejar en claro que todo lo que aquí está escrito es obra del biografiado, a mí solamente me tocó la tarea de pulir la redacción y agregar información histórica

a la misma con el propósito de que tuviera un solo estilo y secuencia narrativa, así que pido que no se me considere como el autor, solo puedo aspirar a ser el redactor.

Debe saber el lector que López Nogales me narró toda su vida, pero para recrear el ambiente donde la desarrolló, tuve que consultar mucha información documental, y esa también fue una experiencia inolvidable que intelectualmente me nutrió mucho más.

Después de concluir con la redacción del libro, he llegado a la conclusión de que López Nogales, dado el origen y el desarrollo de su vida, es un triunfador invicto en toda la extensión de la palabra. Entendiendo al triunfo como algo relativo a uno mismo, ya que logró todos los sueños que se forjó desde niño.

He escuchado muchos juicios, tanto personales y como gobernante, acerca de López Nogales, incluso, al estar escribiendo este libro escuché algunos realmente crueles y absurdos, pero creo que a partir de la lectura de éste libro, los sonorenses podrán emitir un juicio más certero e históricamente justo, basados en el conocimiento pleno de su vida y no en base a “lo que se dice de él.”

No sé cuántas horas de grabación obtuve, ni cuantas de conversación, análisis, correcciones e introspecciones tuvimos, lo que sí puedo saber ahora es que después de terminar de escribir este libro, que tanto esfuerzo nos costó, Armando López Nogales y yo somos dos grandes amigos, cuyas vidas estarán ligadas para siempre, y como le dijo Luis Donaldo Colosio alguna vez y ahora se lo digo yo: “Mira Armando, quiero que te quede claro, nuestra amistad será para siempre y para toda la vida.”

Finalmente quiero agradecer a mi amigo Alfonso Gardea Vejar, profesor investigador del CIAD y experimentado lector de textos académicos, quien hizo valiosas correcciones y comentarios al contenido y sentido del libro.

IGNACIO LAGARDA LAGARDA
Escritor e historiador
Cronista Municipal de Hermosillo
Verano del 2018

PRÓLOGO

Tuve la suerte de ver el nacimiento de este libro que ahora te tocará leer a ti. Todo surgió por un injustificado ataque periodístico que señalaba al autor de estas memorias, como uno de los responsables del incremento de la deuda pública de Sonora, que para el año de 2012 había alcanzado la cifra de \$15,000 millones de pesos.

Para responder objetivamente aquella acusación, el autor se propuso, y yo colaboré con él, a realizar un exhaustivo análisis histórico de la información del período de gobierno de su antecesor, el suyo, y el de los siguientes hasta llegar al 2015, derivando de ello, un estudio que demostraba que no solo no era el causante del enorme monto de deuda pública del Estado, sino que no había adquirido nueva deuda pública y había realizado una administración eficiente, con resultados que favorecieron el desarrollo social y económico del Estado, mismos que al compararse con los de los sexenios que le siguieron, resultó ser más favorable en esa materia.

A mí me quedaba muy claro que esos resultados no se generaron solos y que atrás de ellos había el soporte humano y político de alguien que supo conducir un gobierno y alentar a una sociedad hacia su desarrollo.

Yo sabía de eso, porque me tocó la fortuna de colaborar con Armando López Nogales en la Secretaría de Educación y Cultura y pude apreciar de cerca el esfuerzo que se hizo al frente del Gobierno del Estado, impidiendo que los impulsos de la confrontación política desestabilizaran al gobierno y suspendieran el desarrollo social y económico de Sonora y viví con muchos de los servidores públicos de ese entonces, las intensas y largas horas de negociación y búsqueda de acuerdos con todas las fuerzas políticas y sociales, que finalmente se lograron y permitieron que la armonía social siguiera fluyendo.

Yo mismo le sugerí a López Nogales que públicamente explicara con detalle, de dónde sacó esas capacidades de liderazgo y conducción, cuáles eran sus experiencias y antecedentes para llegar a ser gobernador, ya que muchos ciudadanos no conocíamos esos detalles de su vida y convenía relatar sus experiencias y vivencias para que todos tuviéramos una misma base de información y conociéramos de su propia voz, como se formó como un líder.

¿Qué tiene que hacer una persona para capacitarse, para entusiasmarse, para triunfar en el mundo de la política mexicana, cada día más complejo y cambiante?, ¿cómo hacerle si se tienen limitaciones económicas severas y la experiencia política no se adquiere en las escuelas, por más alta que sea su calidad educativa?, ¿cuál es la trayectoria que debe seguirse paso a paso para mejorar las capacidades e intuiciones políticas?, ¿qué dotes personales se deben tener?

Este libro contesta estas preguntas y muchas otras más y relata situaciones realmente dramáticas que le tocó vivir desde joven a lo largo de su fructífera vida, exponiendo situaciones que las hace aparecer jocosas y simpáticas, pero que en realidad son hitos de la historia política del moderno Sonora.

Me tocó acompañar al biografiado durante esta interesante actividad de recuerdo, reflexión y escritura, y la verdad es que me sorprendió gratamente la alta capacidad de su memoria, pues recuerda fechas, sitios, actividades, nombres y hasta sobrenombres de todos cuantos tuvieron que ver con él en las diversas tareas donde participó y hace ejercicios de nemotecnia con las palabras que le expresaron los personajes que conoció.

Por eso, este libro resulta muy atractivo para su lectura, porque atrapa al lector con relatos verídicos de situaciones que de alguna manera todos conocimos, pero que no sabíamos los detalles del porqué se dieron de esa manera. Así, al paso de la lectura se van hilvanando junto al autor, explicaciones lógicas de los sucesos que se dieron durante estos años y que forman parte ya, de la historia contemporánea de Sonora y de México.

Su formación como agente político de cambio, con ambiciones de servicio público y con ánimos persistentes de lograr el desarrollo estatal a través de los consensos, tuvo resultados muy satisfactorios para Sonora, pues su gobierno logró impulsar el crecimiento económico y un inusual desarrollo social de la población, que son ahora ejemplo de lo que un gobierno puede lograr si enfoca sus esfuerzos cuidadosamente a las actividades estratégicas para lograrlo, como fueron en este caso, la seguridad pública, la educación y el trabajo en el campo, llámense agricultura, ganadería o pesca, logrando con ello sustanciales incrementos en el ingreso familiar.

La estructura de los capítulos de este libro que tienes ahora en tus manos, tiene una secuencia de vida, que es la de un ser humano como tú y como yo, nacido en el seno de una familia humilde, formado en una sociedad con tradiciones familiares y sociales que se sustentan en el trabajo cotidiano y en la confianza de que el porvenir lo forjaremos nosotros mismos con nuestro propio esfuerzo

De esta manera, el autor relata detalles de su niñez y juventud donde nos demuestra su capacidad de observación de las causas que provocaron los sucesos estudiantiles en los que participó y revela un entorno familiar de amor y cariño para sus padres y hermanos.

Cuando tiene que emigrar en búsqueda de mayor educación y de trabajo, nos cuenta con detalles la problemática que se presenta en las instituciones públicas y el carisma de los personajes que llega a conocer, mismos que analiza y describe con un gran juicio valorativo.

Detalla profusamente las razones que explican las graves circunstancias que se presentaron en todo el país y en Sonora, con relación a la dotación de tierras a los campesinos y agricultores y describe minuciosamente, con fechas exactas, las acciones que se tomaron por parte de las autoridades y de los liderazgos correspondientes, entregándonos información de primera mano que no es fácil de encontrar en documentos públicos.

Cuando llega a la gubernatura de Sonora, nos explica exhaustivamente el entramado de las circunstancias políticas, económicas y sociales y hasta personales, que estaban presentes en el Estado y como tuvo que profundizar en el análisis de

esos problemas y de esos personajes, para poder encontrar soluciones permanentes en forma consensada. Aquí es donde queda muy clara y explícita su característica de negociador y conciliador que todos le reconocemos.

Finalmente, en el libro se presenta información fidedigna sobre los trabajos, acciones y proyectos que se realizaron en el gobierno que encabezó y que dejan memoria escrita sobre lo realizado, pero sobre todo de los efectos económicos y sociales que se obtuvieron en esos seis años, cuyos efectos de largo plazo todavía los podemos apreciar actualmente.

En el libro resalta el reconocimiento que el autor hace a cada una de las personas que colaboraron con él en su gobierno, ya sean estos funcionarios públicos o líderes de empresas y organizaciones sociales. Creo que no se escapó nadie de ser ampliamente reconocido por su participación y por su trabajo, lo cual identifica a plenitud la calidad humana de López Nogales.

Por todo lo anterior, recomiendo leer con atención este interesante libro que es a la vez, atractivo y aleccionador instrumento de enseñanza política y reflejo de la historia, trabajo y resultados de un periodo de nuestra vida y de un personaje público del Sonora actual.

MARCO ANTONIO CUBILLAS ESTRADA
Verano del 2018

INTRODUCCIÓN

Creo que en algún momento de su vida toda persona ha pensado o le han sugerido que escriba sus memorias, pero por muchas razones nunca lo hace. En mi caso, llegué a reflexionar en la posibilidad de hacerlo y en otra me fue sugerida. Sin embargo, solo fueron ideas fugaces, sin que se diera el firme propósito de hacerlo.

¿En qué momento decidí o llegué entonces a pensar, pero sobre todo a decidirme a escribir mis recuerdos, experiencias y anécdotas, a las que comúnmente se les denomina memorias? Hubo algunas circunstancias en mi vida que me llevaron a hacerlo.

Algunos años después de dejar la gubernatura, en una de las tantas convivencias familiares con mis grandes amigos Luz Elena Hurtado y Carlos Baranzini Coronado, de pronto, Luz Elena me dice: “Oye Armando, todavía eres joven y veo que has ocupado muy importantes responsabilidades en tu vida política, deberías de escribir tus memorias, creo a tus amigos les encantaría conocerlas”. Le agradecí su amable sugerencia, la registré, pero consideré que la historia de mi vida no le podría resultar interesante a nadie y me olvidé del asunto, además yo no tengo atributos de escritor y la idea se desvaneció.

Transcurrían los tiempos del gobierno de mi paisano Guillermo Padrés Elías durante los últimos meses del año 2012, cuando aparecieron en los medios de comunicación estatales, declaraciones del propio gobernador y de sus funcionarios, en los que señalaban como responsables de haber endeudado a Sonora a los gobiernos anteriores, incluyendo el mío.

Los señalamientos directos a mi persona me causaron un gran disgusto e indignación, ya que la información era totalmente falsa y distorsionada.

Si algo caracterizó a mi gestión en materia económica fue que, no obstante, el disgusto de mis funcionarios encargados del tema, me opuse terminantemente a contratar más deuda pública.

Habíamos recibido el gobierno con una enorme deuda, la tercera a nivel nacional, por lo que estaba consciente de que, si seguíamos por ese mismo camino, la deuda que dejaríamos la pagarían nuestros hijos y nietos y quizá hasta nuestros bisnietos.

Al darme cuenta de que la información que se publicaba no solo era inexacta, sino también falsa y tendenciosa, convoqué a un grupo de exfuncionarios de mi gobierno expertos en la materia y bajo la coordinación de Marco Antonio Cubillas Estrada, para que con su gran capacidad técnica y experiencia, me elaboraran un documento sobre el tema que abarcara los dos últimos años del gobernador Beltrones, mi sexenio, el sexenio del gobernador Bours y los dos años que llevaba el gobierno de Guillermo Padrés.

En el documento que me presentaron mis amigos se acreditaba fehacientemente con datos duros y concretos obtenidos de los registros de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, las estadísticas del Instituto Nacional de Geografía e Informática (Inegi), los Anuarios Estadísticos de Sonora que elabora el

propio Inegi en coordinación con el gobierno del Estado, cuentas públicas y diversos documentos que elaboraron las dependencias del gobierno estatal y las instituciones de investigación estatales, que mi gobierno no había endeudado al Estado, por el contrario, había pagado deuda que se había contraído con anterioridad. El documento analizaba a detalle el comportamiento de contratación de más deuda y pago de ésta, de la siguiente administración a la mía.

Con el documento en mano invité a un desayuno en mi casa a funcionarios del gobierno de Padrés, entre ellos, mis paisanos Agustín Rodríguez Torres, secretario particular del gobernador y Mario Cuen Aranda, tesorero estatal; y José Antonio Castillo García, un funcionario de amplia experiencia y trayectoria en la programación presupuestal que trabajaba en el gobierno estatal desde la época del gobernador Félix Valdés.

Los recibí en casa con toda amabilidad y una vez instalados, les comuniqué con toda claridad y firmeza el motivo de la reunión.

Les hice saber que me había establecido como regla de conducta que, una vez concluida mi gestión, no participaría y mucho menos intervendría en la vida política de mi Estado, que entendía que el espacio y el escenario político les pertenecería a los gobernadores que me sucedieran y que había suficiente constancia pública de que había cumplido con la norma que me impuse.

Les dije que me encontraba molesto y que mi intención no era confrontar al gobierno de Padrés, y que por ello el encuentro era privado. Que quería darles a conocer un documento que por sí mismo, a nuestro juicio, comprobaba que sus aseveraciones eran incorrectas y ajenas a la realidad.

Con todo profesionalismo y en una proyección en computadora Cubillas les presentó el contenido del documento, incluyendo un anexo detallado señalando las páginas de los documentos de donde se había obtenido la información, con el que se les demostró que estaban totalmente equivocados en su apreciación sobre el asunto.

Al final, reconocieron que me asistía la razón y la reunión terminó en buenos términos. En base a ello les hice la atenta solicitud de que se lo comunicaran a su gobernador, con la advertencia de que, si aparecían de nuevo declaraciones en la prensa por algún funcionario del gobierno, incluyendo el propio gobernador, en el que se me señalara como responsable del endeudamiento, me vería obligado de acudir también a los medios para impugnar dichas declaraciones por falsas y difamatorias. Jamás se volvió a involucrar a mi gobierno en ese tema.

No obstante que aquel desencuentro con el gobierno de Padrés me resultó aleccionador, no me motivó, ni me surgió el deseo para escribir un recuento de mi vida. La motivación llegaría tiempo después.

El documento lo seguimos actualizando y al momento de escribir estas líneas se encuentra actualizado hasta los dos primeros años de gobierno de Claudia Pavlovich en 2017.

Al revisar de nuevo el documento actualizado me pregunté qué hacer con él y reflexioné que la ciudadanía sonoreNSE desconocía la información del mismo y

tampoco de las condiciones bajo las que se desarrolló mi gobierno y que hasta entonces ningún periodista, columnista, académico o ciudadano alguno, había mostrado el más mínimo interés en investigar la historia del pasado reciente del gobierno del Estado, entre ellos el mío, y emitir un juicio o dictamen real sobre mi gestión.

Marco Antonio Cubillas me sugirió publicarlo señalándome que yo tenía la obligación y la responsabilidad como exgobernador de darlo a conocer, y le respondí que yo no tenía claro para qué serviría publicarlo; él me reviró pidiéndome un día para ponerlo en orden y traerme una propuesta de publicación.

Al regresar con el documento, Cubillas me dijo algo que me cimbró de pies a cabeza: que el documento era eminentemente técnico y frío en cuanto a información y redacción y por lo tanto muy difícil de entender para el ciudadano común, por lo que me sugería que le agregara mi información personal, mi origen, raíces, mi vida y transformación, mis experiencias personales y políticas, y mis motivaciones de cómo y por qué llegué a ser gobernador.

Reflexioné mucho sobre el asunto y concluí que Cubillas tenía razón y decidí emprender la ardua tarea de escudriñar en mi memoria y empezar a escribir sobre mi vida personal y política.

Confieso que para entonces la idea de escribir mis recuerdos me resultaba sumamente agradable y atractiva, ya que se me presentaba la oportunidad de hablar sobre los alcances y logros de mi gobierno bajo las condiciones económicas, políticas y sociales en las que me tocó gobernar y que lamentablemente habían sido cubiertos por la bruma del tiempo y el olvido.

Tenía la oportunidad de explicar aquella catalogación de mi gobierno como “gris y anodino”, que no había hecho obra pública, que tanto me irritaba escuchar. Una “especie mediática” que no fue espontánea, ya que estuvo debidamente orquestada por diferentes intereses y factores, que en mi muy particular forma de ser trataré de señalar y los lectores tendrán la oportunidad de constatar en el cuerpo de este libro que fueron falsas, inexactas, dolosas y tendenciosas.

Confieso que escribir me resultó emocionante, en ocasiones me asaltaron la nostalgia y la tristeza, no tenía ni la menor idea si lo hacía de la manera correcta, es decir de manera hilvanada y coherente o con estilo de redacción.

Como siempre he dicho, la divina providencia siempre me ha socorrido en los momentos difíciles de mi vida, en esa incertidumbre estaba cuando recordé a un talentoso y extraordinario profesionista, investigador, historiador y narrador que ha sido reconocido como Cronista Municipal de Hermosillo llamado Ignacio Lagarda Lagarda, a quien no conocía personalmente, pero tenía referencias de él por César, uno de sus hermanos que fue mi compañero de trabajo en la gubernatura y que cuenta con todos mis afectos. Lo contacté para pedirle su asesoría para la estructuración y redacción de lo que parecía ser ya un libro de mis memorias, y Nacho aceptó gustoso.

Para mi fortuna, Nacho y yo compartimos el mismo origen y raíces, ambos provenimos de familias de la más profunda raigambre y pobreza sonoreense, él

campesinas de la agreste región serrana de Álamos, en el sur del Estado y yo mineras de las frías montañas del norte, en Cananea. La identificación entre ambos fue plena desde el principio y gracias a su experiencia, pero sobre todo sensibilidad, supo remover de mi más profundo ser, las emociones y sentimientos necesarios para poder extraer mis recuerdos como ser humano, y poder exponer con claridad estos apuntes que he pergeñado. Nacho es una persona sumamente sensible y humanista y en el transcurso del trabajo se convirtió en mi guía, amigo y maestro.

Así como escuchaba comentarios negativos sobre mi persona, también escuchaba positivos, como aquel que me hizo Manuel Aello Valenzuela, un distinguido y reconocido empresario hermosillense, quien en un encuentro circunstancial que tuvimos, con toda cortesía me comentó que él y su grupo de amigos habían analizado los informes de mi gobierno y que les habían parecido extraordinarios los avances que habíamos logrado y me preguntó del por qué no habían trascendido a la opinión pública sonoreense. No le tuve respuesta a su pregunta.

En principio creo que la razón fue porque no tuvimos la capacidad técnica y profesional suficiente para difundir nuestra obra de gobierno, de las que asumo mi total y absoluta responsabilidad, aunque hubo razones para ello, que quizá hoy en día tengan connotaciones de justificantes.

Desde el inicio de mi gobierno, mi intención fue terminar de tajo con el dispendio y derroche de dinero que se utilizaba en los medios de comunicación, aunque no tenía constancia personal de que eso sucediera en las administraciones anteriores; esa práctica se criticaba en la opinión ciudadana, por lo que mi instrucción fue clara y directa para que nuestro gasto fuera lo justo e indispensable en el ámbito estatal y totalmente nulo a nivel federal, lo que por cierto le provocó serios problemas a Carlos Valles Ayub, nuestro representante en el Distrito Federal (D. F.), aunque gracias a su vasta experiencia en medios pudo sacar adelante esa difícil tarea.

Mi decisión tenía un sustento muy claro. Todo mi esfuerzo de comunicación estaría enfocado a mi estado, jamás pensé en la posibilidad de crearme una infraestructura mediática en el D. F. para que en un momento necesario me apoyara y apalancara para un futuro político a nivel nacional. Mi responsabilidad histórica era concluir mi mandato y no tenía ningún otro proyecto o ambición política alguna para después, además había algo que me molestaba sobremanera. Cuando iba al D.F. a cumplir mis compromisos de trabajo, cuando en las mañanas me alistaba para atenderlos, escuchaba en las radios del centro del país a algunos de mis colegas gobernadores siendo entrevistados en programas de alto rating en el valle de México, donde daban a conocer sus programas de gobierno y al mismo tiempo los cuestionaban y criticaban por los problemas en su entidad. Yo no le veía sentido a publicitarse en el centro del país, mientras que en sus estados nadie los escuchaba. No pensaba dedicarles tiempo a los medios de la Ciudad de México, además, no teníamos dinero para hacerlo.

Otra de las razones que influyeron para que nuestro esfuerzo institucional se perdiera en el olvido y en el juicio subjetivo sobre mi persona, fue la actitud, acciones y estrategias que diseñó mi sucesor con la intención de crear una realidad inexistente sobre mi persona y mi gobierno.

Eduardo Bours había ganado la gubernatura con tan solo 7 923 votos, que representaban el 0.97% de los emitidos, por lo que se tuvo que recurrir a los tribunales electorales para definir quien gobernaría Sonora, lo cual se logró un día antes de tomar posesión. Esto lo dejó con un serio problema de legitimidad. Optó por la solución más fácil: crear un distractor entre la población que le ayudara a lograrla y encontró que la mejor forma de hacerlo era con una cortina de humo populista atacando la figura y obra de mi gobierno, en tanto lograba implantar su propio estilo personal de gobernar.

En lugar de echar a andar sus propios proyectos, que no los tenía, se enfocó en señalar que había exceso de personal en el gobierno, falta de hospitales, escuelas, y muchas cosas más en el Estado, pero, sobre todo, señalando defectos de mi persona, utilizando toda la estructura de medios a cualquier costo.

En ese entonces creo que él pretendía no saber que ningún gobierno es perfecto y ningún gobernante es infalible, que la significación de un gobierno no debe sustentarse en la desvaloración del anterior y menos si son de la misma doctrina política, pero el tiempo se encargaría de recordárselo.

Por todas esas razones decidí publicar estas memorias en las que hago un recuento de mi vida desde mis ancestros, mi infancia en Cananea, mi vida en la Universidad de Sonora, mis primeros trabajos en la Ciudad de México, mi paso por el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, mi regreso a Sonora donde ingresé a la política, llegando a ser diputado local, federal y senador, mi trabajo en la Secretaría de la Reforma Agraria y como gobernador.

En mis relatos, cuento buena parte de mi vida estrictamente personal, mi vida pública, mis anécdotas y recuerdos en ella, pero sobre todo, cuento muchas cosas que nunca antes se han sabido de mí y que me ayudan a aclararles a los sonorenses las razones y circunstancias bajo las cuales se desarrolló el ejercicio de mi gobierno, y algunas decisiones trascendentales que tomé como gobernante, que ahora sirven como mensaje para quienes se dedican a observar el desempeño de los gobernantes y no se ocupan de investigar lo suficiente, y a pesar de ello, emiten juicios subjetivos, alejados totalmente de la realidad y la verdad.

Reconozco que no me fue nada fácil tomar la decisión de escribir y compartir con ustedes mis experiencias, mis anécdotas o las memorias de mi vida pública y privada que ahora pongo en sus manos para que ustedes mismos las juzguen o califiquen, de acuerdo con la plena libertad de su criterio.

Al tomar la decisión de iniciar esta tarea estaba consciente del enorme reto y compromiso que adquiriría, en principio, conmigo mismo y después con los lectores. Después de mucho meditar y reflexionar decidí iniciar mi narración buscando a aquel niño-adolescente que se quedó en las tierras de mi natal Cananea y extraer del fondo de mi ser esos recuerdos que ahora me parecen tan lejanos. Para mi

regocijo me lo encontré y lo contemplé con el corazón latiendo en mi garganta exactamente como lo recordaba, como un niño flaquito, mal vestido, con unos zapatitos gastados, a los que les ponía cartones para que los hoyos de las suelas no le lastimaran los pies, tímido, introvertido, inseguro, feliz, sin la más mínima conciencia de las limitaciones y privaciones que lo rodeaban, viviendo a plenitud la dorada inocencia de su niñez.

Continué en la búsqueda de mi pasado y me encontré con un adolescente que a sus dieciséis años tomó un camión en su pueblo para buscar su propio destino en la capital del Estado. Quería decirle que sabía de sus dudas y miedos por su futuro incierto y que no se preocupara, que gracias a su arrojo y valentía lograría mucho más de lo que se imaginaba y que con el tiempo me sentiría muy orgulloso de él.

No pude comunicarme con ninguno de los dos, el niño y el adolescente seguían siendo los mismos y a mí las circunstancias y la vida me habían transformado radicalmente, y yo ya era un extraño para ellos.

Entonces decidí que la única manera de decírselos era escribiendo el recuento de nuestras vidas, y ahogado de emoción en mi garganta, tomé papel y lápiz, y los recuerdos de mi vida brotaron en cascada. Sobre mi palco de fuego aparecieron mi niñez, mi querido Cananea, mis padres Rafael y Mariana, mis hermanos Rafael, Irma Alicia y Benjamín, mi escuela, mis amigos, mis maestros, mi universidad, mis primeros trabajos, mi ingreso a la política, mi esposa Laura Alicia, mis hijos Luis Armando, Arturo y Laura Alicia, a quienes con todo mi corazón dedico estas memorias.

ARMANDO LÓPEZ NOGALES
Verano del 2018

Capítulo I

MIS RAÍCES

Recuerdo que, siendo niño, mi padre nos platicaba, con un timbre de orgullo, que nuestras raíces familiares eran de la más pura esencia sonorenses: la pobreza, la agricultura rural y la minería serranas. A esa edad yo no alcanzaba a comprender el significado de sus palabras.

Solo tuve conciencia del enorme valor de las palabras que mi viejo nos decía, hasta el día en que terminé de escribir este recuento de mi vida.

Por mi padre, desciendo de los López de El Ranchito de Huépac, un pueblo agrícola y ganadero localizado a orillas del río Sonora, fundado por los misioneros jesuitas en el siglo XVII, en un ojo de agua utilizado por los indígenas ópatas, nativos de la región.

En el Ranchito de Huépac, comisaría de Huépac, la mayoría de sus pobladores se apellidan López, y son tal vez, la simiente del apellido que trascendió las fronteras del municipio no solo hacia otros de la cuenca del río Sonora y sino del estado.

La familia de mi padre la formaban mis abuelos Jesús López y Sara Martínez y sus hijos Raúl, Jesús, Francisco, Rafael -mi padre-, Ernestina, Luis, Marina y Manuel, López Martínez.

Durante mi infancia, mi padre nos relataba su vida siendo niño en su pueblo, donde decía que había mucha pobreza, que los vecinos se dedicaban a la agricultura de subsistencia en las parcelas de las vegas del río cultivando trigo, maíz blanco y dulce -que tostado era la golosina de los niños -, tabaco, chile verde, sandías y hortalizas; curtían piles para hacer sus propias teguas y criaban gallinas y unas cuantas vacas de ordeña para hacer quesos para su propio consumo.

La familia de mi padre cosechaba el trigo trabajando de sol a sol en los ardientes meses del verano utilizando la hoz para cortarlo, que después depositaban en la era donde llevaban a cabo el proceso de la parva, para luego trillararlo utilizando un trillo conectado al yugo de unas bestias.

Después de recoger todo el trigo y encostalarlo, lo llevaban a El Molinote, un pueblo del municipio de Baviácora aguas abajo por el río Sonora, donde había un molino de trigo al que entregaban las fanegas para su molienda y recibían a cambio fanegas de harina correspondientes, que casi siempre eran de mucho menos peso al del grano que habían entregado, se quejaba mi padre.

La escuela del pueblo solo llegaba hasta tercer año y cuando mi padre la terminó siguió estudiando otros dos años más el mismo tercer año, hasta que mi abuelo le dijo que dejara de ir, que ya no tenía nada más que aprender.

Mi padre se crio con tanta disciplina y esfuerzo, que cuando siendo adulto regresaba a su pueblo, se molestaba y regañaba a sus parientes porque ya no producían lo mismo que a él le tocó hacer y ahora compraban todo en las tiendas de abarrotes. Yo, que lo acompañaba intentaba explicarle y convencerlo que los

tiempos habían cambiado en todo sentido y que debía aceptarlo, pero nunca logré convencerlo.

La situación de la familia de mi padre era tan crítica que a veces en la época de sequía tenían dificultades hasta para alimentarse y solo comían lo indispensable. La situación era brutalmente desoladora y el porvenir incierto.

Así pasaron los años y un día, Raúl, el hermano mayor, convencido de que en su pueblo no había esperanza alguna de desarrollo, decidió abandonarlo y viajar hacia el norte de la cuenca del río en busca de trabajo, hasta llegar al Ojo de Agua de Arvayo donde nace el río Sonora y se encuentra la ciudad de Cananea, que en esos tiempos seguía siendo un emporio minero donde siempre había trabajo.

Cuando Raúl ya se había establecido con trabajo en Cananea, mis abuelos decidieron seguirlo y se van a buscarlo por el mismo camino con toda su prole a cuestas.

Si en aquel tiempo viajar del Ranchito de Huépac a Ures, el pueblo más grande y próspero localizado unos 50 kilómetros al sur, había que hacer una travesía por aquellos insufribles caminos de terracería que a veces duraba hasta dos días; aquel viaje hasta Cananea pasando por Banámichi, Sinoquipe, Arizpe, Chinapa y Bacoachi, debió ser toda una proeza.

Llegaron a Cananea y se establecieron en Buenavista del Cobre, que, junto con La Chivatera, La Demócrata, El Capote, La Campana, La Tordilla, Elisa, Henrietta, Cobre Grande, La Plomosa, La Colorada y Puertecitos, era uno de los campos mineros que se localizaban en las afueras de Cananea, donde vivían los trabajadores mineros.

Mi padre, que entonces tenía ocho años, se empleó por las tardes en el cine local, pregonando por las calles tristes de los campos mineros, anunciando las películas que se exhibirían al anochecer, cuando los mineros salían de su trabajo.

A mis abuelos no les fue bien en ningún sentido en Cananea y un año después decidieron regresar a su pueblo, resignados a seguir viviendo como campesinos.

Nueve años después, cuando mi padre tenía ya diecisiete años, agobiados de nuevo por la pobreza en su pueblo deciden hacer otro intento en busca de progreso y viajan otra vez a Cananea, donde se instalan definitivamente en el barrio El Tanque Negro.

En ese tiempo la mina era propiedad de la *Anaconda Copper Mining Company*, que se la había comprado a la *Cananea Consolidated Copper Company*, propiedad de William Cornell Greene, el norteamericano que llegó a Sonora a finales del siglo XIX y se hizo rico extrayendo cobre en Cananea, por lo que fue conocido como el “Rey Americano del Cobre”, que además compró tierras en la región formando el latifundio más grande del estado. Greene falleció en 1911, cuando los caballos que tiraban su berlina se desbocaron por la calle Sonora, que baja rumbo a los campos mineros, arrastrándolo por la calle hasta estrellarse contra un poste de electricidad, fracturándole el cráneo y unas costillas.

Mi padre consiguió trabajo como minero, en ese tiempo el minado era subterráneo y los trabajadores tenían que bajar a las profundidades de los

socavones a extraer el mineral, con el riesgo de que al paso de los años sufrieran de silicosis, una enfermedad pulmonar causada por inhalar polvo de sílice que inflama los pulmones y los llena de agua y al poco tiempo el trabajador muere. Los mineros la conocen como “cascadura”.

Mi padre no lo sabía, pero creo que padecía de claustrofobia, lo que le causaba un enorme sufrimiento al entrar a los socavones profundos que lo hacía vomitar de nervios, pero un capataz norteamericano conocido como “El Venado” se compadeció del él y lo comisionó como afilador de serruchos.

Los serruchos se utilizaban para cortar la madera con la que se apuntalaban los techos y paredes de los socavones de la mina para que no se derrumbaran, y el trabajo de mi padre consistía en entrar a los túneles, recoger los serruchos que habían perdido el filo, salir a la superficie inmediatamente, afilarlos con un triángulo metálico y volver a entrar a entregárselos a los mineros. Con ese trabajo al menos no tenía que pasar todo el día en el interior de la mina y se escapó del terror de la claustrofobia y de padecer “cascadura”, por el contrario, el oficio de afilador de serruchos lo llevó al de carpintero. Duró ocho años haciendo ese trabajo y al tiempo tuvo que usar lentes, porque el afilado de los serruchos le había acabado la vista, según decía años después.

Del trabajo de afilador pasó a trabajar en la maderería de “la Compañía”, como se le decía y sigue diciéndosele a la empresa minera, donde aprendió el oficio de carpintero, no llegando a ser un ebanista, pero era el que reparaba las puertas y ventanas de las casas y edificios de “la Compañía”, y se dedicó a ese oficio el resto de su vida hasta que se jubiló.

En esa maderería, el 1 de junio de 1906, sucedió el primer incidente que dio origen a la huelga de Cananea, cuando los hermanos George A. y William D. Metcalf fueron asesinados por los obreros enfurecidos después de que éstos habían matado a cinco de sus compañeros, después de que los trabajadores le habían prendido fuego a la maderería.

Mi abuelo falleció pocos años después a los 62 años y mi padre se quedó a cargo de sus hermanos menores, para entonces los mayores ya se habían casado.

Del lado de mi madre, Mariana Nogales Gracia, vengo de los Nogales de Soyopa, un pueblo minero localizado a la orilla del río Yaqui, fundado por los españoles en el siglo XVII, sobre otro pueblo indígena en el que vivían yaquis, ópatas y pimas que se dedicaban a la pesca y a la caza.

Mis abuelos maternos fueron Leocadio Nogales y Rosario Gracia Mungarro, los dos nativos de Soyopa, localizado al sur de la presa Plutarco Elías Calles o El Novillo.

Por la misma razón que mis abuelos paternos, los maternos, recién casados decidieron abandonar su pueblo dirigiéndose hacia el norte en busca de trabajo en los únicos lugares donde en aquel tiempo podía haberlo: los pueblos mineros.

Subieron aguas arriba del río Yaqui pasando por Tepupa, Suaqui, Batuc, San Pedro de la Cueva, desde donde tomaron el río Moctezuma, pasando por Huépari y de ahí hasta Pibipa, un antiguo pueblo minero colonial ya desaparecido, localizado

unos cuantos kilómetros al sur de Moctezuma, a orillas del río del mismo nombre, donde mi abuelo Leocadio encontró trabajo en la mina. Pasaron algunos años en Pibipa donde nacieron todos sus hijos: María, Mercedes, María Jesús, Melquiades (que murió casada muy joven), Mariana, Manuel (el único hombre), Guadalupe, Trinidad (Trini), Ramona (La Güera) y Carmela.

Mi único tío materno, Manuel Nogales Gracia, murió a los 21 años, aparentemente de leucemia, según me contó mi madre. Fue un gran beisbolista en Agua Prieta y aunque no lo conocí, siempre sentí un gran orgullo por él.

Al bajar la actividad minera en Pibipa, mis abuelos decidieron emigrar más al norte, a Agua Prieta, que para entonces era una floreciente ciudad en la frontera sonoreña. Subieron bordeando el mismo río pasando por Moctezuma, Jécori, Cumpas y Los Hoyos hasta llegar a Nacozari, donde abordaron el tren hacia Agua Prieta, que desde principios del siglo XX hacía el recorrido hasta Agua Prieta, pasando por Esqueda, Fronteras y Cabullona, hasta llegar a la frontera.

En Agua Prieta los problemas económicos de la familia no terminaron y atraídos por el auge minero de Cananea deciden dirigirse a esa ciudad a donde llegan y se instalan en el barrio El Tanque Negro, donde mi madre encontraría el destino de su vida: ahí conoció a su nuevo vecino, un muchacho llamado Rafael López Martínez, que trabajaba como carpintero en “la Compañía” y se hacía cargo de su madre y sus hermanos menores.

El Tanque Negro es un barrio localizado en la esquina de las calles Obregón y la Primera Este, a la orilla del barranco que daba al camino que llevaba a los campos mineros y a Cananea Viejo. El barrio se llamaba así porque ahí estaba, y sigue estando, un enorme tanque elevado donde se almacenaba el agua potable para desde ahí distribuirla en la red de agua potable a la ciudad desde principios del siglo XX. Ahí vivían los Lotti, los Carrillo, los Bejarano, los Navarro Nogales, que eran mis primos, y los Ríos Peña, que vivían exactamente abajo del tinaco porque su papá era el encargado de operarlo. La casa de mis abuelos maternos era un enorme barracón alargado localizado en la pendiente que da hacia la barranca.

En ese tiempo todos los servicios públicos en Cananea los proveía “la Compañía”, el gas por tubería que venía desde El Paso, Texas, el agua potable desde el Ojo de Agua de Arvayo, la electricidad desde una enorme planta generadora que se conocía popularmente como “la casa de fuerza.”

Pronto mi madre encontró trabajo como empleada doméstica en las casas de las familias acomodadas de la ciudad como los Justiniani y los Elsi Torres, de los que se ganó el aprecio que conservó el resto de su vida.

Los jóvenes vecinos pronto se pusieron de novios y duraron muchos años así, ya que no podían casarse por estar los dos a cargo de sus hermanos menores ante la falta de sus padres.

Mis padres se casaron cuando ya pasaban los treinta años, y al poco tiempo tuvieron a su primera hija a la que llamaron Guadalupe, que murió a los 15 o 20 días de nacida; tiempo después, en 1948 nació Rafael, y el 1 de septiembre de 1950 nací yo en la casa de mis abuelos maternos del barrio El Tanque Negro.

Ese año también nació en Magdalena, Sonora, Luis Donaldo Colosio, con quien muchos años después tendría una estrecha vinculación.

Los dos nacimos el año en que dieron inicio la Guerra Fría, la guerra de Corea, las transmisiones de televisión en México por el Canal 4 en el Distrito Federal y Octavio Paz publicó su libro “El Laberinto de la Soledad”.

En ese tiempo Cananea contaba con unos 19 000 habitantes y la forma de vida y urbanización eran completamente al estilo americano; los callejones eran las vialidades de servicio que los americanos diseñaron para sacar la basura y recién casado, mi padre compró un terreno en uno de aquellos callejones.

El terreno estaba localizado en el callejón Nicolás Bravo N.º 33 y Tercera Este, atrás de la calle Obregón, una de las principales de la ciudad. En ese terreno, suspendida sobre la pendiente de la cañada del arroyo que separa a las calles Obregón y Sinaloa, mi padre poco a poco fue construyendo una casita de adobe con sus propias manos.

Aprovechando el vacío de la pendiente de la cañada, construyó los cuartos de abajo hacia arriba, primero tres cuartos, y sobre ellos otros cuatro que quedaron un metro abajo del nivel de la calle, por lo que resolvió la llegada a la puerta principal con una escalera de madera que bajaba varios escalones desde la calle. Los cuartos de abajo quedaron con la apariencia de un sótano y para evitar que por el peso se llegaran a derrumbar hacia el vacío de la cañada, desde abajo les construyó un contrafuerte de cemento y mampostería. No se le podía pedir más, sus manos eran de carpintero, no de albañil.

En el traspatio inclinado construyó terrazas donde plantó árboles frutales de la región y todo el tiempo que vivió en ella, sembró hortalizas en el espacio que quedaba libre. Nunca dejó de ser un campesino del río Sonora. Después de nacer yo, nos fuimos a vivir a esa casita.

Posteriormente, en 1952 nació Irma Alicia, nuestra única hermana, y años después, en 1959, Benjamín Luis, el menor al que mi madre parió cuando ya estaba en sus cuarenta y cinco años.

Desde que mis padres se casaron, el gobierno en mi casa lo llevó siempre mi mamá, ya que venía de una familia matriarcal y porque desde joven se había hecho cargo de sus hermanas menores.

Mi madre me contó que desde que nací fui un niño distinto a mis hermanos; yo era alto, extremadamente delgado y de rasgos “achinados” como mi padre, tan marcados que desde que nací en mi familia me apodaron “el Chino”, unos de cariño y otros como mi hermana para herirme cuando ya no me aguantaba por mi temperamento tan fuerte u otros para hacerme cariños, como mi mamá que me decía “mi chinito macailú”, pero cuando me portaba mal, para molestarme y tratar de corregirme me decía que a mí me habían dejado abandonado adentro de una caja de cartón al pie de la puerta de nuestra casa y ella me había adoptado. Sin embargo, aunque comíamos lo mismo, mis hermanos eran robustos y de temperamento tranquilo como mi padre.

Lo achinado de mis rasgos tal vez me venga de mi abuela Sara, a quien cariñosamente le llamábamos “mi Grande”, que fue la segunda esposa de mi abuelo, oriunda de La Concentración, un pueblo minero a la orilla del río Yaqui, al Sur de Ónavas. “Mi Grande” era una mujer muy alta de casi dos metros de altura con una trenza tan larga que casi le llegaba a los tobillos y vestía unas enaguas anchas, con rasgos orientales, tal vez por su sangre indígena ópata, porque antiguamente en La Dura trabajaban muchos ópatas en las minas de esa población.

Debo confesar sin rubor alguno que desde mi niñez fui terrible, de muy mala condición; malcriado, irrespetuoso, desobediente, peleonero y atrevido, “cosijoso” como decía “mi Grande”, que en lenguaje puramente sonoreño se le dice a una persona que molesta u hostiliza permanentemente a los demás.

Creo que esa condición la heredé de mis ancestros paternos, ya que me parezco físicamente mucho a mi padre, y seguramente ese temperamento lo obtuve de la condición indígena de “mi Grande”.

Permanentemente molestaba o golpeaba a mi hermano mayor Rafael, a mis vecinos del barrio y a los compañeros de la escuela.

Particularmente fui muy abusivo con mi hermana, tal vez porque había muy poca diferencia de edad entre nosotros, pero le hacía daño cuantas veces podía, le cortaba el pelo con las tijeras de la costura de mi madre, le daba una nalgada cuando pasaba a un lado de ella porque sabía que eso le molestaba muchísimo, y como respuesta a mi atrevimiento recibía un golpe con una taza o una cuchara que ella estuviera lavando o para ofenderme me decía “el Chino”, sin embargo, siempre estuve al pendiente de ella con mucho celo y establecí una relación afectiva muy estrecha que se conserva hasta éstos días. Creo que Benjamín se escapó de mis maltratos porque era mucho menor que yo.

Yo era de esos niños que, si al llegar a la mesa y la comida no me gustaba, la tiraba; entonces mi madre amenazándome con un cinto que siempre llevaba a ristre me ponía una olla de frijoles enfrente y como castigo me hacía comerlos por la fuerza hasta que casi vomitaba.

Cuando me portaba mal me salía de la casa y me iba a la de mi tía Güera, que era como mi segunda madre, porque me protegía y me consentía a plenitud y cuando regresaba en las noches entraba a hurtadillas a la cocina para intentar cenar algo y ahí estaba mi mamá que con el cinto en la mano no me permitía hacerlo y me iba a dormir con el estómago vacío.

Mi madre siempre nos contaba que una mañana cuando yo tendría unos tres años y ella, estando embarazada de Irma Alicia, necesitaba ir a la tienda de la cooperativa sindical a comprar la despensa, al no poder dejarme solo en casa me llevó con mi tía Güera para que me cuidara y ella se llevó a Rafael.

Cuál sería su sorpresa cuando al ir caminando por la calle de regreso de la tienda Rafael a sus seis años le dijo: “Mira mamá, allá está Armando en la banquetta”.

¡Mi madre no podía creer lo que veía! ¡Su hijo de tres años le hacía señas desde la banquetta de la esquina del Centro Mercantil intentando cruzar la calle para ir en su búsqueda!

Me había escapado de la casa de mi tía Güera, terriblemente enojado con mi madre por su abandono. De regreso a casa mi tía Güera me dio la cintareada de mi vida. Además de mi mamá, ella era la única que me la podría haber dado, ya que fue como mi segunda madre.

Una vez, un poco mayor, iba caminando detrás de mi madre muy enojando con ella por alguna razón diciéndole maldiciones como “ojalá te caigas desde el puente de arco”, o “que te atropelle un carro de la basura”, y al pasar junto a Consuelito de Bustillos, una anciana vecina muy religiosa, me escuchó, y se detuvo para decirle a mi madre: “¡Ay, Mariana!, creo que este muchacho esta endemoniado, llévelo a la iglesia a ver si el padre lo cura echándole agua bendita”. De ese calibre era mi condición de niño.

Mi mama fue una muy buena vecina, muy servicial con las señoras del barrio y me ofrecía a ellas como mandadero, no obstante que también tenían hijos de mi edad y eso me parecía injusto y aunque me molestaba, regularmente obedecía a mi madre cuando una vecina me necesitaba para que le hiciera algún mandado, pero un día las cosas llegaron a mi límite.

A mis diez años, una mañana de domingo, jugando beisbol con mis amigos cerca de mi casa, incluyendo algunos hijos de las vecinas, en el preciso momento en que me paraba en la caja de bateo con dos jugadores en las bases y el *pícher* a punto de hacer su lanzamiento, de pronto, se aparece mi hermana a la orilla del campo y me grita.

—¡Amando, dice mi mamá que vayas al molino de maíz de los Fukui a traerle un kilo de masa a mi tía Trini!

Aquello me sacó de mis estribos, era el colmo para mí; me parecía injusto que mi tía teniendo hijos de mi edad, le pidiera a mi madre que yo le hiciera aquel mandado. Me salí de la caja de bateo y sin remordimiento alguno le grité a mi hermana:

—¡Dile a mi mamá y a mi tía que vayan y chinguen a su madre!

No había terminado mi frase endemoniada, cuando mi hermana ya iba corriendo a la casa a informarle a mi mamá del sacrilegio cometido.

Mi castigo fue mayúsculo; al regresar a casa, mi madre me cacheteó, me encerró en el baño y todos se fueron al cine sin mí.

Intentando que mi temperamento se compusiera, un día que yo no estaba en la casa, sentados en la mesa de la cocina, mi madre le comentó a mi padre que ya mi conducta rebelde había llegado al límite cuando lo de la masa de mi tía y que la única solución era enviarme a Hermosillo a internarme en la correccional; se refería al internado José Cruz Gálvez.

El comentario llegó a los oídos de mi hermana y mi prima Rosa, quienes de inmediato fueron a buscarme para informarme de mi futura reclusión y fue mi prima la que me lo dijo directamente. La noticia no me importó, ni siquiera me preocupó, pero la respuesta vino unos días después.

Un vecino del callejón llamado Carlos Alvidrez, que era mucho mayor que yo, tal vez tendría unos 17 años, iba más allá en sus fechorías, era un ladronzuelo que

robaba en los negocios del vecindario y su propia madre lo denunció a las autoridades.

Una mañana de domingo en que yo jugaba en la canasta de basquetbol improvisada del callejón, escuché un escándalo cerca y fui a asomarme. Era una “perica” de la municipal que sacaba a Carlos a empujones a de su casa para llevárselo a la cárcel y él, aterrorizado bramaba suplicándole perdón a su madre aferrándose a sus piernas jalándole la ropa, y su madre estoica, simplemente lo veía sin hacer absolutamente nada por él. Vi como los policías lo aventaron arriba de la “perica” y se lo llevaron a toda velocidad.

Me quedé atónito viendo aquella escena imaginando que así me sacarían a mí de la casa para llevarme a internar a la correccional de Hermosillo.

Creo que a partir de entonces reconsideré mi actitud ante mi familia y cambié sustancialmente, sin modificar mi actitud rebelde ante lo que me parecía injusto. Hasta hoy en día, no puedo soportar que a alguien se le trate mal o se le humille.

Tengo un recuerdo que refleja con claridad esa forma de sentir. Cuando íbamos a Douglas, Arizona, a visitar a mi tía Mercedes, cuyos hijos eran mayores que nosotros (uno de ellos llamado Rubén Durón Nogales), nos ofrecía un dólar a cada uno de nosotros para que fuéramos de compras a la tienda de la esquina de su casa. A mí aquello me parecía una humillación de un rico hacia sus primos pobres y no aceptaba en ninguna circunstancia aquel dinero; sin embargo, mis hermanos sí lo aceptaban y se retacaban de dulces americanos frente a mí.

Mi madre fue una extraordinaria mujer, la responsable de implantar la disciplina a sus hijos en la casa que nos formó a plenitud, particularmente a mí que fui tan mal portado, no recuerdo cuantas veces me cintareó o me puso en orden, tal vez mil, que me sirvieron para corregir mi actitud, a ella le debo eso y se lo agradeceré toda mi vida.

Creo que ella se dio cuenta que era el hijo diferente en todos sentidos y requería de toda su atención. Cuando me enojaba decía: “Déjenlo que salga a comer zacate para que se le pase, es un muchacho de buen corazón, que se enoja, pero luego se le olvida por qué.” Ya estaba acostumbrada a criar hermanas menores y no le fue difícil corregirme. Eso me permitió doblegar mi temperamento y al mismo tiempo crear un vínculo emocional muy estrecho con ella.

Mi madre fue el prototipo de la mujer sonoreense, entregada en cuerpo y alma al cuidado, educación y atención de sus hijos. No cabe en mi la menor duda de que las madres sonorenses, con su amor y su entrega abnegada, construyen los principios, valores y pilares sobre los que descansa la fortaleza de las familias sonorenses.

Sin embargo, mi padre siempre fue un hombre serio y tranquilo que vestía de traje y corbata; por las tardes, después de llegar del trabajo y comer, todos tomábamos café en la mesa con él, acompañado del pan que mi madre horneaba todos los días; después, mi padre se ponía el sombrero para irse a sus actividades en el sindicato o en el palacio municipal cuando fue regidor y le dejaba a mi madre la crianza de los hijos, o del hijo más bien, porque mis hermanos no requirieron tratamiento duro, no había porqué corregirlos.

Mi padre no tuvo vicios, no fumaba y nunca bebió una gota de alcohol en su vida; jamás lo vi bebiendo una cerveza, y había una razón determinante para no hacerlo. Dos de sus hermanos mayores, Jesús y Francisco, eran muy bebedores, sobre todo Jesús que trabajaba como chofer de Rosina Cavazos de Green, la esposa de William Greene Jr., el heredero del “rey del cobre”; era un muy buen trabajo, pero era un borracho consuetudinario, violento y peleonero y mi padre permanentemente tenía que sacarlo de las cantinas y la cárcel, por lo que creo que de ahí le vino el aborrecimiento por el alcohol.

Nuestra infancia, aunque pobre fue una infancia feliz; mi padre no ganaba mucho, pero alcanzaba para subsistir sin lujos. El “sobre”, como se le decía al salario en efectivo que se le entregaba al trabajador que venía adentro de esa papelería de oficina, se lo entregaba íntegro a mi madre y ella lo administraba lo mejor que podía. No obstante, las limitaciones de dinero en la casa, nunca tuvimos hambre, la comida estaba segura, nunca nos faltó ropa y la ausencia de vicios de mi padre y la eficiente administración de mi madre hacía que pudiéramos salir adelante con decoro.

A pesar de la eficiencia de mi madre para administrar el poco sueldo que ganaba mi padre, el dinero no alcanzaba para otras cosas; andábamos con un único par de zapatos a los que les teníamos que meter un pedazo de cartón para taparles los hoyos en las suelas que se les hacían por tanto uso, o esperar a que nuestros primos Navarro Nogales, que eran vecinos, nos regalaran alguna chamarra para soportar el intenso frío glacial que hace en Cananea.

Además de estar siempre pendiente de la conducción y formación de sus hijos, mi madre aprendió el oficio de costurera para ayudar a los gastos de la casa, usaba moldes de catálogos que le llegaban de Estados Unidos como una modista profesional y les hacía vestidos a muchas señoras cananenses. Recuerdo que yo era el encargado de entregar los vestidos a domicilio y mi madre me daba una comisión de lo que cobraba para ayudarme con mis gastos. Eso nunca lo olvidaré. Mi madre fue mi sustento económico en los momentos difíciles de mi vida juvenil, siendo estudiante preparatoriano y universitario.

En la misma máquina de coser, que aún conservo, y de los pedazos de tela que le sobraban, hacía *cuiltas* con las que nos arropábamos en el gélido invierno cananense y amanecíamos cansados, aplastados por su peso, pero sin frío, porque mi padre siempre apagaba por las noches los calentones de gas, temeroso de que hubiera un accidente y muriéramos asfixiados, como tantas veces ocurría en Cananea.

También en esa máquina nos hacía guantes y con calcetines viejos nos arreglaba los puños y cuellos de las chamarras.

Además, vendía zapatos de mujer, que una amiga de ella originaria de Talpa, Jalisco, que había vivido en Cananea, le enviaba desde su pueblo.

La diversión en nuestra infancia fue como la de la mayoría de los niños sonorenses, jugábamos al trompo, pero sobre todo al *chapete*, un juego que no he

visto en ninguna otra parte de Sonora y México, aunque Pancho Bojórquez Mungaray dice que lo jugaba en su natal Moctezuma.

El *chapete* consiste en rellenar la punta de un calcetín con bagazo de café, arroz o frijol, cocerlo firmemente con hilo grueso para hacer una pelotita con la que jugábamos pateándola con los pies hacia arriba sin permitir que se callera al suelo, algo parecido a lo que hacen ahora los futbolistas dominando el balón con pies y rodillas.

Era un juguete barato que hacíamos los niños, aunque a veces mi mamá nos regañaba cuando usábamos calcetines a los que todavía les quedaba vida útil y no había dinero para comprarnos nuevos. Cada niño del barrio traía siempre un *chapete* en la bolsa del pantalón y estaba listo para participar en las competencias que hacíamos entre nosotros.

El trompo era también un juego que me gustaba mucho. En casa no había dinero para comprarnos juguetes finos. Recuerdo que en los puestos provisionales en el jardín Juárez, la plaza principal de Cananea, vendían juguetes de todo tipo durante las fiestas patrias y mi madre sufría mucho porque queríamos que nos comprara todo y a veces solo le alcanzaba para comprarnos un balero o un trompo.

El regalo más preciado que recuerdo de mi infancia fue un trompo que *Santa Clos* nos dejó una Navidad a Rafael y a mí al pie del árbol de navidad que mi madre cortaba en el campo, lo pintaba y lo adornaba con algodón para aparentar nieve. Esa mañana fría de aquel 25 de diciembre nos salimos a jugar con nuestros trompos en la calle y el juego consistía en que mientras el trompo de uno giraba en el suelo, el otro tiraba el suyo para golpearlo con la punta de clavo y quebrarlo.

Una vez tiré mi trompo y mientras bailaba, Rafael tiró el suyo y me lo despostilló. Me dio tanto coraje que arremetí a golpes contra mi hermano que, aunque era mayor que yo, no era tan bueno para pelear.

El clima de Cananea es extremadamente frío en invierno y siempre nieva, aunque creo que antes nevaba más. En el fondo de la cañada donde vivíamos, que daba al traspatio de la casa, la nieve se acumulaba hasta un metro, y los vecinos salíamos a jugar con ella, pero, sobre todo a hacer algo que aún me causa emoción recordar: comémosla.

Recuerdo que hacíamos bolas con la nieve y nos tirábamos con ellas, pero había algunos amigos malosos que les metían al centro un pedacito de acero que recogían en los deshechos de la mina y a veces nos descalabraban.

En casa no había dinero para que nos compraran chamarras americanas resistentes al frío, sobre todo el que hace ya que pasa la nevada y muchas de las que nosotros usábamos eran las que nuestros primos menos pobres que nosotros nos regalaban.

En aquel tiempo en Cananea la mayoría de los niños íbamos a las mismas escuelas porque no había más, casi todos éramos hijos de los trabajadores de “la Compañía”, salvo los hijos de los empleados de confianza y los pocos profesionistas que había, como Miguel Montoya, hijo del doctor del mismo nombre, que era mi compañero de escuela y vecino, aunque ellos vivían por la calle

Obregón, pero su patio daba al callejón Bravo. Cuando iba a su casa a jugar con él, me quedaba impresionado al ver que su casa tenía alfombras, refrigerador, sala, comedor, recámaras amuebladas con “muebles de mueblería” y hasta una alberca, mientras nosotros vivíamos en una casa del callejón con muebles hechos por mi padre. Así aprendí a notar la gran diferencia de vida de un trabajador y un profesionalista.

Los tres hermanos dormíamos en un solo cuarto y el olor en la cocina de nuestra casa era a chorizo casero con papas; no conocíamos el jamón, si acaso comíamos embutido estilo Bolonia porque era mucho más barato, pero nunca nos sentimos pobres, porque todos los hijos de los mineros vivíamos igual y los ricos vivían aparte. En las escuelas todos los alumnos de primaria éramos iguales, nadie tenía carro o teléfono, y en la única escuela secundaria que había, todos los alumnos, ricos y pobres, convivíamos entre sí. Todos estábamos hermanados y sentíamos con orgullo una misma consciencia de clase.

La escuela primaria la cursé en la Benito Juárez, una escuela con muchas limitaciones localizada a unas cuadras de mi casa que no tenía canchas deportivas. Su directora era la profesora Cecilia Bujanda, que era muy férrea en la conducta y al mismo tiempo cariñosa; con ella aprendí el sentido de la disciplina.

Me contó mi madre que yo quería ir a la escuela siendo muy niño, pero no me aceptaban por mi edad y un día, al darse cuenta, una profesora le dijo a mi madre que me enviara como visita y al mes me dieron de alta como alumno regular en primer año. Fui un alumno precoz en la primaria y todos mis compañeros eran mayores que yo, algunos hasta dos años más, aunque no más altos, porque en eso nadie me ganaba.

Recuerdo que en cuarto año no cabíamos en el aula y nos pusieron en el cuarto donde estaban los materiales del teatro al aire libre que había al fondo del patio interior de la escuela y fuimos la comidilla durante todo el ciclo escolar. Eso nunca lo olvidé porque me causó molestia la injusta humillación de que fuimos objeto por los demás alumnos.

Estando en sexto año sucedió un hecho que trascendió en toda la ciudad. Nuestra profesora del grupo, Julia Gómez, era una mujer con muchas ínfulas que se jactaba de haber viajado a muchos lugares del país, entre ellos la Ciudad de México, donde había visitado teatros, museos y otros lugares históricos, y nos hablaba de la necesidad de educarnos para el futuro, que había que aprender a comportarnos y a vestir y un día decidió que todos sus alumnos fuéramos con corbata a clases. La decisión era buena, pero absurda en aquellas circunstancias de unos alumnos pobres. Yo utilicé una corbata vieja de las que alguna vez usó mi padre y supongo que mis condiscípulos hicieron lo mismo.

El lunes siguiente los alumnos nos presentamos elegantemente vestidos con corbata al cuello, pero algunos con los pies descalzos, ya que sus padres no tenían dinero para comprarles zapatos. Yo no tenía problemas por eso, mi madre me había comprado unos tenis económicos de lona marca Dunlop, porque no alcanzaba para

comprarme zapatos. Creo que debí haberme visto ridículo usando corbata en el cuello y tenis baratos en los pies.

Aquello fue un escándalo y la población empezó a llamar a la radio XEFQ, “La voz de la Ciudad del Cobre” de don Pedro L. Díaz, denunciando la humillación de que estaban siendo objeto los alumnos y de inmediato la decisión formativa de aquella profesora fue suspendida.

Esa experiencia me marcó mucho, porque, aunque había en el grupo hijos de profesionistas, comerciantes, y otros, la mayoría éramos pobres y ellos eran quienes tenían que adaptarse a nuestras circunstancias y no al revés.

Recuerdo que enseguida del estadio de beisbol estaba la colonia americana donde vivía la comunidad norteamericana que trabajaba en la mina para “la Compañía”. Era una colonia completamente cercada con malla de alambre, totalmente pavimentada, con casas tipo americano con grandes jardines de césped impecablemente podado por trabajadores mexicanos, árboles frutales, carros nuevos en las cocheras y perros de razas finas que parecían haber sido trasplantadas hasta allí desde Estados Unidos, y siempre custodiada por guardias mexicanos.

En la entrada principal tenía una parrilla al pie hecha con rieles y un letrero de color amarillo arriba que decía: “No se admiten mexicanos ni perros”.

En los días que escribo estas memorias viajé a Cananea y la situación sigue idéntica, solo que los que viven ahora en esa colonia son altos ejecutivos mexicanos de la empresa Buenavista del Cobre S. A. de C. V., antes Mexicana de Cananea S. A. de C. V., una filial de Grupo México, propiedad de Germán Larrea Mota Velasco, hijo mayor y heredero de don Jorge Larrea Ortega, quien murió en 1999.

Nadie tenía acceso libre a esa colonia, pero cuando era adolescente, algunos amigos nos las arreglábamos para burlar a los guardias, saltar la cerca alambrada y robar fruta; cuando los guardias lograban detenernos nos daban la paliza de nuestras vidas.

Cerca de la colonia americana estaba el campo de golf exclusivo para los americanos, donde los *caddies* no dejaban entrar absolutamente a nadie. Se decía que entre ellos había un joven llamado Benjamín “El Cananea” Reyes, que después llegó a ser un gran *mánager* de beisbol.

También había una escuela en inglés, exclusiva para los hijos de los americanos, localizada en la zona urbana de la ciudad, afuera de esa colonia.

En Cananea había también un club social exclusivo llamado Círculo Social Anáhuac, localizado por la avenida Juárez, cerca de la entrada a la mina, al que solo podían tener acceso los “confidenciales”, como se les llamaba a los empleados de confianza de “la Compañía”. Era un edificio de madera de dos pisos tipo americano que tenía un bar con boliche en el primero y un salón de fiestas en el segundo.

Jamás tuvimos acceso a ese lugar y ni siquiera sabíamos lo que era un boliche, salvo lo que nos platicaban los amigos que trabajaban como acomodadores de los

pinos y nos daban su versión del lugar. Ese club lo conocí siendo ya adulto, cuando ya no era propiedad de “la Compañía”.

En mi infancia toda la vida de Cananea estaba controlada por “la Compañía”: el almacén de abarrotes, la ferretería, la mueblería, la carnicería, la farmacia, la atención médica, la ropa, hasta un cono de nieve lo surtía “la Compañía”. Por eso todos vivíamos y vestíamos prácticamente iguales.

Si un trabajador quería comprar algo tenía que ir a la oficina de crédito de “la Compañía” donde le daban un tarjetón con el saldo de su estado de cuenta que se llevaba en un *kardex*, donde estaba registrado el estado de cuenta del crédito de cada trabajador; que después utilizaba para comprar lo que necesitara, en las mismas tiendas de “la Compañía”. En esa oficina trabajó de joven Fausto Soto Silva, que muchos años después sería un famoso locutor de noticias y cronista de beisbol en Hermosillo y con quien tendría un fuerte desencuentro.

Cuántas veces acompañé a mi madre a esa oficina a recoger el tarjetón con el saldo de mi padre y después acudir a la tienda de abarrotes de “la Compañía” llamada La Cooperativa, donde le entregaba al despachador del mostrador un listado de los productos que necesitaba y él los empacaba en unas grandes bolsas que mi madre llevaba y nos regresábamos a la casa cargándolas al hombro.

Para atender nuestra salud disponíamos de una clínica para las familias de los obreros, a la que por cierto pocas veces fui porque nunca fui enfermizo, a diferencia de mis hermanos que se enfermaban constantemente.

Sin lugar a duda, gocé una infancia feliz a plenitud, que, sin duda, la volvería a vivir. Esa etapa de mi vida estuvo marcada por grandes carencias y limitaciones económicas, aunque eso no hacía mella en mi ánimo porque era el común denominador de mi entorno, ya que conviví con niños de mi misma condición económica y social.

Todos éramos hijos de obreros de “la Compañía” y usábamos el mismo tipo de ropa, zapatos, y uniformes que nuestros padres adquirían a través de los créditos que les daba “la Compañía” en las tiendas de su propiedad.

Desde adolescente me di cuenta de que todo, absolutamente todo estaba bajo control de “la Compañía”; la vida política, económica y social estaba bajo su control y la discriminación y la diferencia de clases estaban brutalmente presentes en todas partes. Desde entonces tuve plena conciencia de que esa forma de vida no la quería para mí.

En Cananea vivíamos como en Macondo, el pueblo mítico de la novela “Cien años de soledad” de Gabriel García Márquez, solo que nosotros teníamos una compañía minera y aquel pueblo ficticio una compañía bananera, pero las condiciones de los habitantes eran exactamente las mismas, o tal vez vivíamos como en las haciendas porfiristas y su tienda de raya. Nada había cambiado a pesar del sacrificio de los Mártires de la Huelga de 1906 y la Revolución Mexicana.

Terminé la primaria y entré a la escuela secundaria federal Mártires de 1906, la más antigua de la ciudad desde 1934, localizada en las calles Juárez y Décima Este, muy lejos de mi casa, a unas diez cuadras, donde el director era el profesor Jaime

Sandoval Méndez, la subdirectora Lucía Rivera Romero y algunos de los profesores eran Julio Sosa Ballesteros, Francisco Javier Taddei y Pedro Baquera Rocha, a quienes recuerdo con un gran afecto.

Mi vida cambió a la entrar a la secundaria. Mi cuerpo creció y me convertí en un muchacho muy alto y delgado. Mis amigos me apodaban “El Flaco” y me aficioné al deporte que con los años se convertiría en mi favorito: el basquetbol.

En la secundaria el ambiente era diferente, los edificios eran unos galerones enormes de dos pisos, con laboratorios de ciencias equipados con microscopios y equipo de Química y Física. A un lado de los edificios había unas enormes explanadas donde practicábamos deportes y ejercicios gimnásticos. Los estudiantes usábamos uniforme color *kaki*, polainas y corbata. En la escuela reinaba la disciplina que tanta falta me hacía y no me causó problema asumirla.

Como materia tecnológica ofrecían electricidad y carpintería. Emocionado por el oficio de mi padre me inscribí en ésta última. Cuando se lo informé a mi madre puso el grito en el cielo, no quería que uno de sus hijos fuera carpintero, pero como siempre, no le hice caso y seguí en esa materia porque yo quería ser como mi padre.

A dos meses de iniciadas las clases tres de mis compañeros sufrieron la pérdida de alguno de sus dedos en la sierra del taller. Tomé más precauciones y seguí en clases.

Le ofrecí a Irma Alicia hacerle un toallero para su cuarto y de inmediato aceptó y se lo entregué. Como tenía miedo hacer otro tipo de trabajo que implicara usar la sierra le ofrecí hacerle otro y se lo hice; después le hice otro, pero más pequeño hasta que llegué hacerle casi diez en los tres años de secundaria.

En esa etapa me sucedieron cosas que marcaron firmemente mi visión de la vida y lo que quería para mí. Al paso del tiempo las cosas iban cambiando en nuestra casa. Mis padres se dieron cuenta que nuestra única hermana, ya no podía seguir conviviendo con nosotros en la misma recámara porque Rafael y yo estábamos creciendo y fue entonces que mi papá ideó la forma de enviarnos a dormir a uno de los cuartos de abajo de la casa que hasta entonces habían funcionado como un sótano.

Para evitar que tuviéramos que salir al patio a entrar a nuestra nueva recámara, y así evitar el intenso frío del invierno, mi padre ideó abrir en el piso de madera de la recámara de arriba un cuadro donde instaló una estrecha escalera de madera para que bajáramos al cuarto inferior.

El cuarto en el sótano era oscuro, lúgubre y atemorizante, y Rafael, que era muy nervioso y tal vez claustrofóbico como mi padre, no dormía viendo o imaginando ver figuras y sombras extrañas en la oscuridad, sobre todo las de los trozos de carne adobada que mi madre colocaba junto en la ventanita del sótano para que se mantuvieran frescos y no se descompusieran, mientras yo lo consolaba como podía. A mí me causaba terror que un alacrán, que había muchos, me fuera caer en la cama mientras dormía. Mi padre resolvió nuestro miedo dejando una lamparita encendida toda la noche.

Es esa etapa de adolescente mis amigos y yo nos íbamos en las tardes a jugar basquetbol en la cancha de un templo mormón que había cerca de la escuela secundaria. Mi madre, que era una católica devota, se escandalizaba diciéndome que no asistiera a ese lugar, que la cancha era una estrategia de los de aquella religión para atraer a los jóvenes y luego aleccionarlos para que se unieron a sus filas. Tenía razón porque cuando estábamos jugando salía uno de los pastores y nos decía que en unos momentos iniciaría el culto y estábamos cordialmente invitados a entrar al templo. Nunca aceptamos la invitación.

No sé por qué, pero yo nunca tuve vocación por la religión. Me causaba cierto enojo ver la falsedad de algunos de sus integrantes. Creía y sigo creyendo en Dios, pero en lo que nunca he creído es en algunos de los integrantes de la estructura de la Iglesia.

Recuerdo alguna vez haber ido a misa con mi madre, y conocí al padre Elías Rafael Portela, que me pareció un hombre arrogante y despectivo con la feligresía. Cuando murió mi abuela le dio los santos óleos de manera desganada. En cambio, el padre Ricardo Monge Valenzuela, desde el principio me causó una grata impresión, incluso hice mi primera comunión con él.

Mi madre era devota, pero no de golpe de pecho; rezaba el rosario todos los días en casa e iba a misa los domingos en el invierno y todas las mañanas durante el verano. Nos decía que Dios estaba en todas partes y se le podía rezar y pedir en cualquier momento y lugar, y con ese pretexto todos los Viernes Santo organizaba en la casa la devoción de los 33 credos, que se utiliza para pedir misericordia, aplacar actos violentos, guerras, fenómenos naturales y para vencer las asechanzas del demonio y a la vez recordar los 33 años de vida de Jesucristo. Eso era algo que a mi me aburría sobremanera y me dormía durante los rezos; sin embargo, mi hermano Rafael los repetía todos palabra por palabra y los siguió rezando hasta el último día de su vida. En reconocimiento a su devoción, muchos años después, una vez que viajé a Israel le traje de regalo las 33 velas que hay que encender en esa ceremonia.

La única devoción de mi madre era al Sagrado Corazón de Jesús, que, según me explicó, se debe a Santa Margarita María Alacoque de la Orden de la Visitación de Santa María, a quien Jesús se le apareció a mediados del siglo XVII. Esa única devoción inquebrantable la obtuve de mi madre durante mi infancia y la sigo conservando.

La única motivación para ir a misa era que al salir nos regalaban un boleto para entrar al cine parroquial que estaba a un costado de la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, que quedaba a unas cuantas calles de mi casa por la Sonora y Primera Este, frente a mi escuela primaria donde veíamos películas infantiles y en la entrada vendían obleas que me gustaban mucho

También me gustaba ir al cine Alameda, que era el mejor de la ciudad. En la radio XEFQ había un programa al que se llamaba por teléfono para pedir una canción y a cambio regalaban boletos para ir a ese cine. Mis primas mayores hablaban a la radio y me regalaban su boleto. Íbamos a galería que costaba 60

centavos, porque el precio de \$1.20 de luneta era inalcanzable para nosotros. Al cine Fox íbamos poco porque nos quedaba muy lejos de la casa.

También íbamos en familia al cine de “la Compañía” llamado Casa del Minero, localizado por la calle Sonora esquina con Segunda Oeste y entrábamos a ver películas con el mismo tarjetón de mi padre, del que por cierto jamás olvidé su número: 1156. Recuerdo que veíamos películas norteamericanas de vaqueros como las de Gene Autry y Roy Rogers.

En esta época viví una catarsis existencial que marcó el rumbo de mi vida. Las condiciones económicas en la casa seguían siendo adversas y mi madre hacía malabares para hacer rendir el poco dinero que mi padre ganaba.

Una mañana cualquiera, de repente, mi padre sufrió un desmayo repentino y mi madre lo llevó de urgencia al hospital donde le diagnosticaron epilepsia. Siguió teniendo los espasmos más recurrentes y no satisfecho con el diagnóstico, viajó a Hermosillo donde le confirmaron lo mismo, mientras que los desmayos continuaban.

Consiguió apoyo económico del sindicato minero y viajó a la Ciudad de México donde afortunadamente estaba estudiando medicina mi primo Francisco Navarro Nogales, quien lo recibió allá y después de dos meses de estancia en aquella ciudad, que para mí fueron una eternidad, le diagnosticaron cisticercosis, una enfermedad parasitaria que se adquiere por consumir carne de cerdos sueltos, criados en malas condiciones higiénicas.

Mi abuela Sara, “mi Grande”, le enviaba recurrentemente a mi madre piezas enteras de carne de puerco adobada que guardaba en el sótano y después la sacaba para meterla al horno de donde salían unos olores exquisitos que hasta hoy los recuerdo como si fuera ayer, pero mi madre jamás nos dio un solo pedazo de esa carne de puerco, solo mi padre la comía. Yo intuyo que de una de esas piezas de carne mi papá adquirió la enfermedad. Después entendí por qué mi mamá nunca nos quiso dar carne de puerco a sus hijos.

Mientras mi padre estaba en la Ciudad de México, la situación en nuestra casa era muy crítica, y una tarde, enterados de la ausencia y la enfermedad de mi padre, llegaron desde Douglas a visitar a mi mamá, mi tía Mercedes acompañada de mi primo Rubén.

Al despedirse al caer la noche, desde la ventana del cuarto que daba a la calle donde yo estaba recostado, despierto sobre una cama, escuché la conversación de despedida que tenían al pie de la escalera que daba a la calle y escuché que mi primo le decía a mi madre que entendían la situación en la que estábamos, mientras le entregaba un fajo de dinero que le ofreció como ayuda para mitigar nuestras penurias y ella la aceptaba con gratitud.

Aquello me recordó las visitas de mi infancia a Douglas cuando mi primo Rubén nos ofrecía un dólar para gastar, que yo rechazaba porque lo consideraba una forma humillación de un rico hacia sus primos pobres, y el afloró en mí el sentimiento de dignidad de ser pobre, que me invadió como fuego por mis venas que me estremeció y un torrente de angustia e impotencia me ahogó en lo más profundo de

mi ser y por primera vez en mis doce años de vida lloré y lloré, hasta que las lágrimas borraron los rasgos de mi rostro y le supliqué a Dios que me ayudara a lograr ser alguien en la vida para poder ayudar a mis padres y a mi familia a salir de aquella situación de miseria.

Me quedé paralizado un momento reflexionando sobre nuestra situación preguntándome mil veces cual sería mi destino, si tendría que seguir los mismos pasos de mi padre como obrero de “la Compañía” y repetir el ciclo de pobreza de mis padres y mis ancestros.

En ese momento me prometí a mí mismo salir de aquella ciudad de mi infancia e irme a cualquier lugar a donde fuera necesario para romper con aquella situación desesperante. No, me dije, yo no quiero este destino para mí, no me quedaré en esta ciudad para siempre, saldré de aquí y me iré lo más lejos que pueda, estudiaré una carrera, trabajaré intensamente y nunca volveré a vivir esta situación de necesidad extrema, de pobreza, y de todo lo que trae consigo. Me hice el firme propósito de que jamás claudicaría.

Me quedé dormido profundamente agotado de tanto reflexionar, de tanto soñar con mi futuro y con mi vida. Otro día volvería a la escuela y empezaría a forjar aquellos sueños.

Todavía hoy, al escribir estas líneas me estremezco con la misma emoción de entonces y un atisbo de lágrimas se asoman en mis ojos tan solo al recordarlo.

Mi padre recibió tratamiento y las larvas fueron encapsuladas y desecadas en su cerebro, pero siguió sufriendo desmayos aislados el resto de su vida, provocados por cualquier leve movimiento micrométrico que sufrieran aquellas larvas desecadas en su cuerpo.

Aunque nuestras condiciones económicas no cambiaban, mi padre empezó a involucrarse en las actividades gremiales de la Sección 65 del Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana, primero como parte del comité pro-biblioteca y después presidente del consejo de vigilancia, que era el segundo puesto después del de secretario general, que ocupaba el popular Octavio “el Cotichi” Bustamante. Eso le permitió involucrarse en la política oficial entre 1961 y 1967, durante el período del gobernador Luis Encinas Johnson, y sobre todo, a tratar frecuentemente a Gonzalo Hirata Rubiano, un cananense que era secretario particular del gobernador.

Mi viejo vivió a plenitud su vida sindical y por su responsabilidad gremial, él y “el Cotichi” acudían con regularidad a la capital del estado para hacer gestiones y a veces se entrevistaban con el gobernador Luis Encinas. Mi padre regresaba a casa henchido de orgullo con fotografías y recortes de periódicos donde ambos aparecían junto al gobernador.

En ese mismo período de gobierno mi padre fue primer regidor del ayuntamiento de Cananea entre 1964 y 1967 durante la presidencia de Víctor Manuel Tapia Berkowitz.

Aquello no era cualquier cosa. El primer regidor era legalmente el sucesor del presidente en caso de su ausencia definitiva. Representaba al presidente municipal

en muchos eventos cuando el presidente no podía asistir. Aquel jovencito que afilaba serruchos en la mina había alcanzado el más importante puesto político local.

Terminé la escuela secundaria satisfactoriamente e ingresé a la Escuela Preparatoria Federal por Cooperación Lázaro Cárdenas, recién fundada en 1964, que funcionaba en la misma escuela secundaria Mártires de 1906. Además de Cananea, a ella asistían jóvenes de Arizpe, Naco, Bacoachi, Agua Prieta, Nogales y Nacozari. Era una escuela nueva de dos años con muchas carencias y limitaciones.

Otros compañeros de la secundaria como “El Zopilote”, Álvaro Melikoff y Milo Cruz, se fueron a estudiar la preparatoria de la universidad en Magdalena. Ahí fueron condiscípulos Luis Donaldo Colosio. Sus familias tenían dinero para poderlos enviar.

Para entonces, a mis 15 años, era un adolescente que solamente había salido de Cananea 3 años antes acompañando a mi madre a Ímuris para una consulta médica, mi mundo hasta entonces conocido era el que hasta ahora les he contado. Lo demás solo eran mis sueños por salir de ese mundo.

Desde adolescente tuve empatía por la música, ya que en mi casa todo el día se escuchaba la XEFQ, que tenía un teatro estudio cubierto de madera llamado Eduardo C. Gulliver, uno de los grandes compositores cananenses, y un día escuché en la radio que ahí se presentaría el dueto los Dos Reales y fui a meterme al teatro a verlos, sin saber siquiera quienes eran. Desde entonces adquirí una imborrable pasión por la música. Conseguí una guitarra y aprendí a tocarla apoyándome en aquellos manuales llamados “Guitarra Fácil” que vendían en los puestos de revistas, y aunque soy malo para cantar, hacía lo que me gustaba.

Me apasioné tanto por la música que puedo decir que con el tiempo aprendí a reconocer a todos los tríos que había en el escenario nacional tan solo por su requinto o por su voz. Hasta hoy, a dondequiera que voy busco un lugar de cualquier tipo donde haya músicos tocando para ir a verlos. He ido a cientos de lugares en México, incluido por supuesto a Mérida a escuchar trova yucateca y siempre he dicho que desconfío de alguien a quien no le gusta la música, porque creo que no hay nada bueno adentro de quien no disfruta del arte.

El primer año de preparatoria fue una especie de continuación del tercero de secundaria, las clases eran por las tardes y en mi tiempo libre jugaba basquetbol con mis amigos, pero llegó el 1967 y las cosas cambiaron y mis experiencias también.

En la preparatoria fortalecí mi vocación deportiva practicando intensamente el basquetbol y me divertía con mis amigos asistiendo a las fiestas en las casas, algunas organizadas por unas primas que hacían fiestas con discos, ahí nos juntábamos con los demás primos.

Ese año se realizarían elecciones para gobernador en Sonora para suceder al entonces gobernador Luis Encinas Johnson y entre los precandidatos por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) que se mencionaban estaban el presidente municipal de Hermosillo César Gándara Laborín, el exdiputado local Armando

Hopkins Durazo, el ganadero Enrique Cubillas, el subprocurador de la República Fausto Acosta Romo y el diputado federal Faustino Félix Serna, que a la postre fue el ungido. Esto provocó a lo largo y ancho del estado, un alud de manifestaciones de rechazo que amenazaban con incendiarlo. En Hermosillo, la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora (FEUS), encabezó una organizada y feroz protesta creando el “Frente anti-imposicionista” convocando a los sonorenses y en particular a las instituciones de educación secundaria, media superior y superior a declararse en huelga sumándose al repudio del candidato, como lo había hecho ya la Universidad de Sonora (Unison), lo cual lograron y el estado se paralizó.

Cananea no fue la excepción en este movimiento, ya que al igual que el resto del estado, aquella ola de indignación y repudio llegó y creció y abarcó a la gran mayoría de los sectores de la población cananense.

Los estudiantes de la preparatoria pronto recibimos la visita de una delegación de estudiantes de la FEUS encabezada por Eduardo Estrada Frías, que llegó acompañado entre otros por un estudiante de ingeniería civil llamado Jesús Alberto “El Foco” Larios Gaxiola, quien, en una larga y acalorada asamblea, nos convocaba a sumarnos a la huelga, pero no logró motivarnos y acordamos no integrarnos a la misma. Dos semanas después recibimos la visita de una segunda delegación, encabezada ahora por un fogoso y tremendo orador llamado Ismael Mercado Andrews, quien con una arenga intensa y elocuente despertó nuestra indignación y de manera unánime y decidida nos sumamos a la lucha y a la huelga.

Los estudiantes de la preparatoria nos organizamos para apoyar el movimiento. Ahí estábamos Francisco “Quico” Portillo Ituarte, Raúl Sáinz Cota, Julio Alonso Loya, Ricardo Verdugo, Alfonso “Ponchín” Juvera, Juan Carlos Alcalá Sinohui, Daniel Liera Castro, Alfredo Ortiz Estardante, Juan Abdalá Sinohui, Titón Vidal, Ramón Arvayo y Alfonso Reyes, entre otros.

Recuerdo que, al término de la asamblea, henchido de emoción me fui a mi casa, recogí una cobija y una almohada y junto con muchos de mis queridos compañeros tomamos la plaza pública Benito Juárez y nos instalamos en huelga permanente frente al palacio municipal. Yo dormí emocionado en el redondel bajo el pino que se encuentra en el centro de la plaza.

Aquella que parecía ser una hermosa y cálida experiencia, cargada del más puro idealismo no resultó así, pues aún recuerdo con tristeza el fuerte sismo que causé en el seno familiar con mi decisión. Mi padre que vivía con fervor la vida sindical en su muy querida Sección 65 del sindicato minero y, por ende, era un hombre muy institucional y férreo defensor de las políticas del gobierno y su partido el PRI, me recriminó airadamente mi actitud, reclamo al que, por supuesto no hice el menor de los casos, lo que motivó que prácticamente me corriera de la casa paterna y me fuera a vivir a la plaza.

Eufóricos como nos encontrábamos ante aquella novedosa experiencia, los estudiantes nos organizamos, pusimos guardias en cada puerta y nadie salía ni entraba a la plaza sin nuestra autorización, para lo que diseñamos una papeleta que llevaba mi firma que servía como salvoconducto, ya que me convertí sin pensarlo

en uno de los líderes del movimiento en Cananea. Pasaba todo el día en la plaza organizando las actividades y escasamente dormía por las noches. Visitaba a mi madre, obviamente, cuando mi padre no estaba en casa, porque ella sí aprobaba mi participación en el movimiento.

Realizamos muchas actividades durante el movimiento, marchas, mítines y huelgas de hambre, salíamos a otros municipios en la búsqueda de apoyo moral y económico. Una de ellas fue una gira artística, deportiva y cultural a Agua Prieta, Naco, Nacozari y Bacoachi donde presentamos bailables, juegos de basquetbol contra equipos locales y además dimos conferencias en las que disertábamos sobre nuestro pensamiento. Empezaba a salir de mi mundo hasta entonces conocido.

Durante esos días, semanas y meses, recibíamos múltiples visitas de cananenses, que nos apoyaban con alimentos, medicinas, etcétera, y así recuerdo que mi tío Manuel, hermano menor de mi padre, me llevó unos calentones eléctricos para nuestras carpas y así poder soportar las bajas temperaturas.

Por aquellos días, se apareció con nosotros un hombre simpático de evidente aspecto del sur del país quien dijo ser vendedor de gallitos de madera y nos pedía posada, y de inmediato autoricé se la dieran y a partir de entonces entraba y salía cuando quería y en ocasiones se quedaba a dormir en la plaza entre nosotros y le compartíamos nuestros alimentos.

Yo no tenía ni la más mínima conciencia política sobre las razones y principios de aquel movimiento, simplemente participaba por la emoción que me causaba estar ahí y el interés por participar que despertó en mi Mercado Andrews con sus palabras.

Finalmente, el movimiento de huelga terminó con la represión del gobierno que envió al ejército a desalojar a los estudiantes huelguistas que estaban posesionados de la universidad en Hermosillo, algunos líderes fueron encarcelados y otros huyeron al exilio y los estudiantes se fueron a sus casas.

Esos mismos días, el candidato Félix Serna realizó una gira a Cananea y se le organizó un evento en el cine del minero y los huelguistas de la plaza nos fuimos al evento a gritar arengas contra el candidato y cuando la algarabía estaba en todo su apogeo, los elementos de seguridad nos tiraron gases lacrimógenos y se nos fueron encima a golpes y una de sus víctimas fue Óscar Paco Barrera, a quien le dieron duro con las macanas en la espalda y en medio del zafarrancho vi a mi padre salir del cine tapándose la boca con un pañuelo húmedo buscándome entre la multitud para sacarme de allí. Al darme cuenta y ver la situación tan difícil, me salí de entre la gente y subí unas escaleras de madera que daban al edificio del periódico El Intruso, de los más antiguos de Cananea, y al querer dar vuelta en una esquina para tomar la calle Juárez, escuché claramente como sonaban los balazos tras de mí y vi como una bala pegó en un anuncio laminado de Ungüento 666, clavado en la esquina del edificio que cayó a mis pies. No supe de dónde saqué tanta fortaleza para correr y correr sin parar hasta llegar a la plaza a reunirme con mis compañeros que llegaron tanto o más asustados que yo.

Ese mismo día en la tarde llegaron unos soldados a desalojarnos y a lo lejos noté que quien comandaba a la tropa me era conocido. Los soldados me detuvieron y me llevaron al cuartel “José Cruz Gálvez”, localizado en la Mesa del Sur en Cananea ante la presencia del oficial militar al mando de los soldados en la guarnición de la plaza, y grande fue mi sorpresa al descubrir que era nada menos que el señor vendedor de los gallitos de madera, quien me dio una reprimenda superlativa. Así, a mi corta edad, sin experiencia, ni malicia, conocí la existencia del espionaje político.

Finalmente, todos los huelguistas regresamos a nuestras casas, yo a la mía con el consiguiente perdón paternal a reintegrarme a la armonía de la vida familiar, pero con una experiencia de vida que me marcó para siempre.

Todavía recuerdo la emoción que me causó aquella experiencia de mi primera participación política que, aunque inconsciente, eso era.

Faustino Félix Serna fue electo gobernador el 2 de julio y tomó posesión el 13 de septiembre de 1967 y los estudiantes regresamos a la escuela preparatoria unos dos o tres meses para reponer los días perdidos, y las autoridades escolares, sin el mayor trámite nos dieron nuestros certificados de estudios de preparatoria terminada y nos organizaron una fiesta de graduación en la que, para ganarme unos pesos que ya me urgían, trabajé como cantinero de mis propios compañeros en la fiesta de nuestra graduación.

De acuerdo con mis planes trazados desde aquella noche triste en mi vida, el siguiente paso era hacer un hatillo con mis pocas pertenencias y levantar el vuelo rumbo a mi nueva vida: la Universidad de Sonora en Hermosillo.

Ahora que recuerdo estos pasajes de mi vida. Busco en mi interior a aquel niño para entenderlo, a aquel adolescente que se quedó en aquellas hermosas tierras, pero han transcurrido tantos años y tantas vivencias gratas e ingratas, vividas en otras latitudes y con otra gente del país, que hoy me resulta muy difícil comunicarme con ellos. Empero, puedo afirmar con toda claridad y conciencia que aquel niño-adolescente con escasos 16 años, que no obstante nunca haber salido de su terruño, ya intuía y tenía definidos sus sueños en la vida y el precio y significado de la apasionada lucha y entrega que tenía que pagar para lograrlos.

Capítulo II

HERMOSILLO Y LA CIUDAD DE MÉXICO

Aunque tenía en mis manos el certificado de preparatoria, no me sentía nada seguro para inscribirme en la universidad; primero, porque me sentía mal preparado académicamente ya que, aunado a que la preparatoria era de dos años, solamente habíamos hecho completo el primero, y el segundo apenas y fue de unos tres meses de estudio en razón de las actividades políticas en las que nos vimos inmersos, por eso algunos compañeros de generación decidieron quedarse a repetir el segundo año; y por otro lado, por el temor e incertidumbre que me provocaba irme a estudiar sin ellos a Hermosillo porque no lo conocía y solo había escuchado hablar de la capital por mis compañeros de escuela, mi papá o alguno de los vecinos del barrio.

Ahora que medito sobre ese momento de mi vida puedo suponer que mis padres se sentían igual por las mismas razones y por otra más.

Puedo imaginármelos meditando y analizando en voz baja el destino de mi vida, aprovechando la poca privacidad que podía brindarles su recámara durante las noches.

Puedo suponer a mi padre preocupado suponiendo que aquella experiencia rebelde contra el gobierno que viví, al que tanto respetaba y de la que todavía se sentía lastimado, pudo haber quedado inoculada en mi ser y podría renacer en las aulas universitarias y hacerme presa de los demonios políticos universitarios y que me llevara a un destino irremediamente equivocado en la vida, e inseguro también por la inmadurez en la que me encontraba a mis apenas dieciséis años, que me podría ser objeto de tomar un mal rumbo en aquella gran ciudad como lo era Hermosillo, conociendo mi temperamento a veces incontrolable.

Sin embargo, puedo imaginarme también a mi madre, de carácter más firme y decidido que él, respondiéndole que el viaje a Hermosillo podría servirme para aprender a enfrentarme solo con la vida y los golpes que recibiera de ella me servirían para aprender a atemperar mi carácter y que era mejor para todos que me fuera a la universidad.

Creo que mi madre tendría razón, me conocía hasta lo más profundo de mi ser desde que me tuvo en su vientre y, además, en mis años de vida a su lado habíamos establecido una estrecha vinculación emocional y sabía bien que podría salir adelante ante cualquier adversidad.

Cuando me hicieron saber su determinante decisión de que me fuera a Hermosillo, resurgió lo mal que me sentía por irme y abandonar a mis compañeros de preparatoria, pero al mismo tiempo recapacité sobre aquel sueño que me había propuesto desde niño para salir adelante en mi vida y la de mi familia, y eso fue lo que me dio el ánimo y la fortaleza para abandonar mi ciudad.

Tomada la decisión, mi padre me llevó con su gran amigo Francisco Murrieta, tesorero del sindicato, a quien le debo mi más profundo agradecimiento; me otorgó una beca de \$350.00 mensuales de parte de la Sección 65 del sindicato minero.

Por su parte, mi madre me acompañó a la cooperativa sindical para comprarme un veliz de lámina color verde, de aquellos que tenían llave y herrajes de orillas filosas que si uno se descuidaba le provocaban heridas en las manos.

Hasta entonces solo conocía hacia el sur hasta Ímuris y del rumbo de Hermosillo solo había escuchado de un paraje en la carretera con el nombre de El Oasis, el que me imaginaba como nos los habían descrito en la secundaria, un pequeño lago en el desierto rodeado de palmeras.

Una mañana temprano de un día de agosto de 1967 el autobús de pasajeros que me llevaría a Hermosillo salió del estacionamiento, recorrió pausadamente las calles que quedaban para salir de la ciudad y desde mi ventanilla vi cada una de aquellas imágenes que conocía desde mis aventuras infantiles en la calle y las guardé todas en mi memoria hasta que salimos de la zona urbana y enfilamos por la carretera hacia el oeste y en la última cuesta, antes de llegar al puerto que forman las sierras la Mariquita y la Elenita divisé el paisaje más representativo de mi ciudad que se me quedaría en la mente y el corazón para siempre: la ciudad completa con sus campos mineros y las chimeneas de la fundición echando humo. A partir de ahí el autobús agarró la bajada del puerto hacia Ímuris y me quedé con el recuerdo de mi querida ciudad, en la que, sin saberlo, nunca más volvería a vivir.

De Ímuris hacia el sur todo lo que veía era nuevo para mi, a partir de ahí conocí el paisaje semidesértico de los valles y sierras costeras de Sonora. El viaje fue largo y tedioso, pasamos por Magdalena, Santa Ana y Benjamín Hill y no recuerdo haber visto el paraje el Oasis que tanta curiosidad tenía por conocer.

Llegamos al atardecer a Hermosillo a la estación de camiones localizada por la calle Sonora y Manuel González donde tomé un taxi que me llevó a la calle Naranja N.º 33 entre Tamaulipas y Zacatecas, donde vivían mi primo cuatro años mayor que yo, Manuel “el Chapo” Navarro Nogales, que estudiaba contabilidad; Rubén “el Morrongo” Sierra Durazo; José Manuel “el Chepa” Martínez; Jesús Peralta; Miguel Ángel “el Nicle” Yanes; Efraín “el Willbur” Sepúlveda; Francisco “el Chico” Sepúlveda y el “Mayco” León, un grupo de amigos cananenses que me darían alojamiento en su casa. Otros cananenses, como “el Chivo” Merino, Pedro Santana y Francisco “el Cuny” Soto Figueroa, y Francisco Nevares, de Mexicali, habían vivido en esa casa, todos mayores que yo.

Me asignaron un espacio en una de las recámaras de la casa, compré una cama portátil de resortes usada a la que le puse unas tablas porque los resortes estaban ya muy vencidos y coloqué bajo la cabecera mi veliz de lámina. Los demás dormían en catres y solamente uno en cama.

Sintiéndome sumamente inseguro por mi mala preparación preparatoria, al siguiente día acudí a la universidad a inscribirme en la Escuela de Derecho e hice el examen de admisión con la inseguridad de si pudiera aprobarlo ya que solo aceptaban a cien de los aspirantes.

Nos informaron que los resultados del examen serían publicados en el edificio de Rectoría, lo que me produjo una gran angustia que me mantuvo insomne el tiempo que esperé la publicación. Todos los días acudía al departamento de Servicios Escolares a localizar mi nombre en el tablero de anuncios y cada día nos informaban que el día siguiente aparecerían las listas.

Finalmente llegó el día de la publicación y ansioso recorrí con mi dedo índice nombre por nombre aquella lista angustiante, pasé de los cincuenta, sesenta, ochenta y al llegar a los noventa casi dado por vencido, vi el nombre “López Nogales Armando” en el número noventa y ocho de la lista de cien. Había pasado el examen solo dos números antes del último.

Aquello me produjo una alegría sin límites y me fui corriendo hasta la casa dándoles las gracias al Sagrado Corazón de Jesús, que mi madre me había enseñado a venerar, y a ella misma, a informarles a mis compañeros de casa de mi felicidad.

No puedo imaginarme cuál hubiera sido el destino de mi vida si no logro pasar aquel examen de admisión porque entonces, lo que menos pensaba era regresar a Cananea.

Solamente Jesús Peralta y yo estudiábamos leyes, los demás Contabilidad, por lo que no convivíamos mucho académicamente con ellos, ya que nosotros teníamos otro ritmo de estudio.

Pasamos muchas privaciones, pero éramos felices; nosotros mismos nos atendíamos, limpiábamos la casa, preparábamos nuestra comida y lavábamos nuestra ropa. Pagábamos una cuota mensual, pero a veces había algunos que no les alcanzaba y se atrasaban en la mensualidad lo que provocaba serias discusiones y conflictos “familiares” entre los hospedados.

Cada semana íbamos al mercado Insurgentes de la calle Veracruz y Yáñez a comprar la despensa y a quien le tocaba hacerlo compraba lo que a él más le gustaba. Había un compañero que compraba hígado, que a mí no me gustaba ni por asomo, y como desquite cuando a mí me tocaba la despensa compraba lo que sabía que a él no le gustaba.

Hermosillo me pareció una ciudad enorme a la que nunca iba poder conocer completa. Al inicio del año escolar un compañero cananense de la escuela, Heriberto “el Beto” Calderón y yo, caminábamos mucho en la zona centro para conocerla; había peseros en los que podíamos haber conocido las colonias periféricas, pero no teníamos dinero para pagarlos.

Recuerdo que me impactó mucho el centro de la ciudad, el Palacio de Gobierno, la plaza Zaragoza, el hotel San Alberto por su grandeza, el restaurante Pradas, al que por cierto nunca entré a comer. El edificio de la Rectoría de la universidad me pareció el lugar más solemne y hermoso que había visto en mi vida, una impresión que todavía tengo en mi memoria.

La escuela de leyes estaba localizada junto a la escuela de contabilidad, frente a la puerta que daba al asilo de ancianos donde la calle Reyes entronca al bulevar Luis Encinas, por lo que me quedaba a unas diez cuerdas de la casa de huéspedes.

Confieso que mis primeros días de clases fueron de mucho temor, pero poco a poco me fui aclimatando al ambiente, sobre todo adaptándome al estilo de mis primeros maestros, entre quienes recuerdo con cariño a Abraham F. Aguayo, un profesor muy estricto; Fortino López Legazpi; Carlos Cabrera Muñoz; Carlos Gámez Fimbres; Miguel Ángel Cortez Ibarra, hoy mi consuegro; Raúl Encinas Alcántar; Juan Antonio Ruibal Corella; Roberto Reynoso Dávila y Jesús Enríquez Burgos.

Al principio viví un choque espantoso con las materias de leyes, sobre todo con el método de estudio y de evaluación establecidos; nunca olvidaré la clase de sociología impartida por el Lic. Aguayo que hacía exámenes trimestrales orales y yo no había hecho nunca uno de ese tipo, yo no sabía hilar mis ideas y menos frente a mis compañeros.

En el primer examen me quedé mudo y poco a poco pude sobreponerme a aquella brutal experiencia escolar, pero después empecé a prepararme para ese tipo de exámenes y los pasé con muy buenas calificaciones. Esa experiencia me sirvió mucho en mi formación como abogado.

Con el profesor que más me relacione fue con el Lic. Cabrera Muñoz, un connotado notario que era casi un santo en la clase de Derecho Civil. Una vez alguien le dejó en el escritorio del aula un dibujo de un barco, dándole a entender que eso era, un profesor barco que pasaba a todo mundo sin mayor recato. Aquella broma lo hizo enojar mucho y partir de ese día se puso durísimo en las clases y en los exámenes de ese año reprobó a treinta de los treinta y cinco alumnos del grupo; solo pasamos el curso cinco, entre ellos yo que obtuve calificación de cien.

Esa calificación le llamó la atención sobre mí y empezó a interactuar conmigo empezando por preguntarme quién era yo, de dónde era y cuáles eran mis planes como alumno. A partir de entonces iniciamos una sana relación afectiva que trascendió más allá de la clase y cada vez que necesitaba algún consejo o apoyo acudía a él y siempre me respondía generosamente, puedo decir que fue mi mentor durante mi carrera. La misma relación mantuve con su hijo Carlos, porque jugaba con nosotros en el equipo de basquetbol. Con Gámez Fimbres también tuve una buena relación académica.

Cuando estaba en segundo año de la carrera llegaron mis amigos de la preparatoria de Cananea, que ya la habían terminado y se habían inscrito en diversas carreras en la universidad.

Uno de ellos, Raúl Sáinz Cota, me invitó un día a un departamento localizado por la calle Serdán donde vivían unos estudiantes, a una reunión de amigos entre quienes estaba Anita López, hija de Maximiliano “el Machi” López, un líder agrario del sur del estado asesinado en 1953, por sus ideas izquierdistas.

Raúl me presentó ante sus amigos como un compañero suyo desde la infancia en Cananea, íntegro y honesto en mis ideales y de su absoluta confianza. Escuché con tranquilidad la discusión y debate entre ellos y la invitación que me hacían para unirme a la lucha revolucionaria socialista que estaban emprendiendo.

Me despedí cordialmente de ellos y al ir rumbo a mi casa me dije terminantemente que jamás volvería a involucrarme en aquellas luchas revolucionarias que pretendían derrocar al sistema, ya había tenido suficiente actividad política y había sufrido mucho en aquel año del '67 en Cananea y había decidido que aquello ya no estaría en mis planes de vida. Jamás volví a esas reuniones.

En la escuela de leyes procuré no involucrarme en asuntos políticos; la única vez que participé fue cuando se renovó el consejo directivo de la sociedad de alumnos y le ayudé discretamente a Alfonso Molina Ruibal, un alumno que iba dos años arriba de mí, en su campaña para ganar la presidencia.

Puedo decir sin empacho que fui un buen estudiante, de los de muchos dieces en la boleta, todo el tiempo lo ocupaba en estudiar, y como en la casa no teníamos aire acondicionado, iba mucho a la biblioteca Benjamín Franklin que estaba frente al lado izquierdo de la rectoría, al otro lado del bulevar Luis Encinas, enseguida de la gasera donde muchos años después estuvieron las oficinas de la pantalla de noticias Hermosillo Flash. También acudía a la biblioteca central de la universidad en el edificio del Museo porque ahí había abanicos, aunque el férreo carácter de la bibliotecaria Estelita Vázquez García ponía nerviosos a los estudiantes.

En esos tiempos se decía que la biblioteca Franklin era un reducto de la CIA que la usaba como centro de espionaje y los alumnos que asistíamos a ella, éramos aleccionados e infiltrados al interior de la universidad.

La matanza del '68 en el Distrito Federal no tuvo un gran impacto e influencia en mí; en ese tiempo me sentía ajeno a todo movimiento social. La experiencia de Cananea me había dejado muy resentido y para entonces seguía sin el interés de involucrarme nuevamente en nada de eso.

Mi vida social como estudiante era muy limitada ya que apenas tenía para subsistir y no podía hacer mayores gastos. Recuerdo que Ricardo Martínez Verdugo y yo, los domingos salíamos con nuestras mejores ropas y nos íbamos caminando por el bulevar Rodríguez hasta la agencia de carros Datsun, donde nos sentábamos en la banqueta a ver pasar muchachas; al anochecer nos regresábamos a la casa de la calle Naranjo a dormirnos temprano.

También acostumbábamos a visitar a nuestros compañeros de escuela oriundos de Navojoa, Orlando Santini Almada y Armando Salido, que vivían en un departamento por la calle Yáñez, tan solo por el hecho de que tenían aire acondicionado y pasábamos unas horas con ellos disfrutando del aire fresco en el ardiente verano hermosillense. Otros grandes amigos de la escuela que recuerdo fueron Manuel Coronado, oriundo de Pueblo de Álamos y a Julio Villa Acuña.

Desde que llegué a la universidad integré el equipo de basquetbol de la escuela de leyes y pronto empezamos a sobresalir en los campeonatos internos y una vez nos invitaron a un torneo en Guaymas y Empalme. Nos hospedamos en el hotel Playa de Cortés en Miramar, cerca de Guaymas, y ahí viví otra de las más grandes emociones de mi vida: conocí el mar.

Después de instalarnos los compañeros dijeron que había que salir a disfrutar de la playa, algo que jamás había pasado por mi mente; hasta entonces toda mi vida la había pasado en las montañas de la sierra y no tenía ni la más remota idea de lo que era la playa.

Salimos de los cuartos en tropel y al llegar a la orilla y ver aquella inmensa e infinita masa de agua, lo primero que sentí fue una enorme curiosidad de meterme en ella. En Cananea no hay río, solamente un ojo de agua cercano a la ciudad donde nace el río Sonora y solamente cuando está lloviendo aparecen algunas corrientes que bajan el agua por las pequeñas cañadas que hay en la ciudad, pero nunca había visto un río caudaloso y mucho menos me había bañado en algún “bacerán” de un río.

Lo que más me impresionó fue el sonido del vaivén de las olas y el horizonte infinito que me recordó las llanuras de las praderas entre Cananea y Agua Prieta. A mis dieciocho años conocí aquella infinita llanura de agua salada, donde no pude bañarme aquel frío día de noviembre.

En Empalme nos tocó un Baile Blanco y Negro que no pude disfrutar hasta el final, porque por primera vez en mi vida conocí el frío húmedo del mar, diferente al de Cananea, que corta y congela los rasgos de la cara, pero no congela las entrañas como aquel. Me salí del casino, me subí al camión, le arrebaté una cobija al chofer y me enrosqué en mi asiento castañeando los dientes hasta que salimos de ahí. Nunca en mi vida había, ni he sufrido ese frío como el de aquella noche que jamás olvidaré.

En mi vida interna era muy tímido, no era bueno para *noviar*, a pesar de ser alto y delgado. Una vez hubo un baile en el gimnasio de la universidad donde se presentó Alberto Vázquez, el cantante de moda en esa época; fui con la intención de aprender a bailar y saqué a una muchacha mayor que yo. Le expliqué que no sabía bailar y le pedí que me enseñara. Bailé toda la noche con ella.

La vida en la calle Naranjo era muy pacífica y de estudio, tal vez por las limitaciones económicas que teníamos todos. Los compañeros de casa, todos dos o más años mayores que yo, eran unos anacoretas que solo se la pasaban estudiando y no iban ni a bailes ni a fiestas, si acaso, tomaban cervezas en la casa, que por cierto, por ser el menor, a mí me enviaban a comprarlas a cambio de compartirme unos vasos. Nunca me había gustado la cerveza, me parecía repulsiva y solo la había tomado por convivir con mis amigos de la preparatoria.

Como no teníamos dinero para comer y comprar cerveza al mismo tiempo, pronto encontramos la forma de tener ambas cosas. Las cervecerías del sector donde vivíamos daban muy buena botana como lizas fritas, carne con chile y algunos asados, si se consumía cerveza en el local; así, urdimos ir a una cervecería diferente cada semana, consumir cerveza y comer gratis. Solíamos ir a el Torito, la Ballena y la Ballenita que estaba por la calle Cuernavaca, donde ponían un cesto de lizas fritas en la mesa; ahí trabajaba don Hilario que después puso su propia cantina a la vuelta de la cuadra llamada El Campo. Íbamos también a La Tropiconga, donde daban caguama que, aunque no me gustaba, me la comía por necesidad, y

más lejos a La Bohemia, a un lado de la plaza de la bandera frente al Palacio Municipal.

Gastábamos tres pesos en cervezas y comíamos muy bien. Recuerdo que servían un vaso grande llamado longa que costaba \$1.20 y otro más chico que costaba 60 centavos.

Un día cualquiera me visitó en nuestra casa mi amigo cananense Ricardo Valenzuela Liera y me invitó a irme a vivir con él en un cuartito que tenía en casa de su tía Gilda Mada de Liera, en una casa localizada tres cuadras al sur de donde vivíamos por la misma calle Naranja. La familia Mada era de condición muy pobre, pero me aceptaron generosamente en su casa por la misma mensualidad que yo pagaba donde vivía con mis amigos. Ahí viví feliz con aquella familia atenta y con mi amigo Ricardo.

Un día doña Gilda me informó con todo comedimiento y prudencia que necesitaba que le pagara más, pero yo no tenía forma de hacerlo, así que decidí irme a vivir a otra casa donde vivía mi primo Manuel Zatarain Nogales en la calle Colima, frente a la casa de don Israel González, dueño del periódico El Pueblo. En esa casa permanecí hasta terminar la carrera universitaria.

En aquel tiempo a los estudiantes de tercer año nos daban una carta de pasante provisional que nos permitía litigar, y empecé a hacerlo con José María Arreola “el Rana”, que nunca terminó la escuela. Arreola tenía su despacho en los altos del edificio Loaiza por la calle Serdán frente al edificio de correos.

Recuerdo que una vez “el Rana” y yo acudimos a una oficina cercana al estadio Fernando M. Ortiz a hacer una diligencia. Cuando pasamos por enfrente del edificio del Partido Revolucionario Institucional (PRI) “el Rana” me dijo: “Vente, vamos a afiliarnos al PRI”, y nos metimos al edificio de ese partido e hicimos el trámite para inscribirnos y nos dieron una credencial. Yo no tenía ni la más remota idea de partidos políticos y mucho menos de elecciones, ya que nunca había votado. Recogí la credencial de cartulina que me dieron, la metí en la bolsa del pantalón y todavía la conservo entre mis archivos.

Litigábamos derecho mercantil conscientes de nuestras limitaciones, pero gracias a esa oficina me sucedió una de las cosas más grandes que me habían sucedido hasta entonces y que fue para siempre: conocí a la única novia que tuve en mi vida, Laura Alicia Frías Careaga.

Fabio Gabriel Frías Inclán, mi suegro, un hombre serio y estricto, era un topógrafo oriundo de Durango, pero formado en la Ciudad de México, quien llegó a Sonora trabajando para el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, y después para la Comisión Agraria Mixta donde llegó a ser secretario.

Al llegar a Hermosillo, mi suegro conoció y se casó con Alicia Careaga Amador, hija del jefe de la estación del ferrocarril José Careaga Calderón, un hombre de origen español que llegó de Culiacán a vivir a Hermosillo a hacerse cargo de la estación ferroviaria. La familia Frías Careaga vivía por la calle Calzada de Guadalupe en la colonia San Juan.

Para hacerse de más recursos, mi suegro estableció un negocio de copiado de planos en los bajos del edificio Loaiza, donde puso a cargo a su hija Laura Alicia.

Cada vez que subía y bajaba por las escaleras del edificio o bajaba a sacar alguna copia veía a Laura Alicia que siempre estaba en el mostrador del negocio de su padre. Ella dice ahora que me vio y le llamó la atención mi formalidad y seriedad. Cruzamos palabras algunas veces, después la invité a un café; ella me invitó a su casa con la formalidad de la época y al tiempo ya éramos novios.

Terminé la carrera de Derecho en 1972 con mis compañeros de generación Orlando Santini Almada, Armando Salido, María Teresa González, Teresita Lanz, Manuel Coronado, Héctor Parra Enríquez (quien ya era profesor normalista y alumno veterano de leyes), Román Ariel Abarca Cancino, Armando Aguilera Moroyoqui, Pedro Amaya Rábago, José Albino Araiza Lizárraga, Leonel Arguelles Méndez, Oscar Becerril Estrella, Eduardo Anastasio Chávez García, Rodolfo Córdova Reséndiz, Manuel de Jesús Coronado, Emilio Cruz Moreno, Ramón De la Puerta Cons, Oscar Humberto Encinas Parra, Andrés Espinoza Méndez, Lucina Esther Girón Patiño, Islas Ignacio Contreras, Manuel Jiménez Gutiérrez, Teresita Lanz Woolfolk, Jesús Fernando Leos Montiel, Rubén Enrique Leyva Castro, Miguel Fernando López Obregón, Juan Eduardo Loustaunau Flores, Jesús Manuel Manjarrez Lomas, Francisco Javier Manzo Taylor, Francisco Mendoza Palacios, Silvia Meza Borbón, Miguel Montaña Olvera, Jesús Ortega Villegas, Carlos Patiño Torres, Sonia Quintana Tinoco, Manuel Ramos Franco, Damián Salazar Aguayo, Orlando Santini Almada, Humberto Tapia Munguía, Oscar Varela Corella, Gilberto Velderráin Otero, Julio Arnoldo Villa Acuña, Juan Guillermo Wahnnatah Cota y Celestino Zamorano Beltrán.

Cuando terminé la carrera seguía pensando en que el único objetivo que tenía era llegar a ser alguien en la vida, tal y como lo había soñado desde niño en Cananea. No quería ser el gran abogado litigante local, las opciones en Hermosillo eran muy pocas para los jóvenes, y los despachos divinos se llevaban todos los casos importantes y redituables.

Me di cuenta que mi sueño no lo lograría en Hermosillo, no tenía padrino político, no conocía a nadie; visité despachos buscando trabajo, entre otros el de Héctor Acedo Valenzuela, y no me lo dieron; busqué recomendaciones y no encontré quien me las diera; se me cerraron las puertas y me dije a mí mismo, me voy de aquí, me iré a la Ciudad de México a hacer un doctorado aprovechando el convenio entre la Unison y la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), bajo el cual allá aceptaban alumnos de la Unison en la Facultad de Estudios Superiores de Derecho.

Decidí irme a la Ciudad de México aprovechando que mi hermano Rafael se encontraba allá estudiando el tercer año en la Escuela Libre de Derecho y trabajando en el Departamento de Notarías del despacho Basham, Ringe y Correa, S. C.

Cuando Rafael terminó la secundaria decidió ponerse a trabajar y encontró trabajo en la notaría del licenciado Homero C. González en Cananea, mientras

estudiaba la preparatoria, y cuando la terminó decidió estudiar leyes y el licenciado González generosamente le dio una beca y una carta de recomendación para que se fuera a México a estudiar.

Mi decisión estaba firmemente tomada; me fui a Cananea a agradecerle al sindicato la ayuda recibida y éste me tenía una sorpresa muy agradable: me había ganado el premio que entregaba a los alumnos que habían conservado su beca por sus buenas calificaciones, que consistía en \$650.00. Lo acepté más que gustoso, les di mi agradecimiento y me despedí de ellos y de mi familia. Mi madre me ayudó de nuevo a empacar mi veliz verde, me dio su bendición y me regresé a Hermosillo a despedirme de mi novia y su familia.

Mi novia Laura Alicia entendió perfectamente mis planes y me dio todo su apoyo sin discusión alguna.

Corría el año de 1972, tomé un autobús de transportes Tres Estrellas de Oro y me fui a buscar mis sueños con el firme propósito de obtener mi especialidad y doctorado en derecho.

Mi mundo hasta entonces conocido solo llegaba a Empalme hacia el sur, de ahí en adelante todo era nuevo para mí, absolutamente solo y aterrado por todo lo que había escuchado del D. F., donde abundaban los asaltos y la muerte. Desde la ventanilla del camión mi mente iba digiriendo lo que mis ojos veían kilómetro a kilómetro, pensando y pensando en lo que el destino me deparaba. Me habían contado que, a Marcos Álvarez, un amigo de Cananea que se había ido a México antes, su mamá le metió el dinero en la bolsa de la chamarra y se lo coció con la máquina de cocer. Así era el miedo que le teníamos en Cananea al D. F.

Pasábamos pueblos y ciudades donde el camión entraba a las centrales de autobuses a bajar y subir pasajeros y a recargar combustible, temeroso de que me dejara el camión solo me bajaba para comer algo y me subía inmediatamente de nuevo. Recuerdo mucho Mazatlán porque ahí me bajé acompañado de unos señores que trabajaban como choferes conduciendo carros nuevos para las agencias de automóviles en la costa del Pacífico, porque otros pasajeros nos dijeron que afuera de la central camionera vendían cocteles de camarón más buenos y baratos; tuvimos que salir corriendo al darnos cuenta que nuestro camión ya estaba saliendo de la central camionera. Tremenda reprimenda que nos dio el chofer por nuestra negligencia y nos recordó severamente que solo nos había dado quince minutos para bajar.

Confieso que acepté la invitación de mis compañeros de viaje porque nunca en mi vida había comido camarones y me ganó la curiosidad de probarlos.

En un pueblo de Nayarit se descompuso el camión y estuvimos un buen tiempo esperando que lo repararan y aprovechamos para comer cocteles y trozos de frutas que no conocía como la piña, los mangos y otras frutas locales. Mi niñez había estado inundada de frutas serranas como ciruelas, manzanas, chabacanos y duraznos, que se producían en abundancia en Cananea, pero nunca las frutas tropicales.

El viaje continuó y me fui dando cuenta como el clima y el paisaje iba cambiando y cambiando cada tanto tiempo. Dejamos el desierto caluroso y seco. Pasamos a la zona del Trópico de Cáncer húmedo y caluroso, después subimos al altiplano donde el clima refrescó hasta que después de treinta y seis horas llegamos al D. F., alto y fresco como mi Cananea.

Llegamos a México a las tres de la mañana a la estación de autobuses Tres Estrellas de Oro en la calle Niño Perdido N.º 306, entre Arcos de Belén y Dr. Erazo, Col. Santa María Ixcotel, cerca del Salto del Agua. Del miedo que me daba la Ciudad de México, apenas tuve valor para bajarme del camión a esperar a que amaneciera y mi hermano Rafael pudiera ir por mí. Me quedé en una silla esperando sin dormir y pasadas más de dos horas después del amanecer llegó mi hermano para encontrarme sumamente enojado por la espera.

Me llevó directamente a la casa de asistencia donde vivía, localizada en la esquina de las calles Cuauhtémoc y Querétaro, cerca del Centro Médico Nacional de la colonia Roma.

El D. F. me dio una terrible impresión, cientos de veces más que la que sentí cuando conocí Hermosillo, por su gigantismo. Confieso que llegué con un terror indescriptible, pero lo superaba por el firme deseo que tenía de ser un abogado con estudios de doctorado en la UNAM.

La divina providencia hizo algo por mí desde el momento en que llegué; en la casa de huéspedes donde vivía mi hermano me encontré con el cananense Marcos Álvarez que tenía años viviendo allá, quien me preguntó de mis planes en la ciudad y luego de contárselos me informó que en el despacho Sepúlveda-Martínez del Campo, localizado en el cuarto piso del edificio Anáhuac de Lafragua y Antonio Caso, estaban necesitando un abogado.

Al siguiente día temprano hablé por teléfono al despacho y me respondieron que me presentara esa tarde a una entrevista de trabajo. Rafael me dio instrucciones de cómo llegar tomando un camión de la ruta Centro Médico-Bucareli lo cual hice, vestido con el único saco y corbata que tenía. Al llegar al lugar que Rafael me dijo que me bajara me perdí, no pude encontrar el edificio Anáhuac y no llegué a la entrevista pactada.

Me regresé caminando al departamento muy enojado conmigo mismo por el error cometido, deseando que unos chilangos me asaltaran para desquitar mi coraje contra ellos, hasta que llegué a la casa de huéspedes con lágrimas de rabia y coraje en los ojos, por mi torpeza y estupidez. Ahí fue cuando le perdí el miedo a la ciudad y a apaciguar mi temperamento contra ella.

Al siguiente día llamé de nuevo argumentando mi impuntualidad y la persona que me respondió me dijo que no me preocupara, que fuera de nuevo en la mañana con tiempo a mi cita y así lo hice, solo que esta vez caminando desde la casa por todo Cuauhtémoc hasta Bucareli; di con el edificio, tuve mi entrevista y me dieron el trabajo para empezar otro día.

Días después me inscribí en la especialidad en Derecho Constitucional y Administrativo en la Facultad de Estudios Superiores de Derecho de la UNAM, no sin antes haberme perdido tres veces para dar con la escuela.

Pronto me adapté a la rutina de vida en aquella gigantesca ciudad. Me levantaba a las 4:30 am y tomaba un camión en Cuauhtémoc y San Luis Potosí que me dejaba en Insurgentes, donde tomaba otro que me dejaba en Ciudad Universitaria, ya que mis clases eran de 7 a 9 de la mañana, donde tenía como maestros a Ignacio Burgoa Orihuela, Héctor Fix Zamudio y Fausto Enrique Vallado Berrón, entre otros grandes juristas mexicanos.

Después de la escuela, mi trabajo consistía en hacer trámites en diferentes oficinas públicas porque el despacho manejaba solo asuntos administrativos. Tenía que ir a la Secretaría de Industria y Comercio en la calle Cuauhtémoc, a la Secretaría de Hacienda en el Palacio Nacional, a la Secretaría de Gobernación en la calle Bucareli, donde tramitaba cambios de calidad migratoria, y al Tribunal Fiscal de la Federación, en la calle Varsovia.

Al terminar mi periplo diario interdependencias, a eso de las tres de la tarde comía alguna torta o tacos en cualquier lugar y me iba al despacho a rendirle cuentas al licenciado Juan Martínez del Campo, excelente abogado originario de Nuevo León, que me pagaba \$2,000.00 mensuales por mis servicios.

Yo no estudiaba, ni conocía de los asuntos que gestionaba, simplemente era una especie de “corre ve y dile”, que llevaba y traía documentos entre el despacho y las dependencias de gobierno. Al año de estar haciendo ese trabajo en la metrópoli, mi cuerpo era un costal de huesos sin músculos que pesaba cincuenta kilos.

Todos esos viajes, entre oficina y oficina, los hacía en metro, así que nunca conocí la Ciudad de México por arriba.

Una vez me regresé a la casa caminando y lo hice cruzando la colonia Doctores, famosa por su peligrosidad, y en una calle me encontré a Rafael que me dio una gran regañada por aquel atrevimiento que me ponía en peligro.

No obstante, de la intensa fatiga de mi trabajo y los estudios, me sentía bien, pero seguía latente en mi conciencia que no me había titulado.

En aquellos peregrinarios diarios de oficina en oficina, acudía a diario a la Primera Sala del Tribunal Fiscal de la Federación que presidía el magistrado Guillermo Holguín Hermida. Con el tiempo conocí a los otros magistrados y al personal administrativo de dicha sala, que mucho me apoyaban y asesoraban. Recuerdo particularmente a una abogada magistrada, a quien le caí bien (lamentablemente he olvidado su nombre). Todos le tenían terror por su exigencia, pero yo le tuve mucho aprecio. Murió mientras yo trabajaba en el despacho y fui a su sepelio con un gran respeto y gratitud hacia ella.

Un buen día, que jamás habré de olvidar, me indicaron que el magistrado presidente Holguín Hermida quería hablar conmigo. Confieso que me quedé de piedra de terror cuando me lo dijeron porque supuse que me iba a correr de ese tribunal al enterarse de que yo no tenía cédula profesional; si bien estaba estudiando en la División de Estudios Superiores, era debido a que el convenio que

tenían la UNAM y la Unison permitía aceptar pasantes de Derecho, como era mi caso.

Acudí sumamente temeroso a su oficina. Holguín Hermida era un hombre mayor de complexión robusta, adusto y serio, que, de entrada, me dijo:

—Joven abogado, lo veo muy seguido en estas oficinas, muy puntual, muy diligente en su trabajo. ¿De dónde es usted?

—De Sonora, señor presidente.

El semblante se le transformó y una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro.

—Quiero decirle que tengo muy buenos recuerdos de su tierra, hace años fui juez de distrito en Hermosillo y conocí a excelentes y talentosos jóvenes abogados que trabajaron conmigo.

Me mencionó algunos; recuerdo al licenciado German Tapia Gámez, que curiosamente había sido mi maestro de Amparo en la Unison.

Sin mayores preámbulos, me dijo: “Yo percibo que donde usted trabaja lo están explotando, le ofrezco que se venga a trabajar conmigo como mi secretario de acuerdos”.

Me quedé helado por la sorpresa de su generosa propuesta, nunca pasó por mi mente la posibilidad de trabajar ahí; me armé de valor, le agradecí infinitamente su amable gesto y le confesé que no estaba titulado. Frunció el ceño y me dijo: “Pues sí, esa sí que es una contrariedad”, sin embargo, me expresó, “no se preocupe, haga su tesis, titúlese y regrese conmigo a trabajar.”

Salí de su oficina feliz, eufórico, agradeciéndole al cielo sus bendiciones.

Según recuerdo esa misma tarde me presenté en las oficinas del bufete con mi renuncia en mano ante el Lic. Juan Martínez del Campo, quien, para mí orgullo, se resistió a aceptarla manifestándome que tenían planes respecto a mi persona. Sin embargo, yo estaba decidido, así que insistí en mi renuncia que, desilusionado, tuvo que aceptármela.

Le informé a mi hermano Rafael de mi decisión, que, por supuesto puso el grito en el cielo preocupado, preguntándome de qué iba a vivir en aquella gran ciudad mientras elaborara mi tesis.

Procedí entonces a entrevistarme con la señora dueña de la casa de huéspedes explicándole mi situación y solicitándole que me diera crédito, mismo que le pagaría en cuanto me titulara y tuviera mi nuevo trabajo. No accedió, pero me ofreció un cuarto en la azotea del edificio, cuya renta le podría pagar cuando trabajara, lo cual le agradecí sobremanera.

Aquel era un horrendo y miserable cuartucho con una cama mugrosa y una puerta de lámina que se amarraba con alambres.

Dejé de ir a la UNAM para dedicarme exclusivamente, con mucho ánimo e ilusión, a elaborar mi tesis profesional acudiendo mañana y tarde a la Escuela Libre de Derecho, con “Poncho” el bibliotecario, con quien mi hermano y sus amigos me recomendaron, el cual me brindó todas las facilidades como si fuera un alumno más de aquella prestigiada escuela.

Aquellos fueron unos meses muy difíciles para mí; prácticamente vivía de la caridad de mi familia, de mi madre y de mi novia Laura Alicia, quienes me enviaban un billete de veinte o cincuenta pesos en una carta, y de lo que había ahorrado de mi trabajo. La señora de la casa de asistencia, que tenía una niña, nos daba una comida muy mala, por lo que comía unas tortas de queso de puerco en la calle Cuauhtémoc que me costaban un peso.

Cuatro meses después, una vez concluida mi tesis, me trasladé a Hermosillo a mi escuela de Derecho, donde, por aquel entonces, el director era el licenciado Héctor Rodríguez Espinoza, quien me asignó como director de tesis a un excelente abogado y maestro mío de la materia de Economía, el licenciado Raúl Encinas Alcántar, que, con el invaluable apoyo de la señora María Borgo, una extraordinaria mujer que me ayudó a hacer todos los trámites administrativos, el día 1 de junio de 1973 presenté mi examen profesional con la tesis titulada “Las reclamación internacional y sus condiciones de admisibilidad”, que trataba de los requisitos que deben cumplir los extranjeros en México en sus reclamaciones internacionales por las pérdidas sufridas con motivo de la Segunda Guerra Mundial, ante un jurado presidido por el licenciado Raúl Encinas Alcántar, actuando como secretario el Lic. Luis Edmundo Navarro Tino Flores y los profesores Óscar René Téllez Ulloa, Santiago Cota de la Torre, Apolonio Millán Duarte, como vocales. Fui aprobado por unanimidad, según se asienta en el acta de examen N.º 236 de la Escuela de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Sonora.

Mi tesis estaba dedicada amorosamente a mis padres, con todo mi agradecimiento y cariño; a mis hermanos, a mi escuela, a mis tíos y primos, a mis maestros y a mi novia Laura Alicia. La mandé imprimir en la imprenta Tesis México, en Payta N.º 771, atrás del cine Futurama, en la colonia Linda Vista.

Título en mano ya estaba listo para regresar a la Ciudad de México, sin imaginar lo que el destino me deparaba.

Henchido de emoción, muy feliz e ilusionado me regresé a capital del país y de inmediato me presenté ante el magistrado Guillermo Holguín Hermida, quien al recibirme me felicitó con efusividad por mi esfuerzo e indicándome que procedería a realizar los trámites administrativos necesarios para poder aspirar al puesto de secretario de acuerdos que me había prometido, diciéndome que una vez cubiertos los requisitos él me llamaría.

A los pocos días recibí su llamada y al recibirme lo encontré serio y con el gesto adusto y de preocupación. Con seriedad me informó que no le sería posible darme el trabajo porque el sindicato se había opuesto terminantemente a mi nombramiento, ya que tenía una larga lista de miembros abogados “meritorios” con más antigüedad que yo para ocupar dicho puesto.

Sin embargo, muy apenado, pero comprometido con su palabra de hombre de bien, me recomendó con su gran amigo el juez tercero de distrito administrativo Héctor Hugo Rico Chapital, cuyas oficinas estaban por la calle Bucareli, a las cuales me trasladé inmediatamente.

El juez Rico Chapital me recibió con toda amabilidad y me ofreció el puesto de actuario, prometiéndome que, en un tiempo mínimo de dos años, me podría ascender a actuario-proyectista. Con toda honestidad debo decir que su propuesta no fue de mi agrado, porque representaba volver a trabajar en las calles de las cuales prácticamente venía huyendo. Le agradecí su ofrecimiento y respetuosamente decliné aceptarlo.

Creo que lo hice tal vez por orgullo juvenil, porque necesidad me sobraba, seguía siendo huésped de aquel cuartucho de azotea y apenas tenía para comer, pero mi estado de ánimo era muy alto y optimista, pues ya era todo un abogado titulado y estaba seguro de que podría encontrar un mejor trabajo.

A partir de ese día empecé un peregrinar de días, semanas y meses visitando despachos, bancos y empresas en busca de trabajo y me encontré con una triste realidad: con todo y mi título en mano nadie me contrató.

Desde que llegué a México mantuve una permanente comunicación con carta con mis padres y mi novia, donde les informaba de todo lo que hacía. Al informarle a mis padres de mi desesperación por no encontrar trabajo, mi padre me respondió con una carta de recomendación de su puño y letra dirigida a su amigo Gonzalo Hirata Rubiano, a quien había tratado mucho como secretario particular del gobernador Luis Encinas Johnson, cuando él había sido presidente del consejo de vigilancia del sindicato minero y regidor del ayuntamiento de Cananea. Hirata trabajaba en el Banco Nacional de Crédito Ejjidal, cuyo director general era precisamente el ex gobernador de Sonora.

Con tan valioso documento en mano, ilusionado, me di a la tarea de localizar a Hirata a quien encontré en la calle Motolinía, donde me recibió adusto y parco en sus oficinas, una tarde de un verano que jamás olvidaré.

Le expliqué el motivo de mi visita y con orgullo le entregué la carta de su amigo. Serio y con cierta brusquedad en sus palabras, sin haberse dignado siquiera a abrir el sobre con la carta, me dijo: “No conozco a ningún Rafael López Martínez de Cananea y no estoy en condiciones de ayudarte”.

El mundo se me abrió a los pies con aquella respuesta y de esa entrevista solo lamento dos cosas: la primera, haberle dejado la carta que con tanta emoción le había escrito mi padre y que seguramente fue a parar al bote de la basura. La segunda, que me dolió hasta el fondo de mi alma, el haber despreciado aquella carta que con toda sinceridad le había escrito mi viejo con sus manos de carpintero y corazón de dirigente sindical, quien lo consideraba un gran cananense y su amigo.

Supongo que mi padre consideraba a Hirata su amigo, tal vez porque en aquellas antecámaras y reuniones en las oficinas del gobernador Encinas, conoció y trató a aquel ilustre paisano, quien, con la fingida amabilidad y respeto característica de algunos políticos, hizo creer a aquellos hombres recios y honestos y obreros puros, que eran amigos. Para no hacerlo sentir mal, a mi padre nunca le platiqué nada respecto al que consideraba su amigo.

Pero el destino pone a cada uno en su lugar y unos años después me volví a encontrar a Hirata en las oficinas del gobernador del estado de Sonora Alejandro

Carrillo Marcor, y por supuesto que no me reconoció y yo tampoco le recordé de mi decepcionante primer encuentro con él.

Seguí buscando trabajo y en mi peregrinar fui a dar a una oficina en la calle Fray Servando Teresa de Mier llamada Bancomático, que era del Banco Nacional de México, donde había un departamento reclutador de personal para el banco bajo la coordinación de una señora mayor de apellido Melo, de quien conservo un agradable recuerdo, donde los solicitantes de empleo pasábamos horas haciendo antesala para hacer los exámenes básicamente psicométricos con reloj en mano, y una vez llenado nuestro expediente nos despedían diciéndonos que nos llamarían si acaso había algún trabajo para nosotros.

Coincidentemente enseguida del Bancomático, por la calle Bolívar N.º 145, estaba el edificio del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, conocido popularmente como el “Agrario”, donde laboraba mi gran amigo originario de la Paz, Baja California Sur y compañero de la escuela de Derecho, Aldo Virgilio Fenech Larios, a quien fui a visitar para saludarlo.

Desde la entrada al edificio del “Agrario” el panorama era desolador, apenas se podía caminar por los pasillos porque había campesinos sentados en el piso, durmiendo o comiendo, los elevadores no servían. Subí por las escaleras al cuarto piso donde trabajaba mi querido Aldo y el espectáculo era aún peor, todo era un caos, un desorden. Aldo compartía el mismo escritorio con otras tres o cuatro personas para trabajar.

Lo invité a salir a la calle para platicar en un café o a comer algo y me dijo: “Imposible hermano, aquí nos vigilan más que en un campo de concentración”.

Esa fue la desagradable impresión que me quedó del “Agrario”. Nunca trabajaré en una oficina como ésta, me dije, sin saber que el destino me haría comer “una sopa de ese mismo chocolate”.

El túnel de mi vida seguía negro y mi situación ya era angustiante, mal comía en una fonda enfrente de mi casa de asistencia donde vendían caldo de pollo y comida corrida a seis pesos y cobraban un peso más si queríamos que nos pusieran huevo estrellado, encima del arroz. Llegó el momento que ya no pude pagar ni eso y mucho menos el precio del refresco y solo podía comerme por la calle Cuauhtémoc una torta de queso de puerco a la que le ponía mucha mayonesa y mostaza para llenarme, pero como dice el dicho popular: “Cuando una puerta se cierra, otra se abre”.

Alguien me comentó que en el Banco Nacional de Crédito Ejidal también trabajaba otro sonoreense llamado Carlos Robles Loustaunau y que tal vez el podría ayudarme. No lo pensé dos veces y me apersoné en su oficina pidiendo una audiencia y sorprendentemente para mí, me recibió de inmediato. Yo no lo conocía y me encontré con una persona jovial, sumamente atento, con un gran trato y disposición. “Yo te voy a ayudar”, me dijo y empezó a hacer una serie de llamadas telefónicas en mi presencia.

Al finalizar una de ellas me expresó contundente: “Ya está, preséntate en las oficinas del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, ahí te darán trabajo”.

Cuando escuché el nombre de la institución a donde tan amablemente me recomendaba, se me enrizaron los cabellos. Me había jurado a mí mismo que nunca trabajaría en el “Agrario” y a esa dependencia me estaba enviando. No lo podía creer. Me puse de pie, le agradecí enormemente su ayuda y le di un abrazo de despedida.

Por supuesto que no acudí a cumplir la recomendación de Robles Loustaunau y continúe con mi búsqueda incesante de trabajo.

Un día fui al aeropuerto a recibir a un amigo que viajaba de Hermosillo, al ir caminando por los pasillos me encontré de frente con el licenciado Carlos Robles Loustaunau que de inmediato me reconoció, y me preguntó por qué no había asistido a cumplir con su recomendación de trabajo. Sumamente apenado no acertaba a responderle y él mismo interrumpió mi balbuceo diciéndome, prácticamente ordenándome tajante: “Sin excusa ni pretexto, preséntate mañana temprano con el ingeniero José Humberto Bermea Cárdenas en las oficinas de la Dirección General de Inafectabilidad Agrícola y Ganadera, donde él es el director”. Bermea Cárdenas era un reconocido ingeniero agrónomo egresado de la Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro del estado de Coahuila.

Así lo hice y la fortuna me volvió a sonreír, ya que en las oficinas de aquella dirección en Fray Servando N.º 129 el panorama era completamente diferente al de el “Agrario”. En el edificio que ocupaba aquella dependencia todo era nuevo e impecable: el edificio, los muebles, las máquinas de escribir, los baños, todo era nuevo.

Me dieron una plaza como revisor de expedientes y con ella me inicié en el servicio público, precisamente en el “Agrario”, donde viví una de las experiencias más fructíferas y aleccionadoras de mi vida.

Y como dice otro refrán, “Dios aprieta, pero no ahorca, y cuando da, lo hace a manos llenas”. Cuando apenas tenía escasos días laborando en el “Agrario” y ya tenía un ambiente laborar agradable, recibí una llamada de la señorita Melo, la reclutadora de personal de Bancomático, para informarme que después de los múltiples exámenes y evaluaciones a mi persona había sido seleccionado para trabajar en el Banco Nacional de México. Grande fue mi sorpresa al recibir tal noticia, que por supuesto no esperaba. Le agradecí infinitamente todas sus atenciones con el compromiso de llamarla de nuevo para informarle mi aceptación del empleo.

No dormí pensando que decisión tomar, y después de mucho reflexionar y meditar, le llamé para decirle respetuosamente que declinaba su generosa oferta. Por supuesto que no le agradó mi determinación. Es más, tratando de disuadirme para que recapacitara, me indicó que el banco estaba por abrir el departamento fiduciario en Sonora, precisamente en Hermosillo y que ella podría ver la manera

de enviarme a mi estado. No obstante, lo atractivo de la propuesta, confirmé en mi decisión dejándole mi afecto y reconocimiento por siempre a la señorita Melo.

Debo de confesar que mucho pesó en mi ánimo los largos y penosos meses de vivir en la búsqueda de trabajo, así que, decidí quedarme en el “Agrario” y el tiempo me dio la razón de que había tomado la decisión correcta.

Para aquellos años yo ya dominaba perfectamente el movimiento del metro y sabía perfectamente dónde bajarme para llegar a las oficinas, no tenía ya mucha convivencia con mi hermano Rafael porque él tenía su propia agenda de trabajo, además yo vivía en el cuarto de azotea de la casa de asistencia y casi no lo veía, así que las decisiones de mi vida las tuve que empezar tomar por mí mismo.

Dos o tres meses después de que había ingresado al servicio público, el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización que encabezaba el Lic. Augusto Gómez Villanueva, tomó una serie de medidas para evaluar y capacitar a más de dos mil empleados que, como era mi caso, recién habíamos ingresado a esa dependencia del gobierno federal.

Sin aviso alguno, un día cualquiera se presentó un grupo de personas con cámaras de televisión y relojes en mano a la dirección general donde yo trabajaba. Su propósito era evaluar nuestra preparación y capacidades. Procedieron a entregarnos a cada uno de nosotros una serie compuesta de quince expedientes para su análisis, revisión y estudio y elaboráramos un dictamen y determináramos si estaban debidamente integrados de acuerdo con la Ley Federal de Reforma Agraria y el Reglamento de Inafectabilidad Agrícola y Ganadera, normas jurídicas que para entonces yo ya había estudiado hasta el más mínimo detalle.

Una vez que me entregaron mis expedientes me dediqué a analizarlos uno por uno detalladamente y transcurrido el tiempo, concluí con mis análisis y con las observaciones correspondientes, entregando mis expedientes ya revisados.

Tiempo después, una mañana se me requirió en la oficina del ingeniero Bermea Cárdenas, quien personalmente me informó que tenía en su poder los resultados del proceso valuatorio, donde aparecía que mi trabajo había sido muy bien calificado y me felicitaba y exhortaba a continuar con empeño, ya que los tiempos requerían jóvenes responsables, preparados y con vocación de servicio. Con ese preámbulo y en forma directa me dijo: “Quiero que te hagas cargo del Departamento Jurídico de la Dirección Agrícola y Ganadera de esta oficina”. Me quedé sin habla por la sorpresa y no atinaba a responder nada. Al fin le agradecí efusivamente la distinción y la enorme responsabilidad que me confería.

Debo agregar que, si bien es cierto que mi trabajo fue evaluado, sin duda alguna creo que la recomendación del licenciado Carlos Robles Loustaunau fue un factor determinante para mi ascenso, por lo que quiero dejar fiel constancia de mi más profundo afecto, agradecimiento y reconocimiento para él. Lamentablemente en otro tiempo y otras circunstancias esa amistad se truncó, pero por fortuna no tuve responsabilidad alguna para que aquello sucediera.

Aquel año de 1973 el presidente de la república Luis Echeverría Álvarez, atendiendo el legítimo reclamo de miles de pequeños propietarios y ganaderos del

país que demandaban seguridad en la tenencia de la tierra, requerían obtener el certificado de inafectabilidad agrícola o ganadero, ya que de acuerdo con la legislación vigente con ese documento podían solicitar el juicio de amparo. Creó el Programa Nacional de Expedición Masiva de Certificados de Inafectabilidad Agrícola y Ganadera, cuya responsabilidad recaía en la Dirección General de Inafectabilidad Agrícola y Ganadera, donde yo trabajaba.

Para cumplir con el programa, el gobierno federal dotó de enormes recursos materiales y económicos a este programa y por ello en nuestra dirección general contábamos con brigadas de ingenieros, abogados, personal técnico y administrativos en todos y cada uno de los estados de la república, equipados con vehículos, equipos, sueldos, viáticos y todos los insumos necesarios.

Aquel programa era un verdadero contrasentido, ya que al mismo tiempo que había un programa de dotación de tierras ejidales, éste dotaba de certificados de inafectabilidad a predios de posible expropiación para dotárselos a los ejidos, por lo que era de muy difícil ejecución, ya que la mayoría de los delegados agrarios, máxima autoridad agraria en las entidades federativas, no veían con buenos ojos la expedición de estos certificados.

Su oposición era obvia. Recibían constantemente solicitudes de dotación, ampliación, restitución de nuevos centros de población y la presión de los grupos y centrales campesinas era muy fuerte oponiéndose a la expedición de dichos certificados de inafectabilidad, ya que, sin duda, todos los predios estaban señalados como susceptibles de afectación agraria en sus radios legales, a lo largo y ancho del país. Por ello, los delegados agrarios se resistían a integrar los expedientes que, si bien es cierto que nuestras brigadas no dependían jerárquicamente de ellos, eran ellos mismos quienes los firmaban y remitían a las oficinas centrales.

Una vez que llegaban los expedientes a nuestras oficinas centrales el problema continuaba. Primero era revisados por nuestro personal y si estaban mal integrados eran regresados por oficio a las oficinas estatales para su corrección. Una vez integrados correctamente, nosotros elaborábamos un dictamen y se los remitíamos al Cuerpo Consultivo Agrario, constituido por consejeros del presidente de la república, donde por cierto el consejero por Sonora era Emilio Álvarez Ibarra, quienes primero los revisaban en sala y después en el pleno del cuerpo consultivo. Finalmente venía la revisión más dura, la de la consejería jurídica de la presidencia, donde si el expediente era aprobado, se elaboraba el decreto presidencial respectivo que se publicaba en el Diario Oficial de la Federación.

Me extendí en detalles en la explicación del proceso con la firme intención de tratar de describir la enorme y radical transformación que viví en el ámbito personal y profesional con el desarrollo de estas actividades.

A mis escasos veintitrés años asumí aquella gran responsabilidad y aprendí a marchas forzadas en el contacto y manejo de personal, pero sobre todo en su trato. Mi oficina disponía con más de 300 personas entre abogados, secretarías y personal técnico en dos turnos de mañana y tarde.

Desde entonces aprendí para siempre que a los subalternos se les debe de dar buen trato, que el ambiente en el que trabajan les sea agradable, aunque ganen poco. Que un empleado se duerma pensando que el día de trabajo del día siguiente no será un infierno sino todo lo contrario, aunque no gane un gran sueldo.

Empecé a viajar por todo el país sosteniendo reuniones de trabajo con representantes de la pequeña propiedad, de la confederación ganadera y sus uniones estatales, así como con los abogados de sus departamentos jurídicos. Tuve el honor y privilegio por mis funciones de participar en el Cuerpo Consultivo Agrario, en medio de aquel cuerpo de santones, con voz, pero sin derecho a voto, y conservo gratos y enormes recuerdos de esa etapa de mi vida.

Hasta entonces solo conocía una pequeña parte de mi estado y el trayecto carretero hasta la Ciudad de México desde la ventanilla de un autobús, y ahora estaba conociendo todo mi querido país.

En ese tiempo yo no tenía trato con campesinos, solo con propietarios agrícolas y ganaderos.

Recuerdo que una vez el ingeniero Bermea me dijo que habría cambio en la dirigencia de la Unión Ganadera de Chiapas a celebrarse en la población de Pichucalco y que yo iría en representación del jefe del “Agrario” a ese evento. Sentí que me tragaba la tierra, ya que no conocía aquella región pensando que me encontraría una población en condiciones de vida primitiva. Para llegar a Pichucalco había que volar a Villahermosa y de ahí viajar por tierra a aquella población. Al llegar al evento que se realizaba en un enorme galerón y con la honrosa representación del jefe, sentado en el presidium junto a don Güilebaldo Flores, presidente de la Unión Ganadera, veo entre el público que alguien hacía señas con la mano, pero jamás imaginé que fuera para mí.

Al terminar evento y al bajar del presidium, grata fue mi sorpresa al encontrarme con José “el Pepón” Bojórquez, mi compañero de la primaria y secundaria en Cananea que trabajaba en la Secretaría de Recursos Hidráulicos en Chiapas. A partir de entonces llegué a la conclusión que el mundo no era tan grande como siempre lo había creído en mis años en Sonora. Así me encontré con muchos amigos en todo el país.

Durante ese tiempo en el “Agrario” trabajaba todo el día en la oficina y salía hasta media noche o la madrugada, porque en ese tiempo ningún jefe se iba de su oficina sin antes recibir una llamada desde los Pinos, informándoles que el presidente Echeverría ya se había retirado a descansar, y los empleados menores teníamos que hacer lo mismo. A mi nada de aquello me hacía mella, tenía apenas 23 años y energía me sobraba, a la hora de la comida salía a hacerlo en los restaurantes del sector de la oficina donde conocí a otros compañeros de trabajo del “Agrario”, pero de otras oficinas, entre ellos a Luis Manuel Robles Naya, originario de Santiago Ixcuintla, Nayarit, que trabajaba en el Departamento de Acuerdos Presidenciales donde se hacían los que llamábamos “cartones” que no eran otra cosa más que los certificados de inafectabilidad listos para su publicación. A Robles Naya me lo presentó Aldo Virgilio Fenech, quien era su jefe en aquel

departamento. En ese tiempo conocí también a algunos sonorenses que vivían en México como Homobono Alcaraz, Héctor Cárdenas Vázquez, Francisco Vizcaíno Murray y Ricardo Castillo Peralta.

Como jefe del departamento jurídico viajé prácticamente por todo el país donde siempre era atendido por los abogados de las uniones ganaderas locales. Así conocí al licenciado Humberto Medina Ainslie, padre de Rodrigo Medina de la Cruz, quien sería gobernador de Nuevo León; al licenciado De la Holla en Chihuahua, al licenciado Donato en Tabasco, entre tantos otros más.

También tuve la oportunidad de conocer a Antonio Aguilar, Gastón Santos Jr. y a José Ángel Espinoza “Ferrusquilla”, quienes como propietarios de ranchos hacían trámites en mi oficina en busca de certificados de inafectabilidad, y a un hombre extraordinario llamado don Pedro Suinaga Suinaga, que había sido embajador de México en Canadá y futbolista profesional con el equipo América y seleccionado nacional en el Torneo Olímpico de fútbol de 1928. Él me enseñó que siempre hay que ser formal y puntual en todo, incluso, a nunca llegar antes ni después a una cita.

Cuando viajé por primera vez a Yucatán, el gobernador Carlos Loret de Mola Mediz acudió a las oficinas con el ingeniero Bermea a exponerle el problema político que le estaban causando en su estado los certificados de inafectabilidad agraria expedidos en la región Oriente de su estado. Todos los documentos habían sido declarados apócrifos, y por lo tanto nulos, por decreto del ejecutivo federal, debido a que funcionarios federales habían hecho mal uso de la firma facsimilar del presidente Echeverría.

Los ganaderos propietarios de los predios se sentían totalmente inseguros en la tenencia de su tierra, amenazados por los campesinos demandantes y exigían que se les regularizara aquella situación. Bermea me comisionó para que viajara a Yucatán a resolver aquel difícil problema.

Viajé a Mérida y a mis veinticuatro años me recibió el gobernador en su oficina del palacio de gobierno acompañado de sus funcionarios, que por cierto iba saliendo a un viaje a Nicaragua para acompañar al presidente, y me dejó al frente de sus empleados. En Mérida me dio posada en su casa el ingeniero Cano Guerra, un empleado del “Agrario”.

Pasé seis meses recorriendo los trece municipios de la región Oriente de Yucatán e ideé algo que se me ocurrió sería la solución: levantar un plano de conjunto, ubicando cada uno de los ranchos con certificados nulos, ubicándolos en el plano, determinado su superficie, anexado todos sus documentos legales, y obteniendo los consentimientos de los colindantes de cada uno de ellos para que se les extendiera un nuevo certificado.

Con mi plano en ristre y los documentos de consentimiento de todos los involucrados, llevé el caso ante el Cuerpo Consultivo Agrario donde expuse mi explicación ante el doctor en derecho Manuel Ruiz Daza, consejero por Oaxaca, famoso por la dureza en sus juicios, quien lo llevó ante el pleno del Cuerpo

Consultivo. El asunto se resolvió exitosamente y Ruiz Daza me felicitó públicamente por mi trabajo.

Con el tiempo recorrí casi todos los estados del país siendo atendido en algunos por los gobernadores y en otros por las asociaciones de ganaderos y los delegados agrarios, quienes seguían permanentemente oponiéndose a la expedición de certificados agrarios, ya que aquellos conflictos les provocaban un verdadero infierno con los campesinos solicitantes de tierras.

Yo intervenía hasta el fondo en aquellos debates internos sobre los casos y eso me dio un gran aprendizaje en la materia agraria que puedo decir llegué a dominar, y a mi corta edad empecé a obtener una gran seguridad personal. A mí me preocupaba mucho el trato humano con los involucrados en los conflictos y aprendí a no humillar, ni a maltratar a las personas con las que me relaciono.

Aunque muy joven, como jefe hablaba mucho con mis empleados acerca del trato con el personal que nos rodeaba.

Aunque maduré muy pronto, hubo algunos asuntos que no alcancé a comprender como el de Ernesto Julio Teissier Flores, un periodista y analista político cuya columna “Reporte sobre política” era publicada por los principales periódicos de México. Un día me llamó el ingeniero Bermea para mostrarme unos expedientes integrados a nombre de ese periodista que había tenido un fuerte enfrentamiento con Gómez Villanueva, el jefe del “Agrario”, quien ordenó se le devolvieran los expedientes al poderoso periodista y Bermea me envió a mí a entregárselos.

Llegué a la oficina del periodista y tímidamente se los entrego explicándole que yo no sabía de que se trataba, pero él comedidamente los recibió y me dijo que no me preocupara, que él si entendía del asunto. Aquellas circunstancias de tráfico y enfrentamiento de poder a mi edad no las entendía en lo más mínimo.

Alguna vez vine a Sonora en mi calidad de jefe del departamento jurídico a resolver asuntos agrarios cuando el ingeniero Díaz de León, un profesional “santón” al interior del “Agrario”, era el jefe de brigada del “Agrario” en el estado; estaba convencido de que se podían extender certificados de inafectabilidad en predios de 200 hectáreas, ya que en el decreto de colonización de la Costa de Hermosillo así eran las superficies de los predios agrícolas, cuando la ley establecía que los certificados solo eran para predios agrícolas de 100 hectáreas, por lo que me negué rotundamente a emitirlos. Cuando venía a Sonora lo hacía de manera privada acudiendo a las oficinas locales sin tener mayor contacto con nadie más que con los empleados y con mi novia.

Seguí viajado por toda la República trabajando intensamente y dando algunas conferencias sobre el procedimientos de inafectabilidad en las diferentes dependencias federales relacionadas con los asuntos de la tierra, pero aquel programa era un verdadero desorden, por una parte el presidente Echeverría promovía el reparto agrario y al mismo tiempo la expedición de certificados de inafectabilidad agraria, lo que creaba un verdadero infierno en las oficinas

delegacionales entre los titulares y los grupos campesinos, y yo tenía que viajar a los estados a resolverlos.

Después el presidente López Portillo promulgó la Ley de Fomento Agropecuario con el propósito de resolver el problema de los certificados, pero tampoco funcionó. Recuerdo que una vez fui a Guanajuato a resolver el caso del predio llamado San Pablo del Comedero, propiedad de un primo de Hugo B. Margáin, que había sido secretario de Hacienda y Crédito Público; integré la documentación para expedir un certificado de inafectabilidad agropecuaria y logré sacarle la firma al delegado agrario. Estoy seguro de que ése fue el único certificado agropecuario que se expidió amparado en esa ley durante mi paso por el “Agrario.”

Ya con un sueldo seguro en mi trabajo decidí que mi hermano Rafael, Aldo Virgilio Fenech, Edmundo Bejarano Maya y un muchacho Torres de León, Guanajuato, nos fuéramos a vivir a otra casa mejor en la calle Puente de Alvarado, cerca del museo de San Carlos que pagábamos entre todos.

En esos años en la Ciudad de México, lo más común era que cuando un familiar o algún amigo iba para allá, me llamaba para que los recogiera en el aeropuerto y los atendiera como una especie de guía de turistas. Perdí la cuenta las veces que fui a Chapultepec a llevar a algún visitante, pero fueron tantas que me aprendí de memoria las salas del castillo y cada uno de los animales del zoológico.

Mi diversión era acudir a un bar llamado Azul localizado por la calle Mérida o ir al cine Morelia ubicado en la esquina de las calles Obregón y Morelia, donde veíamos tres películas por cinco pesos y comíamos tortas de queso de puerco. Rafael y yo íbamos a comer tortas en la esquina de Donceles y Allende en el Centro Histórico, enseguida del senado de la República, un recinto al que muchos años después entraría por la puerta grande. También íbamos al restaurante Olas Altas, también en el centro de la ciudad donde comíamos comida española.

Rafael era fanático del *bel canto* y algunas veces lo acompañé al Palacio de Bellas Artes. Me gustaba mucho ir a un teatro tipo *burlesque* que estaba por la calle 20 de noviembre y al teatro Blanquita. Una vez, Rafael, mi amigo Torres Frausto y yo nos fuimos a Acapulco a pasar unos días.

Me comunicaba permanentemente con mi novia por cartas y cada fin de semana por teléfono desde una caseta cerca de mi casa. Al sentirme seguro en mi trabajo y ya con un buen sueldo decidí pedirle que se casara conmigo, lo cual aceptó de inmediato e hice un viaje especial a Hermosillo para pedirla. Mis padres vinieron de Cananea a cumplir con el protocolo tradicional y fijamos la fecha de boda para el 23 de noviembre de 1974.

Nos casamos ese día en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen en una misa oficiada por el padre Esteban Sarmiento. La fiesta fue en el salón Las Palmas, propiedad del señor Enrique Kuri Henaine, que su ubicaba en el actual Palacio de Justicia, dos cuadras al sur del Palacio de Gobierno, en la capital sonoreense.

A la boda asistieron por mi parte, además de mi familia, algunos primos que vinieron desde Cananea; también mis amigos del “Agrario” en México, entre ellos

mi jefe, el ingeniero Bermea Cárdenas, los técnicos de la brigada de inafectabilidad que estaban acantonados en Hermosillo, y muchos otros más. Mi padrino fue don Luis “el Lichi” Ocampo, esposo de una hermana de mi suegra a quien le tengo un especial afecto.

Me habían dado solo tres días de vacaciones en mi trabajo, así es que nos fuimos a Guadalajara donde pasamos el fin de semana y el jueves siguiente ya estaba trabajando en México.

Antes de casarme había rentado un departamento de una recámara en la calle Circular Morelia en la colonia Roma, donde nos instalamos felices e ilusionados. La oficina me quedaba a dos estaciones del metro y todos los días iba a comer al departamento, pero antes pasaba por un mercadito cercano a comprar un ramo de flores para la casa.

Apenas nos habíamos instalado en el departamento cuando Laura sospechó que estaba embarazada. Acudimos a un consultorio de la calle Durango en la colonia Roma para una revisión y análisis. Nos informaron que el análisis era positivo y al salir tan solo puse un pie en la banqueta salté tan alto como lo hacía como basquetbolista y me fui brincando hasta el departamento.

Acompañaba a Laura a sus consultas al hospital 20 de noviembre. Ella tenía serios problemas de varices y sufría mucho, por lo que la llevé con una doctora que tenía su consultorio frente al cine México; le enseñaba ejercicios para parir sin tanto dolor.

Un mes antes de parir decidió irse a Hermosillo a casa de sus padres, porque queríamos que nuestro hijo fuera sonoreense. Yo me quedé en México trabajando. Unos días antes del parto le llamaba todos los días a don Luis Ocampo para que me informara del suceso, y me decía que la habían llevado al hospital, pero la regresaban porque aún no era tiempo.

El sufrimiento en mi soledad de México era insoportable, hasta que el día 4 de agosto de 1975 nació mi primer hijo en el Hospital Dr. Fernando Ocaranza del Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado (Issste). Una semana después volé a Hermosillo a conocerlo y a bautizarlo con el nombre de Luis Armando; lo de Luis fue para diferenciarlo con mi nombre. Días después nos regresamos a México con nuestro hijo recién nacido.

En el “Agrario”, independiente de mi oficina, había otra dirigida por Gonzalo Aguilera, donde se promovía la cancelación de los certificados de inafectabilidad, a donde acudían campesinos de todo el país a promover cancelaciones, entre ellos un muchacho de Sonora quien un día, al saber que yo era sonoreense fue a visitarme. Así conocí a Juan de Dios Terán Enríquez, un líder agrario originario de San Bernardo en la sierra de Álamos que organizaba a un grupo de campesinos solicitantes de tierras en el Valle del Yaqui.

Hasta entonces todo era felicidad para mí en el trabajo, donde estaba aprendiendo del tema agrario, y conviviendo con mi esposa Laura Alicia y mi hijo Luis Armando. De pronto mi destino cambió radicalmente. De nuevo el destino irrumpió en mi vida marcándome otros derroteros.

Capítulo III

REGRESO A SONORA

El 24 de octubre de 1975, se dio un acontecimiento de triste memoria en Sonora, la muerte de siete campesinos, en el predio el Chaparral del *block* 407 del Valle del Yaqui, entre ellos precisamente Juan de Dios Terán Enríquez, que fue la chispa que detonó una autentica explosión violenta en el campo sonoreño que se tradujo en invasiones de tierras, no solo en el Valle del Yaqui, sino en todo el estado, lo cual provocó la caída del entonces gobernador Carlos Armando Biébrich Torres, quien fue sustituido por el senador Alejandro Carrillo Marcor.

Aquel problema político se tornó en un grave problema eminentemente agrario-campesino, lo que motivó toda la atención del gobierno federal y muy particularmente de las autoridades en materia agraria, que ya para entonces el “Agrario” se había convertido en la Secretaría de la Reforma Agraria.

Debido a la grave situación que imperaba en mi estado se requería la presencia permanente en la entidad del secretario, en ese entonces Félix Barra García, al que lo acompañaban sus más altos funcionarios, entre otros, el ingeniero Bermea Cárdenas, mi jefe inmediato, quienes se fueron a Sonora, mientras yo permanecía en oficinas centrales atendiendo mi responsabilidad.

Pasadas unas semanas el ingeniero Bermea se comunicó conmigo para darme la instrucción de que me trasladara a Sonora para representarlo ya que, entre otras cosas me manifestó que tenía muchas semanas sin ver a su familia y que ya se le había terminado la ropa limpia y, medio en broma, me insinuaba que Hermosillo era una ciudad muy cara.

De esa manera regresé a mi querido terruño, en una comisión de trabajo, mientras mi querida esposa Laura Alicia se quedó solita con nuestro hijo en la Ciudad de México, ya que nuestra situación económica no nos permitía hacer gastos extraordinarios tan caros como lo era comprar boletos de avión.

En esos días de intensa crisis, el gobernador sustituto Carrillo Marcor y sus más cercanos colaboradores laboraban en el Hotel Internacional, en la calle Rosales y yo me integré con ellos a la vorágine del trabajo entre funcionarios federales y estatales.

En realidad, no era mucho lo que hacía porque todos los trámites que se hacían eran demandas de tierras de los campesinos y nadie solicitaba títulos de inafectabilidad, ya que nadie se atrevía a hacerlo ante aquel hervidero de campesinos exigiendo tierras, quienes a veces demandaban la cancelación de algún título y el asunto me lo turnaban a mí.

En ese trajinar me encontré casualmente en los pasillos del hotel a mi querido maestro y director de tesis Raúl Encinas Alcántar, recién estrenado como Secretario General de Gobierno, quien me reconoció de inmediato y me preguntó que si qué

hacía ahí, y mientras caminábamos le expliqué el motivo de mi presencia, y en forma directa me dijo: “No te vayas a regresar a México porque necesito hablar en privado contigo”, y caminando con prisa, me adelantó: “Quiero que te integres a trabajar con nosotros en este nuevo gobierno”, y sin esperar mi respuesta se retiró.

Encinas Alcántar había nacido en Obregón en 1936, y al terminar la secundaria se trasladó a Hermosillo a la preparatoria, donde fue el alumno líder fundador la Escuela de Derecho en la Unison, donde solo cursó dos meses por diferencias con las autoridades universitarias y emigró a la capital del país a inicios de 1955, donde se tituló en 1959. Por esos años conoció a Carrillo Marcor con quien se vinculó por las ideas liberales socialistas lombardistas de ambos y lo había ayudado en su campaña política para senador. Por esa razón era de los pocos sonorenses que tenía vínculos directos con Carrillo, y el gobernador le había pedido que le recomendara gente para integrar su gabinete.

El único miembro del gabinete que no había sido recomendado por Encinas era Héctor Lutteroth Camou, un hermosillense que había emigrado a Baja California desde 1961, que había sido recomendado por el profesor Luis López Álvarez como tesorero estatal.

Debo de confesar en principio que para nada me agradó aquella generosa oferta de trabajo, ya que ni remotamente había pensado en la posibilidad de regresar a Sonora. Yo venía en plan de trabajo y además me encontraba feliz y satisfecho de mi responsabilidad en México. Lo que sí me urgía era regresarme con mi joven esposa.

Esa misma tarde me comuniqué vía telefónica con el ingeniero Bermea, a quién después de hacerle un informe de mis actividades, le hice saber del ofrecimiento de trabajo en Hermosillo. Me indicó que él hablaría con el licenciado Encinas y después se comunicaría conmigo. A los pocos días me habló y de forma directa y tajante y me ordenó: “Sin excusa ni pretexto no te muevas de Sonora, ya hablé con el licenciado Encinas Alcántar, estoy totalmente de acuerdo con su propuesta de trabajo, búscalos”. Me quedé paralizado con su respuesta, no entendía lo que estaba pasando.

Días después me apersoné temprano en la oficina del licenciado Encinas Alcántar en el Palacio de Gobierno. Aquello era una vorágine de actividades: me pasaron a su antesala, transcurrieron los minutos y las horas, yo me ponía de pie y me sentaba; pero lo más incómodo que me resultaba era que no conocía a ninguno de sus colaboradores, ni a las secretarías, y me di cuenta de que ellos tampoco me conocían a mí, yo era un perfecto desconocido en mi tierra, era lo que en Sonora llamamos un “sonoguacho”. El único conocido que supe trabajaba allí era Alfonso Molina Ruibal, mi excompañero de la escuela de leyes a quien conocía solo de vista, que trabajaba como secretario particular del gobernador.

Al llegar Carrillo Marcor como gobernador sustituto a Sonora en 1975, Molina Ruibal, muy joven, era el secretario general de la Universidad de Sonora, con su profesor Alfonso Castellanos Idiáquez como rector, y Encinas Alcántar,

quien también había sido su maestro en la universidad, lo invitó a trabajar al gobierno como secretario particular del gobernador.

Alfonso Molina Ruibal era un joven culto que había estudiado en Francia e Inglaterra y hablaba inglés y francés, un perfil muy parecido al del gobernador, por lo que Encinas supuso que se entenderían bien. Curiosamente, siendo estudiante de maestría en Desarrollo Económico en Inglaterra, Alfonso había conocido y saludado como estudiante mexicano en el extranjero al entonces senador Alejandro Carrillo quien estaba en aquel país acompañando en una gira al presidente Echeverría, y se le acercó para saludarlo y cruzar unas palabras con él como su coterráneo sonoreense.

Cuando le dijeron al gobernador Carrillo que su secretario particular hablaba inglés y francés, le agradó la propuesta, pero dudó un poco y lo primero que hizo fue hacerle un examen de ambos idiomas, mismo que Alfonso pasó sin problema alguno. Carrillo hablaba inglés perfectamente y francés muy bien. Todo eso me lo contó Alfonso tiempo después, cuando ya éramos amigos cercanos.

Así transcurrían los días y el secretario de gobierno me mandaba decir que estaba atento a mi asunto, que no me desesperara, que regresara otro día.

Mientras el tiempo transcurría y Alcántar no me recibía ni me informaba nada. Ya con desesperación le informaba a mi jefe de lo que ocurría y su respuesta era firme: “Espérate a que te reciba”.

Al fin un día me recibió y me informó que quería que me hiciera cargo de la delegación de la Secretaría de la Reforma Agraria en Sonora, que en ese entonces estaba a cargo de Ricardo Martínez Wilson. Me dijo que estaba complicándose el cambio porque al parecer el delegado Martínez era familiar de uno de los subsecretarios, mismo que se oponía al cambio. Me pidió que tuviera paciencia, y que si me enfadaba en su antesala, que me fuera a la Plaza Zaragoza localizada frente al palacio y la catedral, que él me mandaría buscar cuando tuviera novedades.

Seguí sus instrucciones y todos los días me sentaba en alguna de las bancas de la plaza a esperar su llamado. Pasaba las horas observando a la gente, viendo los detalles de las fachadas de los edificios de alrededor, incluso contando los mosaicos, los escalones y hasta las naranjas de los árboles de la Plaza Zaragoza.

El tiempo pasaba y ya me encontraba sumamente angustiado y desesperado, estaba hospedado en el hotel De Anza del centro de Hermosillo y tuve que dejarlo porque ya se me habían agotado los recursos, por lo que me vi obligado a pedir posada en la casa de mis suegros, a lo que me había resistido desde que llegué a Hermosillo.

Al fin llegó el tan ansiado día cuando se apareció en casa de mis suegros una persona a quien con el tiempo le profesé una gran admiración y respeto, el ingeniero Alberto Zazueta Nieblas, un hombre cabal en toda la extensión de la palabra que en ese momento era secretario de Agricultura estatal, quien me llevaba el mensaje del Secretario de Gobierno que quería verme ese mismo día en sus oficinas. Raudo y veloz acudí a mi cita. Serio y adusto, el licenciado Encinas me

comunicó que no era posible que ocupara la delegación agraria, pero me ofrecía ocupar la secretaría de la Comisión Agraria Mixta de Sonora.

La Comisión Agraria Mixta de Sonora era un cuerpo colegiado estatal integrado por funcionarios y campesinos para, entre otras facultades que le confería la Ley Federal de Reforma Agraria recién promulgada, substanciar los expedientes relativos a las solicitudes de restitución, dotación o ampliación de tierras, bosques o aguas; era una especie de tribunal agrario, cuyo presidente era el delegado agrario y el secretario era nombrado por el gobernador.

En mi fuero interno no me gustó la propuesta, pero no se lo dije. Prefería seguir trabajando en el “Agrario” en México y le agradecí cumplidamente sus atenciones. Salí de la entrevista molesto. De ahí mismo me fui a una agencia de viajes a reservar mi boleto de regreso a México y después me comuniqué con el ingeniero Bermea, y cual sería mi brutal sorpresa cuando después de escucharme, con voz firme me dijo: “Al colgar el teléfono contigo voy a darle posesión de tu oficina al licenciado Camacho, uno de tus subalternos, aquí ya no tienes trabajo”.

No podía creer lo que escuchaba. Me había quedado sin trabajo y mi esposa estaba sola con nuestro primer hijo en la Ciudad de México.

Con el tiempo entendí, comprendí y agradecí lo que mi amigo el ingeniero Bermea había hecho conmigo. Él se había jugado la sucesión presidencial con su gran amigo Hugo Cervantes del Río, quien no fue candidato, y sabía que él saldría de la secretaría al cambio de gobierno y seguramente yo también sería despedido. Prefirió empujarme para que me quedara en mi estado con un trabajo asegurado y no corriera la misma suerte de él, tal y como sucedió.

Al salir del Agrario hizo campaña por la presidencia de la Asociación Agronómica Nacional y no lo logró. Después buscó ser candidato a diputado federal por Coahuila, su tierra, y no obtuvo la candidatura. Muchos años después tuve la oportunidad de ayudarlo como agradecimiento a lo que hizo por mí siendo joven.

Ya sin empleo en la Ciudad de México, no me quedó otra opción que aceptar el ofrecimiento de Encinas y le llamé a mi esposa para que organizara todo en México y se viniera a Sonora. Sustituí a Ramiro Valenzuela en la secretaría de la Comisión, a quien conocía a la distancia. De inmediato me integré al equipo político del gobernador Carrillo Marcor, con Raúl Encinas Alcántar como líder.

En aquel equipo se encontraban Héctor Lutteroth Camou, Alfonso Molina Ruibal, Cesar Rubio García, Héctor Pesqueira, Pedro Duarte, Ignacio Romo Ochoa, Rolando García Urrea, René Arvizu, Miguel Cruz Ayala, César Tapia Quijada y Alberto Zazueta Nieblas.

Así dio inicio en mi tierra, sin duda, la etapa más hermosa, formativa y aleccionadora de mi vida, porque me permitió conocer y vivir con intensidad cada ciudad, pueblo y rincón de mi querido estado.

Después supe que Alfonso Molina había reforzado ante el gobernador la recomendación que hizo de mí Encinas Alcántar para el puesto, porque consideró que, además de ser su compañero de escuela, y mi experiencia en el tema agrario,

que tanto urgía en aquel momento de crisis agraria, yo debería de formar parte de aquel equipo de jóvenes universitarios que se abrían paso en el gobierno.

Lo primero que hice al asumir el cargo fue aprender a manejar a mis veintiséis años, pues en la Comisión me habían asignado un *pickup* estándar; solo me subí en él y a los tres días ya me movía por toda la ciudad. Los fines de semana viajaba con mi familia a Cananea a visitar a mis padres.

Debo de aclarar que yo no conocía personalmente al gobernador Alejandro Carrillo Marcor. La primera vez que estuve cerca fue en la instalación de la Comisión Consultiva de Terrenos Nacionales que se realizó en el salón verde del Palacio de Gobierno y como secretario de la Comisión Agraria Mixta ocupé nervioso e inseguro una silla a su lado derecho. Al anunciar los nombres y cargos de los presentes me tocó el turno y me nombraron representante del Gobernador del Estado ante dicha comisión. Al escuchar mi nombramiento, serio, puro en mano, volteo a verme detenidamente con sus ojos extrañados. Nunca en nuestras vidas nos habíamos visto. Así conocí a ese gran gobernador de Sonora.

De mi paso por la Comisión Agraria Mixta conservo grandes recuerdos y enormes satisfacciones. Yo venía, aunque fuera la misma materia agraria, de un mundo sumamente distinto, mi relación diaria era con pequeños propietarios y ganaderos y al asomarme al mundo campesino aprendí a quererlos, respetarlos y admirarlos, pero sobre todo a comprender el origen y sustento de sus luchas campesinas. Tan fue así, que me adherí a la Confederación Nacional Campesina (CNC), donde desde entonces he militado con orgullo.

En esa nueva responsabilidad puse todo mi empeño y capacidad y en ese quehacer estaba cuando sucedió un acontecimiento que me cimbró de pies a cabeza.

La Ley Agraria establecía, que para el trámite de las acciones agrarias campesinas algunas eran de competencia federal y otras estatal, tales como la restitución, dotación o ampliación de tierras, bosques o aguas.

Dentro del cúmulo de solicitudes que recibíamos de todo el estado, tramitamos una de la región de la Costa de Hermosillo, misma que se integró debidamente tal y como lo marcaba la legislación, elaborando el censo, los trabajos técnicos de campo, las notificaciones, etcétera, que concluyó con un dictamen positivo, señalando predios para su afectación y culminó con un decreto del gobernador del Estado, procediendo a su ejecución para afectar los terrenos que se señalaban en el mismo.

La ejecución del Decreto tuvo un impacto similar al de una bomba atómica y ardió Troya. Todos los agricultores organizados de la Costa de Hermosillo se unieron elevando su más enérgica protesta. En el interior del Gobierno del Estado cundió el pánico; la primera reacción de mis superiores jerárquicos fue señalarme con índice flamígero por tal acción. Se olvidaron de que en principio el dictamen aprobatorio era una decisión colegiada entre el gobierno federal, representado por el delegado de la Secretaría de la Reforma Agraria; el Gobierno del Estado, representado por el secretario de la Comisión Agraria Mixta que era yo, y un vocal

campesino, un representante de la CNC. Sumado a ello la resolución o dictamen era revisada por el departamento jurídico de la Secretaría de Agricultura del Estado, después por el Departamento Jurídico del Estado. Finalmente se pasaba a firma del secretario general de Gobierno y del gobernador, y se expedía el decreto que se publicaba en el Boletín Oficial del Estado.

Pero nada de aquella explicación tuvo valor, la responsabilidad cayó en mis espaldas. El Gobernador se encontraba en la Ciudad de México, a quien seguramente se le había informado de la situación, y había que esperarlo a que regresara y aquellos fueron días de mucha angustia y preocupación para mí. Recuerdo que le dije a mi esposa: “Ya hice mi debut y despedida, seguramente nos regresamos a México”. Pero no fue así, el Gobernador regresó y giró instrucciones para que se citaran a los señores agricultores en la Casa de Gobierno para recibirlos un domingo, ya que la situación apremiaba.

Llegó el día esperado y asistieron más de cincuenta agricultores. Se inició la reunión y yo ocupé una silla al lado del escritorio del Gobernador, que más bien parecía el sillón de los acusados.

El señor Enrique Mazón López habló en nombre de los presentes y expuso el problema con amplitud. Don Alejandro, con la tranquilidad, parsimonia y elegancia que lo caracterizaba, escuchó con toda atención, y una vez que Don Enrique concluyó con su exposición, con su rostro serio y adusto respondió palabras más, palabras menos: “Enrique, estoy sorprendido y sumamente preocupado de escuchar este reclamo que no solo considero improcedente e infundado, sino fuera de la realidad que vive nuestro estado y el país. Les aclaro que ustedes no viven en una ínsula donde nuestras leyes no tienen aplicación. Verifiqué los documentos y el expediente está debidamente integrado, es más, los presuntos propietarios fueron notificados en tiempo y forma respetando su garantía de audiencia, pero hicieron caso omiso del proceso, seguramente porque pensaron que vivían en una zona de privilegios. Es más, Enrique, cómo es posible que no entiendas ni comprendas que viven junto a colonos y familias campesinas y donde el Gobierno de la República lleva apoyos sociales, económicos e infraestructura de salud y educación. Si ustedes creen que este territorio es de ustedes y que les pertenece, no están en lo correcto”.

Se hizo un gran silencio, los asistentes se pusieron de pie, le dieron las gracias al Gobernador por su atención y se despidieron. El mandatario me había dado un gran espaldarazo a mi trabajo.

A los pocos días, el Gobernador recibió una atenta invitación para realizar una gira de trabajo y visitar los campos agrícolas de la Costa de Hermosillo, todo ello en un camión refrigerado, y yo desde luego feliz como niño ocupé los primeros asientos.

A raíz de la muerte de los siete campesinos en San Ignacio Río Muerto y la caída del gobernador Biébrich Torres, las demandas campesinas escalaron a niveles jamás vistos en Sonora. Había invasiones de tierras, tomas de oficinas, violencia generalizada en los valles de Guaymas, Yaqui, Mayo y en la zona norte del estado,

inclusive tumba de cercos e invasiones en el río Sonora. En mi particular opinión éste fue sin duda el problema más grave que ha sufrido el campo sonorenses en su historia, ya que amenazó la gobernabilidad del estado.

Consciente de la dramática y gravísima situación, para atender el problema, el Gobierno Federal envió a Sonora a los altos funcionarios relacionados con los asuntos agrarios; los secretarios de la Reforma Agraria, Félix Barra García, y el de Recursos Hidráulicos, el tabasqueño Leandro Rovirosa Wade, con todos sus directores generales, inclusive todos los consejeros que integraban el Cuerpo Consultivo Agrario, prácticamente se vinieron a vivir aquí.

Todos aquellos funcionarios se acantonaron en Ciudad Obregón, específicamente en el Hotel Valle Grande. Por lo que respecta a mi oficina, por igual nos trasladamos a operar y trabajar en ese municipio y el personal a mi cargo se instaló en el Hotel San Jorge.

Creo firmemente que intentar analizar, describir y reflejar en su estricta realidad, lo que aconteció en esos tiempos, requerirá de muchas páginas y no resultaría una tarea fácil. En una ocasión Don Alejandro Carrillo me invitó a que hiciéramos un esfuerzo de manera conjunta para recordar y relatar estos acontecimientos de profunda trascendencia en nuestra tierra, pero el tiempo no nos lo permitió.

Por aquellos días, en todo el municipio de Cajeme, en las calles, los cafés, restaurantes, oficinas y en las casas, había un ambiente permanentemente tenso, donde el rencor y la confrontación llevaban a discusiones que en ocasiones se tornaban violentas.

Cientos de predios estaban invadidos y en poder total de los campesinos. Los propietarios, airadamente y con justa razón, reclamaban justicia, atención y acción de las autoridades.

El Gobernador del Estado, sin descuidar sus altas responsabilidades del cargo, permanecía largos periodos de tiempo en Ciudad Obregón.

Los secretarios de Reforma Agraria y de Recursos Hidráulicos se hospedaban a ambos lados del cuarto del gobernador; en el siguiente se hospedaba el Oficial Mayor de la Reforma Agraria, todos en el hotel Valle Grande. Yo procuraba estar atento y pendiente las veinticuatro horas del día del Gobernador ya que prácticamente se encontraba solo, y me hospedaba en el cuarto contiguo.

En Obregón había una continua y permanente serie de reuniones, juntas, sesiones y acuerdos, en las que tuve la oportunidad de participar.

A los propietarios afectados los representaban entre cinco y ocho grandes propietarios, quienes mostraban una actitud en la gran mayoría de las ocasiones prepotente, intransigente, altanera, rayando en ocasiones en la grosería y la falta de respeto, por lo que el ambiente de las reuniones era agrio, ríspido y fuerte, lo cual hacía sumamente difícil llegar a acuerdo alguno. No mencionaré sus nombres, porque quizá los haría aparecer como los únicos responsables de lo que más tarde sucedió y no tengo esa certeza. Inclusive el representante de la pequeña propiedad,

el capitán Antonio Fuerte, dejó de participar en las reuniones y fue destituido de su cargo.

Con el paso del tiempo los agricultores manejaron el rumor de que había una completa cerrazón de parte Gobierno Federal para llegar acuerdos. Yo no compartía esa opinión, pues el ejecutivo federal hizo múltiples ofrecimientos para resolver el problema, unos en Sonora y los más en las oficinas de Los Pinos, la sede oficial del gobierno central, que consistían en una serie de proyectos agroindustriales, apoyo en infraestructura, seguridad social, etcétera.

Si alguien tuviera interés en conocer más a fondo estos ofrecimientos, bastará consultar a don Carlos Baranzini Coronado, que participó activamente de principio a fin en aquella etapa de crisis, en su calidad de presidente de la Asociación de Organismos de Agricultores del Norte del Estado.

Carlos Baranzini participaba velando por los intereses de sus representados, ya que corría el rumor de que existía un “libro negro” que contenía toda la información relativa a propiedades y pozos de la Costa de Hermosillo y que estaban en la mira de las autoridades agrarias de la federación, es decir, se rumoraba que serían sujetos de afectación agraria.

Sin embargo, Carlos Baranzini actuó con suma prudencia, paciencia e inteligencia y logró que los agricultores de la Costa de Hermosillo no fueran afectados. Hoy en día bromeo con él diciéndole que en la entrada a la Costa debería de haber un monumento erigido a su persona, lo cual sería muy merecido.

Por otro lado, hay que reconocer la inteligencia y prudencia con que actuó el ingeniero Lauro Díaz Castro, líder de los agricultores de Sinaloa, para que no se afectara ni un metro de tierra en ese estado.

Finalmente, aquella grave y dolorosa etapa del campo sonorenses concluyó. El presidente de la república Luis Echeverría Álvarez se apersonó en Sonora, específicamente en Ciudad Obregón, y acompañado de todos los gobernadores del país y su gabinete en pleno, en una esquina del centro de la ciudad, sobre la plataforma de un tracto camión y con la Ley Agraria en la mano, decretó la expropiación de miles de hectáreas a favor de los campesinos. Fui testigo de ese acto junto a mi amigo Emilio Álvarez Ibarra, entonces consejero agrario por el estado de Sonora.

Desearía poder afirmar que con ese trascendental e histórico acto los problemas se resolvieron en automático, pero por supuesto que no fue así.

La ejecución de aquellos mandamientos presidenciales fue en completo desorden por el secreto y sigilo con que se integraron los expedientes, y la insuficiencia de técnicos para la ejecución. Los campesinos beneficiados que aparecían en los censos no estaban presentes, entre otros problemas.

Es más, el día previo a la ejecución, al filo de las cinco de la mañana, desde Obregón me comuniqué con el gobernador Carrillo Marcor para informarle del fuerte rumor y movimientos que se estaban dando en Cajeme. Me escuchó serio y me respondió: “Bien, por allá nos vemos, espéreme”. Me dio la impresión de que

no estaba enterado de lo que estaba sucediendo, pero no tengo la seguridad de que así fuera.

Me he referido en renglones anteriores del clima hostil y beligerante que prevalecía en las reuniones y en el ambiente municipal.

Al término de una de aquellas reuniones salí sumamente molesto y abordé al Gobernador en privado para expresarle con la candidez de mi juventud e inexperiencia que era intolerable que permitiera las impertinencias y groserías de los propietarios. Me miró serio y me dijo:

—¿Ha visto usted compañero la forma tan estruendosa como golpean las olas en la playa cuando el mar está embravecido?

No acerté ni a responder y me volvió a preguntar:

—¿Sabe usted quien las detiene? ¡Nadie! La calma vuelve sola, tenga paciencia.

Como reguero de pólvora se esparció el rumor de que habría tomas de tierra por todo el estado, y por mis funciones como secretario de la Comisión Agraria Mixta, acudí a decenas de reuniones en los valles de Guaymas, Yaqui, Mayo, Caborca, Altar, San Luis Río Colorado, Agua Prieta y el Río Sonora, en búsqueda de diálogo y reconciliación.

Recuerdo una reunión en particular en el Valle del Yaqui. La policía judicial de cada lugar tenía instrucciones de acompañarme a las invasiones y yo obligaba a los agentes a dejar sus armas y siempre se resistían, hasta adentro de las botas les revisaba para que no entraran armados. En esa ocasión entramos a una invasión muy grande y numerosa. Nos recibió una valla de enardecidos campesinos, que rifle en mano me apuntaban y coreaban: “¡Asegúrenlo, asegúrenlo!”. No sé si los rifles servían, pero daban miedo; por fortuna había campesinos que me conocían y les gritaron a sus compañeros: “Es López Nogales, dejen de apuntarle”.

En otra ocasión acudí a una invasión en el predio Cuchuta localizado por rumbos de Fronteras donde los campesinos eran liderados por un cuasi-paisano mío *wabesi*, es decir, chimuelo, de nombre Ismael, del que no recuerdo su apellido. Estuve con ellos tres largos y congelantes días. Por fortuna logré convencerlos de que desistieran de su actitud, ofreciéndoles enviarles de inmediato una brigada de técnicos que hicieran los levantamientos y medidas. Se trataba de una solicitud de nuevo centro de población que era competencia del Gobierno Federal. Solo me pusieron una condición para aceptar, que los acompañara a cenar un gato montés que habían cazado, mismo que ingerí sin hacer un solo gesto.

Una mañana temprano en Ciudad Obregón recibí una llamada del secretario de gobierno Raúl Encinas Alcántar, quien bastante molesto me ordenó que me trasladara por rumbos de San José de Guaymas donde habían invadido un rancho de una familia de apellido Ramos. Me indicó que me presentara en Esperanza para que me escoltaran soldados. Me quedé sin habla, estaba convencido que la orden no era correcta, que estaba fuera de lugar por los momentos que estábamos viviendo, pero no me quedó otra opción más que obedecer. Para mi buena suerte me encontré en los pasillos del hotel a mi gran amigo Rubén “El Patón” Duarte Corral, dirigente

de la CNC en el estado y le solicité que me acompañara, pero al explicarle el motivo y la forma de hacerlo, se negó rotundamente a acompañarme, incluso me insistió que no atendiera la orden.

Le agradecí su consejo, pero le hice ver que era mi obligación ejecutar la orden y que iría a cumplirla a como diera lugar. Al final le ganó la amistad y el afecto y decidió acompañarme. Nos fuimos a Esperanza, al 24 Regimiento de Caballería donde nos recibió el coronel Juan de Dios Calleros Aviña, quien marcialmente se puso a mis órdenes, pidiéndome lo acompañara en su vehículo, mismo que no acepté. Insistió, pero al ver mi determinación, accedió y cada uno abordamos nuestros propios transportes.

La verdad era que yo quería llegar solo al rancho invadido, no con soldados, así que aceleré mi carro lo más que pude para llegar primero que ellos. No lo logré y llegué al lugar seguido por una caravana de vehículos repletos de soldados.

El coronel Calleros no se despegó de mí ni un instante. Entramos al rancho y en un abrir y cerrar de ojos los soldados rifle en mano, habían acordonado el perímetro de las casas. El espectáculo que presenciábamos era deprimente, había muebles, colchones y hieleras con semen de toro destapadas y comida descompuesta tirados en el suelo.

Un grupo de personas, entre ellas mujeres y niños salieron a recibirnos, el teniente coronel los increpó duramente por el desastre que habían hecho en la propiedad. Yo tercié de inmediato, tratando de calmarlos ya que veía sus caras aterrorizadas por los soldados apuntándoles con sus rifles.

Desgraciadamente se encontraba con ellos mi amigo “Chayo” Téllez, un líder cetemista que no era campesino, que muy a su estilo bravucón gritó: “De aquí solo nos sacarán muertos”, y el coronel enfurecido le respondió: “Mi amigo, no sé si los voy a sacar enteros o en pedazos, pero los voy a desalojar”, al tiempo que volteaba hacia mi diciéndome: “Deme la orden, licenciado”. Hasta el día de hoy no sé de dónde encontré arrojo y valor para contestarle que de ninguna manera se la daría. Me respondió que venía bajo mis órdenes y que tenía que cumplir con el desalojo.

Con voz firme le respondí que jamás le daría tal orden. Sumamente molesto me ordenó que lo acompañara en su vehículo y solo atiné a responderle que iría a donde él quisiera, pero que no le daría la orden. Me llevó en su vehículo al viejo cuartel de Ortiz y allí en una vieja máquina de escribir personalmente redacté una carta dirigida a la Cuarta Zona Militar donde asenté mi nombre, mi cargo y con claridad que no había querido dar la orden de desalojo; la firmé y se la entregué. El gesto del militar cambió y me dijo que nos escoltaría de regreso a Esperanza, pero yo, más molesto que él, no acepté. Mi amigo Rubén “El Patón” Duarte, a quien desde siempre le profeso mi afecto y amistad, y yo nos regresamos solos a Ciudad Obregón.

Llegamos asustados y hambrientos de noche a Vícam, donde saboreamos un rico menudo. Al llegar a Obregón la noticia ya le había llegado a nuestra gente y nos recibieron como héroes, hasta un corrido nos compuso un compañero de trabajo.

La experiencia me dejó un mal sabor de boca porque al tiempo, me enteré de que los propietarios invadidos eran clientes formales del bufete jurídico de Encinas Alcántar, pero no le reclamé el asunto.

Respecto a las invasiones de tierras, les tenía más respeto, temor y preocupación a las que se daban en la zona norte del estado. Tenía la amarga experiencia de las poblaciones de Huásabas, San Clemente de Térapa, Tepache, Moctezuma y Yécora, en donde las disputas y confrontaciones habían llegado a los balazos. Lo mismo había pasado en la región del río Sonora en Arizpe, Bacoachi, Tahuichopa y otros pueblos.

Por mis raíces en la cuenca del río Sonora, conocía la naturaleza propia de los rancheros recios, nobles, hasta cierto punto tímidos e introvertidos de la región, sin embargo, cuando se decidían eran firmes e inflexibles en sus acciones. A ello le sumamos que, a diferencia de la región sur del Estado, los de río Sonora no tenían un liderazgo formal particular en quien recayera la toma de decisiones. Ellos, ya sea ejidatarios, comuneros o pequeños propietarios, se consideraban ganaderos adheridos a su asociación ganadera local, donde independientemente del número de cabezas de ganado que poseyeran, todos tenían el mismo nivel social.

En Bacoachi se dio un feroz enfrentamiento entre ejidatarios y comuneros contra los pequeños propietarios. Se derribaron kilómetros de cercos y en una ocasión, el presidente municipal Daniel Denogean y el ganadero local Víctor Santa Cruz Salazar, se trenzaron a golpes en el centro de la plaza pública. Tuve que anteponerme entre ellos para detenerlos.

Recuerdo que en Arizpe, en compañía de mi amigo Ignacio Elías, entonces Presidente Municipal, en una camioneta marca Internacional acudíamos a dialogar con rancheros que a cabeza de silla tumbaban decenas de kilómetros de cercos; la mayoría de las veces teníamos éxito en nuestros diálogos y los convencíamos de que detuvieran sus acciones, pero nos íbamos y regresaban a lo mismo.

Con el tiempo tuve la oportunidad de que algunos de mis queridos paisanos rancheros de Arizpe me pagaran con creces tantas horas de sinsabores y esfuerzos que les había dedicado. Un día los convencí para que acudieran conmigo a Hermosillo a una audiencia privada con el Gobernador del Estado para que le expusieran directamente sus demandas. Nombraron una comisión de cuatro personas para acudir a la cita y los subí a una avioneta Cessna 206 de seis plazas para su traslado a Hermosillo. Una vez en el aire, en voz baja le dije al piloto que hiciera “barrenas” y “piruetas” con el avión para bajarles un poco los humos a mis amigos rancheros. El piloto lo hizo y aún recuerdo los gritos de terror y sus súplicas a todos los santos y a mí para que detuviera aquel tormento. Ninguno de ellos se había subido en su vida a una avioneta.

En una ocasión se organizó una gira de trabajo a la sierra con el subsecretario de gobierno Samuel Ocaña García, y dados mis conocimientos agrarios en aquella región, fui invitado para acompañarlo. El mismo día de la gira operaban a mi madre de una hernia en el vientre la cual era delicada, ya que el Dr. Adolfo Félix Loustaunau usaría una malla sobre la herida que era una novedad en la cirugía, e

informé que por tal razón yo no podría asistir a la gira, pero Ocaña terminantemente ordenó que fuera y tuve que ir. Su decisión me pareció inhumana, ya que no le importó mi situación familiar.

Como secretario de la Comisión Agraria Mixta vivía concentrado en el trabajo técnico que realizaba sin fijarme ni observar lo que ocurría a mi alrededor, no leía ni los periódicos. Recuerdo que el periodista más importante de la época, Enguerrando Tapia Quijada me tiraba muy duro en su columna porque trabajaban conmigo mis compañeros de escuela, pero no de generación como Fidel “El Rolas” Covarrubias, José Alvin Araiza Lizárraga y Pedro Pérez Pérez, que me pidieron trabajo y a quienes acusaba de activistas de izquierda. Yo no conocía al periodista ni leía sus columnas, ni las de nadie más.

Una vez estando en un evento en los jardines del hotel Valle Grande, Enguerrando me llama y me pregunta:

—¿Tú eres López Nogales?

—Sí, a sus órdenes.

—Mira, tú eres un buen muchacho, pero cuídate de esos hijos de la chingada de tus paisanos que me han estado envenenando contra ti, pero se los va a llevar la chingada.

No supe de qué me estaba hablando, ni tomé en cuenta lo que me dijo. Por los datos que me dio supuse que se refería al subsecretario de gobierno Francisco “el Cuny” Soto Figueroa, pues era mi paisano.

Durante el tiempo que trabajé en la Comisión Agraria Mixta viví inmerso en mi trabajo bajo la supervisión del ingeniero Alberto Zazueta Nieblas, y no tenía conciencia alguna ni interés alguno sobre los asuntos político partidistas que me rodeaban, por eso me extrañó mucho y ni siquiera entendí cuando una vez estando en la oficina de la comisión, que estaba localizada por la calle Obregón a espaldas del edificio del Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado de Sonora (Isssteson), en un edificio antiguo al que se les conoce como las casas Caturegli y donde muchos años atrás estuvo una logia masónica, entré a la oficina del ingeniero Zazueta y ahí estaban departiendo un grupo de unos diez productores agrícolas de la Costa de Hermosillo, entre ellos don Enrique Mazón López, quien me conocía desde aquel conflicto en la costa, quien a boca de jarro se dirigió a los demás diciéndoles: “Señores, quiero decirles algo para que no se les olvide, este joven que está entrando aquí va ser gobernador del estado en algún tiempo”.

Me quedé helado, yo ni siquiera era militante activo de algún partido político, solo me había afiliado al PRI siendo estudiante y sin saber por qué lo hacía, lo mío era trabajar como técnico en el tema agrario que era lo que hasta entonces había hecho. Le agradecí sus palabras y me retiré.

En esos tiempos se me acercó Gilberto Gutiérrez Quiroz, que era profesor de Derecho Agrario en la Escuela de Agricultura de la Universidad, y me pide que lo sustituya en su cátedra y le acepté, iniciándome así, como profesor de mi universidad. Después me llaman de la Escuela de Leyes para dar la misma clase y

me encuentro que mi compañero de escuela, Marco Antonio Encinas Cajigas, quien era profesor de la misma materia en otro grupo. Recordé que cuando era estudiante, Jesús Enríquez Burgos era mi profesor de Derecho Agrario y acostumbraba a llevar a su alumno Encinas Cajigas para que aprendiera a dar clases.

Pasó el tiempo, y tal y como me lo expresó en su momento con el ejemplo del mar don Alejandro Carrillo Marcor, la calma y la paz orgánica retornaron a nuestro estado. La calma vuelve sola, solo hay que tener paciencia.

Capítulo IV

DIPUTADO LOCAL

Una vez pacificado el estado, todos regresamos al quehacer cotidiano de nuestras funciones y de nuevo el destino irrumpió en mi vida para bien.

A finales de 1977, Encinas Alcántar salió de la Secretaría General de Gobierno aparentemente por un conflicto con el tesorero Héctor Lutteroth Camou, y fue sustituido por Samuel Ocaña García, quien era subsecretario de gobierno, quien a su vez fue sustituido en ese cargo por Francisco “el Cuny” Soto Figueroa.

Transcurrieron los meses y las circunstancias de nuevo tocaron a mi puerta. En febrero del 1978, Samuel Ocaña renunció al cargo de secretario de gobierno al ser enviado como presidente del Comité Directivo Estatal (CDE) del PRI, y fue sustituido por Alfonso Molina Ruibal.

Tal vez mi trabajo como secretario de la Comisión Agraria Mixta, donde cultivé una buena relación con el gobernador y la recomendación de Alfonso ante el mismo, me sirvió para sustituirlo como secretario particular del gobernador Carrillo Marcor.

Acepté gustoso el nombramiento sin tener la más mínima idea de sus funciones, a partir de ese momento dejé de ser un técnico en materia agraria e incursioné a un mundo que no conocía: la política, y con ella obtuve la gran oportunidad de conocer y tratar personalmente a don Alejandro Carrillo Marcor, un ser humano excepcional de talla internacional.

Don Alejandro Carrillo Marcor había llegado a Sonora como gobernador sustituto el 25 de octubre de 1975, siendo Senador.

Sobrino de Adolfo de la Huerta Marcor, Carrillo nació en Hermosillo en 1908 y a los quince años se fue del Estado cuando su padre fue nombrado cónsul general de México en Japón, después en Inglaterra y Estados Unidos. Alejandro estudió en la Universidad Tulane en Nueva Orleans. Al regresar a México se formó a la sombra del presidente Lázaro Cárdenas y del líder sindical Vicente Lombardo Toledano quien lo afilió al Partido Popular Socialista y a quien siempre se refería como “mi maestro”. Había sido profesor de la cátedra de inglés y de Nociones de Derecho Constitucional, Agrario y Laboral en la Escuela Superior de Guerra; secretario general del Departamento del D. F.; Embajador en la República Árabe Unida; Diputado Federal por el D. F. en 1964 y Senador por Sonora desde 1970.

Don Alejandro era un hombre muy culto, había viajado por muchos países y hablaba fluidamente inglés y francés, y al parecer dominaba otros idiomas, pero no me consta en lo personal. Sin embargo, en una ocasión me mencionó que entendía y hablaba dos dialectos del mundo árabe, que aprendió cuando fue el primer embajador de México en la República Árabe Unida.

Se formó, en los tiempos más difíciles de la izquierda mexicana. Su renuncia pública al cargo de secretario general del Departamento del Distrito Federal, lo pintaba de cuerpo entero en su integridad, verticalidad y honestidad.

Tenía un vasto conocimiento en política, arte, cultura, historia, sindicalismo, idiomas, ideologías, derecho internacional, educación, historia militar, oratoria y muchos otros temas; había sido fundador de instituciones, maestro, periodista, sindicalista, diplomático, servidor público y un defensor de obreros y campesinos, además de ser un gran orador.

Como secretario particular, supe y pude meterme en el ánimo del gobernador, y sin saberlo, y mucho menos esperarlo o desearlo, inicié mis pasos en el servicio público a la sombra de aquel gigante de la política.

Podría compartirles un gran número de anécdotas y experiencias que viví al lado de ese gran político; sin embargo, solo habré de contarles algunas que retrataban su gran calidad humana.

Al llegar todos los días a su oficina en la mañana don Alejandro se comunicaba directamente por teléfono con su señora madre, que, dada la edad del gobernador, ella debió ser una mujer ya muy anciana. Jamás he vuelto a escuchar de una persona mayor expresar palabras tan dulces y tiernas como las que él le expresaba a su madre; así empezaba su rutina diaria de trabajo.

Una vez que me llamó desde la Ciudad de México preguntándome qué novedades había en Sonora; le informé que se decía en la prensa que tenía problemas de salud dada su edad, dando a entender que era un hombre mayor. Unas horas después me llamó para decirme que al siguiente día llegaría en el vuelo de las once de la mañana y que quería que la prensa lo esperara en el aeropuerto.

Otro día desde las diez, los reporteros estaban en el aeropuerto esperando obtener del gobernador alguna noticia interesante como acostumbraba. Grande fue su sorpresa al ver que el gobernador, a quien tachaban de anciano, se bajó del avión tomado de la mano de su señora madre. El mensaje era claro: el gobernador tenía genes longevos, así es que mejor dejaran de preocuparse, le quedaban muchos años de vida, así como su madre.

Cuando Florencio Salazar Martínez llegó como delegado del PRI a Sonora, y los colaboradores del gobernador le dicen que hay que apoyarlo con dinero para el desempeño de sus funciones, el gobernador les contesta: “¿Qué, dinero?, ese señor debe venir con sus gastos desde México, yo no lo puedo mantener aquí”. Y sacó un monedero que siempre llevaba en la bolsa y saca unas monedas y se las entrega diciéndoles: “Esto es lo único que le puedo dar para sus gastos”.

Llegué a conocer gran parte de su trayectoria y de su vida personal debido a que era muy reacio a firmar la gran cantidad de documentos que, por su alta investidura, requerían su firma. Mi labor era buscar el momento adecuado e insistirle para que los firmara. Cuando lograba convencerlo, que no era tarea fácil, me trasladaba a sus oficinas de la Casa de Gobierno con un *tambache* de documentos para firma.

Su firma era muy clara y corta, pero la hacía de manera muy lenta. En esos espacios de tiempo, con toda tranquilidad, mientras le pasaba a firmar cada documento y le explicaba su contenido, don Alejandro se relajaba y divagaba, me

platicaba de su familia, de sus experiencias, de su vida. Puedo decir que recibí de él una gran lección de vida, por eso lo considero mi gran maestro.

Me contó de la terrible experiencia que había vivido en Japón cuando su padre fue cónsul de México en ese país.

Sucedió que, una semana después de llegar con su familia a Yokohama, sede del consulado, el 1 de septiembre de 1923 azotó en la región de Kanto en la isla japonesa de Honshu, el más grande terremoto de la historia del país que desató una decena de incendios que devastaron las ciudades de Yokohama, Chiba, Kanagawa, Shizuoka y parte de Tokio, la capital.

Al momento del sismo su familia se encontraba en la sede diplomática que se derrumbó, pero milagrosamente nadie salió herido. Sin embargo, al momento del terremoto él se encontraba con su amigo Luis Rubalcaba en la estación de trenes de Yokohama con la intención de viajar a la playa de Kamakura, donde los esperaba la familia de Ruvalcaba. La estación del tren se derrumbó y los dos jovencitos no pudieron regresar con sus familias y se perdieron entre los escombros de la ciudad y caminaron hasta llegar una semana después a Tokio, donde fueron encontrados por sus padres.

El gobernador nunca dejaba de sorprenderme. Un día lo visitó en palacio una delegación de japoneses y me indicó: “Páselos al salón verde y atiéndalos, en un momento estoy con ustedes”.

Cuando el gobernador llegó a la reunión, todos nos quedamos sorprendidos cuando empezó a saludarlos en un fluido japonés y así continuó toda la reunión. Al término de ésta no pude resistirme y le expresé que estaba gratamente sorprendido de enterarme que hablaba japonés, a lo que me respondió: “¿Por qué compañero?, lo que bien se aprende, no se olvida”.

Como secretario particular de don Alejandro aprendí mucho de él, y establecimos una relación personal afectuosa. Con él aprendí a tener y conocer el tacto y la intuición política.

La única dificultad que tuve para entenderle, y fue por mi inexperiencia, era que cuando viajaba a la Ciudad de México todas las mañanas le tenía que llamar para leerle los periódicos y él me inquiría sobre “la noticia de ocho columnas”, “el cintillo”, “el editorial del día”, términos técnicos que yo no conocía, pero con su nobleza característica comprendió que yo no tenía la culpa de no saber de asuntos y temas técnicos periodísticos dado mi perfil profesional. Hay que recordar que el conocía perfectamente ese mundo ya que había sido periodista.

Cuando lo acompañaba a México, al llegar al aeropuerto él mismo manejaba un Ford Galaxy viejo, lo que por su edad a mí me ponía muy nervioso. Al regresar a Hermosillo, personalmente iba a la oficina del tesorero Ignacio Romo para hacerle la comprobación de los gastos que había hecho, que no incluían los de hotel porque pernoctaba en su casa allá. Después me llamaba y me instruía: “Compañero, baje a comprobar sus gastos del viaje”.

El gobernador Carrillo tenía una gran amistad con el licenciado Hugo Pompa Estrada, mi profesor en la universidad, quien según él asesoraba políticamente a su

amigo gobernador. Pompa Estrada tenía la costumbre de llegar a la oficina sin avisar y en una ocasión el gobernador se topó con él al llegar y se disculpó diciéndole que no lo podía atender en esos momentos porque tenía un conflicto con el Tribunal Superior de Justicia, y Pompa, en lugar de retirarse le preguntó en qué le podía ayudar, Carrillo le respondió sin pensarlo: “Arréglame ese problema, si me quieres ayudar en algo”. Días después se presentó en mi oficina, sumamente enojado, mi coterráneo Ignacio Campa García, que era secretario general de Acuerdos del Tribunal reclamándome airadamente la intromisión del Ejecutivo del Estado en ese poder a través de Pompa Estrada, ya que días antes se había presentado en sus oficinas amenazándolos de que iba a correr a algunos magistrados. Tranqualicé como pude a Campa diciéndole que no era nada oficial lo que había sucedido y le informé al gobernador de las hazañas de su amigo.

Pompa se seguía presentando imprudentemente en la oficina y el gobernador me ordenaba que lo retirara porque no lo iba a recibir. Fueron tantas las veces que Pompa fue a la oficina y las mismas que el gobernador me pedía lo retirara, hasta que un día que se dio cuenta que Pompa estaba en su antesala, al entrar con él para ver un asunto me dijo: “Compañero, ¿qué quiere que yo haga para que usted entienda que no voy a recibir al torpe de Pompa?, ¿quiere que me le hinque pidiéndole que lo haga”, y al terminar su comentario procedió a hincarse frente a mí al pie de su escritorio. Me sentí sumamente apenado con él y salí de su oficina, tomé del brazo a mi profesor Pompa y lo llevé hasta el patio inferior del palacio pidiéndole que se retirara.

Don Alejandro tenía una enorme cualidad: sabía escuchar. Con su puro en la boca y mirando fijamente a su interlocutor escuchaba sereno y paciente, y ya que escuchaba suficiente tomaba su decisión, una cualidad que reconozco no le aprendí. Con una enorme paciencia resolvía los asuntos de su competencia, que por su edad no podían ser muchos y como secretario particular debía dosificárselos.

Siendo secretario particular del Gobernador, por iniciativa de Alfonso Molina y apoyado por Encinas Alcántar, planearon que yo fuera nombrado Procurador General del Estado en sustitución de don César Tapia Quijada, e iniciaron la operación política del proceso que fue aceptado por el gobernador Carrillo y firmó mi nombramiento, solo que todo se fue al traste cuando se dieron cuenta que yo no cumplía con el requisito constitucional de la edad. Apenas tenía 28 años y la Constitución exigía 30. Encinas se molestó conmigo porque no le había informado de mi edad y me reclamó el por qué no lo había hecho. “Porque no me preguntó si yo quería ser procurador”, le respondí. Solo con una dispensa del Congreso pude haber sido procurador, pero la relación del gobernador con el Congreso, puramente “biebrichista”, no era buena. Solo le pedí a Encinas una copia de mi nombramiento como procurador para guardarla como recuerdo, pero se negó a dármela.

Alfonso Molina Ruibal, como secretario de gobierno, en acuerdo con el gobernador le solicita que me nombre subsecretario de gobierno para ayudarlo a desahogar su cargada agenda de trabajo en materia campesina. Al principio el gobernador se resistió indicándole que buscara otro perfil para aquel puesto, pero

en el siguiente acuerdo Molina insistió y el gobernador accedió dejándole a él la responsabilidad de la decisión. Molina me informó de su decisión y por afecto y lealtad la acepté gustoso y sustituí a Francisco “el Cuny” Soto Figueroa, quien a su vez había sido nombrado magistrado presidente del Supremo Tribunal de Justicia.

A mí me sustituyó como secretario particular del gobernador Gonzalo Hirata Rubiano, quien al verme no recordó, o no quiso hacerlo, el trato que me dio cuando fui a pedirle trabajo en el Banco Nacional de Crédito Ejidal, y yo tampoco quise recordárselo.

En la subsecretaría me encontré a Héctor “Kotake” Barrios Jiménez, a quien ya conocía con antelación y se convirtió en una especie de mi secretario particular.

El cambio me fue muy provechoso, pues mi agenda de trabajo consistía en atender la problemática agropecuaria que continuaba muy activa y yo ya tenía experiencia en ese tema, y aprovechando la enorme capacidad de Alfonso de tejer fino, muy fino en la política interior del gobierno, hice una eficaz mancuerna con él y logramos sacar adelante todos los asuntos y que todo caminara sobre ruedas. Sin duda, para mí, Alfonso es uno de los políticos más preparados, inteligentes, visionarios y completos que he conocido en toda mi vida. A partir de entonces establecimos una sólida y estrecha amistad que aún perdura en estos días.

A finales de noviembre la cigüeña nos avisó que estaba a punto de llegar cargando con nuestro segundo hijo y el 12 de diciembre de 1977, llegó Arturo.

Habíamos perdido una niña un año antes y estábamos nerviosos. El parto se retrasó y el niño tuvo que ser colocado en una incubadora. Pasaron los días y el niño adelgazaba cada día más.

“El Kotake” Barrios me dijo que su amigo el doctor Sixto Guevara podía revisar al niño y darme su opinión. No se cómo le hicimos, pero metimos al doctor hasta el cunero del hospital Ignacio Chávez, revisó a Arturo y dictaminó que lo que necesitaba era que le dieran más comida.

Los médicos aceptaron el diagnóstico y atiborraron al niño de biberones de leche y en unos días ya lo teníamos en casa. Con los años creció como un toro de lidia.

Le pusimos por nombre Arturo porque fue una promesa que le hice a mi madre. Ella me contó que cuando nació mi padre vivía permanentemente ocupado en sus actividades sindicales y nunca tenía tiempo para acompañarla al registro civil a registrarme, los días pasaban hasta que un día decidió llevarme ella sola a registrar. Cuando llegó a la oficina la hicieron esperar haciendo tiempo para avisarle a mi papá que su esposa estaba ahí registrando a un niño. Mi padre llegó como ventarrón, el oficial del registro civil lo pasó directamente a su oficina dejando a mi madre afuera. Cuando mi padre salió ya llevaba en mano el acta de nacimiento con mi nombre Armando, cuando ambos habían acordado llamarme Armando Arturo.

Mi madre se desquitó del agravio poniéndome el nombre completo en mi acta de bautismo, donde mi padre no pudo hacer valer sus influencias porque en la iglesia quien las tenía era ella.

Siendo subsecretario de gobierno, en 1977 ingresé a la masonería, sin duda una de las decisiones más atinadas que tomé en mi vida. Con anterioridad había recibido invitaciones para incorporarme al rito escocés, ya que algunos amigos como Víctor Galindo Sánchez pertenecían a ese rito y me habían invitado. La mayoría de sus integrantes eran políticos, algo que en cierta medida no me agradaba.

Aunque desconocía la filosofía masónica, buscaba algo diferente a la actividad política y dirigí mi interés hacia el Rito Nacional Mexicano, cuyo desarrollo correría en una línea diferente a los de York y de Escocia. Su creación obedeció a la necesidad de una solución que conciliara las exaltadas manifestaciones políticas en que habían caído tanto yorkinos como escoceses, después de la proclamación de la primera república federal en 1824. Tenía mis razones para hacerlo, primero porque sabía que mi hermano Rafael era masón de ese rito, aunque jamás hablaba de ello, y segundo porque Benito Juárez había pertenecido al mismo rito.

Le comuniqué a Rafael mi deseo de ingresar a la masonería. Le dio gusto y me entregó un formato de solicitud que debería de llenar para poder ingresar. Se la devolví debidamente llena y me dijo escuetamente: “Espera respuesta.”

Tiempo después me informó que mi solicitud había sido aprobada, que seguidamente me fijarían un día y hora para mi iniciación.

En todo aquello había un halo de misterio que me atraía. El día señalado dos personas desconocidas para mí pasaron a buscarme y me indicaron que los acompañara y nos dirigimos al final de la calle San Luis Potosí, en la colonia 5 de Mayo, donde se encontraba el templo donde trabajaban. Me recibieron un grupo de personas mayores sumamente amables a las que no conocía, ni ellos a mí, solo me dijeron que sabían que era hermano de Rafael y que no lo habían invitado a esa “Tenida” de mi iniciación.

Tengo los más gratos momentos de mi iniciación en la masonería. Aunque llevaba los ojos vendados, cada paso, cada momento tienen altos significados que se van develando con el paso del tiempo. Mi decisión de iniciarme en el Rito Nacional Mexicano fue la correcta. De los hermanos que integraban esa familia, ninguno tenía relación directa con la política, provenían de distintas profesiones y estratos sociales, había fotógrafos, mecánicos, comerciantes en pequeño, tapiceros, jubilados y muchos oficios más, todos eran masones puros.

Fue así como me integré a la Logia Masónica Héroe de Nacozari N.º 2 de Hermosillo bajo su lema “Leal y constante” y me entregué de lleno a los trabajos y con el tiempo ocupé diversos cargos o “luces” en su estructura.

Nos constituimos en una verdadera hermandad, convivíamos con nuestras familias. El templo o Logia lo reconstruimos con nuestras propias manos y con nuestros recursos.

Al paso del tiempo se me otorgó en ausencia el grado 33 en Mérida, Yucatán, el más alto de la organización, ya que por razones de trabajo no pude acudir a recibirlo.

El 26 de febrero de 1978, cerca de cinco mil setecientos obreros del complejo minero-metalúrgico La Caridad en Nacozari, estallaron un movimiento de huelga contra la política entreguista de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), por malversación de cerca de \$50 millones de pesos de cuotas sindicales y contra los líderes cetemistas que manipulan el contrato colectivo de trabajo a espaldas y en contra de los obreros.

Los trabajadores exigían el reconocimiento de la sección que habían creado en el sindicato minero metalúrgico, en contraposición a un sindicato pro-patronal, afiliado a la CTM, que los sometía desde hace varios años.

Desde que se inició el paro, la comisión coordinadora y el abogado de los paristas, Raúl Sainz Cota, mi amigo de la infancia en Cananea, habían tenido varias reuniones, primero con el presidente López Portillo, después con el licenciado Jorge Riva Palacio, director general de inspecciones de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social; con los representantes de la CTM y durante toda la semana anterior con el gobernador del estado, Alejandro Carrillo Marcor, quien intervino como “amigable componedor” en el conflicto, como él mismo se decía, quien, en mi calidad de subsecretario de gobierno, me comisionó para coadyuvar en la búsqueda de la solución al problema.

Dos semanas después, al término de una reunión en la Casa de Gobierno, la comisión coordinadora llegó a un acuerdo con los representantes de la CTM para la firma de un convenio previo a la reiniciación de los trabajos en La Caridad.

Ni el gobierno ni la empresa cumplieron los compromisos contraídos, y el 29 de abril dio inicio un nuevo movimiento de huelga que recibió una amplia difusión en la prensa y la solidaridad abierta de casi toda la población de Nacozari.

La situación se ponía cada vez más difícil, desde el 26 de febrero se decretó la “ley seca” para evitar mayores problemas en la comunidad, en tanto, los dueños de los comercios de esa población aseguraban que de continuar la huelga una semana más, irán a la quiebra, para entonces cientos de obreros habían tenido que regresar a sus lugares de origen.

Las negociaciones continuaron por semanas y finalmente el 10 de mayo, policías y soldados rompieron la huelga y Nacozari entró en un virtual estado de sitio. El 21 de junio, treinta y ocho dirigentes mineros fueron secuestrados y llevados a la Ciudad de México, donde doce fueron consignados penalmente.

Esa experiencia me sirvió para entender que mis años trabajando en el ámbito agrario y campesino me sirvieron para lograr la conciliación, llegar a acuerdos y negociaciones entre las partes, y una chispa de vocación política apareció en mi interior.

Como subsecretario de gobierno viví grandes experiencias, pero la más grata de todas fue cuando acudí con la representación del gobernador Carrillo Marcor a un evento en Hermosillo en el que se le rindió homenaje a un gran beisbolista llamado Manuel “Barbitas” Acuña, un *pitcher* aguapretense que había sido subcampeón en los Juegos Panamericanos de 1943, un hombre serio, tímido e introvertido, y no quise perder la oportunidad para preguntarle si había conocido a

mi tío Manuel. Con los ojos abiertos de emoción me contestó: “Ahhh, ¿el nogalitos?, ¡claro que lo conocí!, él me enseñó a jugar beisbol en Agua Prieta”.

Sentí un escalofrío de orgullo en el cuerpo al escuchar aquellas palabras sobre un tío al que no conocí, pero del que me sentía enormemente orgulloso.

Para 1979 se avecinaba el fin del gobierno de don Alejandro Carrillo Marcor y el obligado cambio del ejecutivo del estado, las presidencias municipales y diputaciones locales y federales.

Los mencionados a la gubernatura eran Francisco Vizcaíno Murray, Alejandro Sobarzo Loaiza, Jorge Díaz Serrano, Rodolfo Félix Valdés, Enrique Fox Romero, Armando Hopkins Durazo, César Gándara Laborín, Javier Bours Almada, César Tapia Quijada, Alfonso Reyna Celaya, Alicia Arellano Tapia, Salomón Faz Sánchez y muy marginalmente, Samuel Ocaña García, que entonces era el presidente del Comité Directivo Estatal del PRI.

Después del proceso de selección interna del PRI, resultó candidato a la gubernatura del Estado, el que menos se esperaba que lo fuera: Samuel Ocaña García.

En cuanto a la selección de candidatos a diputados locales, mi amigo Alfonso Molina y yo vimos la posibilidad de yo fuera candidato a diputado local y convence al gobernador Carrillo de la idea, y en una muestra de gratitud hacia a mí, el gobernador le propone al candidato Samuel Ocaña que yo fuera el candidato a diputado local por el entonces V distrito electoral local que abarcaba trece municipios: Nacozari, Cumpas, Divisaderos, Tepache, Villa Hidalgo, Huásabas, Granados, Bacadéhuachi, Nácori Chico, Huachinera, Bacerac y Bavispe, con Moctezuma como cabecera.

Al mismo tiempo, Ocaña tenía como propuesta como candidato para el distrito III de Magdalena a José Jesús “Pachi” Rochín Durazo, su amigo entrañable que había sido su secretario general en el CDE del PRI, pero la CTM se opuso porque quería esa candidatura para Gabriel Héctor Pérez Figueroa, un propietario de taxis, líder obrero y locutor; famoso después porque fue quien le dio oportunidad a Luis Donaldo Colosio para que practicara la locución en la radiodifusora XEDJ precisamente propiedad de la familia Rochín Durazo, y las cosas se enredaron y el asunto se le pone difícil a Ocaña.

Don Fidel Velázquez le habló a Samuel Ocaña diciéndole: “Señor candidato, sé que usted tiene muchos compromisos en su estado, nosotros le hicimos llegar una solicitud para un compañero al que estamos apoyando, quiero decirle que no se preocupe por eso, usted tiene derecho a decidir las candidaturas que desee, pero le informo que si el candidato no es Pérez Figueroa, la CTM se retirará de su campaña”.

El día anterior a la convención distrital para la postulación de Rochín Durazo en la Cueva de los Leones de Magdalena, las mantas que anunciaban el evento fueron retiradas intempestivamente y se pusieron las de Pérez Figueroa.

Nuestra intención de ser diputado local no resultó fácil. Ocaña intentó negociar con la CTM mi candidatura, pero Alfonso Molina le dijo: “No se le olvide

candidato que la diputación para López Nogales fue la única que le solicitó el gobernador Carrillo Marcor”.

Por su parte los liderazgos formales del distrito V hicieron un frente común fuerte y solidario para no permitir la postulación de ningún “candidato golondrino”, un término que habían acuñado para referirse a los anteriores candidatos a diputados que no habían sido residentes ni oriundos del distrito, y su justo reclamo era que la persona que los representara tenía que haber nacido en el territorio del distrito.

Para esperar la decisión del partido, aquellos líderes se trasladaron a Hermosillo y se acantonaron en el Hotel Gándara, listos, prestos y decididos para enfrentar en su caso, si la decisión que se tomara les resultara adversa. Obviamente traían como su propuesta de candidato debidamente consensuada en la persona del profesor Luis Héctor Ochoa Bercini, oriundo de Cumpas.

Enterado de la situación y al más puro estilo y la “praxis” del PRI de aquella época, una representación del Comité Directivo Estatal se presentó en mis oficinas de la subsecretaría de gobierno, a la que también habían convocado al profesor Ochoa Bercini, y con las formalidades de rigor, se nos dio a conocer la decisión del instituto político de que el candidato por el V distrito electoral sería Armando López Nogales. El profesor Ochoa Bercini escuchó estoico la noticia, me felicitó parcamente y se retiró presuroso a reunirse con sus amigos en el Hotel Gándara que lo esperaban ansiosos con una buena noticia.

El profesor Ochoa Bercini llegó muy molesto y les informó que les habían impuesto un “candidato golondrino” y los conminó a no permitirlo, e ir a las oficinas del partido a manifestar su inconformidad.

De pronto, Ubaldo Fimbres le preguntó por el nombre del elegido y al pronunciar mi nombre se hizo un enorme silencio en el salón donde estaban, el “Pili” Urquijo de Huásabas, un cenecista a carta cabal se levantó de su asiento y dijo: “Compa Ochoa, no quiero que se ofenda, pero con la designación de López Nogales nos fue muy bien, yo propongo que todos juntos nos traslademos a las oficinas de Armando y le manifestamos nuestro más firme apoyo y respaldo a su candidatura.”

Así lo hicieron, se fueron a mi oficina a darme su apoyo, incluyendo Ochoa Bercini, a quien ahí mismo le solicité con respeto que me coordinara la campaña y generosamente aceptó.

Recuerdo con claridad los rostros y nombres, pero no los apellidos, de aquellos amigos que generosamente me dieron su apoyo, me apena no recordarlos, pero la memoria me traiciona, pero un recuerdo trae consigo otro recuerdo.

Respecto a la infidelidad de la memoria, hubo un muy ilustre sonoreense a quien respeté y admiraré por siempre, me refiero a don Adolfo Ibarra Seldner, un abogado y marinero que fue juez de distrito, subprocurador y tres veces procurador de Sonora, con quien conviví por horas, días, semanas y meses en los tiempos de la Comisión Agraria Mixta, quien, pese a su avanzada edad, personalmente atendía y acudía a las invasiones, tomas de tierras y oficinas, y una vez que olvidé algo, con

voz grave y solemne me sentenció “Licenciado, escriba las cosas que le sucedan, recuerde que la memoria es femenina y por ello, tiende en ocasiones a ser infiel”.

Ofrezco mis más sinceras y cumplidas disculpas por omitir el nombre de algunos de mis queridos “cuasipaisanos”, como les decía, ya que, si bien no había nacido en el distrito, mi madre si lo había hecho en el municipio de Moctezuma.

Mi cariño y respeto por siempre y mis sinceras disculpas por no recordar sus nombres completos a Ubaldo Fimbres, Nel Moreno, Miguelito (que en esa época fue candidato a presidente municipal en Moctezuma), el “Indio”, “Tío Andrés”, mi compadre “Paco Rocha”, “Pili Urquijo”, Carlos “Cayugas” Aguilar Fuentes, Conrado Durazo, Miguel A. Samaniego, Mauro Zozaya, el “Polvaredas”, Bernardo el “Cubano” Galaz, José Solís, Abraham Valenzuela, “Los Vargas”, Jesús Samaniego y tantos otros que nunca olvidaré.

Me brindaron su generoso apoyo a mi candidatura, a pesar de que yo no había nacido en su distrito, porque todos me conocían muy bien ya que habíamos convivido por días, noches y semanas enteras en Huásabas, Granados, San Clemente de Térapa, Tepache, Moctezuma, Cumpas, Nacozari y muchos otros pueblos, atendiendo la grave problemática agraria de esa región, nos estimábamos y respetábamos, por eso confiaron en mí.

Con ese firme respaldo se llevó a cabo en Moctezuma, cabecera del distrito, la convención distrital donde rendí la protesta de ley como candidato a diputado local por el V distrito, llevando como suplente a Gilberto Barrera García, un miembro del sindicato de mineros de Nacozari propuesto por la CTM y avalado por Francisco Aldana Montaña, entonces candidato a presidente municipal de aquel mineral. Por cierto, el día de la convención, Barrera colocó mantas promocionales de Aldana en un municipio diferente al suyo, lo que molestó mucho a mis colaboradores y las retiraron inmediatamente.

No quiero dejar de mencionar que, al término de la convención, recibí de mi amigo Ubaldo Fimbres uno de los obsequios más valiosos y apreciados que he recibido: el acta de nacimiento de mi señora madre. Ubaldo, que en ese entonces era el jefe de la oficina del registro civil en Moctezuma, pacientemente se dedicó a hurgar en los archivos de esa dependencia y encontró el documento.

Hasta entonces había trabajado en asuntos técnicos en materia agraria, como secretario particular y subsecretario de gobierno con el gobernador Carrillo, tratando asuntos agrarios, lo que me había dado una gran experiencia en el trato con campesinos, empresarios y personajes de la sociedad civil, que me permitió formarme un perfil como técnico agrario y un nivel importante en la operación de la administración pública, pero no tenía ni la más remota idea de cómo ganar una elección y mucho menos llegar a ser un político de carrera. Para mí, ser diputado era como cualquier otro trabajo en el que tenía que poner toda mi capacidad técnica para desempeñarla. La experiencia política partidista me llegaría inmediatamente después.

Una vez pasada la convención de mi protesta como candidato, fui comisionado por el candidato del PRI a la gubernatura Samuel Ocaña, para asistir a

Etchojoa como delegado del partido para operar la sucesión en aquel municipio. Por eso le guardo un profundo cariño y respeto a ese municipio y a la población de Villa Juárez, que en ese entonces era comisaría de dicho municipio.

El presidente municipal de Etchojoa era mi querido amigo profesor Francisco “el Indio” Márquez Durán, que pretendía ser candidato a diputado local, quien me trató con un gran afecto y cordialidad, ya que era hermano de Loly Márquez, un líder agrario de Huatabampo que era mi amigo porque lo había tratado mucho en mis tiempos en esa rama.

El profesor Francisco Márquez y yo comíamos a diario bajo los árboles del vado del río Mayo, en una ramada de piso de tierra de un yoreme llamado Patrocinio con quien hice una gran amistad, que también vendía cerveza sin permiso de venta de alcohol, mismo que muchos años después tuve la oportunidad de conseguirle y él me lo agradeció regalándome unos bolígrafos que hasta la fecha conservo como un entrañable recuerdo de mi estancia en Etchojoa.

Para intentar operar exitosamente mi trabajo contacté al líder regional de la sección 28 del Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación, Rubén Castro Ojeda, que vivía en una casa muy modesta en Huatabampo, cuyo líder estatal era Hugo Romero Ojeda, y empezamos a trabajar juntos en aquella mi primera operación política partidista.

Empezamos a operar con los líderes de los profesores y los campesinos, sin darnos cuenta que un experimentado político y extraordinario líder de los profesores llamado Raymundo Rodríguez Kely, tío de los hermanos Jesús Rosario y Raimundo Rodríguez Quiñones, líderes cetemistas actuales, operaba soterradamente a favor de uno de los suyos llamado Benjamín Rivera Rojo apodado “el Cocodrilo”, como aspirante a la presidencia municipal, jugándole las contras a sus líderes regional y estatal, y como ni yo, ni mis compañeros teníamos experiencia como operadores políticos partidistas, Rivera Rojo obtuvo la candidatura y consecuentemente la presidencia municipal de Etchojoa.

Así, en 1979, a través del experimento priista llamado “Democracia transparente” puesto en operación por Héctor Raúl Hammeken Barreto, delegado del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, llegaron a la presidencia municipal por el PAN, Adalberto Rosas López en Cajeme, Luis Córdova Corrales en Agua Prieta, Marcial Bazúa Vizcarra en Empalme y Cándido Padilla Quiroga en Huépac; al congreso local José Antonio Gándara Terrazas y Claudio Dabdoub Sicre, mientras que Carlos Amaya Rivera se convirtió en diputado federal.

La estancia en Etchojoa ha sido la más grande experiencia política de mi vida porque, además de ser mi primera comisión partidista como delegado, fue cuando nació en mí ser la vocación política, sobre todo partidista, ya que conviví largos meses con mis compañeros de partido quienes me recibieron con suma calidez y compañerismo, que tal vez fue porque les agradó que decidiera quedarme a vivir en el municipio todo ese tiempo, ya que normalmente los delegados del partido pernoctaban en Navojoa, donde había más comodidades, pero yo alquilé un cuarto

en un modestísimo hotel en Huatabampo, ya que en Etchojoa no había hoteles ni restaurantes.

Por primera vez me involucraba con otro tipo de liderazgos que no eran los agrarios o de colonos agrícolas con quienes había tratado mucho en aquella región, como Espiridión Durán y otros más quienes me acogieron muy bien porque me sentían suyo, tanto, que algunos me decían “López Etchojoa” en lugar de “López Nogales”, ya que consideraban que ya era de Etchojoa.

Terminada mi fallida comisión partidista en Etchojoa, regresé a hacer mi campaña en mi distrito. En ese tiempo mi capacidad como orador era totalmente limitada y no sabía hablar en público. Si el candidato a gobernador no sabía hacerlo, menos lo sabía hacer yo.

Seguí una costumbre que tengo hasta la fecha, en las noches escribía algunas frases que iba hilando muy limitadamente y en los eventos las utilizaba como guía para mis discursos.

Los gastos de la campaña eran mínimos, me hospedaba en un hotel modesto en Moctezuma. El día de la convención “el Flaco” Meráz me ayudó con unos músicos, alguien me prestó un camión al que subimos unos barriles de cerveza con hielo en costales con aserrín. No había publicidad en la campaña, si acaso alguna que otra manta. La misma gente ponía la barbacoa en los mítines. Recuerdo que me bañaba, rasuraba y cambiaba en los arroyos antes de entrar a los pueblos para realizar un evento.

La actividad en la campaña era de contacto directo con la gente, casi no era necesario hablar abiertamente ante el público, las reuniones eran en las asociaciones ganaderas, las escuelas y en la plaza pública y asistir a comidas que regularmente era barbacoa. Aquellos hombres introvertidos, pero de corazón gigante me aceptaron inmediatamente, yo creo que aquellos rancheros serranos me veían joven y confiaron en mí, me sentían muy de ellos, tal vez porque me identificaban con uno de su mismo mundo, ya que mis orígenes eran de la región, Pibipa, el pueblo de mi madre.

Ese contacto directo con la gente me marcó para siempre y ahí fue donde encontré mi verdadera vocación: la política y mi entrega al partido.

Mi contrincante era un músico panista de apellido Vindiola, originario de Cumpas, que hizo una campaña muy limitada.

Finalmente llegó el día de la elección y la gané de manera contundente, como mis otros compañeros de partido.

Los miembros de la XLIX legislatura 1979-1982, la integramos: María Glenda Ramírez Orozco (San Luis Río Colorado), Benjamín Salazar Acedo (Altar), Gabriel Héctor Pérez Figueroa (Magdalena), Daniel Liera Castro (Arizpe) mi coterráneo de Cananea, Héctor Manuel Parra Enríquez (Sahuaripa), Luis Moreno Bustamante (Ures), Carlos Gámez Fimbres (Hermosillo Norte) mi profesor universitario, Ricardo Valencia Souza (Hermosillo Sur), Rolando Valenzuela Casanova (Guaymas), José Jesús Ayala Sillas (Navojoa), Manuel de Jesús Parra Vega (Etchojoa), Guillermo Peña Enríquez (Huatabampo), por el PRI; Claudio

Dabdoub Sicre (Cajeme Norte), José Antonio Gándara Terrazas (Cajeme Sur) por el Partido Acción Nacional (PAN); y diputados de representación proporcional Ramón Astorga Coronado y Rafael Ávalos Marró por el PAN, Esteban Rojas Saldívar y Candelario Núñez Zazueta por el Partido Popular Socialista (PPS), y José Bernal Solís por el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM).

Manuel de Jesús Parra Vega, que era el diputado más joven de la legislatura ya que apenas pasaba los veinte años, lamentablemente falleció apenas iniciado el período, el 21 de febrero de 1980 en un accidente automovilístico antes de llegar a San Luis Río Colorado. Lo sustituyó su suplente Hilda Luz Schmidt García. Años después le pusieron su nombre a la biblioteca municipal de Etchojoa.

Sin temor a equivocarme, creo que, con la muerte de Parra Vega, me convertí en el más joven de los diputados de esa legislatura.

Los senadores que habían sido electos en 1976 eran Juan José Gastélum García y Adolfo de la Huerta Oriol, ambos del PRI.

Los diputados federales electos fueron Luis Antonio Bojórquez Serrano, Alejandro Sobarzo Loaiza, Hugo Romero Ojeda, Rubén Duarte Corral, Salomón Faz Sánchez y Fernando Mendoza Contreras del PRI; Carlos Amaya Rivera plurinominal del PAN.

De todas las experiencias que tuve en la política, la de diputado local fue la más estimulante para mí, a excepción de la de gobernador, por supuesto. Tal vez fue porque entonces era un joven sano, sin prejuicios de ningún tipo, que veía todo como una responsabilidad laboral que había que cumplir a cabalidad, y porque tuve la oportunidad de convivir y aprender de unos maestros del oficio como Benjamín Salazar Acedo, Luis Moreno Bustamante, Carlos Gámez Fimbres, Ricardo Valencia Souza y Guillermo Peña Enríquez.

Claudio Dabdoub Sicre era un historiador culto de mucho carácter, en cambio José Antonio Gándara Terrazas, hijo del priista René Gándara, era todo lo contrario, un furibundo y opuesto a todo, como contador público era durísimo en sus juicios sobre el presupuesto y la cuenta pública; Rafael Ávalos era un joven sanluisino con poca experiencia en la política; Ramón Astorga era el mediador entre nosotros. De todos ellos aprendí mucho, lo que fue muy motivante en mis primeros pasos en la política.

El edificio sede del Congreso lo construyó el gobernador Carrillo Marcor y lo entregó a la legislatura 1976-1979 unos meses antes de terminar su período, por lo que fuimos nosotros quienes estrenamos formalmente la nueva sede.

En aquel tiempo no había salón de plenos, sesionábamos en una enorme sala de juntas donde debatíamos físicamente codo a codo.

Recuerdo que don Claudio se ponía de pie y nos echaba un gran discurso humanista regañándonos por alguna actitud impertinente de alguno de nosotros, y Astorga le decía: “Don Claudio, siéntese, ¿que no ve que no le están poniendo atención?”.

La nuestra fue la primera cámara pluripartidista en la historia de Sonora con oposición real, producto de la reforma política de 1977 que implicó una importante

serie de cambios legales promovidos en México por el político, intelectual e historiador Jesús Reyes Heróles, desde su cargo de secretario de Gobernación en el sexenio del presidente José López Portillo.

En ese escenario aprendimos a convivir como diputados y teníamos auténticos debates. Esteban Rojas Saldívar y Candelario Núñez Zazueta del PPS eran muy accesibles, pero a veces asumían su papel de opositores y nunca se aliaron con el PAN, sin embargo, José Bernal Solís del PARM, sí se alió con nosotros. Yo solamente tuve algunos altercados en mis intervenciones con Gándara Terrazas.

Para ejercer mis funciones me apoyaba mucho en Gámez Fimbres para lo técnico; aprendí a debatir con mis compañeros y como no había tribuna no se necesitaba ser un gran orador, algo de lo que yo carecía.

La relación de la cámara con el gobernador Samuel Ocaña fue muy buena. Salazar Acedo y Gámez Fimbres era muy amigos de él y eran los encargados de esa relación.

En el período de nuestra legislatura emitimos algunas leyes de trascendencia para nuestro estado, como la de creación del parque industrial de Hermosillo como un organismo público descentralizado en 1980; la derogación del decreto de 1978 de la Ley 19 que reglamenta la participación del gobierno del estado en empresas privadas, mismas que podían ser exentas de impuestos estatales; la Ley 53 de organizaciones políticas y procesos electorales del estado en junio de 1981; el acuerdo de creación de la hemeroteca del Congreso estatal, con el fin de enriquecer las fuentes de investigación para los estudiosos de la historia o de información para las nuevas generaciones.

Ejercí la alta responsabilidad de diputado, a la que le dediqué toda mi capacidad y esfuerzo. Me sirvió para fortalecer aún más mis lazos afectivos con los habitantes de esa alejada y querida región serrana a la que representaba. Obtuvimos apoyos para hacer obras en beneficio de aquellos municipios.

Al iniciar el sexenio del gobernador Ocaña en septiembre de 1979, Alfonso Molina fue nombrado presidente del Supremo Tribunal de Justicia del Estado, pero tres meses después, el 7 de diciembre de 1979, fue designado presidente del Comité Directivo Estatal del PRI. Raudo y veloz me presenté ante él para manifestarle mi apoyo en su nueva responsabilidad. Generoso como siempre, me nombró secretario de Acción Política y Coordinación Legislativa, lo que hoy se conoce comúnmente como coordinador de los diputados priistas en el Congreso. No era una tarea fácil pedirles informes de trabajo y reportes a mis compañeros diputados, algunos de ellos unos auténticos “toros de miura”, pero logré que me apoyaran generosamente.

Volví a hacer mancuerna de trabajo con mi amigo Alfonso y recorrí de nuevo todo el estado acompañándolo, como ya lo había hecho siendo secretario de la Comisión Agraria Mixta, la cual fue de nuevo una gran experiencia.

Establecí una estrecha amistad con Alfonso, por las tardes me iba al partido y nos salíamos a caminar por la banqueta del parque Madero donde compartíamos nuestras angustias por las grillas que se vivían en el partido.

Como diputado no participé en ningún tipo de grilla u operación política partidista. Como siempre lo hice en mis trabajos anteriores, me dediqué de lleno a mis funciones y a visitar mi distrito haciendo gestiones para mis votantes.

A partir de entonces me empecé a interesar en los medios de comunicación y en el contexto nacional, estatal y local, pero sin ir más allá, solamente para estar enterado de lo que sucedía a mi alrededor.

Como diputado viví extraordinarias vivencias y experiencias, tantas que me sería prácticamente imposible contarlas todas, pero ahora les compartiré solo una de ellas.

Una experiencia inolvidable la viví en Ciudad Obregón. Era 1982 y concluía el mandato de Adalberto Rosas López como presidente municipal panista y nuestro candidato era Eduardo Estrella Acedo, quien había sido secretario de gobierno en la primera mitad del gobierno de Samuel Ocaña. El presidente del comité municipal del PRI era Ramiro Valdez Fontes, secretario general de la CTM en el Estado; el secretario general de la CNC era Nemesio Parra Acuña y, siendo aún diputado, fui nombrado delegado del PRI en el municipio. El panorama electoral en Cajeme nos era totalmente adverso, aunque alguien diga lo contrario, las encuestas, la opinión pública lo decían y nosotros mismos veíamos un ambiente hostil y negativo que presagiaba nuestra derrota en las urnas.

Entramos con nuestro candidato en una intensa, vigorosa y extenuante campaña electoral cuando de pronto, desde las altas esferas del gobierno decidieron enviar como delegado especial en Cajeme al doctor Ramón Ángel Amante, quien había sido presidente municipal de Hermosillo 1976-1979, algo que al inicio me molestó, pero de inmediato lo digerí debido al gran cariño y respeto que le profesaba al doctor Amante, quien llegó acompañado de un hijo.

El doctor Amante realizó un extraordinario trabajo, sobre todo en las relaciones con los grupos de poder. Por mi parte me dediqué en cuerpo y alma a atender al sector campesino de la extensa zona rural de Cajeme. Alfonso Molina Ruibal, presidente del partido, depositó toda su confianza en mí, nos visitaba constantemente, me daba ánimos y me brindó todo su apoyo y recursos para hacer mi trabajo.

El día de la elección, antes de que se abrieran las casillas para ejercer el voto, la policía municipal recorría todo el municipio intimidando a la gente deteniendo vehículos que les parecían sospechosos, sobre todo de ser de filiación priista. Una mañana muy temprano cuando recorría el municipio al volante de una *pick up* en compañía de mi querido amigo Reynaldo Maytorena (un prestigiado líder campesino de la región de Guaymas) de pronto un grupo de patrullas nos cerró el paso; se bajaron varios policías exigiéndonos nuestra identificación y preguntándonos qué era lo que hacíamos. Me identifiqué, pero no fue suficiente, nos llevaron detenidos a las oficinas de la comandancia, donde nos tuvieron hasta que llegó el director de la policía y tránsito Pablo Castellón Álvarez, quien nos ofreció una somera disculpa dejándonos ir.

En aquel entonces no tenía el gusto de conocer a Pablo Castellón, después corroboré que era una excelente persona, pero sobre todo que había sido cantante haciendo los tonos graves con los “Apson Boys” de Agua Prieta. Eso representó mucho para mí, por mi pasión por la música y porque aquel grupo era de mis favoritos. Después fue periodista y con el paso de los años logramos formalizar una estrecha relación de amistad.

Sin embargo, el domingo de elección fue un caos, al filo de las seis de la tarde, al cierre de las casillas de votación, en la colonia Cortinas un grupo de choque de filiación panista tomó con violencia las casillas electorales con sus respectivas urnas y acordonó el lugar sin dejar salir a los funcionarios de casilla toda la noche. Aquello era una situación sumamente tensa por la violencia ejercida.

Sucedieron situaciones dramáticas, como la del líder de la Unión General de Obreros y Campesinos de México (Ugocm), Severo Girón, quien llegó al comité municipal del PRI al borde del llanto porque creía que le habían secuestrado a sus hijos, a quienes apodábamos los “Güeros” en la colonia Cortinas. Afortunadamente se trató de una falsa noticia. No podíamos hacer nada, nos sentíamos impotentes, no contábamos con el apoyo de las fuerzas policiacas del municipio, por el contrario, estaban al servicio de los intereses panistas de la administración municipal.

Esa noche estando en la sede del partido por la calle Miguel Alemán, llegaron unos compañeros de Ramiro Valdez Fontes y nos informaron que tenían conocimiento que unos militantes panistas enardecidos vendrían esa noche a incendiar nuestras instalaciones. Mis amigos líderes agrarios, entre ellos Reynaldo Maytorena, me sugirieron que nos saliéramos de ahí porque corríamos un gran riesgo. Ramiro me vio directamente a los ojos y me dijo: “jefe, usted ya está grandecito, ya puede decidir qué hacer. Yo me voy a quedar y creo que usted también debe hacerlo.” Decidí quedarme y Maytorena se fue. Ramiro tomó un palo de escoba, le sacó punta y me lo dio diciéndome: “Agárrelo bien, si llegan, no deje que nadie cruce la puerta.” Eran como las tres de la mañana cuando de pronto escuchamos unos gritos y un tropel de un grupo de personas que venían corriendo hacia donde estábamos nosotros. Se me heló la sangre de miedo. Ramiro me dijo: “Ahora si jefe, ya nos llevó la chingada”. Esperamos un rato y vimos que llegaron unas 70 personas que eran de los nuestros que venían siendo perseguidos por militantes panistas. Les abrimos la puerta, entraron en turba y todos juntos nos atrincheramos en el fondo del local. Los panistas no se atrevieron a entrar.

Concluida la jornada electoral el presidente municipal Adalberto Rosas López se negó rotundamente a entregar los paquetes electorales y fue requerido por las autoridades electorales. De acuerdo con la legislación electoral, el Congreso del Estado era quien calificaba los procesos y lo requirió en varias ocasiones. El presidente municipal sostuvo su negativa, en franca rebeldía trasgrediendo las leyes vigentes.

En consecuencia, el Congreso del Estado, en uso pleno de sus facultades legales, calificó la elección municipal con las copias de las actas aportadas por los

partidos declarando vencedor al candidato del Partido Revolucionario Institucional, Lic. Eduardo Estrella Acedo.

Posteriormente, en el seno de la Comisión Estatal Electoral, órgano colegiado responsable de organizar y calificar las elecciones, integrado por el secretario de gobierno, Daniel Acosta Cázares en representación del ejecutivo del Estado; los representantes de cada partido político y un diputado representante del Congreso del Estado, que lo era yo. Ante la presencia del notario público Ramón Corral Delgado, en una larga y acalorada discusión, se propuso consignar ante la autoridad judicial al presidente municipal Rosas López, a lo que me opuse terminantemente, misma que fue aprobada por mayoría de votos.

La razón y sustento de mi negativa se fundaba en que consideraba que esa decisión complicaría aún más el escenario político-electoral. Así fue, no solo complicó el entorno político, sino que hasta trastocó mi vida personal, ya que tuve que acudir en varias ocasiones ante el poder judicial a declarar y a enfrentar careos, situación que fue sumamente molesta para mí.

Al tiempo, siendo un ciudadano común sin cargo de elección o partidista, llegó a mi domicilio un requerimiento con un apercibimiento del uso de la fuerza pública si no atendía los citatorios del poder judicial. Dispuesto a terminar con aquella engorrosa y molesta situación, solicité audiencia con el gobernador del Estado, Samuel Ocaña García, quien me recibió muy a su estilo, serio y solemne hasta sarcástico diría yo, y se declaró ignorante del tema. Se comunicó por el teléfono rojo con el procurador Francisco Acuña Griego sin que yo escuchara el tenor de la conversación. Al colgar me indicó escuetamente que fuera a verlo.

El procurador me recibió con una actitud arrogante y altanera, dándome una disertación sobre las implicaciones negativas que acarrearía no atender los requerimientos del poder judicial para luego despedirme. Lo escuché y no tuve más que atender los requerimientos judiciales.

Curiosamente yo fui el único que no estuve de acuerdo con la consignación de Adalberto Rosas López y también fui el único que tuvo que sufrir los requerimientos judiciales de ese proceso.

Debo decir ahora que después de una larga experiencia como delegado del Comité Ejecutivo Nacional del PRI en varios estados de la República, jamás he sido testigo y actor de un proceso de elección más complicado, violento y caótico como el de Cajeme en 1982.

De mi paso por el Congreso del Estado conservo grandes satisfacciones: tuve el privilegio de presidir la cámara alrededor en cinco ocasiones, fui su representante ante la Comisión Estatal Electoral, me nutrí y abrevé de la capacidad y experiencia de grandes diputados, de los que algunos de ellos fueron mis maestros en la universidad.

Sin mayores pretensiones y falsas modestias, creo que fui un buen diputado, algo que de lo que hasta hoy me sigue enorgulleciendo.

Siendo diputado la cigüeña tocó de nuevo la puerta de nuestra familia. El doctor Lucio Mayoral Hernández, un médico militar de carácter fuerte, había sido el médico de los embarazos de mis dos primeros hijos.

Yo estaba nervioso, pues todavía rondaba en mí mente el fantasma de la pérdida de una niña y en ese tiempo no se sabía el sexo de los hijos hasta que nacían. Cuando Laura estaba a punto de parir le dije que Mayoral ya estaba viejo y que sería mejor buscar otro ginecólogo, pero ella se negó a cambiar de doctor.

Al llegar al hospital Ignacio Chávez al parto, inmediatamente pasaron al quirófano a Laura y yo me quedé afuera. De pronto se abre la puerta y sale el doctor Mayoral ataviado con sus ropas especiales y un tapabocas, se viene directamente hacia a mí y viéndome directamente a los ojos me dice: “¡Así es que piensas estoy muy viejo y que no sirvo para nada, cabrón!”. Me quedé petrificado sin saber qué contestar. “No te preocupes,” me dijo, “sí estoy viejo, pero no trabajo solo, tengo dos médicos jóvenes a los que yo dirijo y superviso porque soy su maestro”, dio media vuelta y se introdujo de nuevo al quirófano.

De pronto, una enfermera salió del quirófano con un bebé en brazos; lo destapa diciéndome: “Es una alcancía”. Entonces me enteré de que era mujer. Laura Alicia nació el 16 de marzo de 1981.

Mis hijos han representado y representan todo para mí. En aquel oropel o drama en el que vivía cuando nació cada uno de ellos, se disipaban mis sufrimientos.

Al concluir mi función como legislador en 1982, de nuevo el destino me marcó otro derrotero. El doctor Víctor Galindo Sánchez, que fungía como secretario de Organización del PRI, fue electo diputado local y fui nombrado para sustituirlo en esa posición bajo la presidencia de Daniel Acosta Cázares, que entró en lugar de su amigo Alfonso, quien también renunció para ser candidato a diputado federal. Yo solamente conocía a Daniel a la distancia, pero Alfonso me recomendó con él. El delegado del CEN del PRI era Pedro Luis Bartilotti Perea, un hábil y experimentado político tabasqueño.

En la estructura del PRI estaban Benjamín Salazar Acedo, Bulmaro Pacheco Moreno, Miguel Ángel Murillo Aispuro, Horacio López Díaz, Rubén Moreno Valdez, Guillermo Ochoa, César Tapia Quijada, Guillermo Reyna Celaya, Ernesto López Riesgo, Ofelia González Miranda, Ramón Soto Silva, Guillermo Trumbull Espinoza de los Monteros, Francisco Aldana Montaña, Héctor Cárdenas Vázquez, Ramiro Valdez Fontes, Héctor Parra Enríquez, Rubén Duarte Corral y Carlos Apodaca Valenzuela.

Debo decir que la responsabilidad de secretario de organización del CDE del PRI, fue sin duda, la que más influyó en mi formación político-partidista. El realizar tareas como la renovación de los presidentes municipales del partido y de los seccionales, eran funciones sumamente difíciles y complicadas que, para poder tener éxito requerían de mucha paciencia, capacidad de negociación y coordinación.

Por otra parte, realizamos una titánica labor para actualizar el padrón de militantes, su credencialización y otras actividades por el estilo.

Para esa época puedo decir sin asomo de arrogancia que ya conocía cada municipio, población, comunidad y ejido del Estado. Los había recorrido todos cuando trabajé en la Comisión Agraria Mixta y ahora como secretario de Organización del PRI los había visitado de nuevo, algunos varias veces.

Cuando se es funcionario público el escritorio nos protege, constituye una barrera entre el que nos visita y así reconoce que somos una autoridad, y si se es diputado, mucho más, pero en la política partidista se da una grilla espantosa, es un ambiente en el que se da una lucha intestina cuerpo a cuerpo por los espacios, por eso Artemio Iglesias Miramontes, un político chihuahuense decía: “En este pinche negocio hasta el de al lado te hace sombra”. Aprendí que en el partido es como estar en un establo donde hay una lucha encarnizada, cruenta y cruel por los espacios y nadie confía de nadie. Es lo que se conoce como “una hacina de negros”, que tiene su origen en el hacinamiento que sufrían los esclavos negros en los barcos durante su transporte desde sus países de origen.

Cuando llegué a aquella posición importante en el PRI, me puse a trabajar intensamente, me dediqué a lo mío, recorrí todo el estado de nuevo, reorganicé los comités directivos municipales, participe en la selección de los presuntos candidatos a diputaciones y presidencias municipales, por lo que no establecí una gran amistad con Daniel Acosta Cázares.

Estando en esa etapa se presentó la renovación de la dirigencia de la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Sonora (CNC) y consideré que contaba con los suficientes méritos para aspirar y decidí participar.

Tenía el apoyo de todos los comités regionales campesinos a excepción del de Cajeme, que lideraba Nemesio Parra Acuña, quien me dijo con sinceridad: “Mijito, no te puedo ayudar, porque este cabrón delegado de la CNC es mi sobrino”.

Empecé a recorrer el estado acompañado por Reynaldo Maytorena y Rosendo Venegas, de Guaymas y Álamos respectivamente, y a donde llegábamos los colegas dirigentes nos apoyaban hasta con los gastos del viaje. El gobernador Samuel Ocaña se enteró de lo estaba haciendo y citó a los viejos líderes dirigentes de la CNC, entre ellos a Rubén Duarte Corral, Ramón Cota Borbón e Ignacio Martínez Tadeo, para pedirles cuentas de lo que estaba pasando. Los dirigentes le dijeron que el problema estaba adentro del PRI, que el de todo era yo. Ocaña mandó llamar a Daniel Acosta para pedirle cuentas de mi insubordinación.

Mis compañeros Maytorena, Villegas y yo nos reuníamos en el café Mannix del centro comercial VH Centro y en una de ellas me propusieron que tomáramos las instalaciones de la CNC, pero me opuse terminantemente. Molesto me levanté y me fui a mis oficinas en el PRI. Se fueron detrás de mí y desde afuera me gritaban que saliera y así lo hice. Les expliqué que ésa no era la forma de ganar una contienda, que estaba en contra todo tipo de violencia.

Samuel Ocaña quería poner como dirigente al guaymense German Luis Pujol y le ordenó a Acosta Cázares que procediera. Daniel me llamó a cuentas y le dije

que determinantemente iba a participar en el proceso. Me llamó al entendimiento diciéndome que el gobernador estaba molesto con mi actitud y lo tenía muy presionado. Le dije que hablaría con él y fui a buscarlo a su oficina del palacio.

Ocaña me recibió y le dije que no podía promover a Pujol al cargo porque era un corrupto. “¡Demuéstrame!” me respondió altanero y prepotente.

Me fui con mis amigos del ejido 5 de junio en Guaymas y me entregaron unos cheques originales con los que Pujol los había fraudeado.

Regresé a Hermosillo y se los entregué al gobernador Ocaña, quien no me dijo ni media palabra ni me regresó los cheques.

Tres días después German Luis Pujol fue electo dirigente de la CNC en Sonora dando por terminada mi ingenua disidencia en esta central campesina.

Me retiré de la CNC por un tiempo. En marzo de 1985 Daniel Acosta Cázares deja la presidencia del PRI y lo sustituye interinamente Benjamín Salazar Acedo hasta abril del mismo año, cuando llega a sustituirlo Manlio Fabio Beltrones, y yo me voy a mi casa.

Meses después, sin empleo y con premura de dinero acudí al Isssteson con la intención de retirar mis ahorros. El director era José Jesús “Pachi” Rochín Durazo, que me recibió hosco y despectivo, diciéndome que no se podía hacer nada, que ya no había tiempo de retirar nada de dinero.

Creo que me cobró a mí la pérdida de su candidatura a la diputación local por Magdalena y me envió arruinado, triste y desempleado a mi casa.

Capítulo V

LUIS DONALDO COLOSIO MURRIETA

Era los inicios de 1985 y de nuevo Sonora entra en el proceso de renovación de la gubernatura, presidencias municipales, diputaciones locales y federales.

Los mencionados eran Francisco Vizcaíno Murray, Alejandro Sobarzo Loaiza, Fernando Mendoza Contreras, Rodolfo Félix Valdés, Enrique Fox Romero, César Gándara Laborín, César Tapia Quijada, Alicia Arellano Tapia, Ramiro Valdez Fontes, Ricardo Castillo Peralta, Ovidio Pereyra García, Daniel Acosta Cázares, Eduardo Estrella Acedo y Fernando Elías Calles.

Los finalistas fueron Alejandro Sobarzo Loaiza, Fernando Mendoza Contreras, César Tapia Quijada, Alicia Arellano Tapia, Ricardo Castillo Peralta, Eduardo Estrella Acedo y Rodolfo Félix Valdés. El elegido fue este último y el partido ya se encontraba con su maquinaria perfectamente aceitada para hacer frente al proceso electoral.

En mi fuero interno, dados mis antecedentes curriculares como secretario de la Comisión Agraria Mixta, secretario particular del gobernador, subsecretario de gobierno, diputado local y secretario de organización del CDE del PRI, aspiraba legítimamente a ser candidato a diputado federal por el II distrito electoral con cabecera en Magdalena de Kino.

Por aquellos días se me acercó para invitarme a tomar un café un gran hombre a quien le tenía una gran estimación, era don Luis Colosio Fernández.

A don Luis lo conocí en diciembre de 1977 siendo subsecretario de gobierno, cuando en la región de Santa Ana, Magdalena e Ímuris cayó una tromba que arrastró la nieve de las sierras que ocasionó un gran desastre con muertes, caída de puentes, derrumbe de carreteras y otros grandes destrozos en la infraestructura. El gobernador Carrillo Marcor me nombró responsable de coordinar la reconstrucción con los presidentes municipales de la región y con el ejército al mando de un teniente coronel de apellido Camarena.

Magdalena se convirtió en nuestra base de operaciones para la reconstrucción, donde por fortuna encontré el gran apoyo de un hombre íntegro, sereno e infatigable en la persona del secretario del ayuntamiento de Magdalena de Kino que era don Luis Colosio Fernández en la administración del presidente municipal Roberto Terán Woolfolk. Aquellos fueron días, semanas y meses de intenso trabajo llevándoles ayuda y consuelo a cientos de damnificados afectados por el desastre natural.

De esa manera fue como tuve la gran oportunidad de conocer, convivir, y aprender de aquel gran hombre. Desde entonces establecí una sincera amistad con don Luis y cuando viajaba por aquella región en mi peregrinar haciendo trabajos político-partidistas, mi visita a mi gran amigo era obligada.

Don Luis me dijo que quería ayudar a su hijo Luis Donald en su aspiración a ser diputado federal por el II distrito electoral. Me habló ampliamente de sus

antecedentes, de su formación académica y de su cercanía con el licenciado Carlos Salinas de Gortari, quien era secretario de Programación y Presupuesto en el gobierno de Miguel de la Madrid, y también que Donaldó carecía de formación político-partidista, por lo que me hizo una atenta y enfática petición para que lo apoyara como su coordinador de campaña, que ya lo había platicado con Donaldó y me había aceptado. Quiero creer que me aceptó porque precisamente se lo pedía y me recomendaba su señor padre.

No salía de mi asombro al escuchar tal petición. La propuesta no me agradó ni tantito, no porque yo tuviera alguna posibilidad de obtener la candidatura, que era mi profunda aspiración, sino porque no conocía ni en persona al hijo de mi amigo. Recuerdo que solo acerté a responderle: “Don Luis, le agradezco que haya pensado en mí para apoyar a su hijo, pero debo de aclararle que no conozco a Luis Donaldó, no somos amigos”.

Muy sereno me respondió: “Ya tendrán el tiempo suficiente para conocerse y hacerse amigos, lo que quiero es que platiquen lo más pronto posible”.

La realidad es que me resultó imposible negarme a la petición de apoyo para el hijo de Don Luis.

Y así fue, lo recuerdo como si fuera ayer. Luis Donaldó y yo nos conocimos en el restaurante Mannix que se encontraba en la esquina de las calles Rosales y Elías Calles en la planta baja del edificio Banca Cremi, a espaldas del edificio de Correos y Telégrafos en Hermosillo. Allí nos reunimos, sostuvimos una larga plática, intercambiamos puntos de vista, nos estrechamos la mano y establecimos compromisos que se sellaron por siempre, hasta el día de su muerte.

En acuerdo con Luis Donaldó, me fui al PRI a despedirme del presidente Manlio Fabio Beltrones, quien generosamente me apoyó manteniéndome el sueldo como secretario de organización para que me fuera a la campaña de Colosio sin problemas. Era una forma de Beltrones de ayudar a Colosio.

Me integré al espléndido equipo de trabajo de Donaldó integrado por Guillermo Hopkins Gámez, Juan Ángel Castillo Tarazón (un hombre muy cercano a don Luis), Julio Casanova Kim, el “Pichuky”, la “Rosy” y otros distinguidos compañeros que llegaron de la Ciudad de México, entre ellos Marcial Maciel, sobrino del sacerdote del mismo nombre, quien era muy amigo de Luis Donaldó.

En esos tiempos Luis Donaldó era una figura desconocida por la mayoría de la clase política sonorensis vigente. Es más, a algunos no les agradaba porque venía fuertemente recomendado y respaldado del centro. Recuerdo que, al integrarme a la campaña de Colosio, el delegado del CEN del PRI, Pedro Luis Bartilotti, me dijo: “Piénselo bien compañero, usted es un joven político con futuro, no se lo juegue con alguien como Colosio, nadie lo conoce y no tiene formación política”. A pesar de su recomendación, mi decisión ya estaba tomada.

De esa manera emprendimos juntos una vigorosa y extenuante campaña electoral en el distrito II que abarcaba treinta y cuatro municipios, desde Magdalena, Ímuris, Nogales, Santa Cruz, Cananea, Naco, Agua Prieta, Fronteras, Nacozari y los municipios de las sierras alta y baja. Visitamos todos y cada uno de

esos municipios y casi la totalidad de sus comunidades, la tarea no era fácil pues Donaldo enfrentaba a Luis Córdoba Corrales, expresidente municipal de Agua Prieta por el PAN de 1979 a 1982, un candidato fuerte, experimentado, carismático y con simpatía en algunos municipios del distrito.

En aquellos largos recorridos de días, semanas y meses de convivencia, plagados de cientos de anécdotas, fui conociendo a Colosio, un hombre que, a pesar de su gesto duro, tenía un gran corazón, era noble, humano y fui testigo cómo se fue transformando al estar en contacto directo con tantas carencias y limitaciones de la población; en especial en la zona serrana.

Colosio tenía una cualidad que conservó por siempre el resto de su vida: era muy organizado, escribía y leía mucho, registraba todo, tenía un extraordinario y natural don de gentes, se ganaba el cariño y el afecto de las personas con una sonrisa.

El día de la elección todos estábamos acantonados en una casita a la entrada de Magdalena que nos servía de oficina. Donaldo estaba encerrado en una oficina privada y los demás, incluyendo su papá, nos movíamos por el resto de la casa nerviosos. Seguro de la victoria yo había reservado un mariachi para el festejo de esa noche.

Al filo de las 4 o 5 de la tarde, nuestros enlaces en las casillas nos informaron del avance de la votación y la abrumadora ventaja de Donaldo.

Por otra parte, a esas horas en Agua Prieta, Efraín Martínez Ramírez, un locutor de noticias de la radio XEFH que era mi amigo, le llamó por teléfono a Luis Córdoba para preguntarle su opinión de las elecciones y éste le respondió que reconocía que Donaldo le había ganado. Mi amigo Efraín me llamó de inmediato a Magdalena para darme ese dato.

Al enterarme de las dos noticias hice traer al mariachi que entró a la oficina tocando a todo volumen la canción “El son de la negra” y Donaldo salió de su oficina con el rostro descompuesto por la furia, diciéndome hasta de qué me iba a morir: “Irresponsable hijo de la chingada, mira lo que me estás haciendo, me estás madreando todo lo que hicimos en la campaña con esto”. Tenía razón, aún no eran las seis de la tarde y no era momento de festejar, pero él tampoco sabía de los avances de la votación, ni del reconocimiento de Córdoba de su derrota. Para mi suerte en ese momento llega don Luis a quien Donaldo le dice: “Mira papá lo que está haciendo este cabrón”, a lo que don Luis le responde con mucha seriedad: “Y lo está haciendo muy bien, abre esas botellas de vino raro que tomas y empecemos a festejar.” Se refería a que Donaldo tomaba vermut Cinzano italiano, que había conocido en sus tiempos de estudiante en Austria, un licor muy raro en estas tierras.

En ese tiempo Colosio no tenía ni la menor idea de cómo se hacía la operación electoral. El encargado de eso en la campaña era Julio Casanova Kim, quien tenía un control total del proceso, mismo al que yo supervisaba. Era mi distrito y tenía el control total de todo, por lo que era prácticamente imposible que Donaldo perdiera.

Una vez desahogados y concluidos los trámites que establecía la legislación electoral, en julio de 1985, Colosio fue declarado ganador como diputado federal por el II distrito electoral federal con cabecera Magdalena de Kino, Sonora.

Con esa representación inmediatamente se regresó a la Ciudad de México a tomar protesta y a cumplir sus funciones como legislador.

Yo lo visitaba esporádicamente y lo acompañaba a reuniones y oficinas en un Volkswagen sedán que él mismo manejaba.

Muchas veces lo acompañé en ese carro a una casona en la calle Arturo N.º 2 en la colonia Lindavista, donde había unas famosas oficinas en las que conocí a Pedro Aspe Armella, Herminio Blanco Mendoza, Jaime Serra Puche, Manuel Camacho Solís, Carlos Rojas Gutiérrez y José Córdoba Montoya, leales colaboradores del secretario de Programación y Presupuesto Carlos Salinas de Gortari.

Sin embargo, mi situación económica era sumamente apremiante, el apoyo que recibía de Beltrones en el PRI se había terminado con la campaña política y ya no tenía ingresos por lo que tenía que buscar el sustento familiar a como diera lugar. Quería continuar en el servicio público estatal, pero no se me había dado oportunidad. Se me cerraron las puertas, por lo que me quedé en mi casa en Hermosillo.

Recuerdo que, a finales de 1985 me visitaron en mi casa Héctor Guillermo “Temo” Balderrama y mi amigo César Rubio García, quienes me solicitaban mi anuencia para proponerme como presidente del comité municipal del PRI en Hermosillo. Mi amigo “Temo” había ganado la presidencia municipal de Hermosillo y quería que lo ayudara desde ahí. Accedí a su petición, pero les hice la pertinente aclaración de que consideraba que las autoridades superiores no iban a aceptarles su propuesta, que no sabía, como hasta el día de hoy no lo sé a ciencia cierta, el por qué en el Estado me habían cerrado toda oportunidad de participar en un puesto público o político. Así fue, y a las primeras horas del día siguiente me llamo César Rubio sumamente apenado para informarme que la propuesta no había prosperado.

Rodolfo Félix Valdés solo me conocía de vista y una sola vez, cuando fui a visitarlo en México como diputado local para gestionar con él, que era Subsecretario de Comunicaciones, la construcción del puente en el río Bavispe a la altura de Huásabas, ya que cuando el río crecía se cortaba la comunicación hacia la sierra alta de Sonora, y terminantemente no me lo autorizó.

Puedo suponer que Félix Valdés, siendo un técnico reconocido no tenía aspiraciones políticas en Sonora y según supe años después, Miguel De la Madrid tuvo que convencerlo de que aceptara la candidatura a gobernador por Sonora. Cuando don Rodolfo le dijo que él no era político, el presidente le contestó: “Yo tampoco don Rodolfo, pero usted tiene que irse”.

Por eso supongo que mi bloqueo político en ese momento no venía de él, sino de sus colaboradores en el PRI y en su comité de campaña, por esos celos políticos que se dieron contra mí por haberme ido a la campaña de Colosio.

Por mi parte yo tampoco le comuniqué a Donaldo de mi situación económica y él tampoco me preguntó al respecto. Como tecnócrata que era en ese tiempo Donaldo era frío. De hecho, en la campaña no le pedí dinero ni a él, ni a Guillermo Hopkins, tesorero de su campaña, y pude subsistir gracias al apoyo que me daba Manlio Fabio Beltrones, pero, al terminar la campaña, ese apoyo se terminó.

Ésa fue una época muy dura y triste para mí. No encontraba trabajo en ninguna parte y como siempre lo hacía, me refugié en el despacho de mi hermano Rafael, que ya había regresado a Sonora e instalado un despacho jurídico. Yo no era litigante y los asuntos del despacho no daban para mantener a dos familias.

Me encontraba angustiado, con mucho estrés y caí en un estado depresivo terrible, permanecía encerrado todo el día en mi cuarto viendo la televisión, por lo que mi pobre esposa Laura se preocupaba y mortificaba en extremo. Así transcurrían aquellos penosos días de mi vida, cuando de pronto sucedió algo que fue la gota que derramó el vaso y me hizo reaccionar.

Un día, reunidos a comer en familia, observé que Laura no se sentó con nosotros y al preguntarle la razón me contestó muy seria: “Porque hace tiempo que la comida no alcanza para todos”. Me cimbré de pies a cabeza con aquella respuesta aterradora, me fui al cuarto de la televisión y me encerré hasta que las lágrimas terminaron de salir de mis ojos.

Ese mismo día tomé la firme decisión de irme de Sonora. No tenía la menor idea a dónde, pero tenía que salir a buscar el sustento de mi familia. De pronto una luz en mi mente me iluminó y decidí enfilar mis pasos a Cárdenas, Tabasco, en búsqueda de Manuel Llergo Heredia.

A Manuel lo había conocido cuando yo era secretario de Organización del CDE del PRI de 1982 a 1985, y el delegado del CEN del PRI, Pedro Luis Bartilotti Perea, lo invitó por ser paisano tabasqueño suyo a que viniera a Sonora como “delegado especial” del mismo Comité Ejecutivo Nacional, y tanto él como Daniel Acosta Cázares, me dieron la comisión para que lo atendiera de manera personal.

Llergo Heredia era un hombre robusto de voz gruesa y como buen gordito, muy simpático y bueno para contar chistes. Tenía una larga carrera política en su estado, donde había sido líder cenecista, presidente estatal del PRI, presidente municipal de Tenosique, diputado local y federal. Solo tenía un pequeño y grave problema: era muy aficionado al alcohol.

Durante su estancia en Sonora acompañé a Manuel Llergo por todo el Estado a reuniones de trabajo con la estructura del partido y la sectorial. Era sumamente grata su compañía por su simpatía, solo que, como buen bebedor, aderezaba las comidas con sus respectivas copas. Esa situación empezó a tornarse delicada ya que bebía todo el día, llegó asistir a reuniones en algunos municipios en completo estado de ebriedad, no me hacía caso, no se controlaba asimismo y mucho menos yo podía controlarlo.

La situación me provocó problemas con Laura en casa, ya que, como su anfitrión tenía que acompañarlo a sus francachelas. La situación se tornó tan

insoponible que decidí de plano alejarme de él, aunque no cumpliera mi comisión de trabajo.

Una noche, se apareció en mi casa completamente ebrio y con su vozarrón me reclamaba lloroso mi actitud de abandonarlo. Laura se asustó, no lo conocía, era increíble ver aquel hombrón en una actitud tan tierna. Al calmarse un poco se disculpó con nosotros y me prometió que cambiaría, que yo era su único amigo en Sonora. Me dijo que su esposa Leda, una extraordinaria mujer, vendría desde Tabasco a celebrar con él su aniversario de bodas y me pedía que la reunión fuera en mi casa; le respondí que mi casa era muy chica, que buscáramos un lugar apropiado, para el evento. “De ninguna manera”, me dijo, “yo quiero que Leda venga a convivir ese día con mis amigos Armando y Laurita”, me respondió tajante. Así fue, la velada fue muy agradable y como invitados estuvieron solo mis grandes amigos Manuel y Beatriz Robles Linares.

Después de esos episodios Manuel Llergo se regresó a su estado, dejando con nosotros una sólida y estrecha relación de amistad familiar.

Por ello, cuando me encontraba abrumado y angustiado por mi situación económica, le llamé por teléfono y como buen amigo me contestó de inmediato y me pidió que me fuera a su tierra donde me ofrecía todo su apoyo y trabajo.

En ese tiempo Manuel era el director general del “Plan Chontalpa” en el municipio de Cárdenas, Tabasco, debido a la gran amistad que le unía con su amigo de juventud, el gobernador Enrique González Pedrero, un ideólogo formado en la izquierda con gran prestigio como intelectual que en esos tiempos militaba en las filas del PRI, y circulaban fuertes rumores de que podría ser el próximo presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, por lo que debo admitir, que por un lado tenía trabajo, y por otro quizás encontraría un resquicio para colarme de nuevo en la política, que para entonces ya había descubierto que era mi verdadera vocación.

Sin embargo, mi estancia en el “Plan Chontalpa” no fue del todo agradable como me hubiera gustado, y eso se debió a que, a mi llegada, después de los efusivos abrazos, le dije a Manuel que en el tiempo que estuviera trabajando con él no tomaría ni una sola gota de alcohol, algo que percibí que de entrada le molestó. Me respondió que eso no importaba, que lo trascendente era que me pusiera a trabajar de inmediato. Sin embargo, al principio me invitaba a comer a la “Casa Grande” del complejo, donde él comía con sus funcionarios de alto nivel. Ante mi reiterada negativa de beber alcohol, paulatinamente dejó de invitarme a esas comidas, por lo que lo hacía en los comedores generales de los trabajadores.

Considero que Manuel no entendió ni comprendió que mi ánimo estaba por los suelos, moralmente decaído, además de que no tenía nada que festejar alejado de mis hijos, de mi esposa y de mi terruño. Así que me dediqué de cuerpo entero a trabajar junto a profesionistas jóvenes y capaces para elaborar todo el proceso de liquidación del “Plan Chontalpa”. Fueron meses de un incesante trabajo y al concluir, tuve el honor, ya que no soy tabasqueño, de hacer la presentación del programa ante el secretario de Agricultura y Recursos Hidráulicos, mi dizque

paisano Eduardo “El Gordo” Pesqueira Olea, acompañado de todos sus altos funcionarios.

Concluido mi trabajo, con un fuerte y efusivo abrazo, y con cálidas palabras de agradecimiento, me despedí de mi amigo Manuel Llergo Heredia.

Muchos años después, siendo Subsecretario de la Reforma Agraria, por razones de trabajo visité Tabasco y me comuniqué por teléfono a la casa de mi amigo Manuel, que ya vivía solo con la señora Leda. Le dio un enorme gusto escucharme, le dije que iba a cenar a su casa, que no se preocupara, que yo me haría cargo de todo, inclusive de los invitados. Aquella noche fue una agradable y emotiva reunión. Mi amigo Manuel seguía poniéndole con fe al trago y ya entrado en copas, intentó esbozar una disculpa por su actitud para conmigo en la “Chontalpa”. Cariñosamente lo interrumpí y le expresé unas palabras que me había dicho hacia algunos años un joven político sonorenses llamado Luis Donald Colosio Murrieta, que dicen así: “Armando, nunca te olvides que la amistad solo tiene un precio, y se paga con la lealtad”. “Por ello, yo seré leal contigo, Manuel, por toda la vida”, le reiteré.

Terminada mi etapa como “tabasqueño” en 1986, me regresé a mi tierra y seguí manteniendo contacto con Donald, quien en uno de sus viajes a Sonora me platicó que le habían pedido ser delegado de la CNOP en Sinaloa ya que se avecinaba la campaña a gobernador en ese estado, algo que de entrada no le agradaba, ya que tenía mucho trabajo en la cámara de diputados donde, entre otras cosas presidía la Comisión de Programación y Presupuesto.

Le manifesté efusivamente que aceptara el ofrecimiento, que era muy importante en su carrera política, y muy en su estilo me respondió:

—A pesar de que te digo que tengo mucho trabajo y tareas más importantes que realizar, ¿todavía lo crees así? Bien, pues te vas conmigo a ayudarme.

Me quedé serio y se percató de ello, y solo acerté a decirle:

—Tengo que buscar primero cómo resolver lo económico —ya que él no estaba al tanto de mis problemas financieros—.

—No te preocupes —me respondió—. El coordinador de la campaña del candidato a gobernador, Francisco Labastida Ochoa, es el diputado José Ángel Pescador Osuna y es mi amigo, allá conseguiremos apoyos para los dos.

—Siendo así, acepto.

—De acuerdo, yo te voy a avisar cuándo nos vamos, prepárate —me respondió tajante—.

La única condición que le puse a Donald para ayudarlo fue que no aceptaría que me nombrara subdelegado de la CNOP en Sinaloa, ya que para entonces yo era un orgulloso militante de la CNC, propuesta que aceptó sonriente.

Una noche antes de nuestra salida desde Hermosillo a Los Mochis, Sinaloa, me avisó que tenía una cena con el gobernador de Sonora, Rodolfo Félix Valdez, y que pasaría por mí en la mañana; así lo acordamos. Sin embargo, al filo de las cuatro de la madrugada me llamó por teléfono. Se escuchaba agitado, me comentó que la cena le había caído mal, que tenía mucho vómito y diarrea, que ya no podía

dormir, que pasaría por mí en ese momento. Me preparé para esperarlo. Llegó manejando el carro de Leonel Argüelles quien lo acompañaba. Tenía el rostro pálido y Laura le dio unas pastillas y un té. Así enfermo, nos fuimos. Me puse al volante, ya que Leonel no sabía manejar y nunca aprendió.

El camino hacia la ciudad de los Mochis fue un auténtico viacrucis para Donald, nos parábamos a cada rato a la vera de la carretera para que desahogara sus urgentes necesidades.

Lo jocoso de aquel viaje estriba en que, para los que conocimos a nuestro querido amigo Leonel, sabemos que no era muy pulcro en su aseo personal, más bien todo lo contrario. Mientras viajábamos, con el afán de estar en condiciones de escuchar y participar en las conversaciones entre Donald y yo, que viajábamos enfrente, Leonel se hacía hacia delante, colocando ambos brazos sobre el respaldo de ambos asientos, imaginen ustedes el aroma desagradable que despedían sus axilas, que impactaba de lleno en el rostro de Donald, agravándole aún más sus malestares. Cuando Donald regresaba al carro después de una de sus tantas evacuaciones, con el rostro pálido y demacrado me decía en voz baja: “Por favor, quítamelo de encima, ya no soporto el olor”. Pero yo nada podía decir o hacer, íbamos de aventón en el carro de Leonel.

Seguramente Donald no estaría nada contento de que les haya compartido esta anécdota, pero no puedo resistirme a hacerlo.

Así continuamos aquel singular viaje hasta que llegamos por la noche a la ciudad de Los Mochis. Nos hospedamos en el hotel Santa Anita y nos despedimos de Leonel dándole las gracias por su apoyo.

En la ciudad se encontraba de gira electoral Francisco Labastida Ochoa acompañado de su estructura de campaña: José Ángel Pescador Osuna, como coordinador de campaña; Esteban Moctezuma Barragán; Marcos Bucio; Juan Burgos Pinto, mi querido y gran amigo hoy ausente, quien en ese entonces era el dirigente estatal del sector popular (CNOP) y Donald que se estrenaba como delegado de la CNOP en Sinaloa. Ahí pernoctamos y por la mañana temprano nos trasladamos con Burgos Pinto a Culiacán, capital del estado, donde nos concentramos a trabajar en las oficinas de la CNOP estatal que estaban ubicadas en un sector al que se le conocía como “La Canasta”.

En Culiacán nos hospedamos en el hotel Ejecutivo, que estaba relativamente cerca de las oficinas del CDE del PRI; no se nos proporcionó vehículo ni apoyos económicos. Obviamente Donald no era una figura política conocida, y sin embargo, pude constatar que el candidato Labastida lo ubicaba perfectamente bien. Era amable y atento con él, pero yo diría que hasta ahí. De Juan Burgos recibimos no solo apoyo, sino una espléndida y generosa atención: era un hombre de buen comer y beber, un auténtico sibarita, que prácticamente nos invitaba a comer todos los días en el club Roma.

Donald y yo convivimos mucho esos días. Todas las mañanas muy temprano salíamos a correr por el “Malecón” de Culiacán. Yo lo acompañaba hasta el Puente de Fierro porque me iba a jugar basquetbol en unas canchas, donde me encontraba

con Ricardo Valenzuela Liera, un muy querido paisano sonorenses que por ese entonces trabajaba en un banco en Culiacán.

Todos los días Donald y yo desayunábamos solos y hablábamos de nuestros sueños, proyectos y de nuestros valores. Donald tenía unos principios muy sólidos e inquebrantables sobre la familia, la amistad y el origen, mismos que sustentaron la fortaleza de su espíritu.

Por su alta responsabilidad como legislador, Donald viajaba con frecuencia a la Ciudad de México y le preocupaba que me quedara solo en Culiacán, ya que no contáramos con apoyos económicos y materiales, ni siquiera con vehículo. Una vez antes de irse me dijo: “Te voy a presentar a un paisano nuestro que fue mi compañero de trabajo algún tiempo en México”. Era el licenciado José Antonio García Pequeño, quien en ese momento era el delegado de la Secretaría de Programación y Presupuesto en Sinaloa y a quien le solicitó que me apoyara con una plaza, aunque fuera modesta, para sostenerme con los gastos. La solicitud de la plaza nunca se concretó, pero eso no me importó porque desde que Donald me lo presentó, “Toño” fue muy cálido y generoso conmigo, y prácticamente no se separó de mí. Conocí a su esposa Magda y a su hermosa familia y desde entonces nació y se fortaleció entre nosotros una sólida amistad.

Por mi cuenta, y en ausencia de Donald, me di a la tarea de recorrer el estado de Sinaloa con el apoyo de Juan Burgos, quien me proporcionó vehículo, chofer y dinero. Mi propósito era elaborar un censo de todos los municipios, no solo de las personas, sino también de las organizaciones adherentes o militantes del sector popular sinaloense.

En una de las tantas reuniones a las que asistí con la representación del delegado del CEN de la CNOP, Luis Donald Colosio, el delegado del CEN del PRI en Sinaloa, mi paisano, el exgobernador Samuel Ocaña García, me presentó como subdelegado del CEN de la CNOP. Al escuchar aquello, mi amigo Rodolfo Fierro Márquez, un líder agrario de Baja California a quien cariñosamente le llamábamos “el Gordo Fierro” o “El Ejote”, que estaba ahí como delegado del Comité Ejecutivo Nacional de la CNC, me vio con ojos de pistola y al finalizar la reunión me saludó diciéndome: “¿Hola chaquetero, ya te cambiaste de sector?”, en respuesta le di un afectuoso abrazo y le expliqué mi situación, la cual entendió. Tiene razón en molestarse, me dije a mí mismo, porque yo soy cenecista.

En ese tiempo, aunque ambos habíamos trabajado cercanamente con Carrillo Marcor durante su primera mitad como gobernador, nunca cultivé una relación directa con Samuel Ocaña por una verdadera falta de empatía. Por eso cuando llegó a Sinaloa como delegado del CEN del PRI, no me puso atención. Solo trataba con Donald, por lo que mi relación con él era a través de Víctor Galindo Sánchez, su verdadero y gran amigo, ya que eran médicos colegas, y a quien se había llevado como subdelegado a Sinaloa.

A Víctor yo lo había conocido cuando él era secretario de Organización del PRI, y yo Subsecretario de Gobierno, por lo que al encontramos en Culiacán me le pegué y trataba con él todos los asuntos que tuvieran que ver con Ocaña. Nos

íbamos a comer al restaurante Cuatro Ríos donde él firmaba, porque de mi parte era imposible por las limitaciones presupuestales en que me encontraba. Allí se consolidó mi fuerte amistad con Víctor.

Donaldo regresaba a Culiacán con frecuencia a cumplir su función como delegado, y en uno de esos viajes, serio, sin explicarme la razón o motivo alguno, me indicó: “Grandote, tráete tus maletas a mi cuarto, lo compartiremos”. Donaldo me empezó a llamar “Grandote” de buenas a primeras cuando empezamos a trabajar en su campaña para diputado federal y así me llamó hasta el último día que nos vimos.

Ahora deduzco que compartió su cuarto conmigo porque no teníamos dinero ni para rentar dos habitaciones de hotel, mucho menos carro en que movernos. Así que, por espacio de casi un año, compartimos la habitación. Después nos llevamos de Sonora un *pick up* todo *traqueteado* marca Chevrolet de color blanco que había quedado de su campaña, en el que nos movíamos por todo el estado, especialmente al municipio de Mazatlán, que visitábamos con regularidad. Allí fue donde conocí a Luis Donaldo Colosio Riojas, el bebé de Donaldo y Diana Laura, a quien cuidé por unas horas mientras sus papás cumplían con sus compromisos políticos y sociales.

Concluida la campaña, nuestro partido se alzó con la victoria, resultando gobernador del estado de Sinaloa el licenciado Francisco Labastida Ochoa, quien tomó posesión del cargo el 1 de enero de 1987.

De esta manera, Donaldo concluyó con éxito su trabajo como delegado de la CNC en Sinaloa y se regresó a la Ciudad de México. Por mi parte, yo me regresé a Sonora.

Las apreturas económicas aún me perseguían. Por ello, deseo hacer un alto en este relato para recordar la figura de un gran ser humano, un excelente político, ejemplar padre de familia, exitoso empresario gasolinero, ganadero, y muchas cosas más: don Bernardino Ibarrola Serrano, residente y presidente municipal de Agua Prieta 1991-1994.

Tuve la fortuna de conocer al señor Ibarrola en mis múltiples visitas a ese municipio realizando trabajo político-partidista. Pese a la distancia, siempre mantuve contacto con él y con su muy apreciable familia. Ignoro si mi amigo Bernardino sabía o suponía las condiciones económicas que atravesaba y un día me llamó para ofrecerme empleo.

En sociedad con sus hijos tenía una empresa en Hermosillo denominada Los Buros S. A. de C. V., dedicada a la renta de maquinaria pesada. Me nombró asesor jurídico de la misma y me concedió un porcentaje económico por cada máquina o tractor que en lo personal rentara. Gracias a ello recuperé mi estabilidad económica, y la calma y la tranquilidad volvieron a reinar en mi hogar. Mi gratitud será eterna a don Bernardino Ibarrola Serrano (descanse en paz).

Como es de suponerse, mis inquietudes políticas estaban a flor de piel y continuaba en contacto permanente con mis amigos políticos. En el mes de octubre de 1987 me trasladé a la Ciudad de México, ya que se había renovado el Comité Ejecutivo Nacional de la CNC y el nuevo líder era Héctor Hugo Olivares Ventura,

mi amigo desde que había sido secretario de organización del CEN del PRI, en la época en que yo ocupé el mismo cargo a nivel estatal.

Encontrándonos en plena celebración un gran número de amigos de Héctor Hugo, por la tarde-noche recibimos la noticia del nombramiento de Luis Donaldo Colosio Murrieta como oficial mayor del CEN del PRI, bajo la presidencia de Jorge de la Vega Domínguez. De inmediato el nuevo líder cenecista integró una comisión de amigos, en los que me incluyó, para que lo acompañáramos a la sede del partido a felicitarlo.

Donaldo nos recibió en sus oficinas saludando uno a uno.

Cuando llegó mi turno lo abracé emocionado de verlo en esos niveles, en las ligas mayores. Después de la salutación y las palabras de rigor, al despedimos se me acercó y en corto me dijo:

—Oye, ¿adónde vas? Tú quédate.

Una vez solos los dos en su oficina, en su estilo muy particular serio, adusto, me preguntó:

—¿Adónde vas, “Grandote”?

—Pues de aquí al hotel y mañana me regresó Sonora —atiné a responderle—.

—No puedes hacerlo, aquí está tu lugar —me respondió—. ¿Crees necesario que te recuerde, lo que hemos platicado tú y yo? En estas responsabilidades hay que darlo todo, que no debe haber sed, hambre, ni familia y estar siempre dispuesto.

—Claro —le respondí—.

—Bien, te espero mañana temprano” —terminó diciéndome—.

Genio y figura, así era y así fue Luis Donaldo hasta su muerte, no le interesaba saber si uno estaba preparado, en mi caso si traía ropa o recursos. Con él no había medias tintas, solo había que actuar.

Le llamé a don Bernardino Ibarrola para informarle que me quedaba en México y agradecerle su apoyo, y me instalé en un modesto hotel enfrente del partido, calle de por medio, llamado Lark, con una bien reconocida y ganada fama de “hotel de paso”.

Todos los días me levantaba muy temprano, compraba dos cajitas de desayuno en el Sanborns, me trasladaba caminando a las oficinas y lo esperaba a su llegada puntual, al filo de las ocho de la mañana.

Recuerdo que gozaba haciéndome burla riéndose a carcajadas: “No te me arrimes mucho, ‘Grandote’, debes de venir todo contaminado de ese lupanar. ¿Te bañaste con los jaboncitos del hotel, estás usando las toallas del hotel?”

Era tanto el afecto que me tenía, que siendo yo una persona seria, cuando nos encontrábamos solos era muy bromista conmigo.

Ahora puedo recordar algunas bromas que me hizo. Siendo presidente del PRI nacional fui a visitarlo. Como siempre estaba ocupado y me quedé deambulando afuera de sus oficinas conviviendo con sus colaboradores. De pronto salió de su oficina y me dijo: “Acompáñame, vámonos”, y bajamos por el elevador hasta el sótano. Al llegar, en lugar de dirigirse hacia su carro se fue hacia el lado contrario

donde había dos enormes motocicletas deportivas de las que nunca había visto. Se fue directamente a una de ellas, se puso un casco y me dio otro a mí. “Súbete cabrón, agárrate”. Solo alcancé a escuchar y me subí en la parte trasera. La encendió, el motor hizo un ruido ensordecedor y salimos a una velocidad vertiginosa por la rampa del estacionamiento. Yo iba horrorizado, jamás me había subido a una moto y menos a esa velocidad. Dimos varios recorridos por la ciudad y regresamos de nuevo al estacionamiento. Me bajé con los ojos desorbitados mientras él se reía a carcajadas.

En otra ocasión, siendo Subsecretario de la Reforma Agraria, me había cortado el pelo muy temprano en la mañana y ese día Colosio fue a visitar al secretario Cervera y me ordenó que lo esperara en el estacionamiento del sótano y lo condujera a su oficina. Al llegar Donald me saludó serio, como era su costumbre, y yo lo hice de la misma manera. Al entrar al elevador, solos los dos, sin habernos dirigido una sola palabra, de pronto empezó a verme directamente a la cabeza y me preguntó:

—¿Te cortaste el pelo, “Grandote”?

—Sí, le respondí.

—Ya sé lo que le dijiste al peluquero cuando te preguntó: ¿Cómo quiere que se lo corte señor? Le has de haber respondido: “Rómpame la madre” ... ¡Y te la rompió toda, hijo de la chingada!

Salimos del elevador con la misma seriedad con la que habíamos entrado.

Las primeras semanas prácticamente trabajamos solos, a excepción de su secretaria Carolina, y paulatinamente otros de sus amigos se fueron integrando al grupo de trabajo: Manuel Jiménez Guzmán, excelente político, representante a muy alto nivel de la masonería nacional, quien llegó acompañado de su leal secretaria; una distinguida señora llamada Elisa Zamorano, quien, al paso de los años, trabajó conmigo en la Secretaría de la Reforma Agraria; Esteban Moctezuma Barragán; Eduardo Robledo Rincón, su compañero diputado; Samuel Palma, Alfredo Narváez y Marco Antonio Bernal, entre muchos otros más.

Trabajábamos intensamente en equipo hasta que el 4 de octubre de 1987, Carlos Salinas de Gortari, fue destapado como candidato a la presidencia de la república y nombró a Donald coordinador general de campaña.

Nuestro ritmo de trabajo se intensificó enormemente y a inicios de 1988 le solicité permiso a Donald para ir a Sonora a visitar a mi familia, que hacía buen tiempo no veía y me lo concedió. Me trasladé a mi tierra y encontrándome en Hermosillo, una tarde me llama, y fiel a su estilo me ordena: “Vete a Monterrey, repórtate al PRI allá y espera mis instrucciones”. Así que, obedeciendo la orden, partí hacia la capital de Nuevo León. Imagínense mi situación: me fui sin instrucciones concretas, sin oficio de comisión, si nada, solamente con una muy valiosa ventaja: ser amigo de Donald.

Para mi fortuna, el presidente del Comité Directivo Estatal del PRI en Nuevo León era Natividad González Parás, a quien conocía de mis tiempos como funcionario del partido, quien me recibió con suma cordialidad.

A los días, Donaldo me define mi comisión de trabajo. El candidato había decidido iniciar su campaña de proselitismo electoral con un acto campesino en el estado de Nuevo León, tierra de sus ancestros.

Me ordenó que me trasladara al ejido Benito Juárez en Hualahuises, un municipio pequeño rodeado por el municipio de Linares, donde me buscaría un joven de nombre Oziel Rodríguez. Me dijo que le brindara toda la confianza ya que era amigo personal de Marco Antonio Bernal, así que ya éramos dos los que integrábamos el equipo de trabajo.

Lo que Donaldo me instruyó consistía en que antes de que llegara el Estado Mayor Presidencial, el equipo de Carlos Rojas y el equipo mismo de Luis Donaldo, le proporcionara todos los datos posibles del ejido donde se celebraría el primer acto de campaña.

Con el apoyo de González Parás, que nos proporcionó un destartado vehículo Volkswagen, nos trasladamos al municipio de Linares, donde nos acantonamos. Procedí a entrevistarme con las autoridades municipales y ejidales, para recopilar todos los datos del ejido como la ubicación del terreno, antecedentes económicos, social y políticos del ejido, el municipio y la región, mismos que remití puntualmente a las oficinas de Donaldo.

Con la anticipación que se requería, llegaron al estado los equipos del candidato: el Estado Mayor Presidencial, Carlos Rojas con su gente, Eduardo Robledo Rincón y Guillermo Hopkins Gámez, del equipo de Colosio, al cual de inmediato me sumé.

El delegado general del Comité Ejecutivo Nacional del partido era Alberto Alvarado Arámburo, que recién había dejado de ser el segundo gobernador del estado de Baja California Sur, un personaje muy singular.

El equipo de Donaldo lo encabezaba Eduardo Robledo, quien solicitó audiencia con Alberto Alvarado Arámburo, reunión a la que yo los acompañé. Eduardo, de hablar pausado con su voz grave y solemne, ya que había estudiado arte dramático, le expresó: “Señor delegado, quiero transmitirle una instrucción muy precisa del señor coordinador general de campaña, quien quiere establecer una nueva modalidad en la misma. Que no haya mucha gente, es decir, multitudes, tumultos, en torno al candidato”. Alvarado Arámburo lo escuchó, se levantó de su silla como impulsado por un resorte y puesto de pie le respondió: “¿Qué? Ustedes jóvenes no entienden de política, precisamente lo que necesitamos es gente, gente agitando sus brazos”. Nos fuimos como llegamos. La instrucción del coordinador general de campaña no había prosperado.

El arribo del candidato a Monterrey lo hizo por tren. El ingreso al andén para recibirlo fue sumamente estricto, muy controlado, a lo sumo ingresaríamos entre veinte o treinta personas, Después de las saluciones y abrazos de bienvenida, ya de salida, el delegado Alvarado Arámburo nos detiene y casi a gritos nos dice: “Momento, me acaban de robar mi cartera, no se hagan pendejos, alguno de ustedes me la robó”. Nadie aceptó la culpa y la billetera no apareció.

Una noche antes del evento de inicio de campaña, Donaldo, me dice: “Oye ‘Grandote’, conoces bien la región, elabora unas tarjetas y escribe lo que a ti te gustaría que dijera el candidato en su discurso”. Me extrañó tal petición, porque sabía que había un equipo especializado para esta función, es decir, elaborar los discursos. No obstante, elaboré las tarjetas y se las entregué.

Por la mañana, cuando me encontraba al pie del templete acompañando a Donaldo, al escuchar el discurso de nuestro candidato, me quedé gratamente sorprendido al darme cuenta de que había dicho casi textualmente las palabras que había escrito en mis tarjetas. Donaldo, con una amplia sonrisa, me dijo: ‘Grandote’, no te olvides que éste es el salario de nosotros los políticos”. Al bajar del templete me presentó a Carlos Salinas de Gortari. Esa fue la primera vez que estreché su mano.

En su carácter de coordinador general de campaña y para efectos prácticos y estratégicos, Donaldo dividió el país en tres grandes zonas o regiones: Norte, a cargo de Eduardo Robledo Rincón; centro, a cargo de Roberto Madrazo Pintado y sur-sureste, a cargo de Jesús Salazar Toledano.

En cuanto a mi función, Donaldo me solicitaba en ocasiones atender casos específicos y concretos de manera indistinta en esas tres zonas o regiones.

En principio me ordenó concentrarme en la zona sur-sureste, específicamente en el estado de Chiapas, sin duda, la zona más compleja y conflictiva de esa región.

De esta manera me trasladé a Tuxtla Gutiérrez, capital del estado, y me integré al equipo que comandaba Salazar Toledano con su segundo de abordo, un joven y talentoso político llamado Carlos Flores Rico.

Dedicamos semanas de trabajo preparando la gira del candidato al estado de Chiapas. Tuvimos múltiples reuniones de trabajo con el gobernador del estado, el general Absalón Castellanos Domínguez, un hombre que estaba al final de su sexenio, muy simpático en lo personal, pero rudo en su accionar, en ocasiones intransigente y en otras un tanto autoritario.

Con el transcurrir de los días, fui percibiendo un ambiente denso en la población en general, de inconformidad y enojo contra el gobierno del estado, lo que repercutía negativamente contra nuestro partido y nuestro candidato. Cada día aumentaba más mi inquietud y preocupación al respecto, ya que mis fuentes personales de información, entre ellas mis excompañeros chiapanecos del “Agrario”, algunos pequeños propietarios y ganaderos con los que aún conservaba amistad y algunos paisanos sonorenses que radicaban en el Estado. Puntualmente le compartía mis preocupaciones a mi amigo “Chucho” Salazar Toledano, quien tenía un estilo y trato envidiable con las personas. Invariablemente me respondía: “Armandito, no seas “mortificón”, todo está controlado, todo está bien”.

A los pocos días la realidad nos demostró todo lo contrario. Recuerdo que unos días previos a la visita de nuestro candidato, mis “fuentes” me informaron que la situación se tornaba grave, que habían detectado grupos de personas con demandas de toda índole, pero que básicamente los maestros adheridos a la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) se estaban

organizando para embestir, es decir enfrentar y trastocar la campaña de nuestro candidato. De nuevo le informé a mi amigo Salazar Toledano y obtuve la misma simpática respuesta.

En previsión de que algo pudiera suceder durante alguno de los eventos, el día de la llegada del candidato me trasladé muy temprano al aeropuerto militar de Tuxtla Gutiérrez a esperar a Donald, que normalmente se adelantaba al candidato, para supervisar personalmente los eventos de campaña. De inmediato procedí a informarle de mis preocupaciones, me escuchó serio y mandó a buscar a Salazar Toledano, ante quien me hace pasar tremenda vergüenza. En mi presencia le dice: “Mi querido Jesús, según me reportas todo está listo y en orden para la gira. Sin embargo, Armando me informa que hay serios problemas”. Mi amigo “Chucho”, que jamás perdía su compostura y buen humor le respondió: “Mira Donald, ya le he dicho a “Armandito” que no sea tan “mortificón”, que todo está bien organizado”.

Cuando llegó el candidato, todos nos subimos al autobús que encabezaba la comitiva. El primer evento de campaña consistía en depositar una ofrenda floral en el busto de don Belisario Domínguez, localizado en calles céntricas de la ciudad.

Al llegar a nuestro destino, sin bajarnos aún del camión, emergieron de entre las calles, casas y edificios aledaños al monumento, cientos de personas enardecidas que rodearon violentamente el camión y empezaron a empujarlo con el ánimo de voltearlo. Gritaban groserías y palabras soeces en contra del gobernador del estado, quien los escuchaba impávido y estoico con la mandíbula atrancada. Por vez primera vi el arrojo y la valentía de nuestro candidato, que, con toda tranquilidad y una serenidad imperturbable, fue el primero en bajar del autobús. Encaró a los enardecidos manifestantes y con voz serena les preguntó: “Qué desean, señores”. A gritos le respondieron que querían platicar con él; le pidieron una audiencia para plantearle sus problemas, le reclamaron que tenían un fuerte enfrentamiento con el gobernador. Nuestro candidato, con voz clara y muy firme les respondió: “Con gusto los atenderé, pero antes tengo que cumplir una agenda de compromisos a los que me invitaron mis amigos priistas chiapanecos”, y le instruyó a Donald que se pusiera de acuerdo con ellos.

El siguiente compromiso programado se realizó en el Parque Central de Tuxtla Gutiérrez, ese era el evento fuerte de la gira en el que participarían grandes contingentes, pero quizá por temor a la violencia que se había presentado en el anterior, las personas convocadas no acudieron en gran número, por lo que resultó frío y desangelado.

Continuamos con los eventos previamente agendados. Visitamos San Cristóbal de las Casas, con muy buenos resultados. Por la noche, llegamos a la ciudad de Comitán donde esperábamos, porque así se había organizado, cerrar con “broche de oro” las actividades de ese día de campaña. Además, porque era la tierra, es decir el solar nativo del presidente del CEN del PRI en ese momento, Jorge de la Vega Domínguez. Resultó un excelente evento masivo que se efectuó en la plaza pública de la ciudad. Mientras se desarrollaba el mitin, Donald nos

instruyó para que buscáramos una de las casas aledañas a la plaza para que la solicitáramos, con el objetivo de que tanto él como el candidato, pudieran reunirse a dialogar con los maestros manifestantes, tal y como se les había prometido. Conseguimos una casa donde se reunieran y el diálogo fue exitoso y fructífero para ambas partes.

Fue una larga y extenuante noche, donde una vez más, pude percatarme de las grandes cualidades y capacidades de negociación de Donaldo.

Días después, Donaldo me instruyó para que, en compañía de mi gran amigo Alfredo Narváez Robles, nos trasladáramos a Acapulco y siguiéramos coordinándonos con el equipo de Salazar Toledano para coadyuvar en la preparación y organización de los eventos que se llevarían a cabo en la gira de nuestro candidato por el estado de Guerrero. Nos trasladamos vía terrestre en un vehículo propiedad de Alfredo Narváez y nos integramos de lleno a los trabajos bajo la coordinación de mi amigo “Chucho” Salazar.

Para el día de la visita de nuestro candidato al puerto se había programado como evento inicial, una reunión con la estructura sectorial del partido, mismo que se llevaría a cabo en el edificio que albergaba las oficinas del CDE del PRI. Alfredo Narváez y un servidor llegamos con mucha anticipación a la hora programada del evento, que sería a la una de la tarde. Para nuestro asombro y sorpresa no había ni una sola alma en el recinto. A los pocos minutos llegó Salazar Toledano con el rostro descompuesto preguntándonos qué estaba sucediendo. Le respondimos que lo ignorábamos y se retiró preocupado de las oficinas. El acabose fue cuando apareció en el lugar Donaldo, que muy en su estilo llegó prácticamente solo, y muy serio nos inquirió: “¿Por qué no está preparado el evento? ¿Cuál es la razón?”. Para fortuna de nosotros ya teníamos una respuesta. el Estado Mayor Presidencial nos había informado que había cambiado la sede del evento a un hotel de la localidad. Nos escuchó, muy serio, y sin decir media palabra se retiró del lugar.

Más tarde nos enteramos de un lamentable suceso con Salazar Toledano, quien arribó presuroso por integrarse al evento en la sede del hotel y los guardias del Estado Mayor que custodiaban el recinto, que obviamente no lo conocían, le impidieron el acceso. Mi amigo “Chucho”, en un afán desesperado intentó entrar por la fuerza. Uno de los guardias lo golpeó en la boca del estómago y cayó como regla al piso, prácticamente desmayado. Superado ese bochornoso incidente, los eventos programados se desarrollaron con éxito.

El evento final de la gira fue en la colonia Renacimiento, una gran urbe de vivienda popular. Al término de éste, me fui a despedir de Donaldo que se encontraba al pie de los helicópteros que todos iban abordar. Me llamó y me dijo: “‘Grandote’, te quiero pedir un favor. Dile a Enrique Fernández Martínez, líder nacional de la CNOP, que ya le he dicho mil veces que retire esa propaganda que tiene de su sector, que está fea, descolorida y anticuada”. “Muy bien, así lo haré”, le respondí. Sin embargo, no se movía y mirándome fijamente me dijo: “¿Qué esperas? De aquí te voy a estar observando a que le des mi recado.” Imaginen mi

predicamento, prácticamente le llevaba un regaño al líder nacional de la CNOP. No obstante, obedecí, me dirigí hacia Fernández Martínez y con las mejores palabras que encontré le transmití el mensaje. Fernández Martínez muy atento, me respondió: “Dígale por favor al señor coordinador licenciado Colosio, que lo haré de inmediato, a partir de hoy procedo a retirar esa propaganda”. Cumplida la orden, me di media vuelta, y Donaldo, al pie del helicóptero y con una amplia sonrisa en el rostro, se despide de mí ondeando su mano y aborda el aparato. Lo dicho, genio y figura.

Aún no abandonaba tierras guerrerenses cuando Donaldo se comunica por teléfono conmigo y me dice: “Quiero que te traslades de inmediato a Sinaloa, específicamente a la ciudad de Guasave, porque hay un líder campesino que está obstruyendo la programación de los eventos de campaña en ese municipio, que es mayoritariamente campesino”.

De inmediato me trasladé a Guasave para encontrarme con la muy grata sorpresa de que el líder campesino, supuestamente “conflictivo”, era mi compañero cenecista, secretario general del comité regional campesino de la CNC y diputado Benito Juárez, un hombre mayor, serio, bonachón, muy querido y respetado, un líder auténtico con mucho arraigo y afecto entre los campesinos del estado.

En un dos por tres nos coordinamos y la programación de los eventos en Guasave resultaron tal y como lo quería el coordinador general. Fuera de mi participación con mi amigo Benito Juárez, no participé en la organización de los otros eventos, por lo que me sumé con Donaldo a la comitiva.

Esa gira concluyó en Los Mochis. la pernocta fue en el hotel Colinas que se encontraba a la orilla de la carretera federal en lo alto de un cerro.

Al filo de las once de la noche me manda buscar Donaldo. Serio y preocupado me dice: “Necesito que estés mañana en Mexicali. Al parecer, la gira en Baja California puede resultar un desastre, ya que hay un pleito entre el gobernador Xicoténcatl Leyva Mortera y un líder campesino local. Tienes cita con el gobernador mañana a las diez de la mañana. Llévate a Fuentes Bove, que no hace nada.”, sentenció.

Debo aclarar que Narciso Manuel Fuentes Bove, mi amigo cenecista, es un político muy experimentado, amigo de todas las confianzas de Héctor Hugo Olivares Ventura. Era prácticamente el segundo de abordo en el Comité Ejecutivo Nacional de la CNC. No está demás comentar que entre Fuentes Bove y Donaldo no había un buen entendimiento.

Recibida la firme instrucción y el asunto confidencial que me dio a resolver, pensé: ¿Y cómo demonios nos trasladábamos a Mexicali para llegar a tiempo a la cita con el gobernador? Hacerlo por tierra era impensable porque no nos daban los tiempos. Para mi buena suerte me encontré en el *lobby* del hotel a mi amigo cenecista Juan Manuel Verdugo Rosas, quien trabajaba con el gobernador Rodolfo Félix Valdés y estaba en Sinaloa asistiendo como “observador electoral”. Sabedor de que se había trasladado en avioneta, lo encaré y le pedí que nos trasladara a Hermosillo por órdenes del licenciado Colosio.

No tuvo más que acceder. De inmediato procedí a solicitar extensión de tiempo en el aeropuerto de Hermosillo; reservé boletos en un avión comercial mañanero a Mexicali y cuartos de hotel en esa ciudad. Llegamos a altas horas de la noche a Hermosillo. Fui un rato a mi casa a dejarles un beso a mi esposa e hijos y continuar mi viaje de campaña.

De esa manera pudimos llegar a tiempo a nuestra audiencia con una alta preocupación en mis adentros. La instrucción que Donaldo me había dado se me antojaba casi imposible de cumplir. Rodolfo “El Gordo” Fierro Márquez, que para entonces era el líder de una poderosa organización económica campesina en Baja California, solicitaba una audiencia con el candidato para ofrecerle su apoyo y respaldo, así como plantearle la problemática de su organización y había que conseguírsela. Fuentes Bove ignoraba cuáles eran mis instrucciones.

El gobernador nos recibió de inmediato y la plática se inició muy cordial, ya que Fuentes Bove lo conocía muy bien, pues había sido delegado de la CNC en la Baja California.

Cuando consideré el momento oportuno, le lancé mi solicitud al gobernador en nombre del licenciado Colosio. Al escucharla, se levantó de su asiento y vi que llevaba una pistola fajada al cinto, ya que había sido por años instructor de tiro de las policías bajacalifornianas, y no exagero, enfurecido se me enfrentó directamente diciéndome qué si quién era yo, que si no sabía que el “El Gordo” Fierro era un traidor, un enemigo de su gobierno, y muchas cosas más. Habían sido íntimos amigos. Es más, eran compadres, pero algo sucedió entre ellos que se convirtieron en enemigos irreconciliables.

Tomó el teléfono rojo y se comunicó personalmente con Donaldo.

Yo no alcanzaba a escuchar el tenor de la conversación, pero sí el tono duro de la misma. Después se dirigió a mi dándome el teléfono y diciéndome: “Ahí le hablan”.

Era Luis Donaldo que me dice:

—¿Cómo te va?

—Pues ya lo escuchaste, está súper encabronado.

—No importa, tú síguelo chingando —y colgó—.

No pude avanzar en mi gestión con el gobernador. Salí de la audiencia y me dirigí en la búsqueda de mi amigo Fierro Márquez, a quien encontré igual o más de intransigente y cerrado que su compadre. Incluso, me informó que por la noche iba a tomar las instalaciones del aeropuerto, y así lo hizo.

Pero la situación se complicó aún más. Por la tarde-noche me informaron que el responsable de la logística y seguridad del candidato en esa gira de parte del Estado Mayor Presidencial, el general Domiro García Reyes, quería verme. Me llevaron a su habitación del hotel.

El militar tenía la pierna en alto con el pie derecho hinchado con un severo problema de gota. Me dice en tono marcial: “Sé que usted es amigo del licenciado Colosio, por lo que le voy a conceder hasta las doce de la noche para que convenza

a ese pinche gordo para que desaloje el aeropuerto. Después de esa hora voy a entrar con mi gente a desalojarlos, aunque lo haga en pedazos”.

Me retiré peor de abrumado y preocupado. Y aún más, el problema más serio que enfrentábamos era que el secretario general de la liga de comunidades agrarias y sindicatos campesinos en el estado era el otrora famoso y omnipotente exlíder de la CNC nacional de pésima memoria en Sonora, Celestino Salcedo Monteón, quien para entonces era prácticamente una figura decorativa a quien nadie quería ni respetaba en su estado, pero yo sí le tenía afecto y respeto por su trayectoria en mi organización campesina.

Muy angustiado y desesperado me comuniqué vía telefónica con Celestino, explicándole la grave situación y que necesitaba que me apoyara. Le comenté que me iba a jugar mi última carta, que personalmente me trasladaría al aeropuerto en un último intento de convencer a Fierro Márquez. Casi le rogué que me acompañara. Con calma me respondió: “Mira Armando, no te puedo ayudar, mi presencia puede complicar aún más las cosas, espérame antes de las doce en el restaurante del hotel, te voy a llevar a unas personas de mi más extrema y personal confianza, ellos te van a acompañar y me van a responder por tu seguridad”.

Bajé al restaurante al filo de la medianoche donde encontré a Celestino acompañado de dos personas, no de avanzada edad, sino unos auténticamente ancianos. Me señaló a uno de ellos como su tío. “Ellos te van a acompañar —me dijo— solo que tú manejas porque ellos ya no lo hacen.” Estuve a punto de mandarlo a volar, pero por respeto a aquellos “venerables ancianos”, me contuve.

Llegamos al aeropuerto y al bajar del vehículo los “ancianos” se colocaron cada uno a mi lado. A medida que avanzábamos, escuchaba a los campesinos ahí reunidos hablar nerviosos en voz alta. Cuando se apareció entre ellos el “Gordo” Fierro, me apartó y me dijo:

—Óyeme grandísimo cabrón, ¿qué te traes?

—Pues nada.

—¿No sabes quienes son los que te vienen acompañando?

—No tengo la menor idea.

—Mira cómo está mi gente, andan asustados, éstos que traes son los “Chemitas”. A la menor provocación no se van a tentar el alma para echar bala.

La verdad es que en ese momento no aquilaté ni dimensioné sus palabras. Yo a lo que iba, le expliqué, era a decirle la respuesta del gobernador a su solicitud y la del ejército por su toma del aeropuerto. Me escuchó muy atento, y al final me respondió con la clásica frase del líder: “Voy a consultarlo con la base, yo te aviso”.

Así lo hizo.

Más tarde me avisó que habían decidido desalojar las instalaciones del aeropuerto, las oficinas, la plataforma y todo lo que tenían tomado y se concentrarían en el área del estacionamiento, obviamente, controlando la caseta de entrada y salida de vehículos.

Así, en esos términos, le informé a Donaldo.

Por la mañana llegó el candidato Salinas con su comitiva. Abordaron el autobús y demás vehículos, y al llegar a la caseta y ser detenidos por los campesinos, el candidato sonriente se bajó del autobús, le dio un efusivo abrazo a Rodolfo Fierro y lo subió el camión de la comitiva. Asunto arreglado.

En la primera oportunidad, Donald, algo inédito en él, y en su muy particular estilo, me dijo: “Muy bien, ‘Grandote’”. Me dije para mis adentros: “Obtuve el salario de los políticos”.

De ahí, enfilamos hacia el primer evento de la gira, eminentemente campesino organizado por la CNC, al que el líder nacional Héctor Hugo Olivares Ventura no pudo asistir porque en ese momento se firmaba en la Ciudad de México el Pacto de Estabilidad y Crecimiento Económico, encabezado por el presidente Miguel De la Madrid. Fuentes Bove dio el discurso en su lugar, pero el evento fue pobre, desangelado y con una escasa participación campesina. No se podía esperar otra cosa si al líder campesino en el estado, Salcedo Monteón, lo desconocían totalmente.

Al término del evento campesino, que por supuesto no fue de su agrado, Donald, fiel a su muy propio estilo, me ordena: “Quiero que te traslades de inmediato a Ensenada. Llévate a ese pendejo líder campesino Celestino a ver en qué te ayuda”. Me pareció en ese momento que Donald no estaba al tanto del nivel nacional y estatura que había alcanzado en los años setenta Celestino Salcedo Monteón como líder de la CNC, y mucho menos de sus actividades en Sonora para la caída del gobernador Biébrich Torres.

Acompañado de Celestino nos enfilamos a Ensenada y nos dirigimos directamente a las oficinas del comité regional campesino. El dirigente me recibe cordialmente, pero muy serio. Me advierte: “Tú eres bienvenido, pero la persona que te acompaña no puede entrar a estas oficinas.” No lo podía creer. ¿Cómo se podían organizar eventos con el sector campesino cenecista, si desconocían por completo a su dirigente en el estado?

Por fortuna, los actos programados en ese municipio no eran exclusivos del sector campesino. Además, se encontraba en ese lugar mi amigo Alfredo Narvárez Robles, del equipo de Donald, aunque no era el responsable directo en la organización de esa etapa de la gira por Baja California. El responsable era un joven diputado de apellido Salgado originario de Guerrero. Me presenté con él, me puse a sus órdenes y de entrada le compartí la preocupación que tenía desde que llegué al puerto: el cielo estaba cerrado, nublado y lo más probable era que por la tarde-noche lloviera. Con toda atención le sugerí que se buscara un recinto cerrado alternativo para llevar a cabo el evento masivo fuerte, que estaba programado al aire libre en una zona del malecón.

El delegado responsable no estuvo muy de acuerdo con mi propuesta en virtud de que ya estaba todo preparado y organizado con mampara, sillas, sonido, etc. Sin embargo, yo persistí en mi preocupación, así que, acompañado de Alfredo Narvárez, nos dimos a la tarea de buscar un recinto cerrado. Encontramos un cine que funcionaba de manera vespertina. Entrevistamos al dueño, le explicamos la

situación y solicitamos su apoyo. Afortunadamente entendió nuestra petición, dijo estar dispuesto a cancelar las funciones de la tarde-noche, previo pago, es decir, cubrir el costo por adelantado que implicaba cancelar las funciones. Además, nos aclaró que no disponía de personal para hacer la limpieza del cine. Aceptamos de inmediato, hicimos el compromiso de regresar a liquidar el costo. Por supuesto que Alfredo y un servidor no contábamos con recursos económicos para cubrir ese importe.

Nos dimos a la tarea de buscar al presidente del PRI municipal, del que lamentablemente no recuerdo su nombre, pero como buen político, captó de inmediato la urgente necesidad de contar con un recinto alternativo. Nos acompañó con el dueño del cine e hizo frente al compromiso económico.

Con prisas, improvisando mampara, sonido, etcétera, trasladamos la sede del evento al cine, que se llevó a cabo con éxito. Fue una atinada decisión, porque no solo llovió en el puerto, cayó un auténtico diluvio.

Concluidas las intensas actividades del inicio de la campaña de proselitismo electoral, nos reintegramos al trabajo en las oficinas centrales de la coordinación general de la campaña en la Ciudad de México.

Donaldo con su equipo de trabajo por su lado, y la dirigencia del Comité Ejecutivo Nacional del partido por el suyo, se avocaron a diseñar las tareas y las estrategias más importantes y delicadas, tendientes a cumplir la función y esencia de todo partido político: buscar las personas con los perfiles más idóneos para abanderar los colores, valores y principios de nuestro instituto político, e integrar la cámara de diputados y el senado de la República.

Para estos efectos, Donaldo nos invitó a un distinguido grupo de compañeros de partido, a un desayuno en el restaurant Tasca Manolo, entre quienes, según recuerdo, se encontraban: Fernando Ortiz Arana, César Augusto Santiago, Mario Nieblas, Santiago Oñate Laborde, María Emilia Farías, Manuel Jiménez Guzmán, Alfredo Narváez Robles, Alejandro Ontiveros y Samuel Palma. Como coordinador de la campaña, nos solicitó todo el apoyo y colaboración para organizar y ejecutar esa importante actividad.

Sin embargo, ese compacto y distinguido grupo de trabajo, al paso de los días, se fue cribando, es decir, reduciendo. Ignoro cuál haya sido el motivo o razón de la ausencia de algunos en aquellos delicados trabajos.

De esta manera, el grupo de trabajo en torno a Donaldo se compactó quedando de la siguiente manera: Manuel Jiménez Guzmán como coordinador del grupo; María Emilia Farías, hija de Don Luis M. Farías, exlíder de la cámara de diputados, quien además prestó una casa de su propiedad en las calles de Alta Vista que utilizábamos como oficinas, es decir nuestro centro de trabajo; Alejandro Ontiveros, originario de Jalisco, sin duda el de más experiencia en estas tareas de investigación y selección, ya que había trabajado largos años en la Secretaría de Gobernación, además, contaba con un amplio archivo personal muy completo que contenía nombres de hombres y mujeres con sus currículos, antecedentes, etc., que habían sido diputados o senadores en anteriores legislaturas, un documento muy

valioso para nuestros propósitos; Alfredo Narváez Robles, muy estimado por Donald, que con el tiempo fue su secretario particular; Samuel Palma, muy cercano a Donald; Mario Nieblas, un experimentado político sinaloense; la señora Carolina su fiel secretaria, y Armando López Nogales.

Según mis recuerdos Donald prácticamente tenía acuerdo todos los días con el candidato Salinas de Gortari en una casa ubicada en la calle de Cracovia. Hasta donde yo estuve enterado, en los acuerdos solo se encontraban presentes el candidato, Jorge de la Vega Domínguez, presidente del CEN del PRI, Donald y José Córdova Montoya, que era asesor del candidato.

Una noche Donald regresó de su acuerdo molesto y preocupado y nos expresó “que se encontraba muy incómodo en sus acuerdos” porque en la mesa de trabajo se analizaban propuestas y perfiles de posibles candidatos que eran presentados en su gran mayoría por el presidente del partido y a él rara vez le daban oportunidad de presentar propuestas. “Esta situación debe de cambiar”, nos dijo.

Ese día nos ordenó a Alfredo Narváez y a mí que nos dedicáramos a realizar “trabajo de campo”, es decir, visitar los estados para investigar y recopilar datos, antecedentes, experiencia, arraigo, capacidad, etc., de personas, hombres y mujeres, que pudieran encuadrar en los perfiles que se requerían, para en su caso, fueran analizados y propuestos como candidatos a puestos de elección popular.

En páginas anteriores me he referido a las actividades, agotadoras y extenuantes que habíamos llevado a cabo, la labor que nos estaba encomendando resultaba mucho más cansada, complicada y extenuante.

Para lograr nuestras metas diseñamos una estrategia muy particular. En las visitas a los estados no estableceríamos contacto con la estructura del partido, ni con las instituciones de gobierno. Nuestra labor de campo, es decir, de investigación y recolección de datos, consistiría en el contacto directo con personas y organizaciones civiles como maestros, campesinos, ganaderos, agricultores, mineros, exlíderes y exdirigentes de organizaciones sociales, políticos en receso, exlegisladores, mujeres, etc.

Para esos efectos elaborábamos un listado y agenda previa a la visita, con nombres que nos proporcionaba el mismo Donald, o en su caso con nombres de personas, amigos o conocidos, tanto de Narváez como míos.

Una vez que definíamos con claridad nuestro objetivo, iniciábamos nuestro agotador y extenuante periplo por las entidades federativas del país.

Para los estados que se encontraban relativamente cerca de la Ciudad de México, nuestros recorridos eran por tierra y a los estados más lejanos por avión. Era un trabajo a marchas forzadas. Por fortuna, de una entrevista realizada, se nos recomendaban a otras personas a visitar. Así que cuando considerábamos que ya teníamos un documento completo y acabado, a la hora que fuere nos regresábamos a la Ciudad de México directo a nuestras oficinas, donde prácticamente no se dormía. Le entregábamos el documento manuscrito a la señora Carolina, que de inmediato los transcribía en su computadora y lo imprimía en una vieja, enorme y ruidosa impresora.

Donaldo, al igual que el resto del equipo, casi no dormía, recogía muy temprano el documento debidamente empastado y engargolado y se trasladaba a su acuerdo. Nosotros, una vez entregado nuestro material, de inmediato continuábamos nuestros recorridos por otros estados, ya sea por tierra o avión, según nuestra agenda programada.

Así continuamos sin descanso en un ir y venir con nuestro material de investigación de campo. Muy pronto pudimos percatarnos que Donaldo regresaba contento de sus acuerdos. Dentro de su parquedad, llegó a comentarnos que, a Jorge de la Vega, en ocasiones se le veía incómodo en la mesa de trabajo, ya que algunos nombres y perfiles que él proponía para su análisis y discusión, ni tan siquiera aparecían en los listados que preparaba su equipo del Comité Ejecutivo Nacional.

Puedo afirmar categóricamente que Donaldo tuvo éxito en esa laboriosa, complicada e importante labor.

Un gran número de personas, hombres y mujeres que Donaldo propuso para su estudio y análisis, fueron candidatos y después diputados federales y senadores de la República en la LIV Legislatura del Congreso de la Unión. Yo fui uno de ellos.

En los días previos a la decisión de mi partido para que se dieran a conocer los nombres de quienes serían los precandidatos a diputados federales, me busca mi líder de la CNC, mi amigo Héctor Hugo Olivares Ventura, y con una amplia sonrisa me comunica que dentro de la propuesta que la CNC presentaría formalmente al partido como precandidatos del sector campesino a diputados federales, me propondría en los primeros lugares de la lista. Con mucho respeto y agradecimiento decline su generoso ofrecimiento. Mi amigo no salía de su sorpresa y de su asombro, por mi respuesta negativa. Por supuesto que no le comenté que yo sabía y entendía que esta decisión no me correspondía tomarla a mí, y de darse, quien la tomaría en su momento sería Luis Donaldo Colosio Murrieta.

Transcurrían los días y una mañana me manda llamar Donaldo a su oficina. Me recibe sonriente y me dice:

—Oye “Grandote”, ¿cómo está eso que no quieres ser diputado federal?

Antes de decir algo me dije para mis adentros: ya le vino con el chisme Héctor Hugo. Le respondí claro y fuerte:

—Mira Donaldo, claro que quiero ser diputado federal, pero tengo dos grandes impedimentos”.

—Bien, te escucho, ¿cuáles son?

—El primero consiste en que he dedicado días, meses y años a cultivar y fortalecer tu amistad y sé por experiencia propia, que si me voy de diputado federal, la distancia entre nosotros se va ampliar y hasta pudiera terminar nuestra amistad.

Me sonrió con afecto y me dice:

—Mira Armando quiero que te quede claro, nuestra amistad será para siempre y para toda la vida.

—Bien, y lo segundo es que no tengo dinero para una campaña —contesté—.

—No te preocupes, yo te voy a apoyar —me reviró—.

Pasado un tiempo me llamo mi amigo Guillermo Hopkins Gámez y me dice: “Donaldo te envió conmigo un apoyo de \$10,000.00, te aviso que te agarré la mitad”, riéndose a carcajadas y aún se ríe cuando se acuerda. Ese fue el apoyo económico que recibí de Donaldo para mi campaña.

Por aquel entonces existía una práctica institucionalizada. El partido enviaba a la Secretaría de Gobernación las listas con los nombres y los antecedentes de los candidatos propuestos como candidatos, para su revisión y análisis.

Mi amigo y paisano Fernando Elías Calles ocupaba el cargo de subsecretario de gobernación y era el responsable de coordinar con el partido esas tareas de revisión y selección.

Para eso se reunía con Donaldo para analizar los perfiles estado por estado. Al llegar a Sonora, Donaldo le dice: “Sonora tiene seis distritos electorales federales”. Fernando intenta corregirlo informándole que cuenta con siete distritos. Sonriente, Donaldo le dice: “Así es, Fernando, pero el primero ya está ocupado”, y de su puño y letra escribió: Armando López Nogales.

Aún me emociono al recordar aquella noble actitud de mi amigo, hoy ausente.

Capítulo VI

DIPUTADO FEDERAL

Aceptada mi postulación como candidato a diputado federal me regresé a Sonora a organizar mi campaña, con la grata noticia de que quienes competirían como candidatos al Senado de la República eran Luis Donald Colosio y Manlio Fabio Beltrones, quien venía de la secretaría general adjunta del CEN del PRI, en ese entonces en manos de Adolfo Lugo Verduzco.

Los coordinadores de campaña de ambos candidatos eran Guillermo Hopkins Gámez, con Colosio, y Ricardo Mazón Lizárraga con Beltrones.

En una gira que organizaron por las sierras alta y baja de Sonora, fui convocado como “invitado especial” y con gusto los acompañé.

Iniciamos la gira por la sierra alta en Nácori Chico, seguimos a Bacadéhuachi, Huachinera, Bacerac y Bavispe; de ahí bajamos a la sierra baja en Villa Hidalgo, Huásabas y Granados. Hasta ahí los eventos fueron regulares, buenos a secas.

Yo le veía el rostro a Donald con una molestia permanente, tal vez era porque todavía tenía frescos en su memoria los eventos de cuando fue candidato a diputado federal por la misma zona y sus eventos contaban con mucha participación, música y alegría, porque lo estimaban.

Sin embargo, en esta ocasión influían muchos factores en contra que hacían que los eventos no lucieran, como el realizarlos en horas hábiles y bajo un calor espantoso e insoportable, sumado al hecho de que se padecía una terrible sequía en la región y la prioridad de los rancheros era darle comida y suplemento alimenticio a sus animales para que sobrevivieran, en lugar de estar participando en actos políticos, por lo que no había a nadie a quién culpar por el fracaso de los eventos.

La gira continuó, pero el acabose fue en Divisaderos, donde había un sepelio en el que se concentró toda la atención de la población, por lo que el evento fue un verdadero fracaso.

Continuamos a Moctezuma, donde los eventos fueron de mejor calidad. Por la noche pernoctamos en la casa de mi amigo Nel Moreno que nos brindó posada. Al filo de las 10 de la noche, Donald me toma del brazo, me lleva a un lugar apartado y me dice:

—¿Andas muy a gusto de invitado especial, “Grandote”?

—Pues sí.

—Pues eso se acabó, a partir de ahora ya no eres invitado especial; de aquí en adelante tú te vas a encargar de organizar los eventos y que “Memo” Hopkins te acompañe.

—De acuerdo, eso haré.

Así le respondí. No me quedaba de otra.

A esas horas de la noche, Hopkins y yo nos trasladamos a Cumpas y nos dimos a la tarea de levantar a mis amigos; los serreños se duermen muy temprano, pero como personas sumamente nobles y participativos que son, se levantaron contentos

y dispuestos a ayudarnos. En un santiamén conformamos un numeroso grupo de políticos cumpenses. Nos repartimos tareas y arreglamos el local de la Cueva de los Leones para el evento donde organizamos un desayuno.

Al filo de la mañana una larga caballada recibió con alegría y afecto a los candidatos a senadores.

Nosotros nos adelantamos a Nacozari de García y a Fronteras, donde se llevaron a cabo excelentes eventos. Lo mismo sucedió en Agua Prieta, donde hubo también muy buenos eventos que concluyeron con una cena.

Otro día seguimos a Naco, donde también hubo buenos resultados y concluimos en Cananea, mi tierra, con extraordinarios eventos que cerraron con una cena multitudinaria en el campo de golf de ese mineral.

Al final de la jornada electoral me despedí de Donaldo, que sonriente me dijo: “Ya ves ‘Grandote’, y andabas de invitado especial”. Lo dicho, Donaldo era genio y figura.

Mi campaña para diputado federal la financiamos con la rifa de una troca de redilas que organizó mi amigo de Bacoachi, José Manuel Lamadrid, y con ese dinero Álvaro Enciso Ulloa pintó todas las bardas disponibles en todo el distrito.

Concluido el proceso electoral, nuestro candidato Carlos Salinas de Gortari, resultó triunfador en las elecciones con el 48.7% de los votos, contra el 29.9% de Cuauhtémoc Cárdenas y el 16.2% de Manuel Clouthier.

No tengo la menor duda que este proceso electoral fue el más competido e impugnado en la historia contemporánea de México.

Por Sonora, resultamos ganadores en las diputaciones federales Armando López Nogales, José Ignacio Martínez Tadeo, Juan Manuel Verdugo Rosas, Víctor Hugo Celaya Celaya, Sergio Jesús Torres Serrano y Ramiro Valdez Fontes por el PRI; Francisco Javier Pavlovich Robles por el PAN; Norberto Corella Gil Samaniego y José Antonio Gándara Terrazas como diputados plurinominales por el PAN. Hay que recordar que Gándara Terrazas había sido mi compañero como diputado local.

En principio, el solo hecho de que Colosio decidiera que su amigo “El Grandote” reunía las cualidades y capacidades para sucederlo en la diputación federal por el II distrito electoral con cabecera en Magdalena de Kino, Sonora, ya era un timbre de orgullo para mi persona, pero también una altísima responsabilidad y compromiso. Tenía que estar a su altura, ya que él fue un extraordinario diputado federal por ese mismo distrito inmediatamente antes que yo.

Siendo diputado federal electo, recibí la primera y única instrucción política de Donaldo, ya que no recibí ninguna otra durante ese período de mi vida. Un día me llamó y me dijo: “Repórtate con el licenciado Guillermo Jiménez Morales”. Jiménez Morales era un extraordinario y experimentado político, exgobernador de Puebla y por entonces también diputado federal electo y presidente del PRI en el Distrito Federal.

Seguí la instrucción sin averiguar por qué se me daba y Jiménez Morales me recibió cordial y afectuoso con un efusivo abrazo, como si fuéramos amigos de toda la vida. Con él aprendí de golpe los “modos y tratos” de los políticos a ese

nivel. Por sus palabras de inmediato capté que sería nuestro próximo líder, es decir, el coordinador de la bancada de los diputados priistas en la cámara de diputados y presidente de la Cámara de Diputados.

Entendí el mensaje cifrado que me había dado mi amigo Donald, y creo que Jiménez Morales también entendió el mensaje que le enviaba a él.

Me integré a mis funciones como legislador federal el 1 de septiembre de 1988 y la primera sesión fue para calificar la elección presidencial de Carlos Salinas por parte de la Cámara de Diputados.

De acuerdo con lo previsto por la ley, correspondía a la Cámara erigida en Colegio Electoral ejercer tres facultades indelegables: Realizar el cómputo total de los votos emitidos en el país, calificar la elección, y formular la declaratoria de presidente electo en base a los resultados consignados en las actas de cómputo distrital.

De inicio, se decidió integrar el Colegio Electoral conformándolo equivocada e imprácticamente por el total de los 500 diputados, lo que lo convirtió en una auténtica “hacina de negros”.

Se iniciaron los trabajos y estuvimos cuatro días sin salir ni un minuto del recinto en unas discusiones interminables en las que el análisis y el debate era distrito por distrito. Mal comíamos en la curul, sin bañarnos y casi sin dormir hasta que por fin se llegó al acuerdo de que el debate se presentara por grupos de distritos electorales.

Estábamos ya en la madrugada del cuarto día y las negociaciones no prosperaban. Hay que recordar que todos los partidos políticos de oposición se unieron en un “Frente Democrático Nacional” en contra del PRI. Su intención era obvia. Trataban de impedir que se llevara a cabo la calificación de la elección presidencial, por lo que un grupo de entre 30 y 40 diputados de mi partido decidimos realizar una acción radical, de la que hasta entonces no existía precedente alguno. La estrategia era tomar la tribuna en una acción rápida, bien concertada y organizada, y así lo hicimos. La acordonamos entrelazando nuestros brazos para impedir todo acceso a la misma.

Recuerdo entre aquellos compañeros diputados tomando la tribuna a José Luis Parra Rubio, Antonio Manríquez Guluarte, Heraclio Soberanes Sosa, Sami David David, Jorge Esteban Sandoval, Enrique Martínez y Martínez, Benigno Gil de los Santos, Rubén Hernández Higuera, Lázaro Pasillas Rodríguez, Rubén García Farías, Orlando Arvizu Lara, Julián Orozco González, Francisco Javier Santillán Ocegüera, Ramiro Hernández García, Jesús Oscar Navarro Gareta, Antonio Álvarez Esparza, Carlos Rubén Calderón y Cecilio, Eric Luis Rubio Barthell, y por supuesto todos mis compañeros sonorenses.

Teniendo bien custodiada la tribuna se procedió a la lectura del dictamen, que inició el diputado Víctor Hugo Celaya, quien fungía como secretario de la mesa directiva.

Cabe hacer notar que dicha lectura no alcanzaba a escucharse bien en el recinto legislativo debido a los gritos e improperios que nos lanzaban los diputados (as) de

oposición, aunado al ensordecedor ruido que producían con las tapas de las curules, al levantarlas y dejarlas caer sobre la curul. No obstante, la lectura continuó, tal y como lo establecían las formalidades de nuestro reglamento interior. Una vez concluida la lectura del dictamen se procedió a su votación y por mayoría de votos se declaró electo presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos al licenciado Carlos Salinas de Gortari, el día 8 de septiembre de 1988.

Recién ungido como legislador federal fui nombrado coordinador de la diputación sonorensis, por lo que automáticamente formé parte integrante de la comisión de gobernación y puntos constitucionales, que es el antecedente de lo que hoy es la comisión de régimen interno y concertación política, a la que se le conocía como “la Burbuja”. En esa comisión estaban representados los líderes de la fracción parlamentaria de cada partido y ahí se tomaban las decisiones que posteriormente se trasladaban al pleno para su análisis, discusión y aprobación.

Debo destacar la importancia que representaba la comisión de gobernación y puntos constitucionales en la toma de decisiones. Si mal no recuerdo, la integrábamos 29 diputados del PRI y 25 de los diferentes partidos de oposición que integraban el “Frente Democrático Nacional.”

Posteriormente recibí la grata sorpresa de que también estaba propuesto para presidir la comisión de la reforma agraria, quizá la más numerosa de todas, pues había mucho interés de participar en ella, no solamente de los diputados del sector campesino, sino de otros diputados de partidos de oposición.

No puedo negar que me encontraba nervioso y abrumado. No hay que olvidar que venía de jugar en las ligas políticas menores de la provincia y ahora me encontraba en las ligas mayores, junto a grandes políticos mexicanos a los que admiraba y respetaba. Sin embargo, mi ánimo estaba muy en alto, sobre todo por las deferencias hacia mi persona de parte de Luis Donaldo Colosio.

En cuanto trascendió en el seno de la cámara de diputados que estaba propuesto para presidir la comisión de la reforma agraria, empecé a recibir las feroces dentelladas de la grilla y el celo político en este nivel nacional. Circulaban rumores y quejas soterradas respecto a mi persona. La razón era muy clara: don Augusto Gómez Villanueva, ex secretario de la Reforma Agraria, ex dirigente de la CNC nacional, ahora nuestro compañero diputado federal, seguramente consideraba que a él le correspondía por derecho propio presidir esa comisión y probablemente tenía razón, dados sus importantes antecedentes políticos y administrativos.

La grilla contra mí continuaba en todo su apogeo. Había reuniones de grupos y si bien éstas no eran “secretas”, algunos diputados del sector no éramos convocados.

Un día nos enteramos de una de esas reuniones y un grupo de amigos cenecistas, entre los que recuerdo a Jorge Esteban Sandoval, de Chihuahua, y a Rubén García Farías, de Guanajuato, decidimos apersonarnos en dicha reunión. Al entrar descubrimos que era presidida por don Augusto y con nuestra presencia se hizo un silencio sepulcral. Mi amigo Jorge Esteban, con su característico aplomo, ya que es un “chaparrito” muy entrón, se dirigió a don Augusto y palabras más, palabras menos, le dijo:

—Maestro, quiero hacerle a usted una pregunta.

—Adelante —respondió don Augusto—.

—¿Considera usted que, para aspirar a un puesto en la Cámara, necesariamente tenemos que pertenecer a la nomenclatura de la CNC nacional?, ¿o nosotros somos cenecistas de segunda clase? Porque yo he sido secretario de la liga en mi estado y diputado local y federal por la CNC.

Turbado don Augusto le respondió:

—Claro que sí, compañero.

—¡Qué bien! —respondió Jorge Esteban— porque recibimos la propuesta para presidir la comisión de reforma agraria por un cenecista sonorense y nosotros lo apoyamos.

Me sentí orgulloso del apoyo y respaldo de mis amigos. Sin embargo, aún creo que conociendo a don Augusto, un viejo lobo de mar, nunca se hubiera “atravesado” ante una recomendación de su amigo Luis Donald Colosio.

Fui electo presidente de la Comisión de la Reforma Agraria de la que conservo grandes y enormes satisfacciones de mi paso por ella. En su seno celebramos exitosas y concurridas comparecencias de los secretarios de la reforma agraria, primero Rafael Rodríguez Barrera y después Víctor Cervera Pacheco.

El 13 de diciembre de 1988, Donald fue nombrado presidente del CEN del PRI y al inicio de 1989 me llamó a su oficina para decirme: “‘Grandote’, se acercan las elecciones en Sinaloa y quiero que te vayas como delegado general del CEN y les enseñes lo que es un verdadero delegado”.

En ese tiempo Francisco Labastida Ochoa era el gobernador del estado de Sinaloa desde 1987, mi amigo Juan Burgos Pinto era el secretario de Gobierno y Roberto Pérez Jacobo, de Los Mochis, el presidente del PRI estatal.

Me instalé en Culiacán y me dediqué de lleno al trabajo haciendo giras por todo el estado, revisando y fortaleciendo la estructura del partido y de los sectores. Para apoyarme invité a dos grandes amigos diputados federales a integrarse a mi equipo: Al jalisciense Ramiro Hernández García como delegado de la CNC y al coahuilense Benigno Gil de los Santos como delegado de la CNOP.

Mis otros colaboradores eran los sonorenses Miguel Nichols Flores y Héctor “El Flaco” Arreola.

En un viaje que hacíamos a Navolato Roberto Pérez Jacobo y yo, acompañados de algunos de sus colaboradores del PRI, entre ellos Cecilia Sánchez Luque, una joven ingeniera petrolera que fungía como subsecretaria de organización. Roberto manejaba y de pronto perdió el control del volante y la suburban dio algunas volteretas. Por suerte no sufrimos consecuencias graves. Yo tuve una fuerte contusión lumbar que me mantuvo en reposo una semana. Tenía que elaborar un informe de última hora y le pedí ayuda a Víctor Galindo y Cecilia Sánchez Luque quienes tuvieron que trabajar conmigo en el hotel donde vivía, destacándose Cecilia por un trabajo técnico impecable en la elaboración de un documento que teníamos que entregar rápido. Así reconocí la capacidad de aquella joven ingeniera a partir de entonces ella y Galindo integraron una dupla indispensable para mí.

Trabajamos intensamente por largos meses al lado de Pérez Jacobo, hasta que le llegó el momento de su relevo institucional. Aprovechando esa circunstancia le propuse a Donaldo que nombráramos sustituto a Juan S. Millán Lizárraga, líder de la CTM en el Estado y con una amplia carrera partidista como diputado federal y senador, entre otros cargos, y a Donaldo le agradó la idea.

Mi propuesta tenía su fundamento y razón de ser. Se decía y se comentaba que la relación de Donaldo con la CTM, en particular con don Fidel Velázquez, era un tanto cuanto fría y distante. Al escuchar la propuesta Donaldo me dijo:

—No lo va a aceptar el gobernador Labastida, no hay buena relación entre ellos.

—Estoy enterado, si me autorizas lo voy a intentar.

—De acuerdo, adelante.

Me trasladé a Culiacán y de inmediato solicité audiencia con el gobernador, que de la misma manera me la concedió y me recibió en su oficina muy serio y formal.

“Soy portador de una petición muy formal y precisa de su amigo el licenciado Luis Donaldo Colosio Murrieta, que le solicita con todo respeto, autorice el nombramiento del licenciado Juan S. Millán Lizárraga, como nuevo presidente del Comité Directivo Estatal del partido, porque así conviene a los intereses del Comité Ejecutivo Nacional”, le solté a boca de jarro, apenas nos habíamos saludado.

Evidentemente la petición no le agradó para nada, pero accedió, como lo que es: una persona, buena, noble y muy accesible. Al poco tiempo me enteré de que don Fidel Velázquez invitó a Donaldo a un desayuno en las oficinas de la central obrera acompañado de sus altos funcionarios. Sin duda que este veterano líder obrero tenía una especial estimación y afecto por Juan S. Millán y su esposa Lupita.

Debo de aclarar que prácticamente yo no conocía a Millán, nuestra amistad, fue ensanchándose ya como dirigente del partido en el estado.

Quiero hacer hincapié que yo pretendía, siguiendo fielmente las instrucciones de Donaldo, hacer un trabajo que trascendiera las fronteras del estado de Sinaloa. Para ello pergeñé una estrategia electoral partidista que consistía en abrir la participación de la base militante en el proceso de selección de nuestros candidatos a presidentes municipales.

Se destacaba en la propuesta, que en los municipios grandes como Culiacán, Mazatlán, Ahome (Los Mochis), Guasave, Salvador Alvarado (Guamúchil) y Sinaloa (Sinaloa de Leyva), el día de la elección de los candidatos, se instalarían las urnas en los estadios de beisbol y donde después de un breve mensaje previo de los precandidatos, se procedería a la votación, haciéndolo uno por uno todos los asistentes, con un padrón bien elaborado y su credencialización correspondiente. Es decir, hacer una demostración de un auténtico ejemplo de democracia partidista.

A Juan S. Millán la idea no le agradaba del todo, pues la veía muy complicada en su ejecución, por lo que decidimos visitar al gobernador del estado y exponérsela. A él también le pareció que había más riesgos que beneficios, pero yo insistía en llevarla a cabo.

Días después me enteré de que el gobernador Labastida y Juan S. Millán le solicitaron una audiencia a Donaldo, yo supongo que para exponerle los riesgos que

implicaba mi propuesta, ya que no fui convocado a la misma. Después Juan me platicó que al recibirlos Donaldó les preguntó: “¿Y el delegado, por qué no está presente?”. “Es que no lo invitamos”, fue la respuesta de ambos. “Pues invítenlo y cuando estén presentes los tres, los atiendo”, le señaló con firmeza. Lo dicho, genio y figura.

Los procesos de selección interna de nuestros candidatos fueron un éxito, una auténtica fiesta en los estadios de beisbol ya que todo fue en orden. Tan fue así, que en las elecciones constitucionales arrasamos en las urnas.

Sin embargo, no todo fue alegría, ya que la elección en Culiacán, donde ganó nuestro candidato Lauro Díaz Castro, fue severamente impugnada por el PAN, que junto con su candidato perdedor Rafael Morgan Ríos, desataron una feroz y violenta campaña con mítines y marchas, en una de las cuales las huestes panistas incendiaron el Palacio Municipal. En el incidente murió una persona, que nada tenía que ver, y los manifestantes, entre los cuales se encontraba mi compañero diputado Rafael Núñez Pellegrín, se apostaron permanentemente frente al Palacio de Gobierno e hicieron un tenderete donde dormían por las noches.

Juan S. Millán y este narrador le hicimos la atenta y respetuosa recomendación al gobernador Labastida de que no los perturbara, porque sabíamos que su presencia le molestaba sobremanera.

Días después viajé a la Ciudad de México a cumplir con mis obligaciones como diputado. Los diputados coordinadores de las comisiones teníamos la obligación de asistir a un desayuno temprano con nuestro líder para revisar la agenda, sobre todo de los temas que se abordarían en tribuna.

Una mañana llegué a la cámara antes de mi hora acostumbrada y ya me buscaban con urgencia de la oficina de nuestro líder Guillermo Jiménez Morales. Acudí de inmediato, el presidente se encontraba con el diputado Abel Vicencio Tovar, quien era el coordinador de los diputados del PAN, y al ingresar a la oficina, Vicencio Tovar se levanta y me dice: “¿Si usted fuera este diputado, igual lo defendería?”. La pregunta me sorprendió pues no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo, pero al instante lo comprendí. El periódico que me mostraba era El Universal, diario de circulación nacional, donde se destacaba una enorme foto en la primera plana donde aparecía el diputado panista Rafael Núñez Pellegrín, que era tomado de brazos y piernas por policías sinaloenses y arrojado como un fardo a la caja de un *pickup*.

El gobernador Francisco Labastida Ochoa había ordenado el desalojo con violencia de las personas acantonadas frente a Palacio de Gobierno, lo que acarreó graves consecuencias para los intereses del partido en el estado. Después me enteré de que lo hizo gracias a las pésimas recomendaciones que le daba su nefasto asesor, Manuel Gomora Luna.

Con ese inesperado y muy lamentable suceso las protestas se multiplicaron, el ambiente político se tornó más denso y agresivo, no solo en el estado de Sinaloa, sino que trascendió sus fronteras y abrió dos grandes frentes de lucha: una en la Cámara de Diputados y otra en la Secretaría de Gobernación.

En lo concerniente a la Cámara de Diputados, la bancada de Acción Nacional, con sus aliados políticos, ocupaban la tribuna constantemente con discursos incendiarios y agresivos. Por nuestro lado, tuve el honor de que los diputados priistas sinaloenses me pidieron que coordinara los debates, por lo que, bien organizados y documentados, subíamos a esta alta tribuna de la nación a responder puntualmente a todos los argumentos, denuncias y quejas que señalaba la oposición.

Deseo hacer una pertinente precisión. Todas las denuncias, quejas, presuntas violaciones y otras demandas que planteaba Acción Nacional, se referían única y exclusivamente al proceso de elección en el municipio de Culiacán.

En lo referente a la Secretaría de Gobernación, el responsable directo de atender y resolver aquel grave problema era mi paisano, el subsecretario Manlio Fabio Beltrones Rivera, quién encabezaba y dirigía las reuniones. Yo acompañaba a esas reuniones al chiapaneco César Augusto Santiago, que, según recuerdo, era el secretario de acción electoral del CEN del PRI.

César Augusto y yo, noche tras noche acudíamos puntuales a las oficinas del subsecretario Beltrones, donde discutíamos a plenitud. En algunas ocasiones las reuniones se tornaban ríspidas porque las partes no cedíamos ni un milímetro en nuestras posiciones.

En el desarrollo de una de aquellas largas y acaloradas reuniones, un asistente me indicó que tenía una llamada telefónica y que la podía tomar en una oficina anexa al recinto donde discutíamos. Al ingresar a dicha oficina a quien me encontré fue a Beltrones que sonriente, me dice: “Oye paisano, estás más bravo que César Augusto; tú sabes bien, porque eres el delegado del partido en Sinaloa, que si este problema se encuentra en estas oficinas, es debido a los malos manejos y errores que se cometieron en aquel estado. Necesito tener márgenes de maniobra para encontrar la solución y necesito que me apoyes”. Tenía toda la razón, así que le bajé de tono a mi posición y actitud.

A los pocos días, no quiero ni recordarlo, se anuncia la solución a aquel grave problema postelectoral. A cambio de que se abandonara la lucha en Culiacán, se entregaría al PAN el municipio de Mazatlán.

Aquella me pareció una decisión totalmente injusta, sin fundamento legal alguno y mucho menos social. Se le arrebató el triunfo que legítimamente obtuvo en las urnas a un extraordinario político, honesto, querido y respetado, el arquitecto Raúl Cárdenas Duarte, una gran persona, y se le entregaba a un “anodino” político panista, Humberto Rice García, convirtiéndose así en el primer presidente municipal panista en la historia de Sinaloa y la primera “concertación” política en la historia del país.

Esa injusta decisión cimbró en sus cimientos al Partido Revolucionario Institucional en el estado de Sinaloa. Durante los hechos, Juan S. Millán renunció a la dirigencia estatal del partido y personalmente se dedicó a cabildear en la cámara de diputados con cada uno de los diputados del PRI, para que no apoyaran ni avalaran con su voto la decisión tomada desde el centro del país.

Su cabildeo no prosperó y Millán Lizárraga ya no regresó a la dirigencia del partido y yo tampoco regresé a Sinaloa con mi carácter de delegado general del Comité Ejecutivo Nacional del PRI.

De esa etapa postelectoral que me dejó un mal e ingrato sabor de boca, rescato dos experiencias sumamente agradables para mi persona. Durante los días en los que se dio aquella “concertación”, Donald se encontraba fuera del país. Había asistido a Argentina a una reunión de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe (Coppal) y estando al tanto de lo que había sucedido se comunicó conmigo vía telefónica desde Buenos Aires y me dice sonriente: “¿Cómo estas ‘Grandote’?... Para que veas lo que se siente”.

Se refería a que, como presidente del CEN del PRI, meses antes había tenido que reconocer la pérdida de la gubernatura de Baja California, sacrificando a la inolvidable Margarita Ortega Villa a favor de Ernesto Ruffo Appel, convirtiéndose así en el primer gobernador de oposición en la historia de Baja California y de México.

A su regreso, se comunica de nuevo conmigo y me dice: “‘Grandote’, te felicito, hiciste muy buen trabajo como delegado en Sinaloa”. Sonreí para mis adentros y me dije: “Recibí el salario de los políticos”.

Regresé de Sinaloa y me reintegré a mis responsabilidades y obligaciones como legislador, y prácticamente ya no tuve ningún tipo de contacto con Donald.

A inicios de 1991 se destapó para la gubernatura de Sonora a mi paisano Manlio Fabio Beltrones Rivera, quien en una intensa e innovadora campaña política se la ganó al Dr. Moisés Canale Rodríguez.

Capítulo VII

SUBSECRETARIO DE LA REFORMA AGRARIA

Ocupado plenamente en mis actividades legislativas, empecé a recibir mensajes que hablaban por sí solos de que mi amigo Donald, generoso y leal como siempre, estaba al pendiente de su amigo “el Grandote”.

Empezaron a aparecer en las “columnas políticas” de algunos diarios importantes del D. F., algunos comentarios de que habría cambios en la Secretaría de la Reforma Agraria. Que dejaría el cargo de oficial mayor de esta dependencia Jesús Murillo Káram y que lo sustituiría el diputado Armando López Nogales.

Es más, recibí algunas llamadas telefónicas del propio “Chucho” Murillo, que como amigo que era, entre broma y serio, me decía: “Qué pasa Armando, ya vente, ya tengo elaboradas las actas de entrega-recepción a tu nombre”. Yo le expresaba que nada sabía al respecto, y era cierto.

Una noche, descansando en mi departamento, se comunica conmigo Donald y me pregunta: “¿Oye, que no te han hablado de la Secretaría de la Reforma Agraria?”. “Para nada”, le respondí. “Muy bien”, me contestó y terminó la comunicación. Al día siguiente recibí una comunicación de parte del secretario de la Reforma Agraria, Víctor Cervera Pacheco, informándome que me recibiría al día siguiente en sus oficinas a las nueve de la mañana. Llegué con toda anticipación a mi cita programada y en la antesala me encontré a mi paisano Samuel Ocaña García, quien era subsecretario en esa dependencia.

El doctor Ocaña entró primero que yo a su acuerdo con el secretario y después de unos minutos sale extremadamente serio y sin mediar palabra alguna solo se despidió.

Al llegar mi turno me recibe el secretario muy serio, hasta me pareció que malhumorado. Hosco, me dice: “Recibí instrucciones para que te integres al trabajo en esta secretaría, algunos han dicho que vas a ocupar la oficialía mayor, pero no es así, te voy a nombrar subsecretario de Organización y Desarrollo Agrario en sustitución del doctor Samuel Ocaña”. Grande fue mi sorpresa, pero permanecí serio, impávido y le respondí: “Muy bien señor secretario, estoy a sus órdenes, usted dirá cuando se me da posesión y tomo la protesta de ley”. Aún más serio me respondió, “¿Para qué?, no la necesitas, que te den la dirección de las oficinas y preséntate a trabajar”.

Había conocido a Cervera en mis tiempos de presidente de la comisión de la reforma agraria en el Congreso donde lo había tratado con frecuencia, inclusive una vez lo convencí de que compareciera ante la comisión y aceptó un poco a regañadientes; fue tratado de maravilla y salió muy contento. Ahora me trataba prácticamente como un desconocido.

Las oficinas de la subsecretaría se encontraban en las calles de Azafrán en la colonia Granjas, muy distantes de las del secretario en la misma Ciudad de México.

Para la clase política vigente por aquellas fechas, era un “secreto a voces” que el secretario Cervera Pacheco era una persona sumamente difícil en el trato, y era cierto, porque yo lo viví en carne propia. Por casi un año no tuve contacto alguno con él. Como coloquialmente se dice, “no me peló” en todo ese largo tiempo.

Integré mi equipo de trabajo con mi amigo Luis Manuel Robles Naya, quien había sido mi compañero de trabajo en mis primeros años en el “Agrario” y Miguel Tadeo Nichols Flores como mi secretario particular. Quise incorporar a Salvador Vera, quien había sido director administrativo de la Dirección General de Inafectabilidad Agraria en “El Agrario”, y cuando le hago la propuesta a Rafael Casellas Fitzmaurice, no me lo aceptó ya que consideró que con tantos años trabajando en la dependencia seguramente ya estaba muy “maleado” y me pidió que le recomendara a otra persona.

Al dejar la delegación en Sinaloa, Cecilia Sánchez Luque deja el PRI y se fue a la CTM donde colaboraba con Juan S. Millán. Recordando su capacidad de trabajo se la propuse a Casellas Fitzmaurice en lugar de Vera, con la advertencia de que era ingeniera petrolera y no sabía absolutamente nada de asuntos agrarios, pero necesitaba incorporarla, y aceptó gustoso comprometiéndose a capacitarla. Seis meses después Rafael me dijo: “Esta muchacha es un demonio aprendiendo, la voy a nombrar directora de área en mi dependencia”.

Me dediqué de lleno al trabajo, a atender la audiencia y a realizar giras de trabajo en los estados.

Ante la ausencia de contacto y trato con mi secretario me di a la tarea de ganarme la confianza de tres distinguidos funcionarios yucatecos de la secretaría que gozaban de su más amplia confianza, uno era Rafael Casellas Fitzmaurice, director general de administración de la secretaría, sin duda, el hombre más cercano en las confianzas del Cervera, pues le había servido manejándole las finanzas en los diversos cargos que éste había ocupado, tanto en su estado como a nivel federal como diputado local, diputado federal, senador de la República en varias ocasiones, secretario general de la CNC nacional, secretario general del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, y gobernador interino en el estado de Yucatán.

Los otros dos funcionarios eran Raúl Montalvo, un distinguido intelectual yucateco y Mirna Esther de Hoyos, una extraordinaria mujer con amplia experiencia, que había sido diputada federal y senadora. Los dos laboraban como directores generales en la subsecretaría a mi cargo.

En principio alguien hubiera podido considerar o suponer que, a través de ellos, el secretario Cervera supervisaba y vigilaba mi desempeño laboral. No fue así, los tres cultivamos una gran y sólida amistad.

Con el transcurso del tiempo empecé a percibir una actitud más positiva hacia mi persona de parte del secretario Cervera. No tengo la menor duda que esto se debió a los buenos oficios de mis nuevos amigos yucatecos.

La señal más concreta de ese cambio de actitud la recibí el día que me invita a acuerdo en su despacho y procede a darme la siguiente instrucción: “Sé que eres

abogado y conoces la ley y los procedimientos agrarios, te voy a pedir que me ayudes a levantar ‘bandera blanca’ en el estado de Querétaro”.

Levantar “bandera blanca” en una entidad federativa consistía en lograr que en dicho estado había concluido toda la problemática agraria, es decir, que ya no existían acciones agrarias que realizar, tales como dotación, ampliación y restitución de tierras, nuevos centros de población, ejecución de resoluciones presidenciales, problemas de linderos, etcétera.

Acepté la alta responsabilidad que me daba y de inmediato me fui a las oficinas de mi amigo sinaloense Renato Vega Alvarado, quien era el subsecretario de Asuntos Agrarios de la misma secretaría, ya que a esa área le correspondía precisamente llevar a cabo las tareas que me estaban encomendando. Le informé a mi amigo Renato de las instrucciones recibidas y sonriente me expresó: “Mira, conozco muy bien a Víctor, sé cómo piensa y actúa, no te preocupes”.

Me trasladé al estado de Querétaro con mi equipo de trabajo y nos dedicamos de lleno a nuestra tarea. En un corto espacio de tiempo culminamos nuestra labor y en un evento de carácter nacional, con la presencia del secretario Víctor Cervera Pacheco y del gobernador de la entidad Enrique Burgos García se levantó “bandera blanca” en el estado de Querétaro.

A mediados de 1992 llegaron los tiempos del relevo institucional de cambio de gobierno en el estado de Sinaloa y mi amigo Renato Vega Alvarado fue nominado como candidato a la gubernatura en esa entidad, por lo que, presentó su renuncia al cargo de subsecretario de Asuntos Agrarios e inmediatamente recibí la generosa propuesta del secretario Cervera para ocupar la subsecretaría que dejaba Renato. Quiero pensar, es más, así lo creo firmemente, que detrás de este nombramiento estaba la mano y la figura de mi amigo Luis Donald.

Sin embargo, deseo dejar fiel testimonio de que el secretario Cervera Pacheco, no solo me brindó su apoyo e irrestricto respaldo a mi gestión, sino que también me otorgó su confianza y su afecto, que con el paso del tiempo se consolidó en una gran y sólida amistad que aún me enorgullece.

Con la confianza, el afecto y el apoyo total del secretario Cervera, me entregué de lleno y feliz al trabajo.

De pronto, un día, recibo una noticia que me hizo inmensamente feliz.

El domingo 28 de noviembre de 1993, Donald es “destapado” como candidato del PRI a la presidencia de la República. Desde mi punto de vista no podía haber mayor reconocimiento a la capacidad y trayectoria política de aquel amigo al que conocí en el restaurante Mannix del edificio Banca Cremi de Hermosillo en 1985.

A partir de ese momento, un enjambre de gente rodea a Donald. Intento hablar por teléfono con él, pero me es imposible. Decido entonces ir a la sede del PRI a buscarlo, llego solo y al ir entrando al edificio principal veo que Donald camina por la explanada rodeado de colaboradores y lo alcanzo en las escalinatas. Al verme, se desprende de quienes lo acompañan, se me acerca, y sin medir palabra se abre y me da un enorme gancho al hígado que me tambalea, al tiempo que me dice:

“Ya la hicimos cabrón”, y vuelve a su camino rodeado de personas a los que algunos ni conoce. Regreso a mi oficina satisfecho por la felicidad de mi amigo.

Todos aquellos días permanecí entregado a mi trabajo. Donald no me invitó a colaborar en su campaña y yo tampoco lo busqué para que me incorporara. Lo conocía muy bien, por algo no me llamó.

Solamente asistí a los eventos de sus discursos al rendir protesta como candidato el 8 de diciembre de 1993 en la sede del PRI nacional, y al de la celebración del aniversario del PRI el 6 de marzo de 1994, frente al monumento a la Revolución.

El 1 de enero de 1994, el país se cimbra hasta sus raíces con un suceso que tiene repercusiones nacionales e internacionales. El levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en el estado de Chiapas.

Este movimiento armado causó muertes desde su inicio y convulsionó al país entero. De inmediato, el gobierno federal diseñó estrategias para atender las demandas reivindicatorias de los indígenas chiapanecos.

Los primeros en dar la cara, es decir, enfrentar el gravísimo problema fueron nuestras fuerzas armadas y la Secretaría de la Reforma Agraria. Por ello, nos trasladamos junto a nuestro secretario Cervera a esa entidad.

Atendíamos día y noche interminables reuniones con campesinos, “encapuchados” sumamente agresivos. Recuerdo una reunión en particular en el municipio de Palenque donde llegamos a temer por nuestra seguridad.

En ese tenso y agresivo ambiente transcurrieron los días y semanas, hasta que paulatinamente los ánimos se fueron serenando y nosotros regresamos a nuestras actividades de rutina en la Ciudad de México.

Una tarde del 23 de marzo de 1994, cuando me encontraba laborando como siempre en mis oficinas de la subsecretaría, recibí por la red una llamada del secretario Cervera, una práctica normal en nuestra relación de trabajo; sin embargo, esa vez percibí algo diferente en su tono de voz: “Sube de inmediato a mi oficina, por favor”, me dijo escueto. Lo encontré serio con el rostro descompuesto y en seco me dijo: “Me acaban de informar que al parecer el candidato Colosio sufrió un atentado en Lomas Taurinas, Tijuana. Parece que lo golpearon con una piedra o un palo en la cabeza; es todo lo que sé, si tengo más información te vuelvo a llamar”.

Me quedé paralizado, no alcancé ni a pensar y mucho menos a decir algo y me regresé a mi oficina sumamente preocupado. Busqué información por mis propias fuentes, pero nadie supo decirme nada, todo era confusión. Unos instantes después más el secretario me llama de nuevo a su oficina. Lo observo más preocupado, me informa: “Nos están citando con urgencia a los Pinos, voy para allá, parece que es serio el atentado, espera mi llamada”.

En tránsito hacia Los Pinos el secretario Cervera me llama desde su vehículo y me informa: “Confirmado, le dieron un balazo en la cabeza, lo llevaron grave a un hospital en Tijuana, cuando tenga más información me reporto de nuevo”.

Me encontraba deshecho, para ese entonces la información ya fluía en la radio y la televisión. En el programa de televisión de Jacobo Zabludovsky, en un enlace con la periodista Talina Fernández escuchamos y vimos las escenas donde Liéban

Sáenz, secretario particular de Donald, anunciaba con sentidas palabras la muerte de Luis Donald Colosio Murrieta.

Guardaré por siempre en mi corazón el afecto y apoyo solidario de mi amigo Víctor Cervera Pacheco, quien se regresó a altas horas de la noche a sus oficinas y sin expresar media palabra, solo me dio un abrazo.

Las horas posteriores fueron para mí las más tristes y amargas que recuerdo. Buscaba a mis amigos “colosistas” y no los encontraba, no respondían a mis llamadas. La siguiente mañana me entero de que el cuerpo de Donald estaría en el edificio del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, concretamente en el auditorio “Plutarco Elías Calles”, a donde me trasladé de inmediato, pero cuando llegué ya había una autentica multitud que quería darle el último adiós a su candidato. Era prácticamente imposible ingresar al auditorio. Sin saber a ciencia cierta qué hacer, me puse a deambular por el perímetro del edificio, con tan buena suerte que a lo lejos me reconoció Liébano Sáenz, quien dio instrucciones para que me permitieran ingresar al recinto. De esa manera pude realizar por segundos una guardia de honor junto al féretro de mi querido amigo Donald.

Mi tristeza y amargura iban creciendo, sus restos fueron llevados a la funeraria Gayosso en las calles Félix Cuevas y Gabriel Mancera en la colonia Del Valle. Por azahares del destino yo vivía a escasos sesenta metros de dicha funeraria por la calle Gabriel Mancera, por lo que me trasladé a acompañarlo. De nuevo me encontré con una multitud rindiéndole tributo a su candidato. Me integré a ellos afuera bajo el rayo del sol. Tuve la fortuna de que entre tantas personas reunidas estaba mi querido amigo Juan Ángel Castillo, que me facilitó el ingreso al recinto funerario.

Sin duda, el recuerdo más triste que conservo es el de esa larga noche. No podía, ni lo intenté siquiera, irme a dormir a casa sabiendo que a escasos metros de mi departamento estaba el cuerpo de Donald. Así que me quedé a acompañarlo prácticamente hasta la salida del sol.

En esos momentos mis sentimientos estaban a “flor de piel”, sentía coraje, rabia, dolor, frustración e impotencia. En mi juicio interno señalaba culpables a diestra y siniestra.

En ese estado de ánimo tomé una decisión: me retiraría definitivamente de la política. Sin Luis Donald como mi guía, mi fiel y leal amigo, ya no había razón ni motivación para continuar.

Tomada mi decisión procedí a reunirme con mi familia para comunicárselas. Solo les solicité que me permitieran seguir apoyando a mi amigo Víctor Cervera Pacheco hasta que concluyera su gestión como secretario de la Reforma Agraria y todos estuvieron de acuerdo.

Pasados los funerales de Donald y atenuado mi dolor, me reintegré a mis funciones como subsecretario de Asuntos Agrarios.

Por esos días el destino irrumpe de nuevo en mi vida, trastocando la “normalidad” existencial en que me encontraba.

Por su estilo y carácter, al secretario Cervera Pacheco no le agradaba asistir a las asambleas de los consejos de administración de los organismos paraestatales descentralizados como Banrural, Fifonafe y Corett, a las que por obligación legal tenía que asistir, por lo que me instruyó para que yo asistiera en su representación.

Para mi sorpresa, el secretario Cervera decidió asistir un día a la reunión del Banrural que presidía el secretario de Agricultura y Recursos Hidráulicos Carlos Hank González, y al término de la reunión me expresa: “Necesito hablar contigo”, y palabras más, palabras menos, me comentó lo siguiente: “Ayer tuve audiencia con el Presidente de la República y hasta cierto punto le hice un atento y respetuoso reclamo. Le hice ver que les había dedicado mucho tiempo y atención a los políticos a quienes se les llamaba “Las viudas de Colosio” y sin embargo no había atendido en lo más mínimo a mi subsecretario Armando López Nogales, quien había sido un verdadero y estrecho amigo de Colosio”. Continuó diciéndome que el presidente Salinas se había sorprendido y preocupado con lo que le dijo y que le respondió: “Tienes toda la razón Víctor, dile a Armando que venga sin falta a verme mañana al filo de la una de la tarde, que lo recibiré”. Sin duda, ese fue mi primer desacuerdo por algo ajeno al trabajo, con mi amigo secretario.

Le respondí serio y con aplomo: “Señor secretario —por aquel entonces, yo me dirigía a él con todo respeto tratándolo de usted— le agradezco sobremanera su intención y preocupación, pero no tengo el menor interés de entrevistarme con el presidente Salinas de Gortari”.

Sorprendido me respondió: “La verdad, no te entiendo, pero es tu decisión”, y así terminó fríamente nuestra conversación.

Tiempo después, en un acuerdo tradicional de trabajo con mi amigo secretario, me vuelve a tocar el tema, informándome que le habían llamado de la presidencia preguntando el motivo por el cual no había asistido a mi audiencia.

Le respondí de una manera arrogante e irrespetuosa que aún lamento profundamente, que no tenía el menor interés en entrevistarme con el presidente de la República y que si con mi actitud negativa le representaba algún problema en su función, que contara de inmediato con mi renuncia al cargo.

Me escuchó muy serio y me respondió: “Mira, esa es tu decisión, pero de ninguna manera te permito que me faltes al respeto”. Me retiré sumamente apenado de su oficina, y si bien es cierto que me encontraba muy dolido, lastimado y enojado, eso no justificaba de ninguna forma mi grosero e irrespetuoso comportamiento con mi amigo Víctor Cervera Pacheco, que lo único que intentaba era ayudarme.

Transcurrieron los días y una mañana en la que acudía puntual a mi reunión-desayuno del consejo de administración de Banrural, me sorprendió ver que el automóvil del secretario Cervera se encontraba en el estacionamiento de las oficinas y me dirigí a saludarlo. Lo encontré sentado en el asiento del copiloto leyendo el periódico tranquilamente. Levantó la mirada y me indicó: “Súbete, necesito hablar contigo”, y sin mayores preámbulos me expresó: “Hoy no vas a asistir a la reunión del consejo, tienes cita a las doce del día en Los Pinos con el

presidente de la República; te aclaro que no es ninguna petición o sugerencia, es una orden directa que te da tu jefe el secretario de la Reforma Agraria”. Solo atiné a responder: “Muy bien señor secretario, así lo haré”.

Llegué puntual a mi cita en Los Pinos; mi mente era un caos, un manojo de nervios, no tenía la más remota idea de cómo actuar o de lo que iba a decir ante la recia presencia del presidente Salinas.

Puntuales a la hora indicada, los miembros del Estado Mayor me pasaron al despacho del presidente, me sentaron frente a su escritorio y ahí me quedé solo unos veinte minutos que me parecieron una eternidad. Observaba todo a mi alrededor y sentía que me observaban, seguramente producto de mi nerviosismo que no alcanzaba a controlar. Por fin, aparece sonriente por una puerta lateral el presidente Salinas de Gortari, serio y formal, me invita a tomar asiento, me enfoca con su característica mirada penetrante y me pregunta: “¿Cómo está Armando, como se siente? Alcancé a responderle: “No del todo bien señor presidente, me encuentro ofendido y agraviado por el artero crimen de nuestro amigo Luis Donald”. Percibí que un poco más suelto, el presidente me respondió, palabras más, palabras menos: “Todo el país está agraviado y lastimado, usted y yo perdimos a un gran amigo y a México le han arrebatado a un gran hombre, un gran político. Los planes y proyectos que él representaba para bien de los mexicanos se truncaron con su muerte”. Me habló de su compromiso con la nación, con su amigo y su familia, para encontrar y castigar a los responsables del atroz crimen, y de muchas cosas más.

En algún momento me atreví a interrumpirlo y le dije: “¿Recuerda señor presidente su primer acto de campaña electoral en el estado de Nuevo León, en el municipio de Linares, en el ejido Benito Juárez de Hualahuises?”. Me respondió: “Claro Armando, lo recuerdo con toda claridad”, y de regreso le expresé, “allí lo conocí y estreché su mano por primera vez. Luis Donald no solo le tenía un gran afecto y estima, lo respetaba y admiraba. Ésa era y fue su filosofía de vida y a mí me la trasmitió”.

El presidente me acompaña a salir de su oficina sonriente y afectuoso, y en la puerta coloca su mano derecha en mi hombro y me dice: “Adelante Armando, que no decaiga el ánimo, usted tiene mucho que aportar a la política del país”. Lo interrumpí y le dije: “Le agradezco sus palabras señor presidente, pero mi vida en la política ha concluido con la ausencia de Luis Donald”. Sonriente me palmea la espalda y comenta: “Para nada, para nada Armando, yo estoy seguro de que tiene usted un gran futuro en la política, México lo necesita”, y me despide con un fuerte abrazo.

En esos momentos de gran nerviosismo, no logré registrar a cabalidad el contenido de sus palabras. Sin embargo, con el tiempo pude constatar que sus palabras fueron premonitorias, ya que una vez más, las circunstancias de la vida operaron a su arbitrio cambiando de nuevo mi destino.

En esos tiempos que por entonces transcurrían, nuestro país se encontraba inmerso en un delicado y complicado proceso de renovación institucional de los poderes federales, tanto ejecutivo como legislativo.

A las 12:12 del 29 de marzo de 1994, Fernando Ortiz Arana, líder nacional del PRI, anuncia la designación del Dr. Ernesto Zedillo Ponce de León como candidato presidencial para las elecciones del 21 de agosto de 1994, en sustitución de mi amigo Donaldo, mientras que las designaciones de candidatos a senadores y diputados federales que integrarían el Congreso de la Unión estaban muy próximas a resolverse y anunciarse.

Lo que yo no sabía, era que de nuevo el destino me deparaba otros horizontes.

Capítulo VIII

SENADOR DE LA REPÚBLICA

Había una razón muy personal del por qué no tenía ánimos para estar en mi tierra ese fin de semana. Estaba programado que ese sábado se darían a conocer los nombres de nuestros candidatos al senado de la República y pese a que, tanto al interior del partido, como en los medios de comunicación a nivel estatal y nacional se manejaba mi nombre como posible candidato, consideraba que mis posibilidades eran escasas para alcanzar esa nominación, ya que Luis Donald Colosio, el principal apoyo y soporte que hasta entonces había tenido, ya no existía en la política nacional.

Como era mi costumbre cada fin de semana, viajaba a mi casa a visitar a mi familia, pero esa vez no estaba de ánimos para hacerlo. Le llamé a Laura Alicia para decirle que tenía mucho trabajo y no podría ir a Hermosillo. La invité a que ella fuera a la Ciudad de México, que iríamos a un buen restaurante a cenar y como siempre aceptó gustosa. Llegaría casi a la media noche del viernes.

Mientras me encontraba en mi oficina haciendo tiempo para ir a recoger a mi esposa al aeropuerto, ya que su avión aterrizaba alrededor de las doce de la noche, al filo de las diez, recibo por teléfono rojo una llamada de mi amigo Liébano Sáenz, secretario particular de nuestro candidato Ernesto Zedillo, quien, previo los saludos de rigor, me expresa: “Grandote” (imitando a Colosio), ¿dónde estás?”. “En mi oficina”, le respondí, y me revira extrañado: “¿Qué estás haciendo aquí?, deberías estar en Sonora, mañana se dará a conocer oficialmente tu nominación como precandidato al Senado de la República por tu estado”.

No alcanzaba a dar crédito de lo que escuchaba y solo acerté a responderle: “No estoy enterado, nadie me ha comunicado nada al respecto.” Liébano me responde en un tono serio, grave: “Precisamente por eso me estoy comunicando contigo, porque soy portador de un respetuoso mensaje del doctor Ernesto Zedillo Ponce de León, candidato de nuestro partido a la presidencia de la República, en el que te solicita atentamente que aceptes la nominación de nuestro instituto político como precandidato al Senado de la República”.

Todavía sumamente sorprendido y perturbado con su mensaje, recuerdo que le respondí “Mi estimado Liébano, ya es muy tarde y me resulta muy complicado trasladarme a Sonora”, y todavía tuvo la paciencia para contestarme: “Yo ya cumplí en transmitirte el mensaje que me encomendaron, lo demás es tu problema y corre por tu cuenta”. Así concluyó la llamada.

Hecho un mar de confusión, me fui al aeropuerto a recoger a mi esposa y decidí no compartirle el contenido de la conversación con mi amigo Liébano. A su llegada le propuse dos cosas: que nos fuéramos a cenar tranquilamente y que nos regresáramos muy temprano al día siguiente a Hermosillo, porque quería ver y disfrutar a mis hijos. Como siempre lo hacía, y lo sigue haciendo, Laura accedió

con gusto, y procedí a comprar los boletos de avión para nuestro regreso al día siguiente a Hermosillo.

El vuelo salía a Sonora alrededor de las seis de la mañana y con la debida anticipación llegamos al aeropuerto de la Ciudad de México. En la sala de abordaje nos encontramos a mi amigo Roberto Sánchez Cerezo, a quien acompañaban un grupo de paisanos sonorenses a los que se les veía sumamente contentos. Al vernos, Roberto se dirige a nosotros atento y caballeroso, como lo ha sido siempre, y nos saluda; a mí me da un abrazo y con una atenta disculpa me informa que él integraría la fórmula como precandidato al Senado de la República por nuestro Estado. Con toda honestidad y afecto le agradecí su mensaje, ya que, con lo que me informaba, se disipaban las dudas, inquietudes y zozobras que traía conmigo.

Ya instalados cómodamente en nuestros asientos, le hice saber a Laura Alicia el verdadero motivo de nuestro regreso a Hermosillo, traté de explicarle todo para que entendiera y comprendiera la “forma y términos” en que opera y se maneja nuestra política mexicana.

Como siempre, mi fiel compañera de toda la vida me brindó su comprensión y apoyo solidario, contestándome: “No importa, disfrutaremos a nuestros hijos el fin de semana.”

Ya instalados en nuestra casa, me preparé con mis “arreos” para llevar a cabo el típico “ritual de la carne asada” en familia que acostumbrábamos los fines de semana.

Estando en esos menesteres familiares recibí una llamada de mi amigo Roberto Sánchez Cerezo, a quien percibí extremadamente serio, y en breves palabras me felicitó por mi nominación como precandidato al Senado de la República, y a continuación me dice: “Te paso la comunicación de alguien que te quiere saludar y felicitar.” Era mi amigo el gobernador Manlio Fabio Beltrones Rivera, quien muy atento y cortés, como es su sello característico, me felicitó y me deseó el mayor de los éxitos, en la nueva y alta responsabilidad que emprendería.

Al colgar el teléfono después de la llamada, me di cuenta que no contaba con ningún documento a la mano que me permitiera inscribirme formalmente en el proceso interno de mi partido y poder cumplir con los requisitos legales de la convocatoria para ser candidato. De inmediato le llamé a Víctor Galindo Sánchez para que fuera al partido a hacer esos trámites. Como era domingo y no había estudios fotográficos abiertos, Laura consiguió que una vecina fotógrafa adaptara con unas sábanas un estudio improvisado y me tomó las fotografías necesarias para mi registro. Víctor apresurado a las oficinas del PRI con todos los papeles de inscripción debidamente llenados.

Con el tiempo, a través de mi estimado amigo sinaloense Alfredo Villegas, que en ese entonces era el delegado general del Comité Ejecutivo Nacional del PRI en Sonora, me enteré con detalle del “tremendo caos” que generó hacia el interior del partido en el Estado mi nominación en fórmula con mi amigo Guillermo Hopkins Gámez.

Regresé a México a renunciar a la secretaría y a despedirme, pero sobre todo a agradecerle a mi querido amigo Víctor Cervera Pacheco toda su generosidad para conmigo en lo administrativo, pero sobre todo en lo político.

Debo reconocer que, en mi candidatura al Senado, sin duda tuvo mucho que ver la afectuosa y solidaria participación de mi amigo Víctor Cervera Pacheco, pero fundamentalmente creo firmemente que detrás de él, estuvo la mano, la guía y el manto protector de mi amigo ausente Luis Donaldo Colosio Murrieta.

De mi paso en la subsecretaría de Asuntos Agrarios conservo, sin lugar a duda, los más gratos y aleccionadores recuerdos de mi vida en el servicio público.

Guillermo Hopkins Gámez y yo realizamos una intensa y extensa campaña electoral por toda la geografía sonorensis y nuestro esfuerzo se vio coronado con el éxito. Fuimos electos como senadores de la República por nuestro querido estado de Sonora con 410 357 votos, mientras que el PAN obtuvo 279 182, el PRD 106 576, y los demás partidos juntos 44 964.

Confieso que no obstante la alegría, tanto de mi nominación, como por el triunfo de nuestras candidaturas, mi estado de ánimo no era el mismo de antes. Tan es así, que me entrevisté con mi amigo Fernando Ortiz Arana, que era nuestro coordinador en el Senado, para manifestarle que no tenía ni el más mínimo interés en buscar la presidencia o secretaría de alguna comisión, y en su caso, que fuera él quien dispusiera desde dónde lo podría apoyar. O quizá lo hice “poniéndome el huarache antes de espíname”, porque sabía que ya no tenía quien velara por mí en ese reñido y competido reparto de comisiones.

En el senado me apoyaban Luis Manuel Robles Naya, Cecilia Sánchez Luque y Ricardo Galindo Cruz, hijo de mi querido amigo Víctor Galindo Sánchez.

Siendo senador de la República recibí una llamada de mi amigo de años atrás Esteban Moctezuma Barragán, secretario de Gobernación, invitándome a su oficina. Con toda atención me solicitó que lo apoyara asesorándolo en la problemática agraria que enfrentaba el país, y muy en particular, con los problemas agrarios en el estado de Chiapas y que también asesorara al recién nombrado secretario de la Reforma Agraria Manuel Limón Rojas.

Al despedirme de él me tomó del brazo y me dijo: “Sé que fuiste el amigo de mayor afecto de Luis Donaldo y quiero ser tu amigo también”.

Acepté gustoso su solicitud y me instalé en sus oficinas alternas en las calles de Barcelona. En esas oficinas trabajaba un reducido grupo de personas, entre las que recuerdo a mi paisano y amigo Eduardo Cayetano García Puebla, que había sido secretario particular del gobernador Samuel Ocaña García, y yo me llevé a esa oficina a Luis Manuel Robles Naya.

Visité a Limón Rojas de parte del secretario Moctezuma; me recibió fríamente; en tres horas le expliqué a él y sus colaboradores de cómo operaba la secretaría. El secretario mostró poco interés y atención en mis explicaciones, y me despedí para nunca volver.

Una mañana me indican que me reportara con el secretario Moctezuma en su oficina alterna. Solo había calle de por medio de la mía y me recibió inmediatamente. Como siempre, atento y sonriente me informa:

—Acabo de recibir una llamada telefónica de tu gobernador Manlio Fabio Beltrones solicitándome mi autorización y claro, también tu opinión, para que te vayas a Sonora a presidir el Comité Directivo Estatal del PRI.

Me quedé de una pieza, nunca imaginé tal petición. Le contesté:

—¿Y que le respondiste?

—Le dije que no, que no lo autorizaba, que tu trabajo era muy importante para mí en esta secretaría, ¿fue correcta mi respuesta?

—Muy correcta, amigo secretario.

Transcurrió un tiempo, y mi amigo Moctezuma, vía telefónica me informa que le llamó de nuevo mi gobernador insistiendo en su petición. Lo interrogué cual fue su respuesta, “La misma de antes”, me contestó. “De acuerdo gracias, amigo secretario”, le respondí.

Una mañana que recuerdo con claridad, se requiere mi presencia en la oficina del secretario Moctezuma, y cual sería mi sorpresa al ver que mi gobernador Manlio Fabio Beltrones se encontraba en el despacho del secretario, quien sonriente me dice: “Mira Armando, qué grata sorpresa, el gobernador Beltrones ha venido personalmente a reiterarme respetuosamente su petición para que lo apoyes en la presidencia del Comité Directivo Estatal del partido. Le he hecho saber a nuestro mutuo amigo gobernador que esa decisión no me corresponde tomarla, que es el momento de que tu decidas”. No lo pensé ni un instante, le agradecí profundamente a mi amigo Esteban Moctezuma Barragán su afecto y apoyo solidario, expresándole que nunca podría negarme a una petición de mi gobernador del Estado y acepté su solicitud.

El motivo o la razón por la que en un principio no accedí a aquella atenta solicitud era, como lo señalé en renglones anteriores, que mi estado de ánimo no era el mejor en ese momento, me sentía muy agraviado. Además, consideraba que el gobernador Beltrones contaba con un nutrido grupo de amigos y colaboradores talentosos en su gabinete, con capacidades sobradas para ocupar ese digno cargo y que quizá mi nombramiento, no lo vieran con buenos ojos.

Me trasladé a Sonora y contrario a todo lo que pensaba, recibí de parte de mi amigo Manlio Fabio Beltrones, todo el apoyo y confianza, así como la de sus más cercanos colaboradores.

Tomé posesión del CDE del PRI en Sonora el 2 de marzo de 1995 y armé mi equipo de trabajo con amigos y colaboradores como Héctor Cádiz Vázquez, Carlos Gámez López, Enrique Ahumada Tarín, Luis Moreno Bustamante, Juan Ángel Castillo Tarazón, Elizabeth Estrada López, Juan Luis Duarte, Ignacio Blancarte, César Rubio García, Rubén Díaz Vega, Rubén Sierra Durazo, Gilberto Otero Valenzuela, Roberto Díaz Gallardo, Leonel Reyes Leyva, Ramiro Valdez Fontes, Filiberto Alfaro Cázares y Gloria Galindo.

En mi nueva responsabilidad partidista recorrí de nuevo toda la geografía sonorensis, organizando y en su caso reestructurando y fortaleciendo, nuestra estructura partidista. De entre tantas gratas experiencias que viví quisiera destacar una en particular.

El gobernador me solicitó que el partido sumara su esfuerzo al de las comunidades de San Ignacio Río Muerto y Villa Juárez, ésta última donde él tenía profundas raíces, ya que había fuertes corrientes de simpatía para erigirse como nuevos municipios en el Estado.

Después de realizar múltiples reuniones con distintos sectores de la población de esas comunidades, interactuamos con la representación de otros partidos políticos y logramos que el Congreso del Estado de Sonora decretara la creación de dos nuevos municipios en la entidad con el nombre de San Ignacio Río Muerto y Benito Juárez.

Así pues, continué atendiendo mis tareas como presidente de mi partido en el Estado, a la vez que atendía puntualmente mis responsabilidades y obligaciones como senador de la República.

Debo agradecer a mi amigo Manlio Fabio Beltrones Rivera, sin duda, uno de los políticos más experimentados, relacionados, maduros y reconocidos por su amplia trayectoria en el escenario político nacional, la oportunidad que me dio de dirigir a mi partido en el estado.

Desde que dejé la diputación federal me quedé con la inquietud de escribir un libro sobre las reformas que se le habían hecho a la Ley Agraria en 1992. Le propuse a mi hermano Rafael hacerlo. Empezamos a trabajar en ello a principio del año 1996 y lo terminamos un año después.

El libro se publicó con el título Ley Agraria comentada, bajo el sello de Editorial Porrúa de la Ciudad de México, con el prólogo del Dr. Sergio García Ramírez, investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, y se presentó en la sede de la Sociedad Sonorense de Historia en Hermosillo.

En estas condiciones nos cubrió el inexorable paso del tiempo y llegó el año de 1997, trayendo los tiempos políticos para la renovación institucional del ejecutivo del estado de Sonora y una vez más, el tiempo y las circunstancias del destino me tenían un nuevo reto en mi vida.

Capítulo IX

GOBERNADOR DEL ESTADO DE SONORA

Estábamos al final de 1996 y los ánimos por la sucesión de la gubernatura en Sonora estaban en todo su apogeo.

El Código Electoral del Estado había sido reformado en 1993 y 1996, creándose el Consejo Estatal Electoral de Sonora, integrado por una generación de personalidades ciudadanas que organizarían las elecciones de 1997, y dándole facultades al Congreso para nombrar a los magistrados del Tribunal Estatal Electoral, entre otras reformas.

Las elecciones se llevarían a cabo el del 6 de julio de 1997, y desde un año antes los nombres de los posibles candidatos a la gubernatura empezaron a aparecer entre la militancia en los ocho partidos políticos registrados en Sonora: Partido Acción Nacional, Partido Revolucionario Institucional, Partido de la Revolución Democrática, Partido del Trabajo, Partido Verde Ecologista de México, Partido Demócrata Mexicano, Partido Popular Socialista y Partido Cardenista.

Como presidente del CDE del PRI en Sonora, conducir el proceso de la candidatura no era una tarea fácil para mí. En el PRI, a diferencia de lo ocurrido antes de las elecciones de 1991, cuando encabezaban la lista dos precandidaturas fuertes, Manlio Fabio Beltrones Rivera y Luis Donald Colosio Murrieta, en 1996 el partido contaba con una lista de distinguidos, talentosos y experimentados políticos sonorenses con capacidades sobradas para aspirar a la candidatura, todos ellos con gran capacidad y experiencia, con una amplia trayectoria partidista y en el servicio público

Conforme fueron aproximándose los tiempos de registro, la lista de precandidatos empezó a superar las expectativas de los militantes.

En diciembre de 1996, se podía contar aproximadamente a doce precandidatos con trayectoria dentro del partido y la administración pública. Sin embargo, las novedades que presentó la XVII Asamblea Nacional del PRI, llevada a cabo los días 20, 21 y 22 de septiembre de ese mismo año, eran que, como requisitos para ser candidato a presidente, senador y gobernador, los estatutos exigían tener diez años de militancia, haber sido cuadro dirigente del partido y haber desempeñado anteriormente un puesto de elección popular, entre otros aspectos, lo que dejaba sin oportunidad a algunos aspirantes que empezaban a nombrarse con insistencia en los sectores del PRI.

De hecho, la lista de precandidatos empezó a circular mucho antes de esa asamblea y en ella se proponía a Héctor Guillermo Balderrama, funcionario público de prestigio y caracterizado por su honestidad; Alejandro Sobarzo Loaiza, integrante del CEN del PRI y anteriormente precandidato a la gubernatura; don Luis Colosio Fernández, padre de Luis Donald y secretario de Fomento Ganadero en el gobierno de Sonora; Bulmaro Pacheco Moreno, asesor presidencial; Eduardo Bours Castelo, dirigente empresarial; Ovidio Pereyra García, extesorero del estado

y exdiputado federal; Víctor Hugo Celaya Celaya, coordinador del Consejo Asesor para las Negociaciones Comerciales Internacionales y para la Desregulación Económica de la SECOFI; Daniel Trelles Iruretagoyena, diputado federal; Juan Manuel Verdugo Rosas, exdiputado federal y director de giras presidenciales; Daniel Acosta Cázares, ex funcionario del gobierno de Samuel Ocaña; Alfonso Molina Ruibal, diputado federal; Guillermo Hopkins Gámez, senador; y quien esto escribe.

Marginalmente se mencionaba también a Jorge Luis Ibarra Mendivil, rector de la Universidad de Sonora; Luis Alberto Cano Vélez, colaborador del gobernador Beltrones; Arsenio Duarte Murrieta, presidente municipal de Navojoa y a Rubén Díaz Vega, notario público.

El domingo 8 de septiembre de 1996, en primera plana de El Imparcial aparecieron las fotografías de los 14 aspirantes de los diferentes partidos a la gubernatura del Estado: Bulmaro Pacheco, Héctor Balderrama, Alfonso Molina, Eduardo Bours Castelo, Armando López Nogales, Guillermo Hopkins Gámez, Olegario Carrillo, Jesús Zambrano, Leopoldo Escudero, Ramón Corral, Adalberto Rosas López, Leonardo Yáñez, Emilio Cuéllar, Alejandro Sobarzo Loaiza. En los siguientes días El Imparcial realizó una serie de entrevistas con cada uno de ellos para dar a conocer a la opinión pública sus ideas.

Ovidio Pereyra García, presentó su renuncia, tanto a la precandidatura como al propio Partido Revolucionario Institucional, al inicio del año 1997 y don Luis Colosio Fernández en una declaración temprana también había hecho saber su declinación. Ovidio Pereyra argumentó que sus razones fundamentales para renunciar eran “la falta de democracia interna en el proceso, y la falta de vigilancia y de denuncia del PRI por la realización de actos incorrectos de gobierno o de la injerencia del gobernador Beltrones a pesar de sus declaraciones de ‘no meter las manos’ en el proceso interno”.

Las constantes presentaciones públicas de los precandidatos, que, sumadas a la efervescencia política provocada por las diferencias internas en partidos como Acción Nacional y de la Revolución Democrática, evidenciaban una contienda prematura con críticos momentos que dieron marco para que José Luis Leyson Castro, delegado del CEN del PRI, ordenara parar las precampañas priistas hasta esperar la convocatoria y así evitar indisciplinas dentro del partido. Eran momentos en que el ambiente electoral empezaba a reflejar una fuerte tensión en la búsqueda de la candidatura.

Iniciaba el mes de febrero de 1997 y la población de Sonora se preparaba para disfrutar de la Serie del Caribe que se celebraría del 4 al 9 de ese mes en el estadio Héctor Espino de Hermosillo, con Culiacán como equipo representativo de México. Al mismo tiempo el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Revolucionario Institucional se preparaba para dar a conocer esos días la convocatoria para elegir al candidato a gobernador de Sonora, misma que a clase política estatal esperaba que sucediera una vez que concluyera la justa deportiva.

Un caso muy comentado durante el proceso de selección del candidato en el PRI fue el relacionado con la importancia que se otorgó durante la asamblea nacional a los requisitos para ser candidato.

Al menos dos precandidatos importantes quedaron fuera a causa de dichos requerimientos: Eduardo Bours Castelo, quien se perfilaba como serio aspirante a la nominación, no cumplía con el requisito partidario de haber ostentado un cargo de elección popular o haber sido dirigente del partido, además de su evidente animadversión contra gobernador Beltrones a quien acusaba de haber manipulado la Asamblea Nacional del PRI donde se impusieron esos candados; el otro precandidato fue Héctor Guillermo Balderrama, que desde un principio estuvo en las preferencias de algunos sectores del partido.

Los demás se fueron descartando poco a poco, hasta dejar solo a tres: Bulmaro Pacheco Moreno, Guillermo Hopkins Gámez y el autor de estas memorias.

Un sector importante de la militancia priista apoyaba con mucha fuerza a Bulmaro Pacheco Moreno, a quien respaldaba su trayectoria como diputado federal, presidente del Comité Directivo Estatal del PRI, senador, ex cónsul, y su carta más fuerte, el de pertenecer al cuerpo de asesores de la presidencia de la República.

Guillermo Hopkins Gámez, con una larga carrera administrativa, política y partidista, en la que había sido director general de planeación de la Secretaría de Desarrollo Social y de la Secretaría de Programación y Presupuesto, coordinador de logística en las campañas presidenciales de Luis Donald Colosio Murrieta y Ernesto Zedillo Ponce de León en 1993 y 1994, coordinador de campaña de Luis Donald Colosio Murrieta y Manlio Fabio Beltrones Rivera al Senado de la República en 1988 y diputado federal.

Por mi parte, como precandidato y también dirigente del Comité Directivo Estatal del PRI, realizaba actividades proselitistas entre la militancia, lo que de cierta forma posicionaba mi aspiración a la candidatura.

Los comentarios públicos me empezaron a favorecer fuertemente como el precandidato más seguro para alcanzar la nominación a la gubernatura por el PRI, debido a dos razones fundamentales: la primera, a que en esas fechas trascendía públicamente de los roces y añejas diferencias que existían entre el gobernador Beltrones y Bulmaro Pacheco, que se profundizaron desde que este último intentó hacer política a su favor cuando fue cónsul de México en Phoenix, Arizona, lo cual le restaba posibilidades; y la otra, a que se decía y especulaba de que Guillermo Hopkins Gámez tenía un fuerte distanciamiento con el presidente Zedillo desde los tiempos de la campaña de Luis Donald Colosio, no obstante de que gozaba de la simpatía de la militancia y de los colosistas.

Por mi parte, no obstante que el gobernador Beltrones me había apoyado para ser presidente del Comité Directivo Estatal del PRI, no pertenecía a su círculo cercano, lo que era una desventaja local, y contradictoriamente una ventaja a nivel nacional, por el reconocido distanciamiento que había entre el gobernador y el presidente Zedillo, quien luchaba por quitarse de encima la figura de Colosio como

gobernante; en ese sentido, como amigo de Donaldo que yo había sido, desde su muerte me mantuve con prudencia alejado del ambiente de la tentación del lucro de su fallecimiento.

Recuerdo que, por esos días, mi amigo el periodista Alejandro Oláis Olivas publicó una foto que quedó para la posteridad; el cuadro de la última cena de Leonardo Da Vinci, donde el señor Jesucristo se encuentra reunido con sus apóstoles y en cada una de las cabezas de ellos colocó el rostro de los que en su momento éramos los “aspirantes” o “suspirantes” a la candidatura. El ingenio de Alejandro Oláis fue bien visto por la clase política y no trastocó para nada el proceso.

La tarde del domingo 2 de febrero, después de regresar un día antes de una gira por Ures acompañado del diputado federal Alfonso Molina Ruibal, recibí una llamada de Los Pinos en la que, en mi calidad de presidente del CDE del PRI en Sonora, se requería mi presencia para una audiencia con el presidente de la república Ernesto Zedillo Ponce de León.

El lunes me presenté puntual a mi cita en Los Pinos y en la secretaría particular saludé a mi gran amigo Alfredo Narváez Robles, quien trabajaba como el colaborador de más confianza de otro de mis grandes amigos, Liébano Sáenz, el secretario particular del presidente Zedillo.

El presidente me recibió en su oficina atento y jovial; yo diría que, hasta cierto punto amistoso, acompañado de Liébano Sáenz. Inmediatamente después de los saludos y abrazos de rigor, en un tono serio y formal, el presidente me dice: “Señor senador Armando López Nogales, me ha comunicado el Comité Ejecutivo Nacional de nuestro partido que ha tomado la decisión de que sea usted el abanderado, es decir, el candidato a la gubernatura por el estado de Sonora, misma que comparto totalmente, y como presidente de la República lo exhorto a que se conduzca con honestidad y probidad, y que entregue todo su esfuerzo, capacidad y energía, para estar a la altura de esa alta distinción y responsabilidad que le confiere nuestro instituto político” .

Recibí pues, como se conoce en el argot político de nuestra vida partidista y en el lenguaje del escritor Luis Spota, las “palabras mayores”. Al escucharlo, mis emociones amenazaban con desbordarse y recuerdo que solo atiné a responder: “Le agradezco profundamente sus palabras, señor presidente y empeño mi palabra y compromiso, de que no defraudaré la confianza que han depositado en mi persona, usted y mi partido”.

A continuación, el presidente me hace una clara y severa advertencia: “Te pido total discreción al respecto y en ninguna circunstancia el gobernador Beltrones debe enterarse de la determinación que ha tomado nuestro partido” —y muy serio me reitera— “Cuidado, porque si se entera, esta decisión puede cambiar”.

Me quedé atónito al escuchar aquella dura y severa advertencia, aunque hay que recordar que era “público y sabido por todos”, que la relación de mi gobernador con el presidente no era del todo buena, pero nunca imaginé que llegara a esos extremos.

Desobedeciendo la instrucción presidencial, en la primera oportunidad que tuve me comuniqué con mi amigo el gobernador Beltrones informándole de la decisión tomada por nuestro partido. Me escuchó tranquilo, con la madurez y ecuanimidad que lo caracteriza y me expresó: “Me da mucho gusto tu nominación, te felicito, yo te voy a apoyar para que hagas una gran y extraordinaria campaña electoral”.

De Los Pinos me fui a visitar al presidente del CDN del PRI Humberto Roque Villanueva, quien era mi amigo desde que fuimos compañeros diputados federales, para recibir sus instrucciones. Estando en sus oficinas le anunciaron que tenía la visita de Alfonso Molina Ruibal, coordinador de la Comisión Legislativa para el caso Colosio de la Cámara de Diputados, a la que Roque también pertenecía. Roque sabía muy bien que Alfonso y yo éramos grandes amigos y pide que lo pasen.

Fue un gran gusto reencontrarnos los tres amigos. Roque le informa a Alfonso que seré candidato a gobernador y le pide que me ayude. Nos despedimos de nuestro amigo Roque y al salir le pido a Alfonso que me acompañe en el viaje de regreso a Hermosillo; nos vamos al aeropuerto de Toluca donde nos esperaban Leonardo “la Güera” Rodríguez Alcaine, dirigente nacional de la CTM a quien siempre llamé con afecto hasta su muerte “mi padrino”, y Héctor Hugo Olivares Ventura, secretario de elecciones del CEN, ambos llevando la representación del Comité Ejecutivo Nacional del partido. Felices todos abordamos un avión y despegamos con destino a Hermosillo.

Mis amigos Rodríguez Alcaine y Olivares Ventura cumplieron sobradamente y con afecto las instrucciones del Comité Ejecutivo Nacional y cerca de la medianoche del 3 de febrero de 1997, sin mayores novedades que los candados que había impuesto la XVII Asamblea Nacional, se llevó a cabo mi nominación como candidato de unidad del PRI, al pronunciarse a mi favor el sector campesino que representaba Leonel Reyes Leyva, que fue avalado por los sectores popular y obrero que dirigían Filiberto Alfaro Cázares y David Álvarez Angulo, respectivamente.

El 15 de febrero siguiente, en un acto multitudinario realizado en el Centro de Usos Múltiples de Hermosillo, mi amigo Humberto Roque Villanueva, presidente del CEN del PRI, me tomó la protesta como candidato de nuestro partido a la gubernatura del estado de Sonora, ya que la legislación electoral de entonces establecía del 1 al 15 de marzo la etapa para el registro oficial de los candidatos a gobernador que postularan los diferentes partidos políticos.

Quedaban en el aire algunas hipótesis relacionadas con mi postulación, la más mencionada públicamente se refería a mi cercanía con el gobernador Manlio Fabio Beltrones Rivera.

Al reflexionar para estas memorias, me quedo con la hipótesis de que seguramente fue mi amigo Esteban Moctezuma Barragán quien influyó en el presidente Zedillo para mi postulación, pues era el hombre de su máxima confianza, ya que había sido el coordinador de su campaña electoral en 1994, su secretario de Gobernación en el inicio de su gobierno y, en ese momento, candidato

al Senado de la República. Puedo suponer también que fueron consultados algunos otros actores políticos del momento como mis amigos Humberto Roque Villanueva, entonces presidente del CEN del PRI; Liébano Sáenz, secretario particular del presidente Zedillo; Víctor Cervera Pacheco, gobernador del estado de Yucatán y Emilio Chuayffet Chemor, secretario de Gobernación, quienes seguramente opinaron a mi favor.

Estoy seguro de que antes de tomar la decisión, el presidente Zedillo analizó a todos los precandidatos y se decidió por el menos cercano al gobernador Beltrones, dado al gran distanciamiento entre ellos, y por supuesto, de lo que terminantemente estoy más seguro es que lo que más influyó fue la cercanía con mi querido amigo Luis Donaldo Colosio Murrieta, quien desde cualquier lugar donde estuviese siguió marcando mi destino político.

Me resulta justo y necesario incluir en estos apuntes, algunos comentarios y reflexiones muy personales acerca del proceso que se vivió al interior del partido en la selección del candidato a la gubernatura del estado.

Tradicionalmente en la entidad estos procesos se caracterizaron por ser sumamente complicados y en algunas ocasiones, por lo que lamentablemente generaron violencia y división en nuestra estructura partidista.

Sin embargo, este proceso preelectoral al interior del partido se dio con toda tranquilidad y pulcritud, por lo que no tengo la menor duda que se debió a la operación, talento, y experiencia en la conducción de éste del gobernador Manlio Fabio Beltrones Rivera.

El ambiente y panorama electoral en el estado se mostraba sumamente reñido y competido. Además del PRI, participaban en la contienda electoral otros siete partidos políticos con registro, quienes propusieron a los siguientes candidatos: Ernesto Salgado Bojórquez por el Partido Acción Nacional, Jesús Zambrano Grijalva por el Partido de la Revolución Democrática, Erasmo Fierro Palafox por el Partido del Trabajo, Gustavo López Vásquez por el Partido Demócrata Mexicano, Quinaro Meléndrez Montijo por el Partido Verde Ecologista de México, Candelario Núñez Zazueta por el Partido Popular Socialista y Ignacio Soto Blancarte por el Partido Cardenista.

En realidad, los candidatos a vencer por nosotros en ese proceso electoral eran sin duda los del Partido Acción Nacional y el Partido de la Revolución Democrática.

Las campañas electorales de los candidatos se presentaron en el marco de la legislación aprobada en 1993: la reducción de campañas largas y onerosas, para concretarse en contiendas más directas y menos dispendiosas.

El registro de candidatos concluyó el 15 de marzo, y a partir de ahí los candidatos contamos con cien días para realizar nuestras campañas.

Desde el arranque de campaña y durante toda la fase proselitista, Jesús Zambrano Grijalva sostuvo el lema “Sonora para todos”, sustentado en dos directrices: la de organizarse para la búsqueda del voto y creación de comités

municipales, así como la difusión de una propuesta de gobierno programática en un intento de acercamiento con los distintos sectores de la sociedad sonoreense.

Los trabajos de su equipo, así como sus recorridos y presentaciones públicas, lograron que gradualmente la sociedad sonoreense fuera prestando atención a las tareas y propuestas del candidato.

Las presentaciones públicas en colonias, la divulgación de un plan de gobierno el 24 de junio de 1997 en Hermosillo, y el acercamiento que tuvo con un sector importante de empresarios e intelectuales locales, diferenció a su campaña de la del anterior candidato en 1991, Ramón Danzós Palomino, quien, con un discurso de agresión a la “burguesía local”, no despertó entusiasmo.

Para algunos analistas, la ausencia de trabajo político de Zambrano en el estado generó suspicacias dentro de la misma militancia perredista, pero fue olvidándose al grado de que los comentarios versaban sobre una campaña propositiva, de construcción de un partido de “izquierda”.

El PRD tenía escasa presencia en el Estado, salvo en la región sur; además, su candidato no era el más adecuado electoralmente hablando. Sin embargo, nos percatamos de cómo el gobierno federal, en particular, la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol), cuyo titular era Carlos Rojas Gutiérrez, incrementó de manera escandalosa y grotesca los apoyos directos a ese partido a través de programas sociales, becas, créditos, infraestructura, equipos, etcétera. Esa situación no era nada nueva, yo lo sabía porque siendo presidente de mi partido en la entidad, en una reunión nacional de presidentes estatales, ante la presencia del presidente del CEN del PRI Santiago Oñate Laborde, al hacer uso de la palabra, presenté mi más enérgica y formal protesta por los apoyos que recibía ese partido de oposición en mi Estado. Aquellas fueron palabras al viento.

Con ese enorme caudal de recursos económicos que Sedesol le empezó a dar de la noche a la mañana, el PRD se transformó en un fuerte adversario político.

Si a lo anterior le sumamos que nuestra elección coincidió con la elección de gobernador en el Distrito Federal, cuyo candidato era Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, quien gozaba de amplias simpatías en la región sur del Estado gracias a la memoria que se guardaba de su señor padre Lázaro Cárdenas del Río. Su campaña contó con una intensa y profusa campaña nacional de medios. Todo esto, sin duda alguna influyó en el crecimiento de las simpatías por el partido del sol azteca en el estado.

Conforme transcurría su campaña, Zambrano fue ganando simpatías que finalmente se capitalizaron en una copiosa votación, en relación con la presencia histórica de este partido en el estado, pero insuficiente para ganar la gubernatura.

Por su parte en el PAN, desde el inicio de su campaña, Enrique Salgado Bojórquez dejó percibir la diferencia entre hacer una campaña con toda la militancia panista sonoreense, a hacerla con la mitad o menos de la mitad de los integrantes del partido. Sin embargo, su entusiasmo fue determinante, pues a pesar de las críticas que recibía de un sector importante de la opinión pública, que

señalaba una campaña ausente en la búsqueda del voto, nunca mostró desgano en sus actividades.

Gran parte de su plan de trabajo proselitista consistía en un discurso contra el entonces gobernador Beltrones, cuyos errores de gobierno señalaba cotidianamente. En alguna ocasión afirmó: “Los errores del sexenio de Beltrones son la mejor campaña para nosotros”, en franca alusión a lo que él consideraba que podía capitalizar de los trabajos del sexenio de Manlio Fabio.

Así, con el lema “Por el Sonora que todos queremos ver”, su propuesta se basó en varios ejes que prácticamente abordaron la problemática general de la entidad, más no en términos específicos; la falta de ofertas concretas fue causa de críticas, lo que, sumado al escaso carisma con que contaba, para muchos no generaba entusiasmo. Desconocido por gran parte de la población sonorenses, debido a la súbita manera en que apareció en la escena política, su campaña se perdió entre la poca propuesta y el recuerdo de haber sido impulsado desde el centro de la república. Por ello, completar los cien días de campaña fue significativo, a pesar de que el mismo discurso crítico al gobierno del Estado y la inconsistente oferta política, mostraban a un candidato y una campaña arrastrada por los conflictos internos del partido.

En cuanto a los partidos pequeños, éstos no mostraron alternativas y propuestas concretas, sus discursos se diluyeron con la apatía y la falta de atención de los sonorenses a sus campañas. El candidato del PT, Erasmo Fierro, se visualizaba con mayor entusiasmo y visión en la oferta política; empero, aparentemente no tenía el suficiente empuje para lograr avanzar y alcanzar la victoria.

Por nuestra parte, en el PRI iniciamos nuestra campaña electoral con el ánimo muy en alto, y para llevarla a cabo integramos a nuestro comité a un grupo de talentosos y distinguidos amigos: Alfonso Molina Ruibal coordinador general; Miguel Ángel Murillo Aispuro, coordinador de logística; Manuel Robles Linares, coordinador de comunicación social, apoyado por mis grandes amigos Ignacio Blancarte Barceló y Heriberto Lizárraga Zatarain; Carlos Valles Ayoub, coordinador de enlace con medios nacionales; Javier Gándara Magaña, coordinador de finanzas; Emilio Hoyos, coordinador de seguridad; Raúl González de la Vega, secretario particular; Cecilia Sánchez Luque, secretaria privada; Francisca Búsani y Maribel Serrano Williams, secretarias, así como dos valiosos jóvenes políticos, Antonio Astiazaran Gutiérrez y Epifanio Salido Pavlovich.

Víctor Galindo Sánchez era el coordinador técnico de la campaña, responsable de integrar los estudios políticos, sociales, socioeconómicos y de infraestructura, con los cuales se elaboraría la agenda de participación y consulta ciudadana, de donde saldría el diseño del Plan Estatal de Desarrollo. Con él se integraron Gustavo Molina Freaner, Luis Manuel Robles Naya, Víctor Colosio Murrieta, César Alfonso Lagarda Lagarda, Francisco Álvarez Velderráin, Carlos Gámez López, Marco Antonio Cubillas Estrada, Antonio García Pequeño y Manuel Ibarra Legarreta, además de cientos de profesionistas y técnicos por los que guardo un profundo agradecimiento y reconocimiento.

Por mi parte, me encontraba sumamente optimista y con el ánimo y la confianza muy en alto para iniciar mi campaña, ya que, según las encuestas y sondeos de opinión se señalaba que tenía niveles muy satisfactorios de conocimiento y aceptación, sin cargas negativas o de rechazo, que me daban una cómoda ventaja a mi favor.

Por otra parte, mi presencia en el Comité Directivo Estatal del PRI me había permitido tener contacto directo y permanente con la estructura partidista y sectorial en toda la geografía sonorensis, por lo que, el panorama electoral para mí se percibía promisorio.

Si a ello le sumamos que portaba en mis alforjas tres campañas electorales realizadas, unas a nivel distrito y región y otra a nivel estado, la de senador.

En consecuencia, el experimentado eficaz y capaz equipo de campaña y yo nos encontrábamos listos para presentar a la población sonorensis nuestra plataforma electoral, nuestros planes, proyectos en todos los órdenes, político, económico-social, deportivo, cultural, etcétera.

Quizá se pueda interpretar como un autoelogio y me disculpo por ello, pero mi imagen personal como candidato era bastante aceptable y ésta fue nuestra premisa, nuestro punto de partida. Decidí que el arranque de campaña fuera en Cananea, mi ciudad natal.

Si bien el candidato del PRD estaba creciendo y el del PAN se enfrentaba al problema de presentar una oferta importante para rescatar al partido de las lesiones sufridas por las divisiones internas, las opiniones sonorenses se perfilaban desde el principio a mi favor.

Con el lema “Armando juntos un mejor futuro”, se armó la estrategia para incorporar las propuestas ciudadanas.

Mi discurso de campaña, en general, se centró en la atención de los rubros fuertemente problemáticos en Sonora, como la seguridad pública, la agricultura y la ganadería, la infraestructura, la obra pública, el empleo, el deporte y la industria.

Sin embargo, con el paso de los días el escenario político-electoral se fue tornando denso, complicado y fuertes nubarrones de tormenta se empezaban a avizorar en el firmamento. Desafortunadamente así lo fue. Estos sucesos y circunstancias negativas complicaron en grado extremo nuestra campaña.

Teníamos una muy buena coordinación con el Comité Directivo Estatal del PRI, sin embargo, nuestro partido tenía sus propias tareas a realizar, una de ellas, fundamental e importantísima era organizar, vigilar y conducir, los procesos internos de selección de nuestros candidatos a presidentes municipales y diputados locales, y en muchos casos la membresía de mi partido quedó resentida de esos procesos de selección.

En nuestro caminar proselitista por los municipios del Estado nos encontramos con fuertes reclamos, quejas, impugnaciones y coraje de grupos de priistas inconformes con los resultados de los procesos de selección interna de nuestros candidatos, lo que representaba una grave y compleja situación.

Si bien esos grupos de priistas inconformes no señalaban responsabilidad alguna a su candidato a la gubernatura, sí lo hacían al partido. Aquella situación duplicaba nuestro esfuerzo, ya que debíamos atender personalmente a todos aquellos grupos de inconformes que solicitaba nuestra atención, como fue el caso de mi propia organización, la CNC, en Pueblo Yaqui, en el municipio de Cajeme.

En una de las giras por el sur del Estado llegamos a Pueblo Yaqui donde estaba programado un evento con una gran concentración de campesinos cenecistas, ya que lo presidía nuestra líder nacional mi amiga Beatriz Paredes Rangel. Antes de subir al templete observé a un numeroso grupo de líderes y amigos campesinos cenecistas que se encontraban apostados a espaldas del templete. Me acerqué con gusto a saludarlos y a boca de jarro me expresaron: “Ya que te desocupes de este acto queremos platicar contigo, no estamos de acuerdo con lo que está haciendo la liga con nosotros”. Más preocupado aún me dirigí a atender el evento programado que ocurrió sin contratiempos. Lo mismo me sucedió en mi recorrido por Quetchehueca, Las Águilas y otras comunidades.

Mis preocupaciones tenían sustento. Aquellas inconformidades se vieron reflejadas en las urnas el día de la votación.

Sin lugar a duda, los procesos de selección interna de nuestros candidatos fue el problema más grave que enfrentamos y que tuvo un alto costo político para nuestro partido. Además de eso, también se presentaron factores y circunstancias sumamente negativas que trastocaron y complicaron aún más nuestro escenario electoral y por ende nuestras campañas electorales.

Un ejemplo de lo anterior fue el caso de un joven cananense llamado Guillermo Padrés Elías, quien se había integrado al comité de financiamiento de mi campaña en mi ciudad natal, ya que aspiraba a ser candidato a diputado local y el PRI no le dio la oportunidad; resentido se fue de mi campaña, se inscribió en el PAN, fue candidato a diputado local por ese partido y logró derrotar en la elección a Fermín Espinoza del PRI. A partir de entonces Padrés labró su carrera política que lo llevó a una diputación federal, una senaduría y la gubernatura del Estado doce años después.

Otro factor que considero tuvo un impacto negativo en nuestra campaña, fue que nuestra elección fue la primera después de la crisis económica de 1994-1995, originada por el famoso “error de diciembre”, además de que se encontraba muy reciente el incremento al IVA del 10% al 15%, que fue capitalizado por el PAN y la oposición en su conjunto.

Por esas fechas aparecieron en el Estado carteles con las fotografías de mi amigo Guillermo Hopkins Gámez y un servidor, mismas que eran colocadas, sobre todo, en la parte posterior de los camiones urbanos con el título “traidores-delincuentes”, en referencia a que habíamos aprobado como legisladores dicho aumento, y los panistas, raudos y veloces, retomaron esa “estrategia mediática” con mucha intensidad.

Con estos problemas e inconvenientes, continuamos con nuestra intensa y extensa campaña de proselitismo político electoral.

Para finalizar la campaña, en algunos actos compartí el presidium con Bulmaro Pacheco Moreno, el otro precandidato fuerte a la gubernatura, que por esas fechas se encontraba en campaña para la diputación federal por el cuarto distrito contra quien había sido su profesor en la preparatoria Luis Meneses Murillo, candidato del PRD.

Cuando le comentaron a Meneses que siempre el alumno supera al maestro, serenamente respondió: “Todavía me falta darle la última lección a mi alumno”. Lo hizo. Le ganó la elección a Bulmaro.

En términos generales, las campañas transcurrieron tranquilas. Solo la súbita aparición de algunas mamparas con la imagen de Adalberto Rosas López alteró momentáneamente la tranquilidad. Sin embargo, no pasó a mayores. El equipo de Enrique Salgado culpó al gobierno del Estado, y éste a los seguidores de Rosas.

Al final de la campaña las encuestas me señalaban como vencedor. La de mayor prestigio de ellas, Covarrubias y Asociados, me daba 44% de las preferencias electorales, 25% al del PAN y 18% al del PRD. Los resultados después de la jornada no fueron muy distintos, pero en ese orden quedaron las preferencias.

Las elecciones se llevaron a cabo el día 6 de julio de 1997, y la jornada electoral transcurrió en orden, normalidad y sin incidentes graves que reportar.

Para llevar a cabo la elección, el Consejo Estatal Electoral (CEE) instaló 1 449 centros de votación y desplegó a 899 observadores electorales para vigilar la elección.

En 1997, la elección del mandatario estatal fue el asunto más importante durante las campañas, a diferencia de las elecciones de 1991, en las que las municipales superaron en importancia a las de gobernador, lo destacado de la jornada electoral nuestra, a pesar de que el abstencionismo volvió a hacerse presente, fue la tranquilidad con la que se desarrolló el proceso. Nadie imaginó los resultados que iban a traer consigo las elecciones municipales y distritales locales.

Lo que también se convirtió en realidad fue la ventaja en las preferencias que había mostrado mi candidatura sobre los del PAN y PRD.

Aunque se comentó de la existencia de un gran fraude a favor del candidato priista, la irregularidad más destacada que se presentó fue en la casilla 0534, donde el CEE reportó que votaron en total 322 ciudadanos por diputados locales, pero en la misma casilla hubo 1 272 votos por los candidatos a gobernador.

A pesar de ello, las elecciones de gobernador se llevaron a cabo con una jornada vestida de civismo, de mucho calor veraniego, de grupos de observadores haciendo recorridos por los centros de votación, de argumentos de fraude, de tensa vigilancia de los partidos políticos y, en general, de resultados electorales criticados, lo que llevó a los candidatos del PAN y PRD a no reconocer mi triunfo.

El resultado final de la votación representó una auténtica debacle para nuestros candidatos a presidentes municipales y diputados locales.

Debo de reconocer que los días previos a la elección me encontraba nervioso y preocupado. Según nuestras estimaciones y cálculos, anticipaba algunas posibles

derrotas municipales y distritales. Sin embargo, confieso que jamás imaginé la magnitud de los resultados tan adversos para mi partido.

Los resultados fueron los siguientes: Armando López Nogales 304 657 votos (41.3%), Enrique Salgado Bojórquez 238 566 votos (32.4%), Jesús Zambrano Grijalva 171 312 votos (23.2%), Erasmo Fierro Palafox 13 891 votos (1.9%), Quinaro Meléndez Montillo 3 348 votos (0.5%), Gustavo López Vázquez 2 580 votos (0.3%), Ignacio Soto Blancarte 1 953 votos (0.3%) y Candelario Núñez Zazueta 868 votos (0.1%).

El PRI ganó con su candidato a gobernador en los distritos locales II Puerto Peñasco, IV Nogales, VII Cananea, V Agua Prieta, VIII Arizpe, IX Moctezuma, XI Ures, X Sahuaripa, XV Guaymas y XIX Navojoa. Eran los distritos locales donde había sido diputado local y federal o había hecho un intenso trabajo como funcionario agrario, a excepción del distrito VI Magdalena. El PAN por su parte, ganó con su candidato a gobernador en los distritos I San Luis Río Colorado, III Altar, VI Magdalena, XII Hermosillo Noroeste, XIII Hermosillo Costa y XIV Hermosillo Noreste. El PRD ganó los distritos XVI Ciudad Obregón Norte, XVII Obregón Centro, XVIII Obregón Sur, XX Etchojoa y XXI Huatabampo.

Los porcentajes presentados en la elección de gobernador se reflejaron en la nueva composición de los ayuntamientos sonorenses. El PRI ganó en 45 municipios, pero perdió en todos los importantes, con excepción de Nogales, para gobernar al 16.5% de la población.

El PAN se alzó con el triunfo en 17 municipios para gobernar al 42.6% de la población. Con ello, consolidó su presencia en la zona centro y norte del Estado, con algo más en la región del río Sonora y la sierra baja. Dichos municipios, fueron: Baviácora (Ramón Enrique Cerón Briseño), Caborca (César Salgado Arrizón), Cananea (Francisco García Gámez), Carbó Claudio Valdez Varel), Cucurpe (Alejandro Pino Miranda), Cumpas (José Manuel Hoyos Medina), Hermosillo (Jorge Eduardo Valencia Juillerat), Moctezuma (Fernando Miranda Blanco), Naco Juan Encinas Ramírez), Nacozari (Gerardo Báez Robles), Pitiquito (Ricardo Armando Gutiérrez García), Puerto Peñasco (Guillermo Flores Díaz), San Luis Río Colorado (Florencio Díaz Armenta), Santa Ana (Luis Alfredo Bernal Aínza), Suaqui Grande (Francisco José Lucero Vázquez), Villa Hidalgo (Manuel Ramírez Durazo), e Ímuris (Eliodoro Rascón Amavizca).

La novedad, lo que no concuerda con las tendencias mencionadas, fue el notable incremento del PRD, que multiplicó por más de siete su porcentaje de votos.

El PRD logró el más alto registro de su historia, con nueve municipios a su favor para gobernar al 40.9% de la población. Su presencia se hizo patente particularmente en el sur de la entidad. Sus triunfos comprendieron nueve municipios: Bácum (Isaías Rivera Guillot), Cajeme (Carlos Javier Lamarque Cano), Empalme (Jesús Ávila Godoy), Etchojoa (Jesús Morales Valenzuela), Guaymas (Sara Valle Dessens), Navojoa (Rafael Carlos "Pilinqui" Quiroz Narváez, mi compañero en la universidad), Ures (Manuel Ignacio Espinosa González), Benito Juárez (Ramón Márquez Vera) y Huatabampo (Francisco García Cancino).

El PT también dio una sorpresa al ganar el municipio de Fronteras (Jesús Arturo Romero Trujillo), con el 1.9% de los votos a nivel estatal.

No había evidencias en la historia reciente del estado que permitiera prever un crecimiento de esa magnitud del perredismo. Seguramente influyó el contexto nacional; la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas en el Distrito Federal hizo crecer la votación por ese partido en todo el país, pero ni eso explica un incremento de esa magnitud en Sonora. La única explicación local seguramente fueron los apoyos de la Sedesol a los que me referí en párrafos anteriores.

El PRI ganó la elección, sin embargo, tuvo una caída de casi treinta puntos en el porcentaje de votos recibidos, con respecto a las dos elecciones de gobernador anteriores de 1985 y 1991. Correlativamente, el PAN tuvo su votación más alta en la historia de las elecciones para este cargo en el estado, pasando de 24 a 31 puntos. Pero fue todavía mayor el incremento del PRD; de menos del 3% en 1991 a más del 22% en 1997. A pesar de que quedó en tercer lugar, el PRD fue la sorpresa y el ganador relativo de la elección.

De un formato de partido hegemónico o predominante en 1991, Sonora pasó a tener, en 1997, un formato tripartidista. Ciertamente las distancias entre cada uno de los tres principales partidos fueron de casi diez puntos. En una situación competitiva se consideraría que el PRI “arrasó” con sus competidores al tener esta ventaja. Pero si miramos al pasado electoral de la entidad veremos un cambio notable: acelerada caída del PRI, continuación del crecimiento panista y muy notable crecimiento perredista.

Así, Sonora inauguró, o volvió a vivir en escala ampliada, la división de poderes entre el gobierno estatal y los principales gobiernos municipales, lo que ahora se llama gobiernos yuxtapuestos; el ejecutivo del estado en manos de un partido y los municipios gobernados por un partido distinto.

Con los resultados obtenidos, el PRI pasaba pues, de ser el partido hegemónico y dominante, a ser la primera fuerza política de la entidad, en una sociedad que se confirmaba con mayor pluralidad, madurez y que se había decidido por dar un nuevo rostro a la geografía política del estado.

El PRI seguía siendo indudablemente el partido más importante en la entidad, pero ya no era el partido hegemónico que había sido desde los años treinta.

Todos los partidos tuvimos que reconocer que el electorado sonorense había madurado políticamente y había empezado a ejercer su derecho al voto en forma diferenciada.

Mis estimados lectores, deseo compartir con ustedes una serie de comentarios y reflexiones en las que considero, se sustenta mi triunfo como candidato del PRI. Por supuesto, que estas mismas quedan sujetas a su consideración y a su buen y digno juicio.

Como candidato del PRI tenía mis propias cualidades. Según las encuestas tenía un muy aceptable grado de conocimiento y aceptación, sin carga negativa significativa y con arraigo, por lo que coseché el esfuerzo de tres campañas electorales, mi paso por la dirigencia estatal del PRI, así, como mi amplia

identificación y simpatía en el sector campesino (CNC). Esto último se reflejó sin duda en la abundante y abrumadora votación que recibí en la región del río Mayo. Pero sobre todo a mis propuestas de campaña.

En un segundo término, y no menos importante, es que la diferenciación del voto se dio y el resultado se determinó con la suma de los primeros y segundos lugares que obtuve como candidato del PRI. Esto dicho en términos más simples es que, donde ocupé el primer lugar en las casillas, me dio el margen diferencial necesario para compensar los segundos lugares que obtuve en otras y nunca en ninguna casilla fui tercero en la votación.

Un ejemplo muy aplicable al caso lo constituyó el municipio de Cananea, donde se perdió la elección para presidente municipal y la diputación local, en cambio como candidato a gobernador no perdí una sola casilla.

Otro elemento para considerar respecto a la victoria sería sin duda, la figura del candidato de Acción Nacional, Enrique Salgado Bojórquez, que no contaba con una probada capacidad y experiencia política. Sus niveles de conocimiento, identificación y arraigo eran casi nulos, sin embargo, contaba con simpatías en un sector empresarial de la capital, ya que había sido presidente del Consejo Coordinador Empresarial en el Norte del Estado.

En cuanto a la figura del candidato del PRD, mi amigo Jesús Zambrano Grijalva, a quien reconozco su capacidad, experiencia y una amplia carrera política, contaba con la carga negativa de su escaso su nivel de arraigo e identificación, ya que toda su trayectoria la había desarrollado en la Ciudad de México.

Indudablemente que deben de haber incluido múltiples y diversos factores en mi victoria como candidato del PRI a la gubernatura. Sin embargo, quizá el más importante y relevante que ni los candidatos, dirigentes y militantes de todas las organizaciones políticas que participábamos en esa contienda electoral nos percatamos en su momento, era el alto grado de madurez cívica que había alcanzado la sociedad sonorensis que nos brindó una lección ejemplar en ese ejercicio democrático, al emitir su voto de una manera diferenciada, lo cual fue un claro mensaje para todos los que participábamos en la política estatal.

Sin embargo, los partidos de oposición no acusaron recibo, es decir, hicieron caso omiso de ese mensaje. Por el contrario, a pesar de haber ganado en 27 importantes municipios y la mayoría del congreso, con una euforia desbordada intentaron establecer la sospecha de que había existido un fraude en la de gobernador, mismo que nunca existió.

Particularmente el Partido Acción Nacional, a través de su delegado y presidente en funciones del CDE, Manuel Espino Barrientos, declaraba a los medios que se habían impreso más de 30 000 boletas electorales adicionales sin folio y que el número de votantes en algunas casillas había rebasado a los contenidos en el listado electoral, anunciando incluso, que tenía el nombre de los impresores que hicieron este trabajo, lo que nunca pudo acreditar y posteriormente sería demandado por los impresores por difamación ante los juzgados y en los organismos electorales correspondientes.

Lo cierto y definitivo es que fue una jornada electoral normal, sin incidentes significativos y ese día cambió la geografía política de la entidad y nunca volvería a ser la misma.

El estado vivía su primera experiencia de gobierno dividido. El PRI perdió por primera vez en su historia la mayoría absoluta en el congreso local, sin embargo quedaba como la mayoría relativa con 14 diputados, 9 de mayoría (II Puerto Peñasco, IV Nogales, V Agua Prieta, VI Magdalena de Kino, VIII Arizpe, IX Moctezuma, XI Ures, X Sahuaripa y XV Guaymas) y 5 de representación proporcional, el PAN con 10 diputados, 6 de mayoría (I San Luis Río Colorado, VII Cananea, III Altar, XII, XIII y XIV Hermosillo Noroeste, Costa y Noreste) y 4 de representación proporcional, mientras que el PRD, tendría 9 diputados de los cuales 6 fueron de mayoría (XVI, XVII y XVIII Obregón Norte, Centro y Sur; XIX Navojoa, XX Etchojoa y XXI Huatabampo) y 3 de representación proporcional.

La LV Legislatura del Congreso del Estado de Sonora, cuyo período fue del 16 de septiembre de 1997 al 16 de septiembre del 2000, quedó integrada con los siguientes diputados:

Por el PRI: Óscar Federico Palacio Soto, Francisco Javier Mendivil Estrada, Sergio Lugo Mendivil, Miguel Francisco López Castro, Romeo Castro Durán, Francisco Javier Villaescusa Valencia, Ofelia González Miranda, Francisco Bojórquez Mungaray y Carlos Ernesto Zatarain González por mayoría relativa; Carlos Gámez Fimbres, (coordinador de la bancada), Filiberto Alfaro Cázares, Mario Robinson Bours Félix, Valentina Ruiz Lizárraga y Javier Villareal Gámez como plurinominales.

Por el PAN: José Inés Palafox Núñez, Julio Alfonso Martínez Romero, Guillermo Padrés Elías, Mario González Valenzuela, María del Carmen Romero Ibarra y Jorge Santos Flores por mayoría relativa; Víctor Manuel Vásquez Romero, Juan Edmundo López Durand, José Luis Gonzalo Barceló Moreno y Carlos Francisco Tapia Astiazarán como plurinominales.

Por el PRD: Francisco Hernández Espinoza, Jesús Ortiz Félix, Luis Alfonso Valenzuela Segura, José Guadalupe Curiel, Olegario Carrillo Meza y Juan de Dios Castro Pacheco por mayoría relativa; Juan Manuel Ávila Félix, Carlos Ernesto Navarro López y Martha Patricia Alonso Ramírez como plurinominales.

El Congreso tomaría posesión el 16 de septiembre, por lo que había que operar políticamente su instalación.

Desde que recibí la constancia de mayoría como gobernador, estaba consciente que requeriría de mucho trabajo político con los partidos de oposición y lo empecé a hacer desde ese momento. Así lo hice el día 3 de septiembre cuando me reuní en privado con el líder del PAN Espino Barrientos, quien al salir de la reunión declaró a la prensa que “había percibido en mí una intención y voluntad política muy abierta para que las relaciones políticas entre los partidos y el gobierno fueran de diálogo y cordiales”.

No obstante, la buena intención de mi parte manifestada a las dirigencias de los partidos, la oposición tenía que cumplir con su rol y pronto se empezó a evidenciar de parte de sus fracciones parlamentarias en el nuevo Congreso.

A nivel nacional la situación era la misma. En el nuevo Congreso de la Unión también se manifestó un escenario inédito nunca vivido. El PAN ejercía presión para modificar las condiciones de operación de la Cámara de Diputados formando un bloque opositor con otros grupos parlamentarios. Una situación similar se reflejaba en el Congreso de Sonora.

Influenciados por el Congreso federal, los grupos parlamentarios del PAN y el PRD del Congreso local, esgrimiendo que juntos conformaban la mayoría absoluta, presionaron a la fracción priista para obtener acuerdos, incluso por encima de las disposiciones legales, e instalar la legislatura en base a dichos acuerdos y limitar su presencia en los órganos internos de gobierno de dicho Congreso.

El día 10 de septiembre se tuvo el primer contacto formal con los diputados coordinadores parlamentarios aún electos, quienes, argumentando ser la mayoría absoluta, le entregaron a los del PRI un documento denominado “Acuerdo para el logro de la independencia, autonomía y gobierno democrático del Congreso de Estado en la LV Legislatura”.

Dicho documento era inaceptable para la fracción del PRI, por no estar acorde con la reglamentación interna del Congreso, y porque no reconocía la mayoría relativa de dicha fracción, ya que los otros se asumían como una fracción absoluta de facto, pero no de derecho.

El 11 de septiembre, la fracción priista les presentó un documento de contrapropuesta que aceptaba la necesidad de adecuar la normatividad interna del Congreso dentro del marco legal vigente, respetando el principio de equidad y representatividad de las fracciones, señalando la inviabilidad legal de los acuerdos parlamentarios para modificar la normatividad interna y la desigual relación que pretendían establecer panistas y perredistas.

Posteriormente se llevaron a cabo tres reuniones buscando afinar los puntos de ambas propuestas, pero la fracción del PRI se encontró con un bloque opositor inflexible y arrogante, evidenciando querer ganar tiempo para llegar al día de la instalación de la Cámara y dominarla con su mayoría.

El 15 de septiembre de 1997, en una nota firmada por Cornelio Montaña en el diario El Imparcial se leía: “Los legisladores electos panistas y perredistas, coinciden en que no será el PRI quien presida el Congreso al menos durante el primer mes, dadas las excesivas facultades que el reglamento para el funcionamiento y gobierno interior le dan al presidente en turno”.

Ese mismo día se integraron las dos comisiones que revisarían la documentación de los diputados electos, sin poderse discutir lo relativo a la presidencia de la próxima cámara, ya que los representantes del PRI y el PAN faltaron a la cita.

Finalmente se llegó el día 16 de septiembre, fecha para la instalación de la legislatura, en la que la comisión permanente de la legislatura anterior convocó a sesión, presentándose todos los diputados electos y procediéndose a la votación

para elegir a la mesa directiva de acuerdo con la legislación vigente, misma que fue aceptada por todos los partidos y se procedió a la votación directa y secreta de cada uno de los diputados entrantes.

El resultado fue que la fracción priista obtuvo la presidencia con 17 votos a favor, tres más de los 14 de sus diputados, y 16 en contra, lo que provocó una airada reacción de las fracciones panista y perredista. Así fue electo como diputado presidente del Congreso Carlos Gámez Fimbres.

Como consecuencia, el diputado Carlos Navarro solicitó, fuera del procedimiento legal, que se repitiera la votación ahora de manera nominal y pública, a fin de descubrir e identificar a los diputados que habían defeccionado de sus grupos parlamentarios, misma que fue rechazada por la comisión permanente por no ajustarse al reglamento, al advertir claramente que su intención solo era descubrir a los desleales, más que cuestionar el resultado de la votación.

La reacción de los perdedores fue inmediata, trasladándose todos a un local del congreso para redactar un manuscrito en el que desconocían a la mesa directiva electa, nombrando a Víctor Manuel Vásquez Romero como nuevo presidente y reconociendo a los demás en sus respectivos puestos.

En su manifiesto culpaban al gobernador Beltrones de perpetrar aquella intromisión indebida en el Congreso, misma que consideraban una afrenta a la misma y al pueblo de Sonora.

Las reacciones y acusaciones llegaron hasta mí, como la del diputado federal panista Héctor Larios, quien declaró a la prensa: “Qué bonita forma de empezar de López Nogales” y la del diputado federal Ramón Sosamontes Herreramoro, coordinador de la bancada perredista en San Lázaro que se encontraba presente en la polémica sesión, quien comentó que “lamentaba el doble discurso de Armando López Nogales y Manlio Fabio Beltrones, al ofrecer minutos antes a Cuauhtémoc Cárdenas, una relación de respeto con el Congreso, y por otro lado cometer aquello al momento de su instalación”. Expresó también que “tendría que replantearse la relación política del PRD en Sonora en su trato con Armando López Nogales y pensarían muy seriamente qué hacer el día de su toma de posesión.”

Lamentablemente, como sucede en muchas ocasiones, los medios y la opinión pública dieron como un hecho que la conformación en el Congreso del Estado era el resultado de una perversa operación política que permitió “comprar” a tres diputados.

Sin embargo, ésa es a mi juicio una opinión simplista y superficial, que demerita incluso, las virtudes personales de quienes eran legisladores y participaron en esa legislatura y que fueron y siguen siendo personas honorables e intachables en la vida pública sonorenses.

Sin duda, hubo también otros factores muy importantes que incidieron en aquel asunto de la votación misteriosa, y que creo que fueron deliberadamente excluidos en su análisis.

Les daré algunos ejemplos.

Es conveniente recordar que para nadie era un secreto en esos tiempos, que el PAN estaba viviendo momentos difíciles y defensorios en su vida interna institucional y se encontraban en franca reorganización de sus cuadros de dirigencia y militancia.

El PAN había realizado una purga interna bajo la férrea mano del delegado Espino Barrientos, que había dejado una estela de rencor, malestar y descontento, ya que prácticamente había arrasado, excluido y expulsado al panismo tradicional de sus filas partidistas. Una muestra tangible de este proceder fue la expulsión de Adalberto Rosas López, una figura emblemática del panismo sonoreense que buscó otras opciones electorales para seguir participando en la vida pública.

Además, debemos agregar a nuestro análisis que el PAN nombró en forma unánime a Carlos Tapia Astiazarán como coordinador de su fracción parlamentaria, de esta manera tuvieron que agregarse en torno a él, y a las directrices de la dirigencia estatal, reitero, férreamente conducida por Manuel Espino, todas sus decisiones parlamentarias.

La coordinación de Tapia Astiazarán fue con el tiempo severamente cuestionada, tan es así, que algunos diputados integrantes de su bancada desertaron y se declararon independientes, motivados más que nada por la actitud dictatorial e incluso, prepotente de éste, como se dijo en los corrillos políticos en su momento.

Como muestra de su actitud autoritaria les doy un botón de muestra: después de la votación de la elección de la mesa directiva, el diputado Tapia Astiazarán ordenó que sus diputados, invariablemente debían de votar en forma nominal y pública, contraviniendo así al reglamento interior de la cámara, que establece que el voto debía de emitirse en forma libre y secreta.

En cuanto al PRD, éste se encontraba sin duda en proceso de cicatrizar las heridas que sufrió como resultado del proceso interno de selección de su candidato, ya que, a todas luces, fue una imposición del centro y se desplazaron a figuras locales con más arraigo e identificación.

Si a lo anterior le sumamos el activismo de los grupos que estaban en su apogeo por la búsqueda de posiciones al interior del partido en vísperas de renovar su dirigencia estatal, se podrá apreciar la situación tan especial que estaba viviendo esa organización.

En el PRD la historia fue diferente respecto a su elección de representante o coordinador parlamentario; eran nueve diputados, seis de ellos votaron a favor de Olegario Carrillo Meza y tres lo desconocieron. El diputado Carlos Navarro otorgó su apoyo a Olegario Carrillo Meza, en una franca alianza para obtener a cambio su apoyo para presidir el CDE del PRD, pero dejaron fuera de la pelea con esta alianza a figuras como Juan Manuel Ávila, José Guadalupe Curiel y Juan de Dios Castro.

Además, era evidente que el PAN hacía valer la mayoría de los diputados que tenían dentro del bloque opositor y que el PRD, enfrascado en sus disputas internas, no tenía posibilidad de ponerse a la cabeza de dicho bloque y menos siendo individualmente la fuerza política más débil al interior de la cámara. Con seguridad, sería relegada en la repartición de las comisiones legislativas. Además,

el PAN había mostrado una dureza y cerrazón a todo acuerdo que conviniera a los intereses del PRD y del PRI.

Enfrentados a esa realidad, era natural que los diputados antepusieran sus intereses particulares a las directrices de sus partidos, que, pensando en una victoria política espectacular, perderían la oportunidad de negociar con un PRI acorralado, mejores posiciones al interior del congreso.

El nombramiento del presidente del Congreso ese mes era sumamente importante, ya que de acuerdo con la normatividad vigente era facultad del presidente proponer e integrar las comisiones legislativas, por lo que las fracciones tenían que concretar con quien fuera el presidente, la integración de dichas comisiones.

Puestos en esa disyuntiva los diputados tendrían que elegir entre definir las comisiones con un presidente panista autoritario y crecido por la “victoria política” o con un presidente priista obligado a negociar para obtener gobernabilidad en el congreso.

Ante aquella realidad, creo que los diputados antepusieron sus intereses particulares a los de sus dirigencias, por lo que pensaron que tendrían mayor oportunidad de obtener mejores posiciones al interior del partido, negociando con un PRI acorralado.

En mi particular opinión, considero que fueron estos argumentos los que incidieron en la voluntad de los tres legisladores que inclinaron su voto por el PRI, y no una tortuosa operación política instrumentada desde el poder ejecutivo, como se manejó en algunos medios.

Como gobernador electo fui sumamente respetuoso de la autonomía de la bancada priista. Sobre todo, de la autoridad moral que representaba cada uno de ellos. Les otorgué mi confianza en su capacidad para negociar y cabildear en forma directa todo lo concerniente a la vida interna del congreso, solo les hice una atenta sugerencia, que la única premisa para buscar la gobernabilidad era a través de consenso. La nueva realidad política así lo exigía. De no haberlo hecho así hubiéramos tenido una permanente confrontación e inamovilidad política perniciosas para la vida pública del estado.

En tal sentido, los compromisos que se contrajeron fueron políticos, no económicos, y esto se reflejó en la composición equitativa de las comisiones legislativas y en el hecho muy significativo, de que, a escasos dos meses de estar funcionando y pese a la actitud revanchista de los diputados de oposición, la legislatura promulgó la primera Ley Orgánica del Congreso aprobada por unanimidad, que modificó el obsoleto esquema de gobierno que operaba hasta entonces.

La utilidad práctica de esa definición política se manifestó claramente en el resto del periodo que correspondió a esa legislatura y a la siguiente que coordinó mi amigo Jesús Enríquez Burgos, ya que en ambas legislaturas los presupuestos de egresos y las leyes de ingresos fueron aprobados siempre por unanimidad. Así mismo, en aquella pluralidad política recién inaugurada, se aprobaron leyes y

acuerdos de todo tipo. Mi afecto, respeto y admiración, por siempre a mis amigos diputados y diputadas priistas.

Gracias al talento y enorme capacidad de diálogo y concertación de mis amigos diputados, superamos la primera confrontación de fuerzas políticas que se dio en el seno del Congreso del Estado. La tarea por seguir era garantizar que la “toma de posesión”, fuera en forma ordenada y pacífica, para mandar un claro mensaje a la comunidad sonoreNSE, de estabilidad política, en el marco del respeto a la pluralidad y en congruencia con los propios resultados electorales, que como ya se dijo eran el signo de los nuevos tiempos, y el inicio de nuevas formas de hacer política en la entidad.

La transición de gobierno en el mes de octubre fue sumamente ordenada y ejemplar. Por vez primera se realizó un acto público solemne en donde se hizo entrega de los libros blancos y la información a detalle de los asuntos que cada dependencia tenía en marcha. Así concluía oficialmente la administración de Manlio Fabio Beltrones Rivera e iniciaba la de Armando López Nogales.

La tarea de llevar a cabo la integración del gabinete de gobierno representaba un enorme reto y una gran responsabilidad. Los perfiles por analizar de los posibles candidatos (as), tenían necesariamente que responder a la nueva realidad política que vivía nuestro estado. Por ello, se diseñaron tres líneas rectoras fundamentales para la integración del gabinete: equilibrio regional, honestidad y eficiencia, por encima de otros factores, como la amistad y cercanía con el gobernador o compromisos políticos. El gabinete definitivo se dio a conocer un día antes de la toma de posesión, quedando de la siguiente manera:

Secretaría General de Gobierno: Lic. Miguel Ángel Murillo Aispuro, un hábil, carismático y experimentado político obregonense criado en el barrio “La Ladrillera” de esa ciudad, con una imagen conciliadora y concertadora que lo alejaba de las controversias. Exdiputado local y federal.

Secretaría Particular: Lic. Antonio Astiazarán Gutiérrez, joven abogado y político en ciernes guaymense.

Director de eventos especiales: Adalberto Villaescusa Sánchez, un magdalenense a quien conocía desde la época de Luis Donaldo como candidato a diputado federal.

Coordinación de Asesores: Lic. Alfonso Molina Ruibal, hermosillense a quien propios y extraños lo ubicaban como secretario de gobierno y no estaban equivocados del todo, pero Alfonso declinó ese ofrecimiento.

Secretaría de Planeación y Desarrollo: Lic. Javier Antonio García Pequeño, hermosillense a quien conocí en el estado de Sinaloa. Contaba con experiencia adquirida en la Secretaría de Programación y Presupuesto del Gobierno Federal.

Secretaría de Infraestructura Urbana y Ecología: Arq. Manuel Ibarra Legarreta, guaymense, hombre serio, honesto, con trayectoria profesional y partidista.

Secretaría de Finanzas: Lic. Francisco Álvarez Velderráin, guaymense, una figura fresca, con experiencia en organismos financieros del estado y la banca privada.

Secretaría de Educación y Cultura: Dr. Víctor Galindo Sánchez, un experimentado profesional y político hermosillense con formación cultural. Su arribo al puesto se derivó de una negociación con el SNTE, necesaria para mantener una relación armónica y de trabajo.

Secretaría de Fomento al Turismo: Lic. Fernando Gándara Magaña, un hermosillense cuya propuesta fue avalada por el sector organizado de turismo estatal.

Secretaría de Fomento Agrícola: Ing. Juan María Escamilla Devore, obregonense, su propuesta fue presentada por todos los organismos de productores del sur del Estado, y avalada por la representación de todos los partidos políticos de esa misma región y a quien no tenía el gusto de conocerlo.

Secretaría de Fomento Ganadero: Ing. Leocadio Aguayo Aguilar, ingeniero agrónomo, maestro de la Unison, expresidente de la Unión Ganadera Regional de Sonora (UGRS), quien siempre ha mantenido una muy buena imagen, originario de Sahuaripa, Sonora. No puedo pasar por alto que en su momento, algunos amigos del sector ganadero me preguntaron que si no había pensado en el Ing. Sergio Torres Serrano para ocupar esa posición y yo les respondí que por supuesto que sí, que sin duda era una opción, más nunca llegué a ofrecérsela, ya que en los procesos de análisis y auscultación en el sector me informaron que la relación de mi amigo “el Peque”, no era del todo buena con el presidente en funciones de la UGRS, Agustín Hurtado Aguayo, con quien seguramente se presentarían problemas de coordinación, así es que pospuse mi ofrecimiento para más adelante, pero por múltiples razones ésta ya no se presentó.

Secretaría de Salud: Dr. Manuel Robles Linares, médico hermosillense honesto, con una excelente imagen en el sector salud que gozaba de una amplia y probada experiencia y capacidad política y profesional.

Secretaría de la Contraloría: Lic. Óscar López Vucovich, abogado, nativo de Villa de Seris en Hermosillo, honesto, serio y con un perfil profesional altamente reconocido. Una espléndida figura fresca en la política.

Secretaría de Desarrollo Económico: Gustavo Montalvo Pompa, un empresario nogalense, formal y honesto, con una excelente imagen, su presencia representaba un mensaje para esa región de que el desarrollo económico no sería focalizado solo en el centro o en el sur del Estado.

Procuraduría General de Justicia: Lic. Miguel Ángel Cortés Ibarra, abogado hermosillense de reputación intachable, respetado en el gremio judicial, reunía las características de rectitud, firmeza, humanismo y capacidad.

Isssteson: Profr. Luis Moreno Bustamante, honesto, formal, serio, con una amplia carrera magisterial y partidista. Por sus antecedentes, Luis tenía asegurado un puesto en el sector educativo, sin embargo, su militancia en el SNTE definió su cambio, para bien del Instituto.

Telex: Ignacio Blancarte Barceló, mi amigo “Nacho”, comunicador y foguero periodista hermosillense de mis confianzas. Me había acompañado en mi paso por el CDE del PRI y toda la campaña.

Radio Sonora: Ricardo Acedo Samaniego, dirigente del STIRT en el estado, originario de Cananea, con una larga trayectoria de militancia partidista y en su gremio. Su designación fue un reconocimiento a su capacidad y trayectoria.

DIF Sonora: Lic. Raúl González de la Vega, originario de Navojoa, joven abogado de mis confianzas, me apoyó como secretario particular en el CDE del PRI y en la campaña. Respaldó con honestidad y eficiencia el trabajo de mi esposa Laura Alicia en esa dependencia.

Dirección General de Bienes y Concesiones: Lic. Carlos Gámez López, navojoense con experiencia y gran capacidad de trabajo, carismático y muy cercano a mis afectos y confianza.

Instituto Sonorense de Cultura: Lic. Juan Antonio Ruibal Corella, prestigiado historiador, escritor, abogado y notario hermosillense, mi maestro en la Escuela de Derecho reconocido por sus capacidades profesionales e intelectuales, expresidente de la Sociedad Sonorense de Historia.

Dirección de Trabajo, Horacio Valenzuela Ibarra; Dirección de Comunicación Social, Heriberto Lizarraga Zatarain; Comisión del Deporte, Miguel Nichols Flores; Secretaría Técnica, Luis Manuel Robles Naya; Dirección de la Coapaes, Daniel Trelles Iruretagoyena; Dirección de la Junta de Caminos, Iván García Gómez; Dirección del Cecop, Héctor Guillermo Balderrama y en la Secretaría Privada, Cecilia Sánchez Luque.

Con estos nombres como cuadro básico, se inició nuestra administración de gobierno. Después se sumaron a ellos mujeres y hombres valiosos en toda la estructura administrativa.

Tomamos posesión del poder ejecutivo del estado el 13 de septiembre de 1997 ante el Congreso del Estado, tal y como lo establece el capítulo III de la Constitución Política del Estado Libre y Soberano de Sonora, con el título de “GOBERNADOR DEL ESTADO DE SONORA”, para el ejercicio de gobierno 1997-2003, y nos instalamos en la esquina de Comonfort y Dr. Paliza, donde se encuentra el Palacio de Gobierno y desde esa esquina, con el espíritu muy en alto, nos preparamos con toda nuestra alma y corazón para enfrentar los retos que nos deparaba el porvenir.

Capítulo X

EJERCICIO DE GOBIERNO

El primer día de mi gobierno reuní a todos mis colaboradores en la sala de juntas y les dije con toda claridad: “Iniciamos una administración en condiciones inéditas en la historia de nuestro estado, en las que el libro donde aprendimos a hacer política ya no existe, ya no opera, ya está desfasado a las condiciones actuales, al llegar a sus oficinas después de esta reunión, cuelguen en un perchero sus atributos varoniles porque no los van a ocupar, lo que van a requerir será mucho talento, tranquilidad, paciencia y capacidad de conciliación, ya que yo haré lo mismo cuando ustedes salgan de aquí”.

Mi primer acto público como gobernador fue el 23 de octubre de 1997 en la ceremonia del Día del Médico organizada por la Federación Médica de Sonora y en el evento entregué reconocimientos a los médicos sonorenses, entre ellos al doctor Lucio Mayoral Hernández por sus tantos años de servicio profesional, al mismo tiempo era mi reconocimiento personal hacia él por haber traído al mundo a mis tres hijos. Duró muchos años más ejerciendo como médico después de que nació mi hija Laurita, cuando lo catalogué como un médico viejo y él me dio aquella lección profesional que ya les conté en páginas anteriores.

Para cumplir con la ley de planeación y enfrentar los compromisos ordenadamente, nos avocamos a elaborar el Plan Estatal de Desarrollo cuyos ejes rectores fueron: democracia (causa común), alianza para la seguridad y crecimiento económico para el empleo y desarrollo social. Así, bajo el lema “Gobierno con todos”, iniciamos nuestras acciones buscando ejercer un gobierno sin colores de partidos, sin buscar ventajas partidistas.

Desde la campaña electoral y en la etapa de transición, identificamos cuáles eran nuestros retos derivados de la problemática social, económica y política de la entidad, así como de la situación económica y financiera en que se encontraba el gobierno del estado. De esa manera teníamos muy claro, cuáles y de qué tamaño, eran los desafíos que enfrentábamos.

Siendo gobernador electo viajé a Monterrey, Nuevo León a una cita con el prestigiado empresario Alfonso Romo Garza, propietario de Vector Casa de Bolsa, la compañía de gestión de fondos más grande de América Latina y de Pulsar International, la compañía matriz que, entre otras entidades, incluía una compañía de seguros y corretaje de valores, biotecnología y la producción de semillas, en busca de contactos y apoyo empresarial para Sonora. Me pareció un hombre serio y en ese momento tal vez era el empresario más reconocido en aquel estado.

Los resultados de las elecciones nos dejaron muy en claro que gobernar no sería una tarea nada fácil para nuestra administración.

En política hay una regla no escrita que dice que, en su primer año de gobierno, todo gobernante goza de una “luna de miel” con los gobernados, ya que éstos recién le han dado su voto de confianza en las urnas y no le exigirán tanto, es decir,

que le darán tiempo para que tome su paso y las decisiones pertinentes, con la confianza de que serán las mejores para el territorio que gobierna. En nuestro caso, es decir en nuestra administración, no fue así.

En materia política, el estado mostraba la mayor pluralidad de su historia. Los ayuntamientos más importantes se encontraban en manos de partidos de oposición, y por primera vez en su historia, el PRI no contaba con la mayoría absoluta el Congreso del Estado.

Recordemos que aún no habíamos tomado posesión y ya se culpaba al gobernador electo de una operación fraudulenta en la elección de la mesa directiva del Congreso. Las dirigencias de los partidos políticos opositores se habían “hermanado” e hicieron un frente común de complicidades y se tornaron más exigentes y combativos. Esa fue una prueba evidente de que, en materia política, no habría para nosotros una “luna de miel.”

En cuanto al desarrollo económico del estado, las cosas no pintaban mejor. Una atroz sequía permanente y sin precedentes tenía a las presas de la entidad en los niveles más bajos registrados en toda su historia, lo que cancelaba la superficie de siembra para segundos cultivos y se racionaba el agua para consumo humano en la ciudad de Hermosillo.

En cuanto al sector pecuario, los ganaderos arrastraban enormes pérdidas de ganado por la falta de alimento natural y forrajes para sus animales. Inclusive, se agudizaba la falta de agua en sus pozos de abrevadero.

Había que agregar el recién incremento del costo de las tarifas eléctricas que impactaban de forma negativa en la economía de las familias, además de limitar la expansión del sector industrial.

El crédito se encontraba sumamente restringido y la mayoría de los productores y empresarios del estado habían perdido su capacidad para ser “sujetos de crédito”, ya que estaban en cartera vencida como resultado de los efectos de la crisis de 1995.

Los sectores productivos registraban crecimientos marginales, particularmente en el sector terciario relativo a los servicios, mientras que los tradicionales, como el agropecuario e industrial, apenas sobrevivían, en particular la minería y la pesca.

En materia económica se encontraba uno de los más grandes retos. Los niveles de crecimiento del producto interno bruto del estado se habían reducido en los últimos años a nivel de cero, debido en mucho a la crisis económica del año 1995, y las fuerzas productivas de Sonora no la habían podido superar.

La industria minera se encontraba en recesión por los bajos precios de los minerales, en particular el cobre y no se habían abierto nuevas explotaciones, ni ampliado la exploración.

La industria de la transformación tampoco mostraba señales de crecimiento y no se contaba con una estrategia específica para participar con mayor dinamismo en la atracción de maquiladoras. La concentración de estas actividades en el centro y norte de la entidad ocasionaba un alto índice de migración desde los municipios

serranos y la región del río Sonora, lo que ocasionaba el reporte de tasas negativas de crecimiento en el 40% de ellos.

La inversión del sector privado estaba paralizada y la banca no participaba en el financiamiento de las actividades productivas, lo que se reflejaba en un limitado capital circulante que permitió que la economía del estado subsistiera básicamente por su autonomía y la capacidad que tienen los productores sonorenses de adecuarse a los tiempos difíciles, sosteniéndose solo con sus recursos y su enorme capacidad de trabajo.

En lo financiero, heredábamos una deuda de \$3,672 millones de pesos, de los cuales \$1,971 millones era deuda directa del Gobierno del Estado, \$875 millones de los organismos descentralizados y \$827 millones de los municipios del Estado, misma que había sido reestructurada o calificada apenas el 14 de agosto de 1997, unas semanas antes de la toma de posesión, lo que dejaba a mi gobierno con muy poca disponibilidad de recursos para inversión. Por ejemplo, en el primer año de gobierno se programaron \$265 millones de pesos, solo para el servicio de la deuda, es decir, al pago de intereses, sin abonos al principal.

A esto sumémosle que el gasto corriente representaba para ese tiempo el 82% del gasto programable, por lo que no había mucha tela de dónde cortar.

En el sector social, la situación era aún mucho más complicada. Los deudores de la banca, agobiados por la falta de respuesta de las instituciones bancarias, se habían agrupado en la organización social campesina nacida en octubre de 1994 conocida como “el Barzón”, que bajo el lema: “Debo no niego, pago lo justo”, defendía el patrimonio de las familias rescatando las unidades de producción y se oponía por medios extralegales al cobro de sus deudas con los bancos. Así ejercía una fuerte presión cotidiana, en ocasiones con tintes violentos con marchas y tomas de oficinas del gobierno del estado, al que le exigían una pronta solución a sus problemas.

Nosotros teníamos una relación directa y permanente con los deudores de los diversos bancos y buscábamos atemperar los ya muy caldeados ánimos, incluso violenta, entre ambos grupos, para lo cual creamos una oficina especial a cargo del erario estatal integrada por experimentados financieros encabezados por Luis Fernando Morfín Avilés, con el propósito de elaborar “trajes a la medida” técnica y profesionalmente para la solución de cada uno de los deudores. Tuvimos éxito en los casos de todos los bancos a excepción de Banamex que nunca cedió en su actitud intransigente.

Buscando una solución con su banco, invité a Roberto Hernández Ramírez, entonces director general de Banamex, a una reunión en Casa de Gobierno, con la intención de tratar el asunto, a la que llegó acompañado de los altos ejecutivos del banco y yo de mis funcionarios del área financiera. La reunión fue ríspida y tensa. Hernández me reclamó diciendo que mi gobierno apoyaba “a los irresponsables deudores”, a lo que respondí con firmeza que la situación se había tornado crítica debido a la cerrazón, negligencia y actitud despótica y deshumanizada de sus funcionarios. Que el problema era entre el banco y los deudores, que nosotros

éramos solo unos conciliadores entre ellos. No pudimos llegar a un acuerdo con ese banco.

Eventualmente, todos los asuntos con los bancos se fueron resolviendo uno a uno.

La sociedad sonorenses no estaba dispuesta a esperar, mucho menos a conceder tiempo para una “luna de miel”, estábamos obligados a presentar soluciones definitivas con resultados inmediatos y no solo acciones para salir del paso.

En los hechos, aquel negro panorama obligaba a la identificación muy puntual de los problemas y conflictos que se podían presentar en cada una de las ramas neurálgicas del estado, y por supuesto, a buscar las soluciones más adecuadas en el corto plazo.

A riesgo de parecer redundante, considero prudente y necesario resumir las serias limitaciones y retos que enfrentábamos en materia económica; una deuda pública alta ubicada en los tres primeros lugares a nivel nacional, lo que implicaba canalizar importantes cantidades a la amortización de la misma, con el consecuente sacrificio del gasto de inversión; un elevado gasto corriente que representaba más del ochenta por ciento del gasto del estado; la grave recesión de la economía mexicana y del propio estado que limitaban la inversión privada; y lo peor, la disminución de los ingresos que por concepto de participaciones recibía la entidad de parte de la federación.

Nos encontrábamos entonces con un gobierno del estado y una economía estatal, que, si fuera comparable con una economía familiar, diríamos que se tendría que vivir al día.

Por ello, no eran del todo gratuitas las opiniones que auguraban que Sonora no tendría crecimiento económico, porque los números no daban para ello.

Había sonorenses, por fortuna los menos, que apostaban al fracaso de la administración entrante pretendiendo capitalizar políticamente a su favor, aquella situación tan adversa. Afortunadamente fueron muchos más los sonorenses que le apostaron y se la jugaron con la nueva administración de gobierno.

Aquella crítica situación económica, administrativa y social, aunada a la inédita complejidad política, presentaban un panorama ominoso para nuestra administración. Algunos vaticinaron que el estado se desmoronaría de las manos del nuevo gobierno, ya que éste no tendría la capacidad para levantar la deteriorada economía estatal y atender las nuevas realidades políticas. Un paisano en la Ciudad de México me dijo: “El estado se les va a ir como el agua entre los dedos”. De ese tamaño era el reto, pero también, de ese tamaño era la oportunidad.

Desde el principio identificamos las prioridades. La población demandaba en primer lugar mayor seguridad pública, debido al incremento de los delitos patrimoniales como el robo, robo con violencia, robo de automóviles, fraudes, secuestros, abigeato, etcétera.

En segundo término, estaba la preocupación por la generación de empleos. La recesión impactaba en el bolsillo familiar y las familias sonorenses exigían al nuevo gobierno acciones precisas, concretas e inmediatas.

La tercera prioridad era el problema de la escasez de agua potable, particularmente en la ciudad de Hermosillo, pero existente en toda la geografía estatal.

En atención a lo expuesto, me parece conveniente hacer un breve resumen de las acciones que se realizaron durante los seis años de gobierno para enfrentar la problemática económica y social de la entidad.

Agua potable para Hermosillo

En esos difíciles tiempos en que nos agobiaba una prolongada y persistente sequía, que puso en crisis a ciudades tan importantes como Hermosillo y Álamos, nuestros trabajos fueron apoyados con inversiones sin precedentes para resolver las emergencias y garantizar el abasto regular del líquido.

Desde los días de mi campaña en 1997, cuando la presa Abelardo L. Rodríguez se encontraba totalmente seca, mi equipo de campaña me advirtió que el primer problema que había de enfrentar al inicio de mi gobierno sería el asegurar el abasto de agua para Hermosillo.

A dos meses de iniciado mi gobierno, me informaron que el abasto de agua potable de Hermosillo provenía de una serie de pozos localizados aguas arriba de la presa Abelardo L. Rodríguez, ya que ésta tenía varios años prácticamente seca, producto de la sequía iniciada desde el inicio de los años noventa, por lo que el problema estaba entrando en una crisis aguda.

Convoqué de inmediato a una reunión en mi oficina a Miguel Ángel Jurado representante de la Comisión Nacional del Agua (Conagua) en Sonora y al presidente municipal de Hermosillo Jorge Valencia Juillerat, y acordamos que el gobierno federal invertiría en la perforación de pozos en las inmediaciones de la presa El Molinito y conducir el agua hasta la ciudad a través de un acueducto, para resolver temporalmente el grave problema que se avecinaba.

La Conagua autorizó un programa de obras emergentes para resolver el problema temporalmente por un monto de \$300 millones de pesos, mismos que se ejercieron y al inicio del año 1998 el presidente Zedillo, al pie de la cortina de la presa Rodríguez, entregó las obras y al mismo tiempo anunció que su gobierno ofrecería el dinero suficiente para resolver de manera definitiva el problema del abasto de agua potable de la ciudad.

En abril del 2002, la Conagua determina que en las cuencas de los ríos Zanjón, San Miguel y Sonora, no hay agua subterránea suficiente para abastecer a Hermosillo, además de estar consideradas dentro del decreto que las ubica dentro de los acuíferos sobreexplotados en México, incluido también el acuífero de la Costa de Hermosillo.

Al mismo tiempo, la dependencia federal financió un estudio elaborado por el departamento de Geología de la Universidad de Sonora, en el que se concluye que el acuífero de la Costa de Hermosillo se encuentra abatido, por lo que se descartaba definitivamente la posibilidad de abastecer a Hermosillo con ese acuífero.

Con la información anterior, instruí al ingeniero César Alfonso Lagarda Lagarda, director de la Comisión Estatal del Agua y jefe del equipo técnico de mi gobierno, buscar todas las alternativas posibles para resolver de forma definitiva el problema y presentarlas ante la Conagua para que ésta aprobara la que fuera técnica, económica y socialmente la mejor.

Una vez realizado un análisis detallado, los técnicos establecieron que había varias alternativas posibles como la perforación de pozos en los acuíferos Costa de Hermosillo, Pesqueira-Zanjón, Mesa del Seri, Sur de Hermosillo y Willard; la construcción de acueductos desde las presas El Molinito y El Novillo; la combinación de una planta desalinizadora y pozos en el acuífero Costa de Hermosillo; el reúso de aguas tratadas y la desalinización de agua de mar.

Definitivamente las alternativas de explotar los acuíferos alrededor de la ciudad, solas o combinadas, eran inviables por su sobreexplotación y limitada dependencia de la recarga por las lluvias, y la construcción de un acueducto desde El Novillo tenía una fuerte dosis de conflicto social, algo que ya había sido advertido por el gobierno del estado en 1993, lo que también lo hacía inviable en ese momento.

La única alternativa técnicamente posible y segura, es decir, para siempre, era la desalinización de aguas costeras y/o agua de mar en el litoral del golfo de California perforando pozos costeros para extraer agua salobre y su potabilización a través del sistema de ósmosis inversa, por lo que ordené la realización de los estudios técnicos, financieros y sociales respectivos, mismos que fueron realizados por empresas recomendadas por la Secretaría de Hacienda federal.

Al mismo tiempo, acompañado por los técnicos de mi gobierno y agricultores de todo el estado, que conformábamos un grupo de 33 personas, recorrimos algunos países donde operaban eficientemente plantas desalinizadoras, tales como Almería en la España continental y en las Islas Canarias en la insular, donde el cien por ciento del agua potable es desalinizada; Casa Blanca y Rabat en Marruecos; Miami, Cooperland y Tampa Bay en Estados Unidos; Tel Aviv y Eilat en Israel, donde por cierto se encuentra una de las desalinizadoras más antiguas por medio de evaporación, y en Nicosia, Chipre, donde conocieron una recién construida y en período de pruebas, que curiosamente había sido construida totalmente por técnicos mexicanos llevados desde Tijuana, Baja California por una empresa subcontratista de San Diego, California.

Recuerdo que en las islas Canarias nos atendió de manera oficial una extraordinaria y simpática mujer de unos 50 años. Nos llevó a conocer una planta desalinizadora recién terminada y próxima a inaugurarse, idéntica en cuanto a capacidad y volumen de producción de agua a la que planeábamos construir nosotros. Al llegar me invitó a inaugurarla, pero decliné respetuosamente la atención. Durante la comida nos contó que había nacido en aquellas islas y que siendo niña llegaba una vez por semana un barco cisterna con agua traída desde las costas de España y su madre bañaba a todos sus seis hijos con una sola cubeta de agua y que al final la usaba para regar las plantas. Sonriente nos decía, imagínense como quedaba esa agua al final del baño. Cuando visitamos las islas recibían a

cuatro millones de turistas al año y ellos y los más de dos millones de habitantes cubrían todas las necesidades de consumo para beber, además del cultivo de plátanos, flores y tomates, y la ganadería, con agua de mar desalinizada. En las islas Canarias no existen ni ríos ni lagos y además el clima es poco lluvioso por lo que toda el agua que se consume es desalada.

En Israel conocimos el sistema de abastecimiento de agua de ese país. La distribución del agua lo realiza la compañía nacional llamada Mekorot que provee el 80% del agua potable del país y el 70% del abastecimiento de agua en general que permiten a Israel enfrentar con éxito la escasez de agua proveída por el Acueducto Nacional de Israel que la transporta del norte del país al centro y sur de éste bombeando 72 000 m³/h.

Mekorot ha desarrollado una fuente de agua adicional, desalinizando el agua de varias vertientes, con una eficaz y avanzada tecnología en la ósmosis inversa. En Israel hay 31 plantas de la desalinización, principalmente en el sur del país que producen anualmente 22.5 millones de m³ de agua salobre.

La principal función del Acueducto Nacional es transportar el agua de la región norte de Israel, en el mar de Galilea, también llamado mar o lago de Tiberíades y lago de Genesaret, hasta las zonas más recónditas semidesérticas del sur del país a una distancia de 130 kilómetros.

En el mar de Galilea, Mekorot desaliniza el agua del lago en un enorme y sofisticado complejo subterráneo extremadamente asegurado, y la conduce por la “autopista del agua”, como llaman al Acueducto Nacional los empleados Mekorot, que es la columna vertebral que garantiza el abastecimiento de agua a todo el país y equilibra el nivel de las reservas donde escasea más de una temporada determinada.

El acueducto es una combinación de tuberías subterráneas, canales abiertos y túneles que transportan unos 1 700 millones de metros cúbicos de agua al año, de los cuales alrededor del 65% se usa para la irrigación y el resto para propósitos urbanos e industriales. A lo largo del Acueducto Nacional, la empresa trata las aguas negras y por una tubería morada la regresa hacia el norte para vendérsela a los agricultores que quieran regar sus plantíos con agua más barata.

Tuvimos la oportunidad de conocer una de las viviendas que son abastecidas por el agua del Acueducto Nacional. Cada vivienda Mekorot tiene instalado un medidor de alta tecnología y cada usuario debe de “recargar” en una tarjeta de crédito los metros cúbicos que quiera. Introduce la tarjeta en el medidor y éste le va descontado los metros que consume, y cuando se acaba la recarga el medidor se cierra y deja de abastecer agua. Las familias tienen riego por goteo para regar las plantas de ornato que tienen en sus casas y utilizan el agua con la máxima eficiencia, ya que el precio por metro cúbico es altísimo.

Visitamos también la Universidad Ben-Gurión del Néguev, que se encuentra en el desierto del mismo nombre, un territorio de unos 13 000 km² situado en la parte sur del país sobre la frontera con Egipto, que va desde Massada al norte hasta Eilat al sur. Allí conocimos una planta de tratamiento de aguas negras donde usan el agua tratada para la agricultura, donde cosechan grandes cantidades de plátano. Al

final del recorrido el técnico de la planta nos puso enfrente tres vasos de agua: uno con agua negra de la que entraba a la planta, otro con agua medio tratada de color gris, y uno más con agua totalmente tratada y absolutamente pura. Nos invitó a tomar del último vaso, pero nadie de nosotros nos atrevimos. Todavía no es posible tomar agua pura, ya que hay que agregarle sales y minerales para que el ser humano la consuma.

Estuvimos al pie de los Altos del Golán, una serie de cordilleras montañosas que dividen el territorio comprendido entre Líbano, Siria e Israel, y que fueron conquistados y anexionados por Israel en contra del Derecho Internacional en 1967 durante la Guerra de los Seis Días, y que confiere a quien la posee una gran prevalencia estratégica, sobre todo en las décadas finales del siglo XX, porque, además de su ventajosa ubicación, la zona almacena una fuente inapreciable de riqueza: su abundante agua, con la cual se abastece una buena parte de Israel. Allí pudimos darnos cuenta de la enorme necesidad que hay a veces de conducir el agua desde regiones remotas para abastecer de agua potable a poblaciones sedientas que no la tienen.

De paso visitamos las zonas agrícolas de Israel y conocimos los invernaderos Yanko con su diseño hidropónico, sin necesidad de suelo para cultivar hortalizas. Nos trajimos esa idea y Sonora fue el primer estado en México en utilizarlos exitosamente en nuestras zonas agrícolas.

Una vez convencido de que la única alternativa perenne de abastecimiento de agua para Hermosillo era la desalinizadora, me fui a México a visitar al director de la Conagua, Guillermo Guerrero Villalobos, a exponerle el proyecto, quien al plantearse me contestó: “Que no le vendan cuentitas de vidrio, gobernador”.

Después de meses de análisis y estudio de la alternativa, recibo una llamada de Guerrero Villalobos quien me dice: “Gobernador, le tengo una buena noticia, voy a Sonora o usted viene a México para explicársela personalmente, porque por teléfono no es posible hacerlo”.

Inmediatamente me trasladé a México a su oficina, donde me recibió atento y jovial y sin mayor preámbulo me informó: “Nos hemos encontrado un gran acuífero en la región de estación Pesqueira, pero sus aguas son las que alimentan al acuífero de la Costa de Hermosillo, por lo que es mi obligación informarle que la Conagua no puede autorizar su explotación, pero si su gobierno asume total y oficialmente la responsabilidad de su explotación, el gobierno federal no se opondrá a esa determinación”. Por supuesto que no acepté aquella efímera alternativa de abastecer con esa agua a Hermosillo y de paso afectar al ya sobreexplotado acuífero de la Costa, y mi determinación por la alternativa de la desalinización de agua de mar se convirtió, en definitiva.

Después de un concienzudo análisis del caso en todos los sentidos, y con las recomendaciones de los beneficios del agua desalada de parte del embajador de Israel, Moshe Delamed, procedimos a promover pública y abiertamente, como lo establece la ley, un concurso internacional para contratar a la empresa que ofreciera el mejor precio para que no solo construyera, sino que también financiara la

construcción de la planta desalinizadora y la entregara al organismo operador lista para ser administrada.

La decisión se tomó con la debida asesoría de la Conagua, después de decenas de reuniones que tuvimos con su director Guillermo Guerrero Villalobos. Siempre estuvo siempre invitado e informado a dichas reuniones el presidente municipal de Hermosillo Jorge Valencia Juillerat, pero nunca asistió, aunque siempre se comportó públicamente con prudencia respecto al proyecto.

Sin embargo, con su sucesor en la presidencia municipal, sucedió todo lo contrario.

Desde su campaña política en 2000, Francisco Búrquez Valenzuela pregonó en sus mítines que él haría todo para que nunca más faltara agua en Hermosillo, que resumió en una frase inolvidable: “Ni un verano más sin agua en Hermosillo”. Afirmó que la ciudad “nadaba en un mar de agua” y al llegar a la presidencia se opuso terminantemente a la planta desalinizadora.

Ese mismo año 2000 hubo cambios en el gobierno federal. Vicente Fox asumió la Presidencia de la República y nombró a Cristóbal Jaime Jaquez como director general de la Conagua.

Inmediatamente me apersoné en las oficinas de Jaime Jaquez, quien me recibió con toda cordialidad acompañado del mismo equipo de asesores de Guerrero Villalobos, pero con un coordinador de asesores nuevo, llamado José Luis Adame de León, quien de inmediato me comunicó que estaba de acuerdo con el proyecto de la desalación y la apoyaba. Sin embargo, en reuniones subsecuentes con Jaime Jáquez percibí un ambiente tenso, particularmente de parte del ingeniero Jesús Campos López, subdirector de Agua Potable y Saneamiento de la Conagua, quien siempre se conducía en un tono áspero, descalificando absolutamente el proyecto, siendo que ese funcionario ya tenía muchos años trabajando en esa dependencia y conocía perfectamente los antecedentes de éste. Pude darme cuenta de que Campos se convirtió en el agresivo cancerbero de Jaime Jaquez en contra de nosotros.

Tiempo después, me di cuenta que había “mano negra” en la Conagua, ya que mientras nosotros nos enfrascábamos en largas reuniones de trabajo con el grupo de funcionarios del organismo, encabezados por el intratable de Campos, el presidente municipal de Hermosillo, Francisco Búrquez Valenzuela, se reunía a puerta cerrada con Jaime Jaquez en la misma dependencia y después regresaba a Hermosillo a despotricar contra la desalinizadora emprendiendo una feroz y bien elaborada estrategia mediática, oponiéndose a la planta y ofreciendo alternativas que ya habían sido desechadas por la Conagua.

Lo anterior nos obligó a contratar los servicios profesionales de la empresa Publicorp Servicios Publicitarios, cuyo director era mi amigo Luis Kelly Ramírez, quien hizo un excelente trabajo para contrarrestar la estrategia de Búrquez.

En cuanto inició su gobierno, Francisco Búrquez propuso tres proyectos para resolver el problema: el acueducto El Molinito-Hermosillo, el acueducto Costa de Hermosillo-Hermosillo y el acueducto El Novillo-Hermosillo. Todos habían sido rechazados por la Conagua por su dependencia de la lluvia, por sus impactos

sociales y económicos, y por las indemnizaciones a los propietarios de los derechos de agua. Pero, sobre todo, sus costos políticos.

Con una total ignorancia del tema, el gobierno municipal panista argumentó en contra que el costo por metro cúbico de la desalación sería carísimo, y aunque nadie tenía hasta entonces el dato exacto de los costos de operación de la planta, ya que nuestros técnicos estaban trabajando a marchas forzadas en los estudios técnicos definitivos, los panistas argumentaban que sería de \$12 pesos el metro cúbico (mil litros), algunos otros decían que el costo era aún más alto.

Los estudios en las plantas de otros países arrojaron que, en las Islas Canarias, el costo por desalar agua directamente del mar era de cuarenta centavos de dólar por metro cúbico (aproximadamente \$4 pesos), sin provocar ningún daño al medio ambiente.

Por otra parte, la construcción de una planta desalinizadora y un acueducto desde la playa para conducir el agua hasta Hermosillo tenía un costo de \$2,000 millones de pesos, un presupuesto que estaba muy lejano de las posibilidades de las finanzas estatales, pero alguna manera había que construirla para lograr asegurar para siempre el abasto de agua potable a la ciudad.

Se decidió convocar a una licitación internacional que incluyera el financiamiento y construcción de parte de una empresa multinacional o mexicana, de una planta desalinizadora en la costa del golfo de California mediante el proceso de ósmosis inversa con un volumen de producción inicial de 1.5 metros cúbicos por segundo, con la opción de ampliarse a 2.5, de acuerdo con las necesidades de la población.

Estaría ubicada en la calle 26 final, al sur del poblado de Bahía de Kino, con 40 pozos profundos a no más de un kilómetro de la franja costera ampliándose, a 80 en su fase final, y un acueducto de 110 kilómetros de longitud con un diámetro de 1.5 metros y tres estaciones de rebombeo desde Bahía de Kino hasta la ciudad de Hermosillo.

Lo anterior significaba que el gobierno estatal no erogaría ni un solo centavo. El precio por metro cúbico sería determinado por la empresa, según los costos de producción, y para no cargar todo el precio a la población, se utilizarían fondos del Fondo de Inversión en Infraestructura (Finfra) y temporalmente subsidiar las tarifas hasta llegar a nivelar la relación con el precio para no afectar las finanzas familiares de los hermosillenses.

La determinación de mi gobierno desató una estéril confrontación con el ayuntamiento panista, que esgrimía, sin fundamento técnico alguno, que existían opciones más baratas para garantizar, no para siempre, el abasto a la ciudad y que la decisión tomada sospechaba de una inminente corrupción de por medio.

Para desactivar aquellas sospechas infundadas y calumniosas decidí integrar un comité especial para vigilar y llevar a cabo el proceso de licitación, integrado por personajes de la ciudad de reconocida solvencia moral y profesional. Entre ellos estaban Rodolfo Barraza González, director del periódico Cambio Sonora; José Santiago Healy, director del periódico El Imparcial; el obispo José Ulises Macías y

los rectores del Tecnológico de Monterrey, Universidad Kino, Universidad del Noroeste y Universidad de Sonora; Alfonso Pompa Padilla, Héctor Vázquez del Mercado, Horacio Soria Salazar y Jorge Luis Ibarra Mendivil, respectivamente.

De las diez empresas que participaron, dos eran españolas, dos francesas, una argentina, una norteamericana y cuatro mexicanas.

Cuando nos encontrábamos inmersos en el difícil procedimiento de concurso y adjudicación de la obra, empezó a generarse un ambiente de inconformidad de parte de algunos agricultores, ya que establecían, sin apoyo y sustento técnico alguno, que la perforación de los pozos para alimentar a la desalinizadora que se hicieran en la zona de interface del acuífero, donde se encuentran sus campos abandonados por la salinidad de éste, la intrusión salina avanzaría más. Nada más falso que eso, ya que los técnicos locales, nacionales y extranjeros opinaban que sucedería todo lo contrario.

Con el afán de atenuar o detener aquellas protestas y reclamos, sostuvimos un desayuno con los agricultores de la costa de Hermosillo donde les explicamos que la perforación de pozos para alimentar a la desalinizadora en la zona agrícola abandonada de la Costa de Hermosillo ayudaría a detener la intrusión salina y abatiría el costo de conducción del agua desalada. Por otro lado, que era más barato desalinizar el agua salobre de dichos pozos que extraer el agua de pozos en la zona de playa o directamente el agua del mar, ya que estas aguas contenían mayores concentraciones de sales disueltas. Nuestros esfuerzos fueron en vano. No aceptaron absolutamente ninguna explicación ni argumentos técnicos de nuestra parte y nos vimos obligados a replantear el proyecto y decidir que los pozos se perforaran en la zona de playa, lo cual encarecía la obra, ya que el agua de la zona de playa contiene muchísimas más sales que el agua de los pozos salitrosos de la zona agrícola abandonada de la Costa de Hermosillo, además de que el costo del acueducto resultaba más caro por la mayor distancia para conducir el agua desalinizada desde la orilla del mar hasta Hermosillo.

Ninguna explicación, por más técnica y muy científica que fuera, logró hacerlos entender, y no me quedó más que pedirles a los empresarios que concursaban para la obra que cambiaran el proyecto y lo plantearan perforando los pozos en la zona de playa, y sin opción alguna los empresarios aceptaron mi propuesta.

Recuerdo en particular que en ese desayuno hizo uso de la palabra el connotado agricultor Alejo Bay Tapia, quien, sin fundamento técnico alguno atacaba ferozmente todas nuestras explicaciones.

El consorcio internacional ganador de la obra fue Unión Fenosa asociada con IDE Technologies, la primera española y la segunda israelí como asociado técnico, que ofreció un monto de \$3,000 millones de pesos de la obra y un precio \$8.22 por metro cúbico de agua. El proyecto sería financiado por bancos españoles en un 70% y por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en un 30% en un período de 20 años. El precio de \$8.22 por metro cúbico de agua resultaba razonable, sin embargo, con el propósito de no repercutirlo totalmente sobre la población, decidí

buscar apoyos económicos federales como Finfra y la reducción de la tarifa de electricidad al organismo operador, que reduciría el precio en un peso menos. Ambos apoyos me fueron ofrecidos verbalmente por la federación.

No obstante, y ya con el contrato firmado con la empresa constructora de la planta, la confrontación mediática y política entre al ayuntamiento de Hermosillo y mi gobierno continuó hasta intensificarse más allá de la razón, convirtiéndose en un sinfín de malentendidos ante la opinión pública.

En eso estábamos cuando en una gira del presidente Fox a Sonora, viajando en el carro presidencial con él rumbo al aeropuerto de Hermosillo y teniendo a mi lado en el asiento trasero a Francisco Búrquez Valenzuela, con el rostro serio y adusto de pronto el presidente voltea hacia atrás y a boca de jarro me preguntó: “¿Gobernador, por qué no quieres regresarle el organismo operador de agua potable al ayuntamiento, al que constitucionalmente tiene derecho? ¿Porque es panista?”.

La pregunta del presidente Fox me dejó de piedra, él había conocido el proyecto desde su inicio ya que se lo había explicado en las varias ocasiones en que había visitado el estado, inclusive en presencia del presidente municipal Búrquez y le había gustado el proyecto, incluso me había ofrecido verbalmente apoyarme con recursos del Finfra. Sin embargo, la estrategia mediática de Búrquez era eminentemente partidista y electoral, ajena en todo sentido a lo técnico.

El tiempo para recapitación sobre el asunto había terminado. Aquella era mucho más que una pregunta, prácticamente era una amenaza o una orden. Desobedecer aquella pregunta-sugerencia presidencial significaba que, si no lo hacía, ponía en peligro cualquier apoyo federal para todos los programas en Sonora, lo que afectaría a todos los sonorenses.

Sin inmutarme, le respondí: “Porque no me lo ha solicitado”.

Al otro día reuní a todo mi equipo de trabajo del proyecto y les informé de lo sucedido, y que había decidido cancelarlo, ya que no contaba con el apoyo del gobierno federal. Por el contrario, tendríamos a un opositor al que no estábamos en condiciones de enfrentar.

Recibí de mis colaboradores espléndidas opiniones al respecto, entre otras, la controversia constitucional que existía respecto a la administración del sistema de agua potable que el ayuntamiento San Luís Río Colorado le había ganado al gobierno estatal anterior, y éste le había tenido que entregar el sistema de agua potable.

Todos concluimos que lo mejor era entregarle al ayuntamiento de Hermosillo la administración del agua potable y que éste se hiciera cargo en lo sucesivo de buscar la fuente de abastecimiento de agua segura y para siempre en Hermosillo.

Históricamente, el suministro de agua potable a las ciudades y pueblos del país estaba en manos del gobierno federal, que lo había hecho a través de la Secretaría de Salud y la Secretaría de Recursos Hidráulicos, con las Juntas Federales de Agua Potable que instalaba en cada entidad federativa, hasta que en 1983 se reformó el Artículo 115 de la Constitución Federal y se le transfirió a los ayuntamientos la facultad de prestar el servicio de agua potable. Algunos ayuntamientos, al no tener

la capacidad técnica y financiera para asumir esa facultad, firmaban convenios con el gobierno estatal para que éste se hiciera cargo de prestar el servicio, para lo cual el gobierno de Sonora creó en 1986 el Sistema Estatal de Agua Potable y Saneamiento (Seaps), después Comisión Estatal de Agua Potable y Alcantarillado (Coapaes), y así lo hicieron por muchos años, hasta que, paulatinamente, algunos ayuntamientos empezaron a asumir las funciones, como fue el caso del municipio de Cajeme que lo hizo en 1984. En el caso de Hermosillo, el ayuntamiento había firmado convenio con el Estado desde 1984 y éste se había encargado de prestar el servicio en el municipio hasta el día en que decidí entregárselo.

El lunes siguiente llegó a mi oficina un oficio de parte del ayuntamiento, en el que, invocando el artículo 115 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, me solicitaba formalmente le entregara la administración del organismo operador de agua potable de Hermosillo.

Valoré jurídicamente la solicitud del ayuntamiento y para evitar que el tema siguiera dividiendo y confrontando más a los hermosillenses y no poner en riesgo todos los demás programas estatales relacionados con el gobierno federal de interés para los demás sonorenses, decidí ceder.

Semanas después, le entregamos formal y legalmente las instalaciones del organismo operador al ayuntamiento, incluyendo edificios, muebles, enseres, equipos y documentos legales. Entre ellos, el fallo de la licitación de la desalinizadora debidamente firmado en caso de que la autoridad municipal quisiera seguir con el proceso y construirla, bajo el riesgo de que, de cancelar la obra, la empresa ganadora del contrato pudiera establecer una demanda en contra y cobraría los gastos establecidos en la convocatoria.

Al momento de la entrega al ayuntamiento, felicité al ingeniero César Alfonso Lagarda Lagarda, mi fiel y eficiente colaborador, que se había hecho cargo del proyecto de la desalinizadora en la parte más dura del proceso, porque a pesar de las circunstancias financieras tan difíciles que enfrentábamos, lo hizo en condiciones financieramente sanas, sin una sola deuda de por medio, lo cual fue modelo nacional para la entrega de otros sistemas en el país.

Por supuesto que Francisco Búrquez se negó rotundamente a recibir toda documentación relacionada con la desalinizadora, confirmando que no tenía ni el más mínimo interés por continuarlo.

Consciente de esa circunstancia, solicité al Congreso del Estado una partida de \$20 millones de pesos para que en caso de que la empresa Unión Fenosa, ganadora de la licitación, entablara una demanda de indemnización por daños y perjuicios, por haberse cancelado el proyecto, y dicha solicitud fue aprobada.

Después trascendió que el ayuntamiento trajo en vueltas y vueltas a la empresa, y tengo entendido que ésta no presentó una demanda por tener otros contratos federales en Sonora y en otros estados del país, y las posibles represalias de que pudiera ser objeto.

Al paso de los años, ahora recapacito sobre aquella circunstancia que pudo haber sido otra de las pocas que hubiera cambiado la historia de Hermosillo; no pudo ser

posible por la falta de visión social del presidente municipal panista de Hermosillo, Francisco Búrquez Valenzuela, quien lo rechazó sin absolutamente ningún sustento técnico, a quien nada le importó el futuro de sus conciudadanos, incluyendo el de sus propios descendientes, y puso por delante su fundamentalismo partidista que no le permitió reconocer que un gobierno estatal priista pudo darle a Hermosillo la solución definitiva a su endeble abasto de agua potable.

Este 2018 en que narro estas memorias, estuviéramos por concluir el contrato con la empresa que terminaría el 2023 y ya tendríamos más de 15 años bebiendo agua limpia, segura y para siempre en Hermosillo y sin ningún conflicto con alguna otra población del estado.

Francisco Búrquez Valenzuela logró su propósito gracias al apoyo del gobierno federal de su mismo partido encabezado por Vicente Fox. A ambos personajes la Historia se ha encargado en poner a cada uno en su lugar, tanto en lo político como en lo personal y deberán saber que la Historia no admite el juicio de amparo.

Al tomar aquella decisión recordé la histórica frase del joven Fidel Castro cuando en 1953 fue sentenciado a la cárcel por oponerse a la dictadura de Fulgencio Batista: “La historia me absolverá”.

Pasado el tiempo, a pesar de los enfrentamientos políticos que tuvimos, Pancho Búrquez y yo establecimos una muy buena relación que perdura hasta estos días. Ambos somos políticos profesionales.

Seguridad pública

En cuanto a la inseguridad, su alta percepción tenía bases fundadas. Durante el año de 1997, al arribar al gobierno, se habían cometido más de 23 000 robos a casas habitación con violencia a particulares, 1 183 homicidios y 8 329 lesiones.

En total en ese año de inicio de mi gobierno, se habían cometido en la entidad más de 50 000 ilícitos. Una cifra considerable y alarmante para una sociedad como la nuestra, que no llegaba a los 2 millones de habitantes y acostumbrada a la convivencia pacífica.

Para enfrentar y combatir de forma inmediata aquel gravísimo problema, en los primeros meses de gobierno pusimos en marcha el programa titulado “Alianza Estatal por la Seguridad Pública”, que prácticamente nació durante nuestra campaña electoral y por ello pudimos implementarlo al inicio de nuestra administración, estructurado como un programa que integraba tanto los esfuerzos y recursos institucionales, como la aportación y participación de la propia sociedad a la que se convocó a unirse.

Con esa suma de recursos, se buscaba alcanzar un combate más eficiente contra las conductas antisociales y brindar una mejor procuración de justicia. El programa se basaba primordialmente en una política integral, no solo de persecución y castigo del delito, sino también de prevención del mismo.

Para su diseño y conceptualización, así como para la creación de las bases orgánicas e institucionales, contamos con la experiencia y conocimientos jurídicos

del licenciado Carlos Ramos Bours, que en ese momento era director de la Escuela de Derecho de la Universidad de Sonora.

Para nuestro beneplácito, la sociedad sonoreense se sumó a nuestra convocatoria y gracias a ello, se organizaron 463 comités de barrio, mismos que incluso contaban con teléfonos celulares para comunicar denuncias en forma rápida y directa, que fueron promovidos en las zonas que se identificaron como zonas de expulsión y de mayor incidencia delictiva. El objetivo era vigilar estrechamente los espacios públicos donde se pudieran concentrar las conductas antisociales y organizar a la ciudadanía para generar una cultura de la denuncia.

Éstos esfuerzos compartidos entre sociedad y gobierno, nos permitieron avanzar considerablemente en la prevención, persecución y disminución de los delitos. Por ejemplo, en el sector pecuario del estado, los ganaderos se encontraban alarmados y molestos por el incremento del pernicioso delito del abigeato, que les robaba no solo su patrimonio, sino también su tranquilidad. Como sector organizado se sumaron al programa y coadyuvaron con recursos económicos, básicamente con automóviles nuevos tipo *pick-up*, con los que el gobierno, en estrecha coordinación con ellos, procedió a integrar brigadas especiales para el combate de ese nefasto delito.

Las brigadas fueron integradas por capaces elementos liderados por el comandante Rogelio Rivera Campa, un experimentado policía que afortunadamente aún vive y a quien le deseo goce de cabal salud. Además, se creó un eficaz sistema de coordinación entre las policías municipales y la estatal. Gracias a ello, disminuyó de manera notable el delito de robo de ganado.

Debo destacar que uno de nuestros mayores logros fue el abatimiento del consumo de drogas en edades tempranas y la prevención de delitos patrimoniales como el robo, el asalto a casas habitación y el pandillerismo, ya que el esfuerzo estuvo compartido con las sociedades de padres de familia en el estado, con quienes de manera conjunta se diseñaron y realizaron importantes campañas de concientización en las escuelas hasta el nivel medio superior, mismas que estaban enfocadas a la preservación de la integración familiar. Tuve la oportunidad de asistir a múltiples escuelas de educación básica, donde se llevaron a cabo concursos de dibujos y mensajes donde se resaltaban los valores familiares.

En cuanto al sistema penitenciario en la entidad, terminamos de construir el Centro Federal de Readaptación Social (Cefereso) de Nogales, al que agregamos oficinas de juzgados, mismo que entró en operación en nuestra administración. Se amplió el Centro de Readaptación Social (Cereso) de Ciudad Obregón. Se construyó un muy moderno Cefereso en Hermosillo, ubicado en la carretera a Bahía Kino, y Ceresos en Magdalena, Agua Prieta y Puerto Peñasco. Se mejoraron los ceresos de Guaymas, Hermosillo I, Nogales II, Nogales II femenino y varonil, Obregón y San Luis Río Colorado. Todo ello con el propósito de disminuir el riesgo que implicaba la sobrepoblación penitenciaria en nuestros centros y cárceles, en la que ocupábamos un nada honroso cuarto lugar a nivel nacional, después del Estado de México, Distrito Federal y Jalisco.

A pesar de lo difícil de la situación, durante todo el sexenio no se presentaron motines de reos en el Estado.

Aquí debo agradecer el desempeño de mis colaboradores como directores del sistema penitenciario estatal Tomas Cid Lucero, Enrique Flores López y Carlos Kitasawa.

En materia de secuestros, en los seis años de gobierno se suscitaron una docena y todos y cada uno de ellos fueron felizmente resueltos.

En el sexenio se modernizaron y crearon 31 agencias del ministerio público a las que se les dotó de equipo y se pusieron en operación 10 centros de atención a víctimas del delito, distribuidos estratégicamente en la geografía estatal, lo que nos permitió acercar la procuración de justicia a la ciudadanía.

Una idea mía, que había conocido en la Ciudad de México, fue la instalación de Agencias del Ministerio Público en los hospitales públicos en todo el estado. Anteriormente algunas personas llegaban a los hospitales y dejaban en la entrada a una persona herida y se iban sin averiguación alguna. Ahora había policías estatales ahí para iniciar inmediatamente la investigación de un posible delito.

También creamos los policías estatales que rondaban en motocicletas vigilando los bancos y comercios para prevenir algún delito.

En términos generales, Sonora mejoró en el ámbito nacional en cuanto a procuración de justicia, derivándose ello del éxito de los programas formativos y de prevención, que constituyeron el objetivo fundamental de la Alianza por la Seguridad Pública. Esto se tradujo en el avance de los comparativos nacionales, ya que en 1998 Sonora ocupaba el séptimo lugar en incidencia delictiva.

Para 1999 ya ocupábamos el décimo quinto lugar, el vigésimo en el año 2000, y para el 2001 el vigésimo tercero, llegando a ser el Estado con menos incidencia delictiva.

Éstos fueron los resultados que se obtuvieron gracias al esfuerzo realizado por una cultura de seguridad y prevención del delito que se desplegó durante todo el sexenio.

Hay que reconocer que todo ello no fue gratuito. Costó \$1,123 millones de pesos, la mayor inversión pública que se hubiera hecho en el estado, en diferentes rubros, destacando la profesionalización y equipamiento de los cuerpos policiales, mismos que recibieron capacitación del FBI y otras instituciones policiales francesas y norteamericanas, el establecimiento del Centro Nacional de Comunicaciones o C4, el sistema 066 para emergencias, apoyos sustantivos para el Instituto Superior de Seguridad Pública del Estado (ISSPE) y la construcción de diversos centros penitenciarios.

En apoyo a los municipios construimos módulos de seguridad para las policías municipales, sin costo para los ayuntamientos quienes solo aportaron el terreno en los municipios de San Luis Río Colorado, Nogales, Agua Prieta, Puerto Peñasco, Ímuris, Ures, Guaymas, Bácum, Cajeme, Navojoa, Álamos, Huatabampo, Etchojoa (en Sebampo y el Rodeo), Caborca, Cumpas, Mazatán, Rosario de Tesopaco, Nacozari, Nácori Chico (en Mesa de Tres Ríos y Ejido Arco y Lobos).

No solo dedicamos todo nuestro empeño en la profesionalización y modernización de nuestros cuerpos policiales, también lo hicimos en la dignificación de su labor y medios de vida.

Durante nuestra administración se les incrementó el salario a todos los integrantes de la Policía Judicial del Estado y periódicamente se les entregaban reconocimientos, además de que se les otorgaron facilidades para la adquisición de vivienda.

En coordinación con la Secretaría de la Defensa Nacional y el Sistema Nacional de Seguridad Pública, se adquirió equipo moderno y eficiente tanto en armamento como en comunicación.

Se dio un impulso muy importante a la comunicación entre las policías fronterizas a través de la Policía Internacional Sonora-Arizona (PISA), lo que nos permitió reforzar una relación que provenía de catorce años atrás. Sonora recibió múltiples visitas de expertos de la policía de Arizona y el FBI, quienes impartieron cursos de capacitación en robo de autos, secuestros y extorsiones, entre otros. Invariablemente acudía a las reuniones de la Policía Internacional Sonora-Arizona, por lo que recibí sendos reconocimientos de parte de la policía de Arizona, el FBI y la DEA.

Yo asistía permanentemente a las reuniones de la PISA. La gobernadora Jane Dee Hull, no tanto, por lo que establecí una relación institucional y personal muy fuerte con los policías de Arizona. Puedo recordar en ese grupo de policías norteamericanos a Chris Spislbury y Guadalupe González del FBI, Gerardo Navarro de la policía de Tucson, Arizona, Martín y Luis Márquez de la policía de Yuma y Antonio Estrada Sheriff del condado de Santa Cruz.

En cuanto a infraestructura administrativa en materia de seguridad, ésta quedó expresada en la construcción de una moderna y equipada sede de la Procuraduría General de Justicia del Estado, misma que incluyó un servicio médico forense y sistemas de comunicación de última generación. Además, se construyó un moderno, funcional y digno edificio para albergar a la Policía Judicial del Estado, en la que debo de destacar el profesional y eficiente servicio a la sociedad sonorense que supo imprimir su titular, el comandante Manuel Emilio Hoyos Sotelo, un hombre formado en la más sólida tradición policial con un concepto de lealtad a toda prueba.

En cuanto a los delitos de robo, fraude, abuso de confianza, extorsión, lesiones, homicidio, sexuales y otros comunes que lesionaban a la sociedad sonorense, según datos avalados por el Sistema Nacional de Seguridad Pública, de 50 042 que ocurrieron al iniciar el primer año de gobierno, al terminar el sexenio ocurrieron 14 279, lo que significó una reducción del 71%.

Comparando la incidencia delictiva en la frontera norte, Sonora destacó como el estado con menor incidencia delictiva con 8.35 delitos por cada mil habitantes, siendo Baja California el más inseguro, con 38.57 delitos por cada mil habitantes.

En resumen, en nuestro sexenio, la sociedad sonorensa incrementó su percepción de seguridad, por lo que podemos afirmar que, en ese tiempo, Sonora fue un buen estado para vivir con tranquilidad y seguridad personal.

La situación que en materia de seguridad pública enfrentamos era dramática y logramos sacarla adelante, gracias al trabajo del licenciado Miguel Ángel Cortés Ibarra, Procurador General de Justicia del Estado, a quien debo todo mi agradecimiento.

Empleo y desarrollo económico

En 1997, el empleo figuraba como la segunda prioridad en orden de importancia después de la inseguridad. En renglones anteriores mencionamos el estado que guardaban nuestros sectores productivos, como ausencia de créditos e inversiones productivas, recesión nacional, una economía frágil, basada aún en las actividades primarias y extractivas, una prolongada sequía, etcétera. Pese a ello, mi gobierno tomó la firme decisión de impulsar y promover al estado como una entidad con seguridad para la inversión, buscando atraer capitales que permitieran reactivar nuestra economía y con ello el empleo.

Uno de los primeros pasos que dimos en ese sentido fue la creación del Consejo de Promoción Económica del Estado de Sonora (Copreson), al que se le dio forma institucional mediante la publicación de un acuerdo en el que se le otorgó personalidad jurídica y patrimonio propio, cuyo objetivo fundamental era aglutinar a los empresarios sonorenses para que fueran ellos, a través de su participación directa, quienes orientaran la actividad económica de la entidad y asesoraran al gobierno estatal en la definición de la política económica.

Para ello designé como presidente del consejo a mi amigo Javier Gándara Magaña, un empresario con una buena capacidad de diálogo con su sector, lo que garantizaba que el nuevo organismo cumpliera con la premisa fundamental de reunir sin distingos a los empresarios de todo el estado.

La iniciativa de incluir a los empresarios en la toma de decisiones que promovimos fue la primera en la historia del Estado.

El organismo propició la descentralización creando consejos regionales, reconociendo e integrando a los empresarios de todas las regiones del Estado.

Recuerdo a quienes participaron por cada región: Félix Tonella Luken, Felipe Seldner, Marco Antonio y Octavio Llano Zaragoza, Julio Luebert, Carlos y Ernesto Zaragoza de Cima, Francisco Uribe Maytorena y Teresa Celis de Grossman en la región Guaymas-Empalme; Luis Felipe García de León, Alfredo Schwarzbeck Noriega, Enrique Bours Muñoz, Javier y Gerardo Bours Castelo, don Juan Robinson Bours (que se hizo merecedor del premio al empresario del año) y Antonio Gándara Astiazarán en Ciudad Obregón; Ángel Bours Zaragoza, Marcelo y Avelino Fernández Salido, Francisco J. Islas Covarrubias y Víctor Cuevas Garibay en Navojoa, César Dabdoub Chávez, Pablo, Apóstolos y Nikita Kiriakis, Mario de la Fuente y Héctor Monroy en Nogales; Manuel Macías, Manuel

Monreal, Rafael González Monreal, Sergio Reyes Lafarga, Lizbeth Urquidez Noriega y Jesús Palacios Enciso en Caborca; Óscar y Miguel Ángel Palacios Soto y Elena García Reyna en Puerto Peñasco; y Prospero Ibarra, Alfredo Káram, Francisco Martínez e Ignacio Ruiz en Huatabampo.

Debo destacar los importantes apoyos que recibimos de empresarios como mi amigo Carlos Baranzini Coronado y los miembros de la Fundación Produce; la familia Mazón-Rubio; Eduardo Rogoli, originario de Nogales, que creó un extraordinario consorcio maquilador en el municipio de Santa Ana, y Daniel Chávez Morán, director del Grupo Vidanta, constructor del hotel Mayan Palace en Puerto Peñasco.

Aprovecho estas memorias para expresarle a amigo Roberto Mazón Rubio mi más profundo agradecimiento, ya que realizó una estupenda labor al frente del Consejo de Fomento Económico de Hermosillo, como presidente del Patronato de la Cruz Roja y junto a un distinguido grupo de empresarios sonorenses, fue el promotor y artífice en la creación de la Ley de Fomento Económico del Estado contando con la asesoría del licenciado Óscar López Vucovich, un extraordinario funcionario y reconocido abogado.

Mi reconocimiento al esfuerzo de inversiones realizadas en Puerto Peñasco por empresarios como la familia Astiazarán, con mi amigo Carlos Benito a la cabeza, por su proyecto Laguna del Mar; a las familias Mazón, Bours y Tapia por su decidida participación con sus desarrollos condominales en ese puerto, que sumados al proyecto Mayan Palace y otros desarrollos, lo colocaron como el municipio con mayor potencial desarrollo turístico en la República.

Agradezco al Consejo de Promoción Económica, a nivel estatal y regional, por la decidida participación de tan distinguidos hombres y mujeres empresarios que lo integraron en estrecha vinculación y coordinación con la Secretaría de Desarrollo Económico del Estado, representada por los secretarios Gustavo Montalvo Pompa al inicio de mi administración y después con mi gran amigo Roberto González Laborín, exitoso empresario del ramo hotelero, gasolinero, restaurantero y agrícola, originario de Ciudad Obregón, Sonora, quienes se avocaron a promover la entidad como una plaza segura para las inversiones por su amplio potencial productivo, por la capacidad de trabajo de los sonorenses y por sus ventajas competitivas.

Durante el primer año de gestión, la acción de ambos organismos se enfocó principalmente a atraer industrias maquiladoras, lo que quizá pudiera interpretarse como una visión a muy corto plazo sin una perspectiva global, pero en su tiempo eran la más recomendables para obtener resultados a corto plazo, como lo era el atender la demanda de empleo.

A la par, en congruencia con el programa estatal de desarrollo y el compromiso de campaña, se buscó que las instituciones de educación superior del Estado integraran sus programas de estudio a los objetivos económicos estatales. Es decir, se buscaba que los profesionistas y técnicos que egresaban de las escuelas sonorenses respondieran a los requerimientos de la planta productiva de la entidad.

Con este propósito, se promovió con éxito la creación de la Universidad Tecnológica de Hermosillo, la Universidad Tecnológica de Nogales y la Universidad Tecnológica del Sur de Sonora, y con esa misma orientación se apoyó a los institutos tecnológicos regionales.

Con un tinte de orgullo, quiero ejemplificar el éxito que se obtuvo al crear esas universidades tecnológicas, como fue el caso de la de Hermosillo, que a un año de su creación fue declarada por la Secretaría de Educación Pública como la mejor universidad tecnológica del país. Todo ello, gracias a la capacidad y esfuerzo de su primer rector Horacio Huerta Ceballos y al apoyo decidido que recibió de distinguidos empresarios entre los que destaco a Guillermo Aello Valenzuela, un excelente promotor del desarrollo.

Con visión pragmática y de futuro, el Consejo de Promoción Económica, estableció un convenio con el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey para la elaboración de un estudio que orientara la economía del Estado de acuerdo con sus potencialidades.

Para el año 1999, la política económica del estado tuvo un giro decisivo, producto de la reconsideración del rumbo y destino de la política y la promoción económica nacional, pero sin abandonar la opción de la industria manufacturera.

Se buscaba - con toda lógica - dar prioridad a la industrialización que generara empleos permanentes y mejores salarios. Era evidente que el sector primario no podía seguir soportando el crecimiento de la entidad, por lo que resultaba necesario que Sonora viera hacia el exterior y se ubicara como parte integrante de ese nuevo mundo económico globalizado.

Era necesario insertar nuestra presencia en el contexto económico mundial, lo que significaba ir en busca de nuevos mercados para los productos sonorenses, y a la vez, motivar a empresas de nivel mundial para que se instalaran en Sonora.

Se intensificaron entonces los contactos internacionales y los empresarios sonorenses visitaron países europeos y asiáticos, lográndose abrir mercados para productos como la uva de mesa y la carne de res y de cerdo. Los empresarios sonorenses demostraron que podían hacer negocios a cualquier nivel. La promoción económica del estado se internacionalizó y se crearon oficinas de representación y enlace en Estados Unidos y Japón.

En cuanto a la búsqueda de industrias del ramo automotriz, tuvimos reuniones con representantes de las armadoras Toyota, Honda y Nissan en Japón, así como también con la Ford en Estados Unidos, ya que la planta Ford en Hermosillo amenazaba con cerrar, como les narraré unas páginas más adelante, y las firmas Peugeot en Francia y Fiat en Italia. En todas ellas, se dejó sembrada la expectativa de que, para futuras expansiones, los altos ejecutivos de dichas empresas consideraran a Sonora.

Un día que no recuerdo con precisión, se comunicó vía telefónica conmigo mi gran amigo Elías Freig, joven y talentoso empresario nogalense, quien fue mi suplente en la diputación federal, para informarme que estaba enterado de que una delegación de empresarios chinos estaba de visita en el sur del estado y que al

parecer no habían sido atendidos como lo esperaban, por lo que habían decidido regresar a su país. Le solicité a Elías que hiciera todo lo posible por contactarlos y que les extendía una atenta invitación para platicar. Así lo hizo y un domingo los recibimos en Casa de Gobierno con una cena formal. La delegación la integraban aproximadamente quince personas entre representantes de su gobierno y hombres de la iniciativa privada.

La reunión-cena fue sumamente cordial, y los invitados nos extendieron una invitación formal para visitar su país. De esta manera en julio de 1999, acompañado por un distinguido número de empresarios de todo el estado y colaboradores, visitamos por vez primera ese hermoso país asiático donde fuimos recibidos, no solo con amabilidad, sino con la pompa que les brindan a altos dignatarios extranjeros. Recuerdo particularmente que nos acompañó el profesor Miguel Ángel Castro Cosío, secretario general de la Unión General Obrero, Campesina y Popular de Sonora y promotor del desarrollo económico de los campesinos del Valle del Yaqui a través de la acuacultura, donde es presidente del Comité de Sanidad Acuícola del Estado de Sonora, un verdadero hombre de izquierda, quien disfrutó y abrevó a plenitud del viaje, conociendo la forma de vida y sistema económico, político y social de aquel país.

Nuestra agenda de trabajo era extensa y muy completa. Todos los miembros del grupo tuvimos múltiples reuniones con funcionarios de muy alto nivel con los protocolos que impone la vía diplomática. Tuvimos desayunos, comidas y cenas sumamente formales.

El gobierno chino no tenía la mejor opinión del gobierno mexicano, es más, alcanzamos a percibir que había malestar, incluso resentimiento hacia nuestro gobierno.

Con cortesía diplomática nos hicieron saber que nuestras autoridades federales no mostraban el más mínimo interés por establecer una buena relación con su país, que el comercio de bienes y servicios entre ambas naciones era prácticamente nulo, que los productos que llegaban a exportar a nuestro país se les aplicaba hasta el 1 000% en las tarifas arancelarias, que se otorgaban visas para visitar México a solo veinte ciudadanos chinos al mes, que no recibían visitas de funcionarios del gobierno nacional chino, y muchas deficiencias más. Estaban enterados que el Dr. Luis Fernando de la Calle Pardo, subsecretario de negociaciones comerciales internacionales de la Secretaría de Economía de 2000 a 2002, había estado durante tres meses en su país y no había hecho contacto con su gobierno.

Ante aquel escenario poco halagador continuamos con nuestra visita con el firme propósito de desbrozar el camino entre ambos países.

Nuestra relación se fue fortaleciendo con los días y nuestros esfuerzos rindieron frutos al concretarse la primera inversión de China comunista en México, específicamente en Ciudad Obregón, donde se instaló una empresa productora de hilos de algodón. Obviamente les interesaba la cercanía del mercado más grande del mundo, los Estados Unidos. Se nos ofreció la concesión de una empresa que fabricaba tractores pequeños para la agricultura, sin embargo, dadas las grandes

superficies en el estado, no nos resultaban adecuados, por lo que canalizamos esta inversión al centro del país, particularmente el estado de Michoacán y además logramos, a través de mi gran amigo Alejandro Carrillo Castro, entonces director de gobierno de la Secretaría de Gobernación e hijo del exgobernador de Sonora Alejandro Carrillo Marcor, que se les otorgara un mayor número de visas a ciudadanos chinos, sobre todo de trabajo.

Encontrándonos en Pekín, nuestro embajador Cecilio Garza Limón, un joven diplomático de carrera, jovial y sumamente carismático, recibió una llamada del gobierno chino diciéndole que un funcionario de altísimo nivel, representante de los 56 grupos étnicos minoritarios dentro de China conformado por 300 millones de habitantes y tercero en la jerarquía del politburó chino, y tenía interés en entrevistarse con el gobernador de Sonora, informando también que él personalmente asistiría a la embajada para la entrevista. De inmediato el embajador Garza Limón empezó a recibir llamadas de algunos embajadores que representaban a otros países, para que los invitara a dicha reunión.

La orden del gobierno chino fue directa y terminante: solo se entrevistaría con el gobernador de Sonora y que únicamente permitirían la presencia del ciudadano embajador de México. La entrevista se desarrolló con suma cordialidad y formalidad. La reunión con aquel político chino fue de muy alto protocolo y rigor diplomático.

Cuando el embajador les pidió a los empleados chinos de la embajada que tendrían la visita de aquel personaje, éstos se negaron a participar en el encuentro porque consideraron que no eran dignos de estar ante la presencia de aquella persona que para ellos era casi una deidad. Solo estuvimos en aquella reunión aquel personaje, el embajador y el suscrito, y solo empleados mexicanos de la embajada nos atendieron.

Transcurrido el tiempo, recibí en mi oficina una llamada de la embajada China en México en la cual me notificaban que ese mismo funcionario chino deseaba visitar Sonora para atestiguar la instalación de la primera inversión de China en México. Por supuesto que respondí que era un alto honor recibirlo en nuestro Estado. Con toda cortesía me hicieron saber algunas amables precisiones. Que no venía en visita oficial a México, que llegaría por sus propios medios a Sonora, que no volaría en avión local y que lo trasladara vía terrestre a Ciudad Obregón acompañado solamente por mí en un vehículo rentado por él mismo. Así fue. Nos trasladamos ambos en una suburban en el asiento trasero, con su interprete en medio de los dos y el chofer. No tengo la menor idea si hablaba inglés, ya que todo el tiempo habló en chino y la traductora lo hacía al español.

En el trayecto a Ciudad Obregón, pasando la ciudad de Guaymas, con toda calma me preguntó: “Acabamos de entrar en territorio de la tribu Yaqui, ¿verdad? Hábleme por favor de ellos”. La pregunta me dejó perplejo. Como lo señalé anteriormente él era el representante de las minorías étnicas chinas y supuse que conocía muchas etnias del mundo, entre ellas las nuestras, así que me dediqué a hablarle del origen, costumbres e historia de los Yaquis.

Pero eso no fue todo. Llegando a Ciudad Obregón, mirándome fijamente a los ojos, me preguntó: “Gobernador, ¿aún quedan en Sonora familias Elías Calles?”. Pude darme cuenta de que conocía todos nuestros pasajes históricos y seguramente también sabía de la suerte que corrieron sus paisanos en alguna época.

Pero mi asombro rebasó mis límites cuando estando en Ciudad Obregón, al entrar a la fábrica de hilos donde había no menos de 300 trabajadores chinos, todos lo recibieron de rodillas, con la cara prácticamente pegada al piso. Me quedé atónito y en cuanto pude le pregunté a un chino, con el cual tenía cierto grado de amistad, del por qué esa actitud, y me respondió orgulloso: “Ellos no tienen derecho a mirarlo a los ojos, él es un hombre muy grande”.

Gracias a los esfuerzos anteriormente descritos, la economía estatal registró, pese a las condiciones adversas, un crecimiento de un 3.01% anual durante mi gestión de gobierno, gracias a los sectores de servicios e industria, ya que los otros sectores no presentaban signos de crecimiento, sino por el contrario, estaban en niveles prácticamente de subsistencia. Ejemplo de lo anterior era la industria minera, ya que durante casi todo mi gobierno el precio internacional de los metales decayó, en particular el del cobre, por lo que las inversiones en las minas de ese metal bajaron rotundamente.

No tengo la menor duda de que la difícil situación económica que atravesaba la empresa Mexicana de Cobre en Cananea provocaba que la empresa endureciera su actitud con la Sección 65 del sindicato minero, amenazándolo con recortes de personal en las áreas de producción y reducción de salarios, entre otras, lo que provocaba mucha incertidumbre en ese ramo productivo de la economía del estado. Desde un principio le dejé muy en claro al señor Germán Larrea, propietario y director de la empresa que, como gobernador del Estado, jamás permitiría que se atentara en contra de los derechos adquiridos por los trabajadores mineros, mucho menos permitiría, que se cerrara esa fuente histórica de producción y generadora de empleos, dada mi gratitud, lealtad y compromiso moral personal con la Sección 65.

Dado que la situación en el mineral de Cananea era ya insostenible, nos trasladamos a la Ciudad de México con el propósito de establecer una mesa de diálogo y negociación en la que participábamos la dirigencia de la Sección 65 del sindicato, encabezada por Napoleón Gómez Sada, un duro líder defensor de los mineros organizados en el país; Germán Larrea, asesorado por el bufete Santamarina, Steta y Asociados, y el gobierno del estado como amigable componedor. Para estos efectos habíamos rentado unos espacios en el hotel Chapultepec, conocido como el “Chapulín”, donde pasamos horas y días en un diálogo resentido, en el que las partes no cedían ni un ápice en sus posturas. Recuerdo que, al cuarto día de aquellas fallidas pláticas conciliatorias, Napoleón Gómez Sada tronó y con un vocabulario florido, propio de un carretonero, mandó a volar a Larrea y el diálogo se canceló.

Me había hecho el más firme propósito de no regresar a mi estado sin la solución del problema, por lo que dejé transcurrir un día para que se atemperaran los ánimos y me trasladé personalmente a las oficinas del Sindicato Minero Nacional,

localizadas por la calle Xola de la Ciudad de México, para prácticamente suplicarle a don Napoleón que reanudáramos las pláticas de conciliación, quien refunfuñando me expresó: “Por ser usted cananense y haber trabajado su padre en la empresa, acepto hacer un nuevo intento de negociación”. Me comuniqué de inmediato con Germán Larrea, quien aceptó continuar el diálogo.

Con anticipación había solicitado el apoyo de mi amigo José Antonio González Fernández, entonces secretario del Trabajo, para que nos acompañara en aquellas reuniones. Se disculpó por cuestiones de agenda, pero me dijo que estaría atento al desarrollo de las pláticas y envió con su representación a Javier Moctezuma Barragán, oficial mayor de la Secretaría del Trabajo.

Nos sentamos de nuevo a la mesa de negociación y la empresa, es decir el señor Larrea, insistió que tenía que buscar la manera de adelgazar la planta laboral, por lo que manifestó que harían un gran esfuerzo económico para ofrecer un programa de “retiro voluntario” para los trabajadores, desde luego que cumpliendo con todas las prestaciones establecidas por la ley.

La propuesta se aceptó y el acuerdo fue firmado por las partes con la presencia ya del secretario del Trabajo, José Antonio González Fernández.

Un gran número de trabajadores mineros se acogió a la propuesta de “retiro voluntario” y por fortuna la calma volvió a reinar en Cananea y en el estado.

Sin embargo, pasaron los meses y desafortunadamente la situación económica no mejoró en ese importante sector de la economía sonorensis y debido a ello, la relación sindicato-empresa en Cananea de nuevo se tornó tensa amenazando con colapsar su relación laboral.

Me comuniqué de nuevo con el señor Germán Larrea, quien amablemente me invitó a sus oficinas para platicar sobre aquella grave situación. De inmediato me trasladé a la Ciudad de México para la entrevista. Larrea me recibió amable, pero serio y firme en su actitud y sin mayores preámbulos me comunicó que tenía una muy fuerte presión de sus socios inversionistas por los altos costos que implicaba la operación de Minera de Cananea, de los bajos precios del cobre y muchas cosas más, por lo que habían tomado la decisión de liquidar a cada uno de los trabajadores de la Sección 65 del sindicato minero y procederían al cierre de la empresa minera. Mi respuesta inmediata fue expresarle mi más firme oposición a la determinación que me comunicaba. Le reiteré que en mi carácter de gobernador del estado jamás aceptaría el cierre de la empresa minera, que haría todo lo que tuviera a mi alcance para impedirlo.

Obviamente la reunión no concluyó en buenos términos. Con la urgencia e inmediatez que el problema requería me apersoné en la Secretaría del Trabajo y Previsión Social para hablar con el entonces secretario del Trabajo Carlos María Abascal, quien me escuchó con toda atención y paciencia, y al concluir con mi exposición me expresó que compartía totalmente mis preocupaciones y las hacía suyas, y procedió a convocar a una reunión en sus oficinas al nuevo líder del sindicato minero Napoleón Gómez Urrutia, hijo de Napoleón Gómez Sada, quien había fallecido en octubre del 2001 y a quien yo le profesaba un gran respeto y

afecto; al señor Germán Larrea con su grupo de asesores y al gobierno del estado de Sonora, en la persona del gobernador del estado.

Las pláticas se iniciaron en las oficinas privadas del secretario, que nos concedió todo el tiempo de su agenda. El tenor de las negociaciones no fue ninguna novedad para mí, de nuevo la actitud intransigente, que en ocasiones rayaba en la grosería del señor Germán Larrea, se hizo presente.

El secretario amablemente nos invitaba a desayunar en sus oficinas y siempre aceptábamos. La realidad era que no había avances en nuestros diálogos, el señor Larrea no cedía ni un milímetro en sus pretensiones de liquidar a los trabajadores y cerrar la empresa minera.

Transcurrieron los días y una mañana en que nos encontrábamos enfrascados en aquellos ríspidos diálogos, el secretario Abascal, visiblemente molesto, dio por terminada la reunión, despidiéndonos en el acto. Sin embargo, con la discreción debida, nos pidió tanto a Gómez Urrutia y a mí que permaneciéramos en sus oficinas.

Encontrándonos ya solos sin la presencia del señor Larrea, de una manera franca y abierta nos expresó que se encontraba sumamente irritado por la actitud negativa y en ocasiones déspota del señor Larrea, que eso era intolerable y que ya no estaba dispuesto a permitirselo. Con seriedad y firmeza nos comunicó que no nos preocupáramos, que él utilizaría todos los medios y mecanismos con que contaba el gobierno federal para poner en orden al prepotente empresario. En nuestra presencia se comunicó por el teléfono privado con el secretario de Hacienda y acordaron una cita por la tarde de ese mismo día.

Otro día el secretario Abascal nos convocó de nuevo para que reanudáramos las pláticas en sus oficinas. Y, ¡oh sorpresa!, de la noche a la mañana había sucedido un cambio radical en Larrea, que se presentó con una actitud totalmente diferente a la que había asumido los días anteriores. Las conversaciones fueron breves, se acordó que las cosas se mantuvieran igual, es decir, nada de liquidar ni cerrar la empresa minera.

Regresé sumamente satisfecho a Sonora, había cumplido con dos de mis firmes propósitos: defender a la Sección 65 del sindicato minero, a la que le debía ser licenciado en Derecho gracias a su apoyo e impedir que cerrara la empresa en el histórico mineral, donde mi padre trabajó más de 45 años. Por otro lado, con ese esfuerzo logramos que en todo nuestro sexenio no se presentara ninguna huelga, ni en el ámbito de las relaciones obrero-patronales, ni en el sector educativo a nivel de educación media y superior.

Debo confesarles que cuando acudí en la búsqueda de apoyo del secretario del Trabajo Carlos María Abascal, mi estado de ánimo se podría decir que no era optimista, ya que el señor Abascal era una persona abiertamente ligada al sector empresarial y patronal; además de ser un hombre ultraconservador de derecha, sumamente religioso y, por ende, identificado plenamente con el Partido Acción Nacional. Sin embargo, mis inquietudes, preocupaciones y apreciaciones resultaron totalmente subjetivas. El secretario del Trabajo demostró con su actitud ser un

funcionario honesto, recto e imparcial en su alta responsabilidad; jamás titubeó, ni por un instante en defender a capa y espada los derechos de los trabajadores e impidió el cierre de esa importante e histórica fuente de trabajo. Mi eterno reconocimiento y agradecimiento al señor Carlos María Abascal Carranza, que en paz descanse.

Gracias a su reciente proceso de industrialización, Sonora ocupó el noveno lugar en el PIB per cápita nacional al ajustar a \$8,761 dólares anuales por sonorense, de acuerdo con el valor de la producción estatal.

Durante mi gobierno se realizó un gran esfuerzo para la atracción de inversiones y logramos que Sonora ocupara el séptimo lugar en el contexto nacional en materia de desarrollo, calidad y tecnología.

Pese a la disminución de empresas instaladas en los parques industriales, 78 959 sonorenses trabajaban en ellos al final de mi sexenio.

En el período 1997-2002, el valor real agregado generado por la industria maquiladora de exportación fue superior a los \$16,124 millones de pesos. El flujo de la inversión extranjera directa y maquiladora a partir del Tratado de Libre Comercio, ha llevado a localizar en Sonora a 567 empresas con inversión externa, esto es el 2.5% de las 23 110 registradas en el ámbito nacional.

Los principales países con inversión en Sonora eran, en esa época, Estados Unidos, Canadá, Corea, Alemania, Bermudas, Taiwán, Barbados y España, nuestros principales socios comerciales en orden de importancia.

Antes de concluir este tema, deseo rendir un cálido y respetuoso homenaje a mis amigas y amigos empresarios y a los obreros organizados de mi estado, ya que juntos con inteligencia, paciencia, tenacidad y una gran visión de futuro, crearon una “nueva cultura laboral” en Sonora, lo que permitió que durante los seis años de mi gobierno no se presentara ninguna huelga o paro que trastocara las relaciones obrero-patronales y la productividad en el Estado. Se dice fácil, pero fue un extraordinario y enorme esfuerzo en nuestra entidad, cuyos resultados se aprecian todavía.

En cuanto a obras públicas, como correctamente se dice, las de agua potable, drenaje y alcantarillado son las que menos hacen lucir a los gobernantes porque no se ven, pero en Sonora hay kilómetros de tubería enterrados que sirvieron para abatir los rezagos de muchos años.

Para septiembre del 2003, al concluir mi gobierno, 1 927 872, sonorenses contaban ya con el servicio de drenaje en su vivienda. Las acciones de obra sumaron a esa fecha 263 872 metros de redes de atarjeas, colectores y subcolectores, con una inversión total en el sexenio de \$454 millones de pesos. Los tubos de drenaje instalados en esos seis años para servicio de alcantarillado y saneamiento, puestos en línea, representan la distancia entre Hermosillo y Nogales.

En materia de agua potable logramos una expansión considerable de ese vital servicio. Se construyeron 399 080 metros lineales de red de agua potable, lo que equivale a la distancia entre Pitiquito y Guaymas, lo que significó que 57 800 familias sonorenses más contaran con ese servicio. La inversión realizada

representó \$1,396 millones de pesos en 1 169 acciones de obra, lográndose una cobertura del 96% del servicio a la población.

El esfuerzo que desarrollamos para garantizar el abasto de agua potable a la población durante nuestro sexenio nos llevó a perforar 181 nuevos pozos y a la rehabilitación de 80 más en varias localidades del estado.

Quizá estas cifras a alguien no le pudieran parecer que son impresionantes, pero significaron un avance importante en el nivel de vida de los sonorenses. El esfuerzo realizado fue reconocido a nivel nacional colocando a nuestro estado como una entidad con mayor nivel de vida empatado en el quinto lugar con el estado de Aguascalientes.

Ampliación de la Planta Ford

La crisis del año 2000 encontró a la Ford Motor Company en una situación muy precaria, con pérdidas de \$5,000 millones de dólares y una reducción considerable en el mercado para su modelo Escort producido en Hermosillo. Esto llevó a los ejecutivos de la compañía automotriz a considerar el cierre de la planta en Sonora después de casi 25 años de operación.

Al enterarme de esto me preocupé mucho, ya que miles de trabajadores iban a perder su trabajo, por lo que le pedí a Raymundo “Chamundo” García de León que aceptara el cargo honorario de presidente del Copreson y que desde ahí se hiciera cargo de las negociaciones con la empresa para que no cerrara sus puertas.

“Chamundo” consiguió una cita en las oficinas de Ford en México, donde lo recibieron con una noticia buena y una mala. La mala era que todo pintaba a que iban a cerrar Hermosillo y la buena era que todavía podíamos hacer algo si trabajábamos juntos.

En ese mismo momento se integró un equipo para explorar la posibilidad de mantenerla abierta. El presidente de Ford en México, Marcos de Oliveira, nombró de parte de la empresa a Flavio Díaz Mirón, vicepresidente de compras y a Raúl del Campo, director de relaciones gubernamentales.

La opción era la ampliación de la planta para la fabricación de dos nuevos modelos con plataforma Mazda: el Ford Fusion y el Lincoln MKZ. Eso significaba 3 000 empleos adicionales en la planta y 35 000 nuevos empleos totales incluyendo a sus proveedores.

Nuestra tarea no era sencilla; había que convencer a la Ford, y al mismo tiempo a sus 21 proveedores. Ambas tareas iguales de complejas.

Para lograrlo Flavio y “Chamundo” viajaron a Hong Kong, China, Corea, Japón, Canadá, Europa y Estados Unidos para convencer a los proveedores para establecerse en Hermosillo.

Ya casi teníamos hecho el trato, cuando nos enteramos de que había otros dos competidores que amenazaban con llevarse la planta: Atlanta, que tenía la enorme fuerza de los sindicatos automotrices de Estados Unidos de su lado y Brasil, donde el presidente Lula de Silva ofrecía estímulos financieros descomunales.

El contrincante por vencer era Brasil, pues con todos los estímulos era capaz de dar un precio más barato en la atracción de la inversión.

Entendiendo la gravedad del asunto, le pedimos ayuda al secretario de Economía, Fernando Canales Clariond, y armamos un equipo de expertos financieros para realizar comparativos con inflación y tipo de cambio de Brasil y México, con el objeto de igualar las condiciones y adelantarnos a sus ventajas.

En varias ocasiones recibí a Marcos de Oliveira para intercambiar información y gestionar lo que me pedía para que Ford tuviera menos obstáculos para su decisión. En el momento crucial de la negociación, la prensa hermosillense publicó que Ford estaba considerando ampliar la planta en Hermosillo y los de Ford se vieron forzados a tomar una actitud muy agresiva por la reacción de los sindicatos en Atlanta. Tuve que asumir la culpa y le ofrecí disculpas a Marcos de Oliveira con tal de que se calmaran los sindicatos norteamericanos.

Terminada la propuesta, Flavio y “Chamundo” viajaron a Detroit para reunirse con Bill Ford, quien acababa de entrar como CEO de la Ford. Durante una hora de altísima tensión, le explicaron que nuestro proyecto integral era el más competitivo y que a los proveedores se les hacía muy atractivo.

Bill Ford les agradeció por la presentación y les comunicó que su equipo analizaría la propuesta y les haría saber su decisión a la brevedad posible. Veinte días después recibimos un mensaje: Ford se quedaba en Sonora y decide ampliar la planta.

En total Ford invirtió \$2,750 millones de dólares en Hermosillo, más un monto equivalente de parte de los proveedores que se instalaron en el estado.

La permanencia de la Ford de Hermosillo evitó una catástrofe laboral, no solo salvó miles de empleos, sino que creó miles más - y bien remunerados - como resultado de la ampliación de la planta.

Al paso de los años la producción de Ford en Hermosillo ha crecido aún más con la inclusión de nuevos modelos de autos híbridos. Además, cabe mencionar que, durante muchos años, el Ford Fusion ha sido uno de los modelos líderes en ventas para la empresa en todo el mundo.

Debo expresar mi reconocimiento y gratitud al equipo sonorenses que trabajó intensamente para que lográramos que Ford no se fuera de Hermosillo: Ignacio Escalante, Héctor Munguía, Héctor Sanabria, Roberto Mazón, Katia Cota, Aurora Retes y Francisco Álvarez, así como muchos otros compañeros que aportaron su tiempo y su talento para que se diera este proyecto.

Por el lado sindical, Francisco Bojórquez Mungaray y Tereso Medina armaron un equipo eficiente y comprometido para facilitar la contratación de obreros en toda la proveeduría.

Un funcionario de Ford que nos ayudó mucho fue Ernesto Huerta, quien fungía en esos tiempos como asistente del presidente Bill Ford en Detroit. Este valioso sonorenses después sería reconocido por Ford con puestos de gran importancia para la empresa.

Muy especialmente me gustaría reconocer la labor del representante de Ford, Flavio Díaz Mirón, quien fue una contraparte invaluable para que el éxito del proyecto.

La negociación de la planta Ford es un ejemplo de lo que sucede cuando ciudadanos, empresarios, gobiernos y sindicatos dejan de lado sus diferencias y piensan en sus coincidencias, trabajando unidos por el mismo objetivo.

No tengo duda de que el mérito más grande de concretar la ampliación de la Ford en Sonora se debió a los obreros y trabajadores de la planta local, ya que algo que jamás formó parte de la negociación fue la calidad de los obreros sonorenses.

Por eso no fue ninguna sorpresa cuando, en años posteriores, la planta Ford de Hermosillo - la misma que casi cerraron - fue calificada como la mejor en todo el mundo.

Salud pública

En lo que respecta a la salud, sin duda alguna ése era uno de los aspectos más preocupantes a los que nos enfrentamos al inicio de nuestra administración, debido al agobiante centralismo en la prestación de esos servicios que se venía padeciendo por años en el estado.

Esto impactaba de manera muy negativa a los habitantes de las regiones lejanas de los centros de población más importantes, como Hermosillo y Ciudad Obregón. Estos municipios concentraban la atención a la salud de los sonorenses, principalmente la capital, que contaba con el mayor número de camas y equipo hospitalario.

Desde el principio tuvimos muy claro cual era nuestra prioridad. Por fortuna contábamos con un capaz y experimentado secretario de Salud, el Dr. Manuel Robles Linares, un médico ortopedista reconocido y respetado en su gremio, encabezando nuestras acciones en este sector.

De esta manera, nos propusimos combatir ese centralismo y para ello, se destinaron inversiones importantes con el propósito de lograr cobertura total y mayor calidad, en la atención de la salud de las familias sonorenses.

En materia hospitalaria, se incrementaron los niveles de atención en los puntos más estratégicos de la geografía estatal, con el fin de evitar los largos traslados de enfermos y pacientes y para ello, dotamos de ambulancias a casi todos los municipios.

Cumplimos el anhelo y el sueño al que aspiraban los habitantes de las sierras alta y baja del estado al construirles un moderno hospital general debidamente equipado en Moctezuma, que contaba con servicios de médicos generales y por vez primera con médicos especialistas.

Como candidato a diputado les comentaba a mis queridas amigas y amigos de esa región serrana de mis más profundos afectos —medio en broma y en serio— que las mujeres no podían tener un embarazo o un parto complicado, y que los hombres no podían ni tan siquiera quebrarse un hueso, porque carecían de servicios

de atención médica. Hoy eso es historia, pues ya cuentan con un hospital general de primera.

En Navojoa adquirimos un moderno y funcional hospital privado en \$11.2 millones de pesos que convertimos en un hospital general público, digno para atender la vasta población de la región del río mayo.

En el valle del Yaqui ampliamos la capacidad hospitalaria del Hospital General de Ciudad Obregón, y en Villa Juárez creamos un centro de salud.

En Hermosillo iniciamos la operación del moderno Hospital Oncológico al hacer nuestros los pasivos y obligaciones que generó su construcción; se rehabilitaron el Hospital Psiquiátrico Cruz del Norte y los centros de salud Progreso Norte y poblado Miguel Alemán. Además, en el Hospital General del Estado creamos una moderna unidad de hemodinámica que ha venido prestando servicios de alta calidad, de lo cual soy testigo, ya que yo fui atendido con toda diligencia por un problema de angina de pecho. Por ello soy el primero en felicitar al equipo médico de esa unidad por su diligencia y calidad en el servicio que brindan. Así mismo, en dicho hospital, ofrecimos por vez primera el servicio de tomografía computarizada en el área de diagnóstico. Hasta ese momento era un servicio concesionado a un particular.

Se construyeron los hospitales generales en Agua Prieta y Puerto Peñasco, y centros de salud en Batacosa, Guaycura y Cananea.

En Guaymas se creó una moderna clínica para atender a maestros y empleados del estado jubilados, la que inauguré en compañía de mi amigo Luis Moreno Bustamante, director del Isssteson, y por el líder de la Sección 54 del SNTE, Fermín Trujillo.

Estas inversiones en salud representaron alrededor de \$61.98 millones de pesos, para rehabilitar, conservar, ampliar y construir obras nuevas, beneficiando a 272 comunidades.

En el rubro de la salud, considero prudente incluir que el esfuerzo de inversión propia que realizamos durante el sexenio ascendió a \$96 millones de pesos.

No puedo dejar de expresar mi más profundo reconocimiento y agradecimiento al doctor Manuel Robles Linares, por su dedicación y entrega al inicio de nuestra gestión de gobierno, al doctor José Bernardo Cruz Ochoa, quien, con su capacidad, experiencia y alto sentido de responsabilidad en el servicio público, nos apoyó primero como director del Hospital General del Estado y después como secretario de Salud, y al Dr. Francisco Javier Muro Dávila, quien concluyó exitosamente el período como titular de esta secretaría.

Al finalizar nuestro sexenio, logramos que todo sonorenses tuviera acceso a una instalación de salud ubicada a menos de media hora de su lugar de residencia.

Deporte

En cuanto al deporte, tan importante en la vida de los sonorenses, las acciones que realizamos no han sido cabalmente valoradas por la opinión pública, a pesar de

que la infraestructura deportiva que construimos se hace evidente al visitar los municipios donde hasta antes era inexistente.

Al inicio de nuestra gestión, Sonora se encontraba muy rezagado en el panorama deportivo nacional, ya que nuestra entidad ocupaba el lugar número 20 en la tabla del medallero nacional, y participaba solo en alrededor de 22 disciplinas. Al concluir nuestra gestión de gobierno, Sonora ocupaba el cuarto lugar nacional, en cuanto al número de medallas obtenidas por nuestros deportistas y nos encontrábamos participando en más de 40 disciplinas. La halterofilia colocó a nuestra entidad en el contexto nacional e internacional y nos valió para ser distinguidos con la designación de Sonora como sede de un encuentro mundial en esa disciplina deportiva.

Pusimos todo nuestro empeño, voluntad y emoción para preparar física y mentalmente a nuestros deportistas para el futuro.

En los seis años de nuestra administración, se realizaron 312 obras y acciones de infraestructura deportiva en 259 localidades, con una inversión de \$177.2 millones de pesos. En el año 2003, se realizaron 14 obras en 12 municipios, que representaron una inversión de \$15.17 millones pesos.

Deseo destacar el enorme complejo deportivo que construimos en la colonia Cuauhtémoc en Hermosillo, que incluyó el polideportivo “Ana Gabriela Guevara”, un patinódromo y una moderna y funcional alberca semiolímpica; la rehabilitación total de la unidad deportiva adjunta al estadio “Héctor Espino” y la remodelación del gimnasio del estado con duela, bancas y tablero electrónico.

Nuestro más firme propósito fue fomentar y revitalizar el deporte en nuestra entidad y dada mi vocación deportiva desde mi infancia, quise pregonar con el ejemplo y me enfundé en uniformes deportivos de diferentes equipos de basquetbol y creamos un torneo que se denominó “Cascareando con el gober” en el jugaba con mis hijos y amigos deportistas; recorrimos el estado jugando con jóvenes logrando una gran convivencia con los padres y madres de familia.

Algo realmente emotivo que me sucedió es que en una de esas ligas jugué con Raúl Sáinz Jr., el hijo de mi amigo de la infancia en Cananea, Raúl Sáinz Cota, con quien integré el equipo de básquetbol de la preparatoria con el que hicimos la gira por Agua Prieta, Naco, Nacozari y Bacoachi, junto con Alfredo Ortiz Estardante, Juan Alcalá Sinohui, Titón Vidal, Ramón Arvayo y Alfonso Reyes, en nuestros tiempos del movimiento estudiantil de 1967.

También se creó un equipo de softbol de veteranos que lo integraban destacados ex deportistas en esta rama deportiva, donde nuestro manejador, era mi gran amigo José Antonio “Mechudo” Fabrett, gran jugador mundialista. Con ese deporte recorríamos el estado jugando con veteranos deportistas locales en ciudades como Hermosillo, Navojoa, Moctezuma, entre tantas más.

Promovimos emotivos encuentros de beisbol del recuerdo, en los que participaron auténticas glorias de ese deporte, que le dieron fama y prestigio a nuestro Estado. Cuando visitábamos los municipios, esas leyendas deportivas, algunos de ellos ya muy ancianos, se enfundaron en sus uniformes muy orgullosos.

Entre ellos estaban, “Chivo” de la Fuente, “Cacharpas” Bustamante, Manuel “Barbitas” Acuña (el jugador que aprendió a jugar con mi tío Manuel), Héctor “Chero” Mayer, “Ronnie” Camacho, Roberto “El Tawa” Lizárraga, Aurelio “Güero” Rodríguez, Héctor “Toro” Rodríguez y “Canco” Garza, a quienes expreso mi admiración y respeto para todos y cada uno de ellos, en especial a aquellos que no logré recordar su nombre.

Con toda intención reservé este espacio antes de concluir el tema deportivo para referirme a un evento que recuerdo con profunda satisfacción.

En el año 2003, nuestro estado fue designado como sede para llevar a cabo la Olimpiada Infantil y Juvenil, donde participaron más de diez mil deportistas con sus entrenadores, sin contabilizar la presencia de padres y familiares que los acompañaban.

El esfuerzo de nuestros niños y jóvenes atletas sonorenses nos ubicó en el cuarto lugar nacional, al obtener 88 medallas de oro, 60 de plata y 69 de bronce, para un total de 217 medallas.

No tengo la menor duda, que este enorme esfuerzo que realizaron nuestros deportistas influyó sobremanera para que la máxima autoridad deportiva nacional y, por votación de las federaciones deportivas del país, el presidente Vicente Fox Quesada me entregó el reconocimiento como el gobernador más deportista del año, que recibí a nombre de los deportistas sonorenses.

Deseo aprovechar en el mejor sentido de la palabra para expresar mi más afectuoso reconocimiento y agradecimiento al profesor Miguel Tadeo Nichols Flores, mi amigo y compadre, así como para su eficaz equipo de colaboradores, por la pulcritud y alto sentido de responsabilidad que demostraron, ya que este evento nacional de deportistas no presentó ningún tipo de problemas, sino por lo contrario, fue todo un éxito.

Comisión Sonora-Arizona

En el seno de la Comisión Sonora-Arizona estrechamos y fortalecimos las relaciones y retomamos proyectos postergados. Se realizó un estudio de gran visión que considerara a las dos entidades como una sola región económica, para participar en el corredor México-Estados Unidos-Canadá. El estudio identificó las fortalezas y potencialidades del corredor, mismas que fueron canalizadas a las comisiones y grupos de trabajo. Es importante resaltar que estas comisiones, no solo se integraban por funcionarios de ambas administraciones, sino también con productores y empresarios. Tuvimos la suerte de compartir esfuerzos con la honorable gobernadora de Arizona de origen republicano Jane Dee Hull. Al término de su mandato, continuamos nuestra relación con la gobernadora Janet Napolitano de origen demócrata.

Nuestras reuniones de trabajo se realizaban cada seis meses, ya fuera en Arizona o en Sonora. En una reunión que celebramos en Puerto Peñasco nos acompañó el presidente Ernesto Zedillo, en otras tuvimos la oportunidad de que nos acompañara

el embajador de Estados Unidos en México Jeffrey Davidow, así como el embajador de México ante aquel país, Jesús Reyes-Heróles González-Garza.

Vale recordar que en el trato con los dos gobiernos arizonenses se impulsó un compromiso conjunto en materia migratoria, que apoyaba el programa de “Trabajador huésped”.

Deseo mencionar los reconocimientos recibidos, ojalá no se interprete como un autoelogio, sino más bien el de reconocer el esfuerzo realizado, ya que recibimos dos reconocimientos internacionales como el de la ciudad de Ontario, California y el del gobierno de Arizona, consistente en la designación del día de Armando López Nogales en su calendario.

En todos los eventos durante mi gobierno, particularmente en los internacionales, el escrupuloso desempeño del director de eventos especiales mi amigo Adalberto Villaescusa Sánchez, fue indispensable.

Agricultura

En cuanto al ramo de la agricultura es quizá el que requirió todo el esfuerzo e imaginación de nuestra administración para evitar una recesión de consecuencias desastrosas.

En espacios anteriores señalamos los graves problemas que enfrentaba este importante sector de la economía en la entidad. El financiamiento oficial, vía banca de desarrollo, no llegó al campo sonorense y el más perjudicado por esta retracción fue el sector social, es decir habitantes de ejidos y comunidades que, además, no eran sujetos de crédito de la banca privada.

Una grave problemática enfrentaba este sector al inicio de mi gobierno, se redujo la superficie de siembra, se cancelaron los segundos cultivos en el sur de la entidad y como consecuencia lógica, se redujo el empleo al reducirse el número de jornales; por consiguiente, se presentó una reducción de los ingresos familiares que afectó a una gran parte de los hogares sonorenses.

Para contrarrestar esos efectos negativos, acudimos al gobierno federal en búsqueda de apoyo, específicamente con el secretario de Agricultura, mi gran amigo Románico Arroyo Marroquín, funcionario honesto, capaz, conecedor y sensible a los problemas del campo. Le propusimos crear un “Programa Emergente de Empleo Temporal” con los recursos de programas federales como Procampo en el valle del Mayo y así crear bolsas con recursos y destinarlos a obras de conservación y mantenimiento de la infraestructura hidrológica, como desazolve de canales y drenes. Con la sensibilidad que caracterizaba al secretario, y conociendo la gravedad de la situación que atravesábamos aprobó nuestra propuesta y con esa decisión, logramos mitigar la grave crisis económica y social que se generaba por la falta de empleo en el campo.

En el sector privado de la agricultura, a la retracción del crédito oficial, se sumó la escasa o nula participación de la banca de primer piso, y por si fuera poco, la gran mayoría de los productores privados habían caído en cartera vencida como

consecuencia del famoso, “error de diciembre” o “la crisis del 95.” A este grave panorama del sector agrícola, habría que sumarle la persistente sequía en toda la entidad. El embalse en nuestras presas llegó a tener cotas por debajo del 10% de su capacidad. Esto obligó lamentablemente, en primer término, primero a la reducción de la superficie para segundos cultivos y finalmente su cancelación de los segundos cultivos. Estos factores tan negativos eran por sí solos, causa suficiente para que el campo sonorenses colapsara y con él la propia economía rural estatal.

Sin embargo, por fortuna logramos superar estas condiciones adversas gracias a tres factores determinantes: la gran vocación productiva de los productores, el carácter férreo de ellos frente a la adversidad y la gran disposición, voluntad y apoyo del gobierno federal.

Estos tres factores, se conjugaron para que el sector agropecuario del Estado no decayera, sino que incrementara su productividad y ensanchara su participación en el comercio internacional, a base de la calidad y competitividad de sus productos.

Pese a la obligada reducción de la superficie de siembra, por los efectos de la sequía, nuestra producción agrícola se mantuvo estable, dado que, en promedio, la superficie sembrada anual fue de 559 608 hectáreas. Si bien es cierto, que nuestra superficie de siembra se redujo, esto no fue motivo para que disminuyera nuestra productividad. En promedio durante nuestra administración, la superficie cosechada se mantuvo en 540 745 hectáreas. El mantener estable nuestra productividad, nos llevó a incrementar el volumen de la producción agrícola, en el período de nuestra administración, se produjeron en un promedio anual 3 743 862 toneladas. Mantener la estabilidad de la superficie de siembra y cosecha, el incremento de nuestra productividad, pese a las condiciones tan adversas, colocaron a Sonora a la vanguardia agrícola, al mantener el valor de la producción ya que en promedio producimos \$9,397 millones de pesos, por ciclo entre 1997 y 2003.

Con el apoyo del Gobierno Federal, los jornales generados en el campo agrícola sonorenses, en nuestros seis años de gestión de gobierno, ascendieron a 84 463 millones de jornales. Este esfuerzo se realizó, para abatir el desempleo rural, por la disminución de las superficies sembradas y cosechadas. Se pagaron 14 millones de jornales por año.

La eficaz política de sanidad e inocuidad alimentaria permitió la entrada de nuestros productos a nuevos mercados en países como Estados Unidos, Canadá, Japón, Nueva Zelanda, Holanda, Hong Kong, Taiwán, Inglaterra, Francia, Italia, Venezuela y Libia.

El volumen de las exportaciones agrícolas en crecimiento, en un promedio anual de 711 471 fueron colocadas en el avance del ciclo 2000-2003, ya se habían colocado el 28.43% de la producción.

Sonora ocupó el primer lugar nacional en producción de trigo, uva (fruta-industrial-pasa), espárrago, chile jalapeño, sandía y el segundo lugar en producción de tomate verde, algodón en hueso, naranja y nuez, por el valor de la producción.

Deseo destacar, siendo reiterativo que, pese a la casi nula disponibilidad de crédito, la persistente sequía y una fuerte competencia comercial de nuestros productos agrícolas, Sonora mantuvo su producción e incrementó su productividad, el valor de la agricultura en la generación de riqueza, se mantuvo con una tasa de crecimiento estable y más de \$2,000 millones de pesos al año se generaron por la producción agrícola.

Al iniciar el sexenio del presidente Fox, el nuevo secretario de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación era el guanajuatense Javier Bernardo Usabiaga Arroyo, con quien al inicio de su gestión mantuve una relación tensa, motivada por los apoyos al campo en materia de trigo. Solamente Sinaloa y Sonora se negaban a firmar los acuerdos en los subsidios, pero un día me llamó mi amigo y colega Juan S. Millán, gobernador de Sinaloa, para informarme que había firmado el acuerdo con el secretario Usabiaga. Me fui a la Ciudad de México a una audiencia con el secretario Usabiaga y después de una larga conversación firmé el acuerdo, y a partir de entonces nació con él una gran amistad que conservamos hasta la fecha.

En una gira a Sonora del presidente Fox, yo quería entregarle un reconocimiento a mi amigo Javier Usabiaga en la asamblea anual de la Unión Ganadera de Sonora, pero el secretario particular de la presidencia Alfonso Durazo Montaña se opuso, diciéndome que por razones de protocolo no podía entregarle un reconocimiento a un secretario ante la presencia del presidente de la República. El presidente aceptó romper el protocolo, siempre y cuando el homenajeado no estuviera en el presidium. Así fue y le entregué personalmente a mi amigo su merecido reconocimiento.

Mi respeto y admiración a mis amigos productores agrícolas tanto del sector privado, como social, ya que ellos, gracias a su vocación, carácter y temple, lograron superar las condiciones más adversas que jamás en su historia, Sonora había enfrentado.

Mi reconocimiento y agradecimiento personal y a nombre del pueblo de Sonora, a Romárico Arroyo Marroquín y Javier Usabiaga Arroyo, secretarios federales de agricultura, quienes mostraron una gran sensibilidad y apoyaron decididamente a los agricultores sonorenses. Mientras escribo estas memorias, me entero de que Javier Usabiaga Arroyo falleció el 9 de septiembre de 2018. Descanse en paz.

Mi afecto personal y mi reconocimiento a Juan María Escamilla Devore, secretario de Agricultura en los seis años de mi gobierno, y por supuesto a su eficaz y diría “casi heroico” equipo de colaboradores.

Ganadería

La ganadería es una actividad que por siempre nos ha distinguido e identificado en nuestra historia y en el contexto nacional, que se agrupa en un sector de larga tradición y con profundas raíces en el estado, con presencia nacional, estatal y

regional a través de sus asociaciones como la Unión Ganadera Regional de Sonora y la Confederación Nacional Ganadera.

El ganadero es un gremio sumamente organizado, y en mi opinión, con una estructura y conformación ejemplar. En su seno conviven por igual todos sus agremiados sin distingos en cuanto a su origen, tanto privado como social, independientemente del número de cabezas de ganado que posean en lo particular, todos se consideran por igual orgullosamente ganaderos.

Durante mi gobierno, sumamos esfuerzos y recursos con este importante sector de nuestra economía y logramos juntos mantener el nivel y prestigio de nuestra ganadería.

En 1997, la ganadería sonorenses recibía en apoyo a su actividad \$62.1 millones de pesos, y para 2003 los recursos se triplicaron a \$210 millones. La suma de los recursos destinados al fomento de las actividades pecuarias en nuestra administración, alcanzaron los \$1,800 millones de pesos, incluyendo la aportación de los productores.

En los seis años de mi gobierno, se canalizaron apoyos para sus agostaderos por alrededor de \$399 millones de pesos, que, sumados a la aportación de los ganaderos, nos permitieron la construcción de 641 obras a través del Patronato del Centro de Investigaciones Pecuarias del Estado de Sonora.

Las condiciones adversas que enfrentaba el sector pecuario no eran diferentes a los demás sectores, como falta de créditos, bajos precios en sus productos, sequía, etcétera, y aún así produjo un 23.66% más que en 1997.

La suma de esfuerzos de mi gobierno y de los productores, permitió alcanzar en el ciclo 2002-2003, pese a las condiciones desfavorables del entorno, un volumen de producción de 474 705 toneladas, con un valor superior a \$8,200 millones de pesos, 23.66% más producción y 42.78% mayor valor de sus productos que en 1997.

Sonora se destacó en el ámbito nacional por el volumen de producción de porcinos, huevo, bovinos, leche, caprinos, aves y miel.

Nuestro estatus sanitario, gracias al esfuerzo de nuestros productores pecuarios, mereció el reconocimiento internacional y Estados Unidos nos otorgó la acreditación como “estado modificado avanzado”, ya que el 85% de nuestro territorio estaba libre de enfermedades bovinas; por ello, nuestro Estado contó con el reconocimiento internacional como entidad a la vanguardia en el país, libre de fiebre porcina clásica, lo cual garantizaba el acceso de nuestra carne de cerdo y productos procesados de la misma a los mercados internacionales, permitiendo con esto mantener abiertas las puertas de los mercados de Japón y Estados Unidos a la producción porcícola.

Fuimos el primer estado que implementó y creó la Comisión para la Certificación del Cerdo Seguro; obtuvimos el primer lugar en tecnificación avanzada de granjas porcinas, calidad genética y certificación sanitaria, libre de influenza aviar, y la autorización de parte de Estados Unidos para exportar

becerros. Fuimos también la primera entidad en el país en establecer un sistema de clasificación de la leche.

En los últimos cinco años de mi gestión, exportamos más cantidad, calidad y peso en nuestros productos pecuarios. Solo a Estados Unidos exportamos más de 200 000 becerros y vaquillas en promedio anual. El ciclo 2002-2003 fue el mejor, ya que nuestra exportación fue superior a los 80 000 becerros respecto a los ciclos anteriores, lo que equivale a \$35 millones de dólares más en ganancias en promedio. Todo lo anterior, pese a la sequía y a que teníamos un hato menor en 1996.

Mi más sincero reconocimiento y agradecimiento a mis amigos ganaderos organizados del estado por el gran esfuerzo que realizamos de manera conjunta, para bien de Sonora. Especialmente a Agustín Hurtado Aguayo y Alfonso Elías Serrano, presidentes de la Unión Ganadera Regional del Estado, asimismo a mi querido amigo Luis Leocadio “el Cayo” Aguayo Aguilar, y a su muy distinguido y eficaz equipo de colaboradores.

Vivienda

Estoy cierto de que no podríamos hablar de desarrollo económico en Sonora sin mencionar el esfuerzo que hicimos en materia de generación de vivienda y en general en la industria de la construcción. Por varios años consecutivos, Sonora ocupó el primer lugar en la asignación de créditos per cápita para vivienda y obtuvo el liderazgo nacional en ese rubro.

Para incentivar y estimular el crecimiento de la industria de la vivienda, mi gobierno realizó algunos sacrificios fiscales que permitieron reducir el costo de la vivienda de interés social y con ello, facilitar el acceso de las familias de bajos ingresos a una vivienda digna. Estos sacrificios consistieron en la desgravación o reducción de impuestos, condonación del pago de derechos por servicios registrales en la edificación y adquisición de vivienda de interés social y popular, prorrogación de los descuentos aplicables en los costos de permisos, licencias y autorizaciones para la edificación de viviendas.

En total estas desgravaciones y sacrificios fiscales implicaban un apoyo directo cercano a los \$90 millones de pesos anuales, que los gobiernos estatales y municipales dejaron de recibir, para favorecer el acceso a la vivienda de las familias sonorenses de escasos recursos.

Si bien es cierto que este programa beneficiaba a las familias sonorenses, también es cierto que significó un gran apoyo a la industria de la construcción, que tuvo que soportar largos años de recesión por la escasez de obra pública.

Algunas personas afirmaron que los significativos avances que se dieron en materia económica en nuestra entidad fueron logros que se obtuvieron solamente con el esfuerzo institucional de la estructura de gobierno. En lo personal lo consideraría un insulto para mis amigos empresarios del estado, hombres y mujeres de negocios que se sumaron con toda su emoción y capacidad e hicieron posible

que la economía estatal creciera. Ellos fueron, sin duda, el motor de la economía. El gobierno orientó y facilitó el trabajo de las fuerzas productivas, no las sustituyó. Por ello, en cuanto oportunidad se me presentaba como gobernante, ya fuera en foros, reuniones y entrevistas, les expresaba mi más profundo reconocimiento a los desarrolladores de vivienda por su enorme y valioso esfuerzo que realizaron, sobre todo, en las condiciones económicas tan desfavorables, como las que caracterizaron a nuestro sexenio.

Educación

En materia de desarrollo social, nuestra gestión administrativa puso un énfasis muy especial en el aspecto educativo. No podíamos hacer una administración de gobierno que buscara un mejor futuro sin que se trabajara en crear las condiciones que lo hicieran posible. Por ello, en el ramo educativo es donde realizamos nuestros mayores esfuerzos para abatir rezagos y responder a una demanda creciente en cantidad y calidad, y lo más importante, para generar una oferta educativa que respondiera a las necesidades de crecimiento del Estado, de su planta productiva y de la proyección económica que se había planteado y se estaba logrando.

El crecimiento de la demanda estudiantil nos llevó a crear 308 nuevas escuelas en seis años, entre ellas 3 escuelas de educación especial, 65 de preescolar, 51 de primaria, 7 de secundaria, 22 de telesecundaria y 3 de educación para el trabajo, es decir un promedio de construcción de 52 escuelas por año, lo que equivale a una escuela por semana y casi cinco escuelas por mes.

En apoyo a los educandos y con el fin de garantizar su estancia y permanencia, se multiplicaron las becas otorgadas, mismas que pasaron de 3 736 en el ciclo escolar 1997-1998 a 32 527 en el ciclo 2002-2003, un crecimiento del 549%.

Además, garantizamos un lugar para todo aquel sonoreense que deseaba estudiar. En el período 1997-2003, la demanda estudiantil creció en un 10.24%. Ello nos llevó a incrementar en un 3.34% la planta docente existente y a crear más escuelas que las existentes en 1997.

Al concluir nuestra gestión en el 2003, acudieron a la escuela 722 838 alumnos en los diferentes niveles, 10.24% más que al inicio de nuestra administración.

Llevamos a cabo una inversión sin precedentes en la historia educativa de Sonora, con \$1,712 millones de pesos, que nos permitió llevar a cabo 14 142 acciones en obras y equipamiento.

Nuestro esfuerzo y compromiso fue tal, que casi duplicamos el presupuesto anual. En 1997 se contaban con \$3,503 millones de pesos de presupuesto para educación y para el año 2003, se destinaron \$6,607 millones de pesos. Con ello aseguramos la cobertura de educación básica, primaria y secundaria para nuestros niños y jóvenes.

Todos los niños tenían garantizado su lugar en la educación básica, así como sus paquetes de útiles escolares, seguro escolar, libros de texto gratuitos, materiales didácticos y deportivo. La regionalización de los servicios educativos nos permitió

entregar en el período de nuestro gobierno 17.5 millones de libros de texto gratuitos, 1.6 millones de paquetes básicos de útiles escolares, 175 laboratorios para secundarias, 162 000 mesa bancos nuevos a primaria y secundaria, 16 000 paquetes de material deportivo y 19 000 paquetes de material didáctico.

El indicador de escolaridad de 8.4 años era superior al indicador promedio de los estados fronterizos y superior al promedio nacional que era de 7.8 años.

El índice de analfabetismo en Sonora, que se ubicó en 4.1% al fin de mi gobierno, era muy inferior al promedio nacional de 9.0% y al del promedio de los estados fronterizos. Llegamos a ocupar el tercer lugar nacional, solo superados por los estados de Nuevo León y Baja California.

En el indicador de atención a niños de cinco años, obtuvimos un 99.7% de cobertura, superando con creces las medias nacional y fronteriza que eran de 83.7% y 92.18%, respectivamente.

El índice de reprobación en primaria fue menor a la media nacional, 5.6% contra 6.1%.

El índice de absorción en bachillerato (egresados de secundaria que continúan sus estudios) en Sonora se ubicó en 88.1%, también superior a las medias nacionales y fronterizas, de 80.0% y 73.7%, respectivamente.

Los recursos económicos estatales, destinados al apoyo de instituciones de educación superior crecieron en un 314% durante nuestra administración, al pasar de un monto de \$253.5 millones de pesos en 1997, a \$1,049.5 millones de pesos en 2003.

Para ampliar y consolidar la oferta educativa de nivel superior y medio superior, pusimos en operación la Universidad Tecnológica de Hermosillo, la Universidad Tecnológica de Nogales, la Universidad Tecnológica del Sur de Sonora en Ciudad Obregón, la Universidad de la Sierra en Moctezuma y el Instituto Tecnológico Superior en Puerto Peñasco. Construimos un edificio para la licenciatura en Medicina de la Universidad de Sonora; planteles del Icatson en Agua Prieta, Caborca, Cajeme, Empalme y Navojoa; unidades académicas en Guaymas, Náinari y Navojoa del Itson; planteles del Cecytes en Bacobampo y Bacabachi; edificios para el Cesues (hoy Universidad Estatal de Sonora) en las unidades académicas de Magdalena de Kino y Benito Juárez. Edificamos el gimnasio y auditorio del Cobach en Villa de Seris en Hermosillo, y se entregaron recursos a las universidades y centros de investigación para construir 195 aulas, 39 laboratorios, 21 talleres y 576 anexos.

En cuanto al Instituto de Crédito Educativo, que en sus 23 años de existencia había beneficiado a 65 000 estudiantes, durante nuestro sexenio logramos apoyar a 34 605 estudiantes, más de la mitad de todos los jóvenes apoyados en su historia, representando un monto de \$556 millones de pesos.

Creamos el programa “lunes cívico”. Acudía todos los inicios de semana a una escuela diferente donde celebrábamos los honores a la bandera, llevábamos escolta militar y después del evento me reunía con los profesores y padres de familia. Este

modelo lo retomaron las administraciones subsecuentes, incluso lo replicó mi amigo Juan Millán en el estado de Sinaloa.

Estoy convencido de que este importante avance que realizamos en materia educativa no hubiera sido posible sin la voluntad, participación y esfuerzo de mujeres y hombres que laboraron en la Secretaría de Educación y Cultura. Mi reconocimiento a mi querido amigo Víctor Galindo Sánchez, secretario del ramo, y a mi amigo Marco Antonio Cubillas Estrada, subsecretario, que fueron factor fundamental en este avance educativos.

Comunicaciones

Uno de los esfuerzos más importantes de nuestra administración se dio en el ramo de la comunicación terrestre.

En mi constante peregrinar por toda la geografía sonorenses como candidato, había vivido las serias dificultades de comunicación que tenían las localidades del estado. Al inicio de mi gestión había municipios que aún no tenían pavimentado el acceso a las poblaciones cabeceras de su territorio y regiones enteras tenían que realizar jornadas de horas para llegar a la capital del estado.

Consciente de los enormes retos en este rubro, hicimos nuestro mejor esfuerzo y durante los seis años de gobierno, realizamos una inversión de más de \$1,058 millones de pesos, mismos que se canalizaron a la construcción, reconstrucción y conservación de los 21 521 km lineales de la red de carreteras y caminos rurales de la entidad.

En inversión carretera, solo en 1998 se aplicaron \$30 millones de pesos, y para el final del sexenio la inversión total había sido superior a los \$1,000 millones de pesos. Regiones ancestralmente incomunicadas hoy están conectadas al desarrollo.

Construimos el camino Sahuaripa-Tepache, incluyendo el imponente e impresionante puente sobre el río Yaqui, una muestra fehaciente de la capacidad técnica de los ingenieros sonorenses. Cuando hacía una gira de trabajo por aquella región serrana, mis amigos rancheros me decían: “Gobernador, con que nos hagas el puente es suficiente, nosotros nos llevamos los carros, aunque sea ‘a papuchi’, pero es imposible cruzar el río”.

La anhelada carretera Magdalena-Cucurpe-Sinoquipe, promovida por mi amigo Luis Donald Colosio, hoy es una realidad. Su aspiración le fue cumplida.

La Carretera Carbó-Rayón, el ramal a Agiabampo, el ramal a Trincheras, el camino Fundación-El Quiriego, la carretera El Coyote-Huachinera, la reconstrucción de la carretera Caborca-Puerto Peñasco, la ampliación de las carreteras Navojoa-Etchojoa-Huatabampo y Hermosillo-Bahía de Kino, y la construcción del tercer carril de ascenso de la carretera Ímuris-Cananea, fueron diseñadas y ejecutadas con inversión directa por la Junta de Caminos del Estado, gracias al ingenio de su director, Iván García Gómez.

Al final del sexenio, Sonora contaba con una red de carreteras federales de una longitud de 1 985 km, una de las más grandes a nivel nacional. La red carretera

estatal tenía una longitud de 3 611 km, lo que la convierte en la más grande del país. La red de caminos rurales en la entidad tenía una longitud de 17 910 km, lo que equivale a la distancia entre La Paz Baja, California y Cancún, Quintana Roo.

Carretera cuatro carriles

La carretera federal N.º 15, ahora conocida en Sonora como la “cuatro carriles”, nació como tal durante el gobierno de Rodolfo Félix Valdés, al integrársele un cuerpo más al que tenía desde que fue construida a inicios de los años ‘50, y representó un hito en la historia de nuestro estado.

Sin embargo, su ampliación tuvo un impacto considerable en la deuda pública estatal que imponía serios compromisos y pocas condiciones para la inversión en otras áreas prioritarias como el desarrollo urbano, el desarrollo social y el apoyo al campo, entre otras.

El gobierno de Manlio Fabio Beltrones tuvo que asumir esos compromisos de desequilibrio y limitaciones presupuestales para reducir las desigualdades. Para lograr una salida financiera razonable, Beltrones logró transferir la deuda pública de la carretera al Fideicomiso para el Rescate Carretero, que el gobierno federal diseñó para darle solución al problema de las carreteras en México, pero eso trajo como consecuencia la instalación de casetas de cobro en la “cuatro carriles” con el propósito de recuperar el dinero de su inversión, lo que provocó la consabida molestia de la población sonorenses.

Al asumir mi gobierno la carretera seguía en manos de la federación y la molestia ciudadana continuaba, los márgenes de maniobra financiera y crediticia se habían reducido, al haberse liberado la capacidad de endeudamiento y haber hecho uso de ella para atender los sectores rezagados.

Decidí entonces buscar recuperar la administración de la carretera solicitándosela al gobierno federal, condicionándole que no nos regresara la deuda que había por su construcción. El reto no era menor, pues el gobierno del presidente Zedillo nos exigía a los estados una mayor austeridad y responsabilidad financiera, y por su parte el Banco Nacional de Obras y Servicios (Banobras) y Caminos y Puentes Federales de Ingresos y Servicios Conexos (Capufe), administradores de la deuda y la carretera respectivamente, se negaban a entregárnosla.

Tuve que hacer uso de todas mis facultades personales y políticas de gestión para lograrlo y tuve éxito. Nos regresarían la administración de la carretera, si lográbamos ganarla en una licitación pública, con la condición de que continuaran las casetas de cobro y esos recursos se utilizaran en el mantenimiento mayor y menor de la vía. El resto de los recursos, solo éstos, pasarían a mano del estado. Era un buen arreglo, aunque reconozco que no desaparecían las casetas de cobro, el principal reclamo de la sociedad sobre el asunto.

Nombré responsable de la licitación a Héctor Molina Ruibal, quien pasó meses en la Ciudad de México presentando todos los informes y documentos posibles y logramos ganar la licitación.

La operación de la carretera volvió de nuevo al estado bajo la eficiente administración y empeño de Héctor Molina Ruibal. Se mantuvo en buen estado de conservación y con los recursos excedentes apoyamos a algunos municipios, entre otros a Navojoa y Cananea, donde construimos un parque industrial.

En el año 1999, el director de Capufe, Gustavo Carvajal Moreno, me pide que reemplace a Héctor Molina por su amigo el sonoreense Fausto Acosta González, quien quería regresar al estado; acepté la solicitud y con el dolor de mi alma tuve que prescindir de Héctor, a quien le di todo mi reconocimiento, e inicié con Acosta una relación de trabajo institucional respecto a la carretera.

No recuerdo cuándo, ni bajo qué contexto, un día le comenté a Fausto Acosta que Bernardino “El Paluco” Ibarrola Elías, hijo de mi gran amigo don Bernardino Ibarrola, contaba con maquinaria pesada propiedad de su familia y la rentaba. En ese tiempo “El Paluco” trabajaba como representante en México de la compañía *Greyhound Leasing and Financial Corporation*, una empresa que vendía y rentaba maquinaria pesada en el país. Al poco tiempo los ejecutivos de aquella empresa despidieron a “El Paluco” acusándolo de conflicto de intereses. Después me enteré de que la razón fue por una denuncia de Acosta González ante los directivos de la empresa acusándolo de defección. Me pudo en el alma aquello por la gratitud que le tengo y le tendré a la familia Ibarrola y me culpo por mi error involuntario de haberle hecho saber a Acosta de las actividades del hijo de mi gran amigo. No sé qué fue lo que interpretó Acosta González de lo que le dije, y no pude comprobar que lo que me dijeron que hizo fue cierto o no, pero a partir de entonces marqué mi distancia con él.

Las cosas se modificaron radicalmente al cambiar el gobierno federal el año 2000, que incluyó no solo un nuevo presidente sino también otro partido en el poder.

Las concesiones carreteras de la Capufe fueron revisadas por la nueva administración, que veía con recelo las concesiones “priistas”, ya que consideraba una operación política el hecho que el estado aplicara los recursos excedentes en los municipios, por lo que creía conveniente quitarnos esos recursos.

El gobierno federal volvió a convocar a una licitación pública de la concesión y obviamente no la volvimos a ganar. Hoy en día la carretera sigue bajo la administración federal; las casetas continúan y ahora toca a los sonorenses evaluar su desempeño.

Pavimentación

En lo que se refiere a la pavimentación, en seis años de gobierno se pavimentaron 1 812 352 metros cuadrados de vialidades urbanas en 76 de los

principales centros urbanos del Estado. Este esfuerzo de pavimentación equivale a la distancia de San Luis Río Colorado, Sonora a Culiacán, Sinaloa.

Considero importante resaltar el avance que se logró en una modalidad que tuvo un fuerte impulso por el grado de corresponsabilidad y de participación que mostró la propia ciudadanía, que fue la obra pública concertada.

El Consejo Estatal de Concertación de la Obra Pública (Cecop), recibió cada año de nuestra administración, recursos crecientes por la positiva respuesta que se tuvo de la propia sociedad organizada y de los ayuntamientos. Con este modelo se pudo multiplicar la inversión, mediante la suma de recursos estatales, municipales y de los mismos habitantes beneficiados.

Esta concertación y participación de la ciudadanía en la obra pública, en setenta meses de nuestra gestión y con presencia en los 72 municipios, se reflejó en 7 979 obras concertadas, la participación de 69 065 ciudadanos como aportantes y de \$17,252 millones como integrantes de los comités de concertación, una inversión conjunta superior a los \$540 millones de pesos.

Mi reconocimiento a Héctor Guillermo Balderrama y a su espléndido equipo de colaboradores por su extraordinario esfuerzo, y a Arnoldo Soto Soto que después lo continuó.

Turismo

En lo que se refiere al turismo, en los seis años de gobierno, Sonora fue origen y destino de alrededor de 2.9 millones de visitantes, lo que provocó una derrama económica de más de \$50,000 millones de pesos.

Debido a las inversiones en infraestructura hotelera y de servicios, así como de infraestructura para el desarrollo, en seis años se logró duplicar el gasto promedio diario por visitantes, en 1997 los extranjeros que nos visitaban gastaban \$348 pesos diarios, en el año 2003 gastaron \$835.

La ampliación en la capacidad de hospedaje fue posible gracias a la construcción y operación de más habitaciones destinadas al turismo en nuestro estado, éstas representaron un incremento en un 24% en los seis años, al pasar de 10 416 habitaciones disponibles en 1997, a 12 933 en el 2003.

Minería

La actividad minera ha sido históricamente emblemática en nuestro estado, por ello buscamos un mayor desarrollo sin costos ambientales.

La mayor participación porcentual que Sonora tuvo en nuestra administración en el producto interno bruto nacional fue en el sector minero, con un 7.8%, seguido por el sector primario y la rama de electricidad, con un 4.8% cada uno.

En seis años, nuestro estado fue el primer productor de oro a nivel nacional con una producción de 56 304 toneladas, con un valor de más de \$5,111 millones de pesos.

Sonora es el primer productor nacional de cobre, aportando el 81.8% de la producción nacional, lo mismo en la producción de grafito, molibdeno, wollastonita y carbón antracítico con el 100% de la producción nacional; es el tercero en la producción de molibdeno y el quinto en plata.

En la distribución de la superficie minera concesionada en el país, Sonora ocupó el primer sitio, seguido por Zacatecas y Chihuahua y el personal en la industria minera alcanzó los 9 788 trabajadores.

En párrafos posteriores comentaré con detalle el caso de la mina de Cananea.

Pesca

En cuanto a los recursos del mar, éstos continúan representando una sólida y viable alternativa de desarrollo para nuestro estado.

Sonora ocupó el primer lugar como estado productor pesquero nacional con el 35% de la producción nacional y fue el primer estado impulsor de la acuicultura del camarón a un ritmo de crecimiento del 23% anual.

La pesca estatal se encontró dentro de los tres sectores principales que generan el mayor volumen de divisas a Sonora y al País.

Obtuvo el primer lugar nacional en la captura de macarela, sardina, berrugata, jaiba, corvina y manta raya; el segundo en captura de camarón tanto de mar como de cultivo, así como el tercero en calamar.

Durante el año 2002, el total de la producción pesquera ascendió a 549 030 toneladas en peso vivo, cifra sin precedente en la producción pesquera nacional, lo que nos permitió ser el principal productor pesquero del país, aumentando en 5 141 toneladas respecto a la producción registrada en el 2001, lo que representa un incremento del 6.8%. El valor de la producción pesquera fue de \$2,092 millones de pesos y orientamos a la industrialización 411 977 toneladas, obteniendo 185 388 toneladas en productos terminados. Se comercializaron 139 437 toneladas en el mercado interno y 68 642 toneladas al externo generando el camarón, el calamar y la jaiba poco más de \$240 millones de dólares en divisas.

En producción acuícola, pasamos de 7 166 toneladas en 1997 a 20 271 en el 2002, destacando principalmente la producción de camarón de cultivo, ostión y especies de agua dulce. Cajeme registró el mayor volumen total de esa actividad con 10 892 toneladas, Huatabampo con 3 418 toneladas, Hermosillo con 3 736 toneladas, Guaymas con 882 toneladas y el golfo de Santa Clara con 154 toneladas.

En la acuicultura, en mi gestión se triplicó la superficie destinada al cultivo del camarón y se ha cuadruplicado la participación de ejidos en ese sector.

Finanzas públicas

Durante el periodo de mi gobierno, pusimos especial énfasis en lograr una administración eficiente de las finanzas públicas, fundamentalmente para que nos alcanzara el dinero para atender los graves problemas que enfrentábamos, y sobre

todo, para impulsar el desarrollo social y económico del estado colaborando y compartiendo nuestros escasos recursos con las empresas, los grupos organizados y la población en general en los proyectos que ellos mismos impulsaron y nosotros apoyamos.

Por eso, tener y disponer de finanzas sanas, siempre fue un objetivo permanente para nosotros.

De acuerdo con la información de las cuentas públicas de mi período, los ingresos totales que recibimos ascendieron a \$71,116 millones de pesos, de los cuales el 89% provinieron de participaciones y aportaciones del Gobierno Federal, y el 11% restante de los ingresos estatales producto de las contribuciones locales.

Los ingresos totales anuales pasaron de \$7,116 millones de pesos en 1998 a \$15,727 en 2003, lo que significó un incremento del 121%.

Por su parte, los ingresos propios pasaron de representar un 8.47% del total en 1998 a un 11.45% en 2003, es decir, incrementamos nuestra capacidad recaudatoria.

Es importante destacar que en el rubro de los ingresos estatales se encuentra una proporción de ingresos derivados de préstamos otorgados por la banca nacional y la banca privada. En nuestro sexenio, los ingresos por préstamos promediaron en los seis años el 16.8% de los ingresos estatales, cifra mucho menor a los promedios que representaron esos mismos conceptos en los sexenios de Eduardo Bours y Guillermo Padrés, que fueron del 20.4% y 39.7% respectivamente.

En cuanto a los egresos, de acuerdo con los mismos registros publicados en las cuentas públicas del Gobierno del Estado, durante mi gobierno el gasto total ejercido entre 1998 y 2003 ascendió a la suma de \$71,092 millones de pesos, habiendo pasado de \$7,109 millones de pesos en 1998 a \$15,873 millones de pesos en 2003, por lo que se observa un incremento del 123% entre esos 6 años.

En promedio, en este período el gasto público estatal se destinó un 78.7% al gasto corriente, un 16.5% al gasto de inversión, y un 4.7% al servicio de la deuda pública. Es importante mencionar que, en el caso del gasto corriente, nuestro promedio fue inferior al de los gobiernos estatales siguientes, ya que en el de Eduardo Bours se destinó un 80.3% y en el de Guillermo Padres un 79.7%

El porcentaje del gasto destinado a la inversión pública fue superior al de los dos gobiernos mencionados, pues el 16.5% logrado en el período 1998-2003, es muy superior al 14.9% de Bours y el 11.4% de Padrés.

En lo referente al pago de las amortizaciones e intereses de la deuda pública, que en el período que se comenta ascendió al 4.7% del total de gasto, es muy semejante al promedio que se observó con Eduardo Bours que fue del 4.2%, pero resultó casi la mitad del que se realizó en el período de Guillermo Padrés que promedió un 8.9%.

Lo anterior explica la razón del por qué en nuestro período de gobierno logramos encauzar un porcentaje mayor a la inversión pública, ya que destinamos porcentajes menores al gasto corriente y al del pago anual de la deuda.

Hacia finales de 2012, algunos voceros del gobierno del estado presidido por Guillermo Padrés Elías y en ocasiones el propio gobernador, empezaron a manejar la versión de que una gran parte de los problemas financieros que tenían, se debían o eran consecuencia inmediata de los malos manejos financieros de los gobiernos anteriores e iniciaron una campaña para convencer a los sonorenses de que si las cosas salían mal en su gobierno, no era culpa de su inexperiencia, o de la franca aplicación de medidas incorrectas, sino en todo caso a las malas administraciones de los gobiernos anteriores, a quienes culpaban del exceso de endeudamiento público, que los estaba obligando a desviar recursos de la inversión para pagar la deuda, y por ello, solicitar continuamente nuevos créditos para poder poner en marcha las obras que pensaba hacer.

No solo se refirieron al gobierno anterior, sino al mío también, que hacía diez años había concluido.

Para saber si había razones sustentadas en la crítica sobre mi presunta responsabilidad por excesos en el uso de la deuda pública, inicié con mis antiguos colaboradores, encabezados por Marco Antonio Cubillas Estrada, una profunda investigación documental, que nos llevó a revisar una por una las cuentas públicas de la hacienda pública estatal, los informes de gobierno de esos años, los registros de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, las estadísticas del Instituto Nacional de Geografía e Informática, los Anuarios Estadísticos de Sonora que elabora el propio INEGI en coordinación con el gobierno del Estado y diversos documentos que elaboraron las dependencias del gobierno estatal y las instituciones de investigación estatales, en el período de 1998 al 2015.

El resultado de la acumulación estadística de esa información y de su análisis comparativo, generó la información que a continuación les presento y las evidentes conclusiones que demuestran fehaciente e históricamente, lo que en realidad pasó en esos años en materia de deuda pública y de inversión pública

Es un recuento que puede parecer repetitivo e insistente, pero más vale serlo en cuestiones tan trascendentes que afectan directamente a la sociedad sonorenses, que suavizar el análisis y dejar que las interpretaciones acomoden las cosas al parecer de cada lector.

Al inicio de mi gobierno recibimos un pasivo de \$3,672 millones de pesos. Al cierre, este monto ascendió a \$5,460 millones de pesos. En seis años, entre pagos y nuevos préstamos, la deuda creció en \$1,788 millones de pesos, un incremento del 48%.

A la deuda que dejé al cierre de mi gobierno, mi sucesor le aportó \$5,798 millones de pesos más, dejándola en \$11,258 millones de pesos, un incremento del 106%.

Por su parte, Guillermo Padrés Elías le aportó a la de Bours \$11,521 millones de pesos más, dejándola en \$22,779 millones de pesos, lo que representa un 102% de incremento.

En resumen, a la deuda que dejé a Eduardo Bours y Guillermo Padrés le aportaron \$17,339 millones de pesos, un 310% de incremento en esos dos sexenios.

Ante estas evidencias numéricas, no hay necesidad de abundar en más detalles pues las responsabilidades son evidentes, y quien quiera verificar estos datos, que revise las fuentes de información que nosotros consultamos citados en párrafos anteriores.

Cytrar

Respecto al conflicto del confinamiento de residuos tóxicos Cytrar, ahora les explico lo que sucedió.

En 1988, la empresa Técnicas Medioambientales de México S. A. de C. V., adquirió a la Promotora Inmobiliaria de Hermosillo, un confinamiento de residuos industriales localizado al sur de la ciudad de Hermosillo, en un lugar conocido como “Las Víboras”, con autorización para operar de parte del Instituto Nacional de Ecología (INE), con una duración de cinco años y exclusivamente para residuos regionales, contando con un permiso de uso de suelo expedido por el Ayuntamiento de Hermosillo.

Técnicas Medioambientales de México S. A. de C. V., es una filial de la empresa de capital español, denominada Técnicas Medioambientales TecMed S. A., y a su vez es propietaria del 100% del capital social de Cytrar S. A. de C. V., constituida esta última en febrero de 1996.

Dicho confinamiento había iniciado operaciones en 1986 por de la Planta Ford-Hermosillo, para después transferírsele al Parque Industrial de Hermosillo (en ese entonces propiedad del Gobierno del Estado), y por último, fue operado por la Promotora Inmobiliaria de Hermosillo, organismo público desconcentrado del Ayuntamiento de Hermosillo, antes de que ésta convocara a la licitación pública para venderlo.

Para entonces, las nuevas disposiciones legales obligaban al nuevo confinamiento a obtener la llamada licencia de funcionamiento para poder operar, así como observar una serie de requisitos contemplados en la Ley General del Equilibrio Ecológico y la Protección al Ambiente (Lgeepa).

En noviembre de ese año le correspondía a la empresa renovar la cédula de operación o actualizar su licencia de funcionamiento, tal como lo venía haciendo los dos años anteriores; sin embargo, la licencia le fue negada por la Secretaría del Medio Ambiente Recursos Naturales y Pesca (Semarnat) por conducto del INE, argumentando que habían incumplido los puntos previstos en la licencia.

Apenas iniciado mi gobierno, en diciembre de 1997, un grupo de ciudadanos y miembros de organismos no gubernamentales de evidente filiación panista, inició una protesta ante el palacio de gobierno demandando la clausura de dicho confinamiento argumentando tanto verbalmente como por escrito, en su afán por lograr la atención de las autoridades y de los medios de comunicación, así como el apoyo del resto de la ciudadanía, que el confinamiento estaba trasladando residuos peligrosos de otras partes del país, incluso del extranjero a dicho lugar, lo cual, además de ser ilegal, provocaba la contaminación del suelo, de la atmósfera y del

agua subterránea, lo que generaría en breve un grave perjuicio a la salud de los habitantes de Hermosillo.

La presencia de vehículos de carga de la empresa en los patios del confinamiento provocó la alarma y preocupación de los ciudadanos inconformes sobre la posibilidad de que residuos biológico-infecciosos estuvieran siendo igualmente confinados en el mismo sitio, e hizo que aumentara la intensidad de sus denuncias y nos presionaron para que no se autorizara nuevamente su funcionamiento.

El tema no nos correspondía a nosotros en términos de competencia legal, y el ayuntamiento panista se deslindó de su responsabilidad, argumentando una irresponsabilidad legal: que había sido un ayuntamiento priista anterior, quien había dado el permiso y por lo tanto ellos se deslindaban.

En esas circunstancias los manifestantes se fueron contra nosotros sin que tuviéramos responsabilidad alguna al respecto, ni siquiera se tomaron la molestia de protestar ante la Semarnat o el INE, los jurídicamente facultados para actuar, y mucho menos ante el ayuntamiento, responsable de la licencia de uso del suelo.

Lo hicieron también ante el Presidente de la República, queriendo dar la impresión de que en Sonora existían problemas que resolver y que mi gobierno no hacía nada para atenderlos, dando la impresión de insensibilidad y hasta de ingobernabilidad.

Inmediatamente inicié gestiones ante la titular de Semarnat Julia Carabias Lillo, quien instruyó al subsecretario Jorge del Valle para establecer una mesa de diálogo con los manifestantes.

Esa mesa de diálogo resultó un fracaso porque, en una de las reuniones realizada en la sala de juntas de mi oficina, los inconformes se comportaron de una manera irrespetuosa, insolente y grosera ante la secretaria Carabias, presente en la reunión.

Finalmente, el 3 de julio de 1998, en la visita que hiciera a Hermosillo, la secretaria Carabias manifestó que el confinamiento se cerraría, ya que, por las irregularidades detectadas, no se le renovarían la autorización para continuar operando. Resaltó que la clausura definitiva del confinamiento era resultado de una auditoría ambiental que se le había hecho.

Ahora me pregunto, si ya no funciona el confinamiento controlado, ¿adónde van a parar todos esos residuos peligrosos que se han generado en la región desde que Cytrar cerró sus instalaciones? Tal vez el destino de muchos de ellos, sobre todo los de uso doméstico y comercial, sean ahora los terrenos baldíos de la ciudad, los costados de brechas y caminos vecinales de poca afluencia; otros más tal vez sean depositados clandestinamente en rellenos sanitarios, vertidos al mar, dispuestos por el drenaje doméstico o simplemente abandonados en los patios o cocheras de casas y talleres.

Después de la lección del Cytrar, el nuevo proyecto, en caso de existir, deberá contemplar una cobertura de servicio orientado a la región y no a todo el país, ya que difícilmente la sociedad sonoreense aceptaría que en su territorio se depositen residuos peligrosos que no genera.

Sonora a nivel nacional

Al final de los seis años de gobierno, después de un gran esfuerzo realizado, el estado de Sonora logró posicionarse a un buen nivel en los diferentes ramos de la gestión pública, como lo reflejan los datos siguientes.

De acuerdo con el censo del año 2000, Sonora se ubicó entre los estados con más altos niveles de bienestar, compartiendo el segundo lugar con otras ocho entidades federativas: Aguascalientes, Coahuila, Nuevo León, Baja California, Chihuahua, Baja California Sur, Estado de México y Tamaulipas, y en el 5.º lugar entre los estados que registraron bajo grado de marginación.

Se ubicó en el 4.º lugar en el contexto nacional en materia de servicios provistos a la población, en la 7.ª posición en el ámbito nacional en materia de desarrollo, calidad y tecnología, y en el 5.º sitio en el desempeño fiscal de su gobierno.

Apareció en el 5.º lugar junto al vecino estado de Chihuahua con menores índices de corrupción y en la 2.ª posición en transparencia de información.

Estaba por encima del promedio nacional en indicadores clave como escolaridad, alfabetización, matriculación, reprobación, deserción y eficiencia terminal en primaria, reprobación en secundaria, en posibilidades de entrar y reprobación en el nivel medio superior y en posibilidades de entrar a la licenciatura.

Ocupaba el 3.º lugar por disponibilidad de quirófanos y camas censales, 4.º por su número de enfermeras, 6.º por su número de médicos, 7.º por la capacidad de intervenciones quirúrgicas y 12.º lugar por los consultorios disponibles.

Por el volumen de nuestra producción fuimos líderes en productos agrícolas como trigo, algodón, uva de mesa, industrial y pasa, espárrago, chile jalapeño, sandía, papa, garbanzo, melón, calabacita, alfalfa, tomate verde, algodón hueso, naranja y nuez; productos pecuarios como carne porcina, huevo, bovinos, leche, caprinos, aves y miel. En total, en el ámbito nacional fuimos líderes en 40 productos del sector primario.

Elecciones intermedias

Pasemos ahora al tema político electoral. En las elecciones del año 2000 se elegirían presidente de la República, senadores, diputados federales, diputados locales y presidentes municipales.

Hay que recordar que es esa elección, la “ola Fox” amenazaba todas las posiciones electorales priistas y en ese momento para mí, lo más importante era ganar la mayoría absoluta en el congreso estatal y recuperar algunos municipios importantes.

En un gran trabajo político-electoral, mi partido logró ganar las presidencias municipales en 46 municipios, una más que en 1997, recuperando Puerto Peñasco, Cucurpe, Ímuris, Cumpas, Villa Hidalgo, Moctezuma y Carbó en poder del PAN, y Ures, Cajeme, Benito Juárez y Huatabampo en poder del PRD.

El PAN por su parte ganó 15 presidencias municipales, 2 menos que en 1997; el PRD ganó 9 y el PT ganó una, repitiendo en Fronteras (al igual que en 1997); la alianza PRD-PT-PAS ganó solo la presidencia del municipio de Altar.

En cuanto a diputaciones locales el PRI obtuvo 11, el PAN 8 y el PRD 2, para quedar junto con las plurinominales así: el PRI con 16 (dos más que en 1997), el PAN con 13 (dos más que en 1997), y el PRD con 4 (5 menos que en 1997). Seguíamos teniendo la mayoría relativa en el congreso local, pero no la absoluta.

Recuerdo con afecto a los diputados priistas Jesús Enríquez Burgos (coordinador de la bancada), Alfredo López Aceves, Vicente Terán Uribe, María Lourdes Cruz Ochoa, Lioncio Durazo Durazo, Ricardo Rivera Galindo, Marco Antonio Coronado Acuña, Francisco Contreras Vergara, Raúl Acosta Tapia, Gustavo Ildefonso Mendivil Amparán, Antonio Leyva Duarte, José Lamberto Díaz Nieblas, Mario Barceló Abril, Jesús Rosario Rodríguez Quiñonez, Daniel Hidalgo Hurtado y Onésimo Aguilera Burrola.

Por el PAN fueron diputados Mario Alberto Guevara Rodríguez, Héctor Cáneiz Ríos, Marco Arturo Moreno Ward, Enrique Torres Delgado, Francisco García Gámez, Manuel Corral Gutiérrez, Gustavo Adolfo De Unanue Aguirre, Homero Ríos Murrieta, J. Irene Álvarez Ramos, María Viola Corella Manzanilla, Ernesto Munro Palacio, Francisco Alberto Velasco Núñez y María Dolores Del Río Sánchez.

Por el PRD José René Noriega Gómez, Jesús Ávila Godoy, Hildelisa González Morales y Heleodoro Pacheco Vásquez.

Los candidatos del PRI a la senaduría, Eduardo Bours Castelo y Miguel Ángel Murillo Aispuro, perdieron la contienda frente a Ramón Corral Ávila y Héctor Larios Córdova del PAN, y solo Bours asumió el cargo gracias al derecho de la primera minoría, lo que lo colocaba en la carrera sucesoria, que tres años antes no había podido lograr.

En cuanto a las diputaciones federales, de parte del PRI resultaron ganadores Arturo León Lerma, María del Rosario Oroz Ibarra y Julián Luzanilla Contreras, y por el PAN Marcos Pérez Esquer, Guillermo Padrés Elías, Vicente Pacheco Castañeda y María Isabel Velasco Ramos.

Ante este nuevo escenario posterior a la elecciones intermedias, aparecieron nuevos personajes políticos que empezaron a perfilarse como posibles candidatos a sucederme en el cargo, tales como Ricardo Bours Castelo, presidente municipal de Cajeme; Javier Gándara Magaña, quien había perdido la presidencia municipal de Hermosillo, pero había quedado posicionado ante la opinión pública; Francisco Búrquez Valenzuela, quien derrotó a Gándara; Ramón Corral Ávila y Eduardo Bours Castelo, estrenados como senadores.

Capítulo XI

MI SUCESIÓN

Las elecciones del año 2000 definieron una nueva forma de sucesión estatal, ya que el hecho de perder la presidencia de la república, el PRI se quedaba sin un líder o autoridad nacional que fuera el fiel de la balanza en la decisión, una ley no escrita en mi partido y que ahora como gobernador del estado y líder local de facto del partido, tendría que resolver, algo que ni remotamente estaba en mis planes antes de esas históricas elecciones. Ahora sabía que tenía que evaluar las circunstancias y dar oportunidad a mis posibles sucesores de mi partido para que se proyectaran y posicionaran libremente para poder así lograr el triunfo.

A partir de ese año tendría que llevar a cabo una evaluación sistemática y permanente del estado sobre el ánimo de la población y la evolución de las figuras políticas que se fueran perfilando como posibles candidatos a sucederme.

El escenario político electoral y del ejercicio del poder había cambiado en el país y particularmente en Sonora, por primera vez en la historia de México teníamos un presidente panista y en especial en Sonora el gobernador era priista.

Como gobernador del estado tenía la obligación de observar y actuar con suma cautela, esperando la acometida revanchista del panismo sonorense y no estaba equivocado; sus primeras acciones fueron remover a todos los delegados federales en la entidad sin recato alguno para sustituirlos con militantes de su partido, lo que reflejaba la altanería y soberbia de los panistas en Sonora.

Para muestra basta un botón. A mediados de diciembre del año 2000, durante la primera gira al estado por el presidente Fox, incluimos una gira por la ciudad de Nogales y al final de los eventos invité al presidente a comer al restaurante El Trocadero de la familia Bojórquez, que atendían la señora Olga Bojórquez, viuda de Raúl “El Pixto” Bojórquez, y su hijo, una familia por la que yo tenía un gran afecto, ya que asistía a comer con ellos con regularidad.

El presidente Fox se hizo acompañar por unas 15 personas, la mayoría panistas sonorenses - recuerdo con claridad a Ramón Corral Ávila - quienes no “pelaron” a su gobernador y se dedicaron a departir alegremente con su presidente. Apenas nos habíamos sentado, me disculpé para levantarme e ir al baño a lavarme las manos y poder comer con seguridad después de haber saludado a cientos de personas, y cual sería mi sorpresa que, al regresar a la mesa, mi silla estaba ocupada por otra persona. El presidente se percató de la situación, pero se mostró totalmente indiferente ante aquella bochornosa situación. Me quedé de pie frente al presidente sin saber qué hacer, pero gracias a la oportuna, madura y eficaz acción de mi paisano Alfonso Durazo Montaña, secretario particular del presidente, comedidamente se levantó, tomó una silla de donde pudo y me hizo un lugar de nuevo en la mesa entre aquellos alegres comensales para quienes yo no existía. Poco tiempo después la familia Bojórquez se convirtió en furibunda panista y yo nunca más volví a ese restaurante.

Después de aquella desagradable experiencia me quedó claro que como gobernador del Estado tendría que hilar fino con la estructura administrativa federal, ya que la relación no sería nada fácil. El primer encontronazo sucedió con el secretario de Agricultura Javier Usabiaga Arroyo, quien, en relación a la problemática del trigo, elaboró y firmó un acuerdo con los estados productores de ese cereal, salvo Sonora y Sinaloa, que nos negamos a hacerlo, no obstante que poco tiempo después Sinaloa reculó y firmó sin yo saberlo. De inmediato le pedí audiencia al secretario Usabiaga para ir a plantearle la problemática sonorenses al respecto y defender a capa y espada a mis productores. Esperaba una reunión dura y ríspida con el secretario y sucedió todo lo contrario, todo fue respeto, cordialidad y a partir de entonces nació una sólida y estrecha amistad con Javier.

Lo mismo sucedió con Reyes Tamez Guerra, el secretario de Educación de Fox, con quien establecí una excelente relación y siempre me apoyó para el establecimiento de las universidades en el Estado.

La relación con el presidente Fox se fue estabilizando con el tiempo y los tres años que coincidimos nos visitó más de veinte veces, contrario al presidente Zedillo que solo nos visitó en dos ocasiones.

Para posicionar a mi partido era necesario fortalecer la imagen de mi gobierno, ya que la imagen de una administración es determinante en el electorado a la hora de decidir por quién votar en la siguiente elección.

Iniciamos también un discreto operativo de investigación política en todos los municipios y distritos electorales. Se hicieron ejercicios de prospectiva electoral para tener una idea real de las posibilidades de cada partido en el siguiente proceso electoral y obtuvimos un panorama sumamente realista acerca de los escenarios electorales.

El escenario era que el PRI y el PAN estaban prácticamente empatados con el 46.9% el primero y 43.9% el segundo.

Al iniciar el mes de marzo del 2002, el PAN dio inicio del proceso de selección de su candidato a la gubernatura y el 11 de ese mes se registró como precandidato Francisco Búrquez Valenzuela, que era presidente municipal de Hermosillo. El día 17 de abril lo hizo Ramón Corral Ávila, a esa fecha senador por Sonora.

En marzo del 2002 el PRD se encontraba inmerso en el proceso de elección de su dirigencia estatal en la que eligieron a Reynaldo Millán Cota, y fue hasta entonces que arrancó el proceso de selección de su candidato ocurrido el 17 de abril con dos aspirantes: Jesús Zambrano Grijalva, secretario general del Comité Directivo Nacional del ese partido, y el presidente municipal de Navojoa, José Guadalupe Curiel.

En esa misma fecha el PRI apenas estaba lanzando la convocatoria para renovar 289 comités seccionales en Hermosillo, mientras que Javier Gándara Magaña y Héctor Cáneez Vázquez anunciaban su intención de participar en un proceso abierto de selección del candidato. Cáneez Vázquez manifestó que se inscribiría si el proceso era abierto a la militancia, asegurando que su trayectoria y liderazgo dentro del PRI lo harían triunfar, y no le faltaba razón ya que era un político y militante de

larga carrera política y administrativa que era visto con muy buenos ojos entre la militancia, pero con una percepción ciudadana muy baja respecto a los otros aspirantes.

Por su parte Eduardo Bours, desde el año 2000 que asumió la senaduría, había iniciado un intenso activismo para su posicionamiento como candidato.

No obstante que el PRI tiene sus propios instrumentos legales para definir la nominación de sus candidatos, su militancia tradicional esperaba la participación definitiva de parte del gobernador del estado, considerado como el primer priista de la entidad, ante la ausencia de un presidente de la República de su partido, que hasta entonces había sido tradicionalmente y siempre el gran elector de los candidatos a las gubernaturas en el país.

El 1 de mayo del 2002, Día del Trabajo, en pleno desfile de los trabajadores de Hermosillo, las huestes cetemistas del líder estatal Francisco Bojórquez Mungaray, al pasar frente al templete donde me encontraba en el presidium acompañado de las autoridades federales, estatales y municipales, sorpresivamente sacaron a relucir sendas mantas de apoyo para su “gallo” para la gubernatura, Eduardo Bours.

A Pancho Bojórquez lo conocí a través de su hermano Ascensión “Chon”, compañero masón, cuando Pancho era un líder local cetemista en los años setenta y más cuando fue diputado local por Moctezuma de 1976 a 1979, mientras yo trabajaba en el gobierno de Alejandro Carrillo Marcor. Desde entonces había cultivado una relación de amistad tan estrecha que nos decimos hermanos. Pancho fue también diputado local por el mismo distrito en la primera mitad de mi gobierno.

En 1999, al llegar los tiempos de relevo en la dirigencia estatal de la CTM en el estado, mi intención y decisión fue apoyar a mi amigo Francisco Bojórquez Mungaray, como candidato a dirigir esa importante e histórica organización de trabajadores.

Para lograr mi objetivo, me apersoné con mi amigo y “Padrino” Leonardo Rodríguez Alcaine y le hice mi formal petición. Grande fue mi sorpresa al escuchar su rotunda respuesta negativa a apoyar mi petición. Me respondió, entre otras muchas razones, que Bojórquez y su grupo no eran cetemistas y que no fuera pendejo, que Bojórquez no era confiable. Seguí insistiendo y el negándose.

Ante su rotunda negativa se me ocurrió solicitarle que enviara un delegado del Comité Ejecutivo Nacional a Sonora para que evaluara y sopesara mi afirmación de que “Pancho” contaba con simpatías, identificación y arraigo entre los trabajadores de mi estado, a regañadientes aceptó mi solicitud.

Poco tiempo después llegó a Sonora un joven, atento y hasta cierto punto introvertido delegado a quien yo no conocía, por lo que me di a la tarea de investigar cuál era su área de influencia dentro del CEN de la CTM. Gratamente me enteré que pertenecía al grupo muy cercano de mi amigo Armando Neyra Chávez, un extraordinario líder embotellador del estado de México. Le hablé a mi tocayo, le explique la situación y amablemente le solicité me apoyara con el delegado para que diera su aprobación a Pancho como candidato. Accedió con

gusto diciéndome: “voy a hablar con él para que apoye tu propuesta”, le agradecí sus buenos oficios.

El delegado cumplió al pie de la letra la instrucción de su jefe, mi “tocayo” Armando Neyra. Puedo decir que hasta nos permitió participar en la elaboración de su informe al CEN de la CTM. De esa manera Pancho, llegó a ser el dirigente de la CTM en el estado.

Tiempo después, como ya lo relaté en párrafos anteriores, mi amigo Pancho apoyó decidida y abiertamente la candidatura a gobernador de Eduardo Bours a en el proceso interno de nuestro partido. A Pancho, jamás le insinué ni reclamé en público, ni en privado su decisión.

Un día me encontré de casualidad a mi amigo y “Padrino” Rodríguez Alcaine en el restaurante “Puerto Chico” de la ciudad de México. Se encontraba comiendo con su familia y al verme entrar se levanta, me toma del brazo y me aparta y muy serio me dice: “Te dije ahijado pendejo lo que te iba a pasar con Bojórquez”. Solo atiné a sonreírle y me dice: “aún te lo puedo quitar de la dirigencia”. Amablemente me negué a su ofrecimiento porque Pancho, además de mi amigo, era un excelente líder.

Algo parecido me pasó con Julián Luzanilla Contreras, el joven y carismático dirigente de la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos de la CNC en el estado, quien, al igual que Pancho apoyó abierta y decididamente la candidatura de Bours en el proceso interno de nuestro instituto político. A Luzanilla tampoco le reclamé su determinación, ni en público, ni en privado.

Luego entonces, si dos de las tres poderosas centrales pilares de nuestro partido, CTM, CNC, CNOP, apoyaron abierta y libremente y sin cortapisa alguna en sus aspiraciones a Bours, ¿por qué expresaba a los cuatro vientos que había “dados cargados” y favoritismo de parte del gobernador?. Jamás reconoció mi actitud imparcial en el proceso, sino todo lo contrario.

A finales de mayo del 2002, el PRI lanzó su convocatoria para renovar el Consejo Político Estatal y anunció que el proceso para la selección de su candidato a gobernador se llevaría a cabo entre junio y julio de ese año.

Según un estudio de opinión que realizamos en junio del 2002 con la empresa Consulta Mitofski, al preguntarle a la población: ¿Recuerda el nombre de algún candidato a gobernador?, los resultados arrojaron que Eduardo Bours tenía un 25.2% de mención, Ramón Corral 13%, Francisco Búrquez 9.6%, Javier Gándara Magaña 7.6%, Adalberto Rosas 4.5%, Manlio Fabio Beltrones 3.1%, Manuel Robles Linares 2.7%, Alfonso Molina Ruibal 2.3%, Guillermo Hopkins Gámez 1.7% y Jesús Zambrano 1.2%.

Evidentemente quien tenía mejores posibilidades era el PRI con Eduardo Bours, el PAN con Ramón Corral y Francisco Búrquez, y el PRD con Jesús Zambrano, y Adalberto Rosas como independiente al haber renunciado al PAN años antes.

Al preguntarle a la población: ¿Por cuál partido votaría?, los resultados arrojaron que el PRI tenía un 32.9%, el PAN 32.8% y el PRD un 9.0%. El PRI y el PAN estaban prácticamente empatados.

Por otra parte, la encuesta arrojó que en cuanto a la aprobación de la población con mi gestión y la del presidente Fox, me daban a mí un 71.6% mientras que al presidente un 67.3%.

En cuanto a los precandidatos del PRI, los resultados arrojaban que la población prefería a Eduardo Bours en un 33.4%, Guillermo Hopkins 10.7%, Manuel Robles Linares 5.3%, Alfonso Molina Ruibal 3.5%, y a ninguno un 18%.

Por el PAN, sus precandidatos recibían el siguiente apoyo de la población: Francisco Búrquez Valenzuela 25.5%, Ramón Corral Ávila 21.1%, y ninguno el 20.8%.

En cuanto al PRD, Jesús Zambrano no tenía punto de comparación con ninguno de sus compañeros, pues había sido candidato en 1997 y en ese momento era secretario general del Comité Directivo Nacional de su partido.

El PRD anunció que su método de selección de candidato sería a través de una encuesta directa a la población a realizarse por la empresa Alducín y Asociados durante el mes de septiembre.

En junio del 2002, Javier Gándara Magaña demandaba a nuestro partido que se le definiera su posible participación en el proceso interno, presentando un escrito acompañado de más de dieciséis mil firmas de militantes y simpatizantes que lo apoyaban en su aspiración, aunque de acuerdo a los estatutos del PRI, no podía ser candidato debido a que no había ocupado antes un puesto de elección popular, porque cuando perdió la presidencia municipal de Hermosillo el año 2000, no aceptó la regiduría que por ley le correspondía, a pesar de mi insistencia de que lo hiciera, por lo que solo podría serlo a través de una alianza con otro partido.

Por otra parte, el proceso de selección del candidato del PAN se realizó el 13 de octubre resultando ganador Ramón Corral Ávila con 3 650 votos sobre Francisco Búrquez Valenzuela que obtuvo 2 954 votos.

Desde mi perspectiva, el candidato del PRI debería ser un personaje muy bien posicionado entre la ciudadanía, con un perfil de buen administrador y político, un conocimiento total de las circunstancias físicas, económicas, políticas y sociales de la entidad, y que, si carecía de algo de eso, habría que establecer toda una estrategia para acuerparlo y hacerlo ganar.

Hasta entonces la baraja de candidatos priistas para sucederme la conformaban Eduardo Bours Castelo, Javier Gándara Magaña, Alfonso Molina Ruibal y Guillermo Hopkins Gámez, a quienes dejé libremente desempeñarse en busca de su propio posicionamiento y que se fueran decantando por sí mismos, mientras yo los evaluaba permanentemente, pensando que quien me sucediera lo hiciera con la aceptación suficiente que legitimara su triunfo. A los tres últimos los conocía más que suficiente y sus niveles de capacidad y carrera política y administrativa les daba más que suficiente como para aspirar a gobernar el Estado.

Había dos perfiles más a quienes consideraba que también encarnaban las capacidades que he mencionado para gobernar el estado. Ellos eran Manuel Robles Linares, mi secretario de Salud y Ricardo Bours Castelo, presidente municipal de Cajeme.

Al primero, reconociendo su capacidad administrativa y política, desde el 2001 le había pedido que asumiera la presidencia del PRI para que condujera el proceso que ahora se presentaba, pensando que, así como me pasó a mí, él podría ser el candidato para sustituirme.

En cuanto Ricardo, el oficio político que había mostrado al frente del ayuntamiento de Cajeme, así como su perfil profesional y personal, me indujeron a pensar que podía ser un buen gobernador, impulsado seguramente por los grupos empresariales del sur del Estado.

A pesar de insinuarle que se mantuviera hasta el final, Ricardo decidió retirarse por razones familiares, ya que no quiso competir contra su propio hermano.

Por otra parte, Manuel Robles Linares no logró despuntar en su posicionamiento y se quedó rezagado.

Eduardo Bours y Javier Gándara hacían campaña de proselitismo por todo el estado, buscando los apoyos necesarios a sus aspiraciones sin miramiento alguno, sin pedir el visto bueno o la autorización de nadie, y por mi parte nunca les impedí u obstaculicé sus pretensiones.

El panorama electoral que enfrentaba me resultaba sumamente complicado, ya que mi relación con Roberto Madrazo Pintado, presidente del CDN del PRI, no era nada buena. En Sonora había perdido la elección como precandidato a la presidencia de la república ante Francisco Labastida Ochoa el año 2000 y también había perdido aquí la elección para presidente del PRI frente a mi amiga Beatriz Paredes Rangel el año 2002.

Cuando Madrazo buscó la candidatura a la presidencia de la República el año 2000, no me pidió que lo apoyara, solo me envió interlocutores a los que no les reconocí el nivel suficiente para apoyarlo y no lo hice.

Cuando aspiró a la presidencia del PRI el 2002, Roberto me solicitó apoyo personalmente y me comprometí a dárselo, ya que mi gran amiga Beatriz Paredes me había dicho que no participaría en esa contienda. Poco tiempo después de ese compromiso con Roberto, Beatriz me invitó a comer para informarme que siempre sí participaría y que necesitaba de mi apoyo para lograrlo. Le informé de mi compromiso con Roberto y con una sonrisa de amiga incondicional me dijo: “Ese es tu problema hermanito, te necesito a mi lado”, y ante aquella frase inatacable no tuve más remedio que dar marcha atrás a mi apoyo a Roberto.

Con mi decisión respecto a Roberto lastimé a algunos de mis amigos, particularmente a Carlos Valles Ayub, representante del estado en la Ciudad de México, quien era amigo de Madrazo y con mi anuencia trabajaba de lleno dándole su apoyo. Al comunicarle de mi decisión de no apoyarlo, Carlos se sintió herido y nuestra relación empezó a enfriarse y deteriorarse, lo que terminó con su salida de la representación. Ahora le ofrezco mil disculpas a mi querido amigo Carlos, un eficaz y eficiente colaborador.

Abrumado por las condiciones políticas que enfrentaba y presionado por los tiempos electorales, desde la intimidad de mi conciencia y aprovechando que Laura y mis hijos saldrían de la ciudad un fin de semana de las vacaciones de agosto del

2002, decidí quedarme en Hermosillo en la casa de gobierno, les pedí a mis asistentes que solo bajo una verdadera emergencia me interrumpieran, y en la soledad y el silencio de mi despacho me senté a meditar serenamente sobre una de las decisiones más importantes y trascendentales que debería de tomar en mi vida, y reflexioné lo siguiente: para el Comité Ejecutivo Nacional del PRI, el responsable político de la conducción del proceso de selección del candidato a sucederme era yo mismo, por lo que asumí mi papel como gobernador del estado, más allá de mi condición de priista, buscando siempre el equilibrio ante las nuevas condiciones de pluralidad y competencia política existentes para que éstas no afectaran la estabilidad social y la tranquilidad política del estado. Mi responsabilidad histórica era dejar la entidad en las manos responsables y seguras de un priista, para lograr la continuidad de la estabilidad y el orden que imperaban hasta entonces en la sociedad sonoreNSE.

En ese momento, ante la ausencia de un presidente de la república priista, la decisión no saldría de Los Pinos hacia el PRI nacional, sino saldría de Sonora hacia el Comité Directivo Nacional, lo cual dificultaba más el proceso dado mi distanciamiento con el presidente del CDN, Roberto Madrazo Pintado, quien no terminaba de digerir que en nuestro estado hubiera perdido la elección contra Beatriz Paredes Rangel.

Por otra parte, en las recientes asambleas del Consejo Político Estatal se insistía en la democratización de los procesos internos, algo que también manifestaban algunos los grupos dentro del PRI, incluyendo a expresidentes estatales, además de los grupos de militantes que ya habían tomado partido con alguno de los aspirantes.

Al mismo tiempo, los partidos de oposición al PRI veían en el proceso la oportunidad de que hubiera una fractura interna en nuestro partido que debilitaría su estructura electoral como partido dominante, lo que supuestamente les daría la oportunidad de fortalecer su presencia electoral, por lo que pregonaban que el PRI era un partido antidemocrático con la intención de que abriéramos el procedimiento a la militancia.

Estaba consciente de que tenía que lograr que mi partido tuviera la capacidad de postular a un candidato ganador - y garantizar así - que el elegido diera continuidad a un gobierno sostenido bajo los principios de éste.

Yo tenía todos los elementos para echar a andar toda la maquinaria del PRI y lograr que el partido eligiera a quien yo decidiera, como el gran elector tradicional de siempre, pero me interesaba más que el candidato elegido resultara de una verdadera consulta de la militancia y que surgiera con credibilidad y legitimidad ante las elecciones más reñidas de la historia que se aproximaban, según las estimaciones electorales que tenía en mis manos.

Alfonso Molina Ruibal había sido mi amigo desde que trabajamos juntos al lado del gobernador Carrillo Marcor y era mi mejor opción, tanto política, administrativa y emotiva para que me sucediera, dada su enorme experiencia en el servicio público y larga carrera política, pero pesaba sobre él un escaso

posicionamiento público y en las encuestas aparecía con un muy bajo puntaje que lo ponía en desventaja sobre los demás.

Estoy convencido de que, si las circunstancias históricas hubieran permitido utilizar el viejo sistema priista de elección, Alfonso hubiera sido el candidato de unidad a la gubernatura.

Por su parte Guillermo Hopkins Gámez, aunque registraba un buen posicionamiento en cuanto a identificación de su nombre ante la ciudadanía, sobre todo por su relación con Luis Donald, no mejoraba en la percepción de su imagen pública. No obstante, vi con beneplácito su participación en el proceso, aunque no consideraba que garantizara el triunfo, dado lo que acabo de explicar de sus números.

A Eduardo Bours lo conocía poco y mi trato con él había sido distante. No teníamos empatía natural, pero tampoco enemistad. Desde mi perspectiva no contaba con la más mínima experiencia en el servicio público, tampoco con una carrera empresarial destacada en el estado, ya que su reconocimiento público solo le venía de sus ancestros, incluso, se rumoraba que alguna vez había recibido la propuesta de Colosio para participar como candidato por la presidencia municipal de Celaya, Guanajuato, donde había residido por años trabajando para la empresa de su familia. Lo observaba inmaduro y en ocasiones frívolo. En realidad mi relación con su familia era a través de su hermano Ricardo, sin embargo no dejaba de reconocer su presencia y participación política en el estado. Además, cargaba con el estigma de haber perdido la campaña para senador ante el PAN y solamente había accedido a esa posición gracias al derecho de la primera minoría.

Desde el inicio de su anticipada “precampaña” su actitud se fue tornando cada vez más agresiva, empezó a manejar sin fundamento alguno que había “favoritismo” y “cargada” hacia algunos aspirantes y que había que abrir “a patadas” el proceso para que fuera abierto y democrático, aunque al inicio pedía que la selección del candidato fuera “de unidad”, por supuesto que a su favor.

Sabedor de que la estructura tradicional del PRI no estaría con él por su falta de militancia, como estrategia política empezó a correr la versión de que era un candidato independiente y que los demás eran incondicionales a mí.

Al momento de estar escribiendo estas memorias a mediados del 2018, Eduardo Bours declaró ante los periodistas de la mesa Libre Opinión de Hermosillo: “Mi gran error en 2009 fue haberme metido en el proceso electoral y caer en la contradicción de hacer lo que justamente tanto critiqué en 2003 de Armando López Nogales”. Al leer lo que dijo reflexioné que a pesar de transcurrido el tiempo, este señor sigue manejando la misma versión de la campaña interna para ser candidato, que desafortunadamente se quedó en el imaginario de la población, porque no hubo nadie que la refutara. En páginas siguientes de este libro conocerá por fin mi versión al respecto y tendrá los elementos suficientes para darse cuenta de que, a pesar de haberse metido hasta el fondo en el proceso, su candidato perdió la elección. En mis tiempos, el candidato de mi partido sí la ganó.

Con Javier Gándara había consolidado una buena amistad siendo yo presidente del CDE del PRI. Lo incorporé a mi campaña a gobernador para coordinar a los empresarios en el diseño de las políticas de desarrollo económico que habríamos de implementar en mi gobierno, a pesar de que a los empresarios cercanos a mis afectos no les simpatizaba su presencia en mi campaña; pasaba lo mismo con el gobernador Beltrones en esa época.

Era tanta la confianza que le tenía a Javier, que en una cena durante mi campaña me pidió que su primo Roberto González Laborín, a quien yo no conocía, fuera el coordinador de mi campaña en Cajeme, la segunda plaza en importancia electoral en el estado y acepté tan solo por ser él quien me lo pedía.

Durante mi campaña, Javier jugó un importante papel como consejero en materia de finanzas, y todo ese tiempo lo cuidé, manteniéndolo ajeno de todo tipo de confrontación que normalmente se dan en todas las campañas políticas.

Al llegar al gobierno formé el Copreson y lo designé su director dándole un importantísimo escaparate público ante sus colegas y la sociedad en general. Al mismo tiempo le abrí las puertas de mi partido, donde no era visto con simpatía dada su escaza militancia dentro del mismo y al llegar el año 2000, lo apoyé incondicionalmente en sus aspiraciones para ser candidato a la presidencia municipal de Hermosillo, misma que desafortunadamente perdió. Aun así, le aconsejé que aceptara la regiduría para contar con el requisito de tener un puesto de elección popular y se mantuviera vigente políticamente en caso de llegar a concretarse su aspiración a la candidatura por la gubernatura.

Años después, en el 2015, cuando Javier era candidato a gobernador, me pidió una cita privada para pedirme mi apoyo y le acepté la reunión, pero no en mi casa sino en la de Manuel Emilio “Manolo” Hoyos. Aquella fue una reunión ríspida con fuertes reclamos de ambas partes. Entre otras cosas me reclamó que no lo había apoyado en su campaña para la presidencia municipal de Hermosillo, pero él sabe muy bien que sí lo hice.

Le dije que si hubiera aceptado la regiduría en Hermosillo lo hubiera apoyado incondicionalmente en sus aspiraciones a gobernador el 2003, pero no escuchó mi consejo. Él sabe que por mi parte no fallé como amigo y estoy seguro de que hoy en día no podría negar lo que ahora afirmo. Nos desahogamos los dos, quedamos en buenos términos, nos despedimos con un abrazo y ésa fue la última vez que nos vimos.

Después de analizar a los aspirantes, reflexioné profundamente sobre el escenario que viviríamos durante las elecciones: el PAN en el poder federal; el estado infestado de delegados federales panistas listos y dispuestos a soltar sus jaurías contra nosotros; amenazado por el poder presidencial del que ya había recibido algunas dosis de desprecio y no podría enfrentarme a él; con minoría priista en el Congreso estatal; con un aspirante priista beligerante que se autoproclamaba como independiente y rebelde, exigiendo ser candidato de unidad, lo cual sería lo último que yo permitiría, y la *vox populi* esperando que yo tomara la decisión; con una mala relación con la dirigencia nacional de mi partido; con

algunos de mis colaboradores y amigos abriéndose a favor del aspirante en rebeldía; yo intentando que uno de los otros despuntara y pudiera ganar, y muchas, muchas cosas más que puse sobre la baraja de mi ánimo y mi raciocinio.

Haciendo acopio de mis principios éticos, morales y políticos que conocí desde niño a través de mis padres y de adulto de mis mentores, entre ellos el más importante de todos, Luis Donald Colosio Murrieta, en mi calidad de gobernador tomé una decisión, dispuesto a pagar por ella el desgaste natural de mi figura, tanto personal como institucional, que me trajera consigo: abrir el proceso de designación del candidato de mi partido a la gubernatura, para que fueran los militantes y simpatizantes quienes decidieran por él, en un proceso limpio y transparente, pasara lo que pasara. Se lo comuniqué a la dirigencia de mi partido.

El 1 de septiembre del 2002, el PRI lanzó la convocatoria para seleccionar a su candidato a la gubernatura en un proceso abierto a la militancia y simpatizantes que sería el 29 de septiembre con la instalación de 498 casillas en todo el estado, lo que inconformó a Eduardo Bours, que exigió más casillas.

A sabiendas de que no reunía los requisitos del PRI para ser candidato, les pedí a mis amigos y colaboradores Óscar López Vucovich, Manuel Robles Linares, Luis Moreno Bustamante y José Encarnación Alfaro, que hablaran con Javier Gándara y le explicaran sus posibilidades y el procedimiento a seguir para que se inscribiera y participara en el proceso. Javier los escuchó con atención, les preguntó sobre las diferentes opciones que tenía y les pidió unas horas para darles su respuesta, la que finalmente resultó negativa y declinó participar, tal vez pensando que no podría vencer el escoyo de su falta de requisito partidario para participar o que tal vez yo no lo apoyaría.

La salida de la jugada de Javier me causó un fuerte desconcierto, ya que habíamos sido amigos desde hacía muchos años, y no obstante mi renuencia a la vida social, había convivido con su familia en ese mundo inaceptable para mí, aunque debo confesar que mi primer y gran amigo en esa familia fue su hermano Alberto.

Finalmente se registran en el proceso interno Eduardo Bours Castelo, Alfonso Molina Ruibal, Guillermo Hopkins Gámez y Héctor Cáñez Vázquez.

El proceso se desarrolló en dos líneas discursivas: una esgrimida por Bours en la que señalaba favoritismo de mi parte hacia los otros ante su candidatura rebelde y la otra en la que los otros aspirantes se mantuvieron institucionales presentando sus propuestas tradicionales.

En la campaña interna contra Alfonso Molina, Bours Castelo se comportó muy agresivo, se quejaba de todo. Se veía muy mal con esa actitud, pues se enfrentaba a un peso completo y experimentado en la política como lo era Alfonso, que lo enfrentó con dureza y lo hizo que varias veces rechinara los dientes de rabia.

La elección interna del PRI se llevó a cabo en orden y la competencia se centró en dos aspirantes: Alfonso Molina Ruibal y Eduardo Bours, quienes se llevaron la mayoría de los votos, mientras que Guillermo Hopkins obtuvo una respetable votación, quedando Héctor Cáñez totalmente rezagado.

Pese a que Alfonso ganó en más de 45 municipios, Bours se alzó con la victoria. Sin embargo, quedó la impresión en el ambiente electoral que, en el sur del Estado, particularmente en Cajeme, su hermano Ricardo había operado con todo a favor de Eduardo, a pesar de que el operador electoral de Alfonso en ese municipio era el experimentado Miguel Ángel Murillo Aispuro.

Al final, la diferencia de votos fue lo suficiente clara para que no hubiera necesidad de interponer algún recurso legal de parte de alguno de los candidatos perdedores, sobre todo de Alfonso, que asumió una actitud viril y respetable al reconocer de inmediato el triunfo de su oponente, no obstante que obtuvo el segundo lugar y de que podría presumirse alguna operación ventajosa en los municipios de Cajeme, Navojoa y Huatabampo de parte de Ricardo Bours a favor de su hermano.

El día siguiente de realizada la votación convoqué a mi oficina a los cuatro contendientes y a la dirigencia estatal de mi partido, dejándoles un claro mensaje de unidad partidista y convocatoria a la participación para la siguiente etapa electoral que se avecinaba.

Como candidato, “el Chapo” Bours - como le gustaba que lo llamaran - continuó con su actitud hostil hacia mi gobierno, incluso la acrecentó; se presentaba como “el nunca antes visto”, lo cual me incomodaba sobremanera. La gota que derramó el vaso fue cuando se presentó en una entrevista en el noticiario de Joaquín López Dóriga en Televisa, quien le preguntó algo así: “Candidato Bours, tú hablas de que en tu estado la situación está muy complicada por la agresividad de los candidatos de la oposición, en particular el de Acción Nacional, sin embargo nosotros observamos que el candidato de ese partido, Ramón Corral, en ningún momento ataca o se refiere en términos negativos a tu gobernador Armando López Nogales”, a lo que Bours sarcásticamente le respondió “Claro, ya están arreglados”. Lamentablemente yo estaba viendo el noticiario en la televisión y la aseveración injusta me causó una enorme decepción y coraje, y le pedí a mis colaboradores que de manera indirecta lo apoyaban, que por favor se retiraran. Algunos pagaron los platos rotos como mi amigo Carlos Gámez López, quien, con sus grandes dotes de organización y priista a carta cabal, estaba coadyuvando para organizarle a “el Chapo” una nutrida cena familiar en la colonia Centenario de Hermosillo; por instrucciones mías la tuvo que cancelar y como consecuencia sufrió una feroz persecución política al dejar mi gobierno.

En lo personal me negué a cualquier contacto o relación con el candidato Bours y su equipo. Una mañana recibí una llamada de Roberto Madrazo Pintado, presidente del CEN del PRI, en la que me solicitaba que lo recibiera en Hermosillo para tratar conmigo lo relativo al candidato y que estaba por salir de la Ciudad de México. Le dije amablemente que sabía perfectamente el asunto que quería tratar diciéndole que no se preocupara, que no tenía necesidad de venir personalmente a verme, que su llamada me bastaba para entender lo que quería y que en ese momento procedería y arreglaría la situación. Le pedí que les dijera a los que le llamaron que ese mismo día recibiría en mi oficina a Ricardo Mazón Lizárraga,

compadre y amigo de “el Chapo”. Así fue. Esa misma mañana recibí a Mazón y en una conversación en tono fuerte le pedí que me trajera al candidato a mi oficina para aclarar paradas. “El Chapo” Bours se presentó discretamente en mi oficina y estoicamente aguantó mis reclamos y reproches sobre su actitud infundada sobre mi persona. Hoy no tengo la menor duda que aquella entrevista alimentó más en su ser el rencor y resentimiento hacía mí.

A partir de ese día retomé personalmente el apoyo a su campaña, convencido de que independientemente de su actitud y los riesgos que corría con su triunfo, como priista inquebrantable, era absolutamente indispensable para mí que “el Chapo” Bours ganara, así que llamé a mis amigos Leocadio Aguayo y Alfonso Elías Serrano, entonces presidente de la Unión Ganadera Regional de Sonora, para pedirles que le organizaran una gran cabalgata en Moctezuma al candidato, a sabiendas de que le gustaba montar a caballo. Por mi parte, me comprometí a hablar con mis amigos de aquella querida región serrana para que les ayudaran. La cabalgata fue todo un éxito y tal vez ésta fue la simiente para que Bours como gobernador organizara sus faraónicas cabalgatas por Sonora.

A propósito de cabalgatas, ahora recuerdo lo que dijo Salvador Sánchez Sobarzo “el Caballo” respecto a éstas: “Nos salían más baratos los juegos de basquetbol de López Nogales, que las carísimas cabalgatas de ‘el Chapo’ Bours”.

Al terminar el evento les llamé por teléfono a Leocadio y Alfonso para agradecerles su generosidad y al preguntarle a Alfonso si el candidato ya le había dado las gracias me respondió: “Si no lo hice por él, lo hice por usted”. Qué curioso cómo se escribe la historia.

Las elecciones estatales de Sonora de 2003 se llevaron a cabo el domingo 6 de julio de 2003, simultáneamente con las elecciones federales, presidencias municipales y el congreso estatal.

Participaron como candidatos Eduardo Bours Castelo por la alianza PRI-PVEM que obtuvo 372 467 votos (45.60%), Ramón Corral Ávila por el PAN obteniendo 364 544 votos (44.63%), Jesús Zambrano Grijalva el PRD con 51 447 votos (6.30%), Roberto Ross Gámez por el PT y el Partido de la Sociedad Nacionalista con 11 539 votos (1.30%) y José Ignacio Romo Ochoa por Fuerza Ciudadana con 2 482 votos (0.31%).

La diferencia de 7 923 votos entre el PRI-PVEM y el PAN, llevó a este último a interponer un recurso legal ante los tribunales electorales, donde se estuvo discutiendo por semanas hasta dar el fallo tan solo un día antes de la toma de posesión. También tuve que ayudarle a “el Chapo” antes los tribunales electorales para que no le tumbaran su gubernatura.

A las 0:00 horas del día 13 de septiembre de 2003, le entregué la oficina del Gobernador del Estado de Sonora a mi sucesor y me fui a mi casa a reflexionar sobre los últimos seis años de mi vida y a esperar lo que el destino me deparaba.

Capítulo XII

EXGOBERNADOR

Como lo señalé en la introducción de estas memorias, uno de los factores que me impulsaron a escribirlas, indudablemente fue la actitud belicosa que asumí mi sucesor en contra de mi persona y mi gobierno, prácticamente al concluir mi gestión.

Si bien es cierto que entre ambos nunca existió empatía, considero que tampoco hubo enemistad alguna, no obstante que en la precampaña y la campaña tuvimos roces y desacuerdos que consideré muy propios de aquellas turbulentas etapas político-electorales. Además, obtuvimos la victoria electoral por nuestro partido.

Lamentablemente la actitud de mi sucesor hacia mí no fue positiva, sino todo lo contrario.

Una vez dejada la gubernatura, salí de viaje con mi familia por el Caribe y en algún puerto de desembarque se comunicó telefónicamente conmigo mi colaboradora Cecilia Sánchez Luque quien me informó que mi sucesor había emprendido una bien estructurada campaña en los medios de comunicación en mi contra, “por la expedición irresponsable y de manera unilateral” de unas pensiones vitalicias a algunos empleados estatales, lo que atentaba contra el patrimonio del estado.

Nada más injusto y perverso que aquel señalamiento. Las pensiones vitalicias están debidamente contempladas en la ley, tan es así, que en la administración del gobernador Beltrones también se extendieron para algunos de sus colaboradores y yo las firmé al iniciar mi período como gobernador.

Aquellas cobardes acusaciones me indignaron sobremanera. Las pensiones que yo extendí, las hice como un reconocimiento a funcionarios de una larga trayectoria en el gobierno estatal, como Guillermo Balderrama Noriega y Miguel Ángel Cortez Ibarra, solo por mencionar a dos. Cuando les comuniqué mi decisión de otorgárselas, caballerosamente las rechazaron, seguramente dada su experiencia administrativa y política, y porque desconfiaban del siguiente gobierno. Para convencerlos, frente a ellos le llamé por teléfono al gobernador Eduardo Bours para explicarle que los beneficiarios de éstas, a quienes él conocía perfectamente, habían concluido sus servicios de toda una vida al Gobierno del Estado con una solvencia moral sin tacha alguna, por lo que consideraba que eran merecedores de ese beneficio. Me respondió estar totalmente de acuerdo con la decisión y me reconoció el gesto. Jamás imaginé que en cuanto iniciara su administración emprendería una carnicería mediática ruin y perversa contra aquellos profesionales que cuentan con un gran reconocimiento en la sociedad hermosillense. Lo lamento.

El encono de mi sucesor no conocía límites y una de sus primeras acciones fue el adelgazamiento de la nómina burocrática, algo que no estaba, ni estará en mí juzgar. Lo que sí me pareció el colmo fue que una vez más orquestara una

andanada mediática en contra mía, aduciendo que todo se debía a que la nómina había crecido inconmensurablemente durante mi gobierno y con ese argumento dispuso un recorte inhumano contra los empleados, incluyendo a quienes estaban a un año o meses por jubilarse.

Indignados por la violación flagrante contra sus derechos laborales, los empleados respondieron con enérgicas protestas frente al Palacio de Gobierno y la situación llegó al clímax cuando al salir de su oficina atropelló con su carro a una empleada embarazada y las cosas se le salieron de control. Ni así dio marcha atrás en su deshumanizada decisión, continuó con su estrategia y despidió a innumerables empleados del gobierno.

Con motivo de aquellas dolosas y malintencionadas imputaciones, invité a mis amigos ex colaboradores a una reunión en mi casa, donde les di a conocer dichas imputaciones, y al mismo tiempo mi opinión al respecto.

Previas deliberaciones entre todos, aceptamos responder a través de un desplegado que se publicó en el periódico Cambio Sonora, donde se explicaba con toda precisión que una de las razones por las que se había incrementado la nómina era que, cuando iniciamos nuestro gobierno, tan solo en el sector salud había alrededor de 1 500 empleados, entre ellos médicos, enfermeras y personal de servicio, contratados por honorarios, algunos con hasta ocho años así, y tuvimos que hacer un enorme esfuerzo para conseguir el apoyo económico del gobierno federal a través del doctor Juan Ramón de la Fuente, secretario de Salud, para poder darles seguridad laboral a dicho personal, además de que la construcción de nuevas escuelas, agencias del ministerio público, hospitales, universidades, y muchas dependencias más trajo consigo la necesidad de contratar más personal. De todo podrían habernos acusado menos de que tuviéramos “aviadores” en mi gobierno. Nunca obtuvimos una respuesta de parte del gobierno estatal sobre lo que se decía en el desplegado.

Recuerdo que en aquella reunión con mis excolaboradores alcancé a percibir una actitud aprensiva y preocupada en ellos y les pedí que me hablaran con toda franqueza.

La mayoría de ellos me expresaron que no estaban de acuerdo en buscar una confrontación con el gobierno estatal; que el gobernador tenía todo el poder institucional, el control de los medios de comunicación y muchas fuerzas más que no podrían enfrentar y mucho menos ganar. Que confrontarse con gobierno seguramente les traería consecuencias para sus personas y sus familias.

Me quedé atónito, no daba crédito a lo que escuchaba. Sin agregar nada, les expresé que estaba de acuerdo con ellos. La realidad fue que me sentí sumamente decepcionado de su actitud, pero, sobre todo, me invadió un sentimiento de soledad inmensa. Ya no podía contar con ellos, con sus consejos, su capacidad, sobre todo con su experiencia y conocimientos en cada una de las áreas del gobierno. Solo el transcurso del tiempo me demostró que mis amigos tenían toda la razón.

Es ahí donde se encuentra la explicación de la poderosa razón por la cual tantas imputaciones injuriosas, falsas, chismes y muchas cosas más que se vertieron por el gobierno que me sucedió, no tuvieron respuesta alguna de nuestra parte.

Respecto a la actitud contemplativa de no responder a los ataques que asumieron mis excolaboradores, pronto los hechos les demostraron que estaban equivocados. El nuevo gobierno les abrió sendos expedientes de investigación, a través de la Contraloría estatal a Rubén Sierra Durazo, René Montaña Terán, Roberto González Laborín, Miguel Ángel Cortez Ibarra, César Lagarda Lagarda y Carlos Gámez López.

Obviamente, con toda oportunidad todas las observaciones fueron solventadas, ya que carecían de validez y sustento.

Si bien es cierto que las imputaciones no prosperaron, el mensaje si logró su objetivo: trastocar la tranquilidad personal y familiar de los destinatarios y hacerlos sentir que eran perseguidos políticos.

De aquel vulgar y poco ético acoso yo tampoco quedé excluido. Una mañana llegó a mi domicilio un requerimiento personal de la Contraloría estatal en el que se me informaba que se había hecho una investigación a mi persona y se había encontrado que mi hijo Luis Armando había realizado la adquisición de un predio en el fraccionamiento campestre Real del Alamito, que por la fecha de tal adquisición era menor de edad, y por lo tanto, era mi responsabilidad. Respondí en tiempo y forma a tal observación. Increíble, ¿verdad?

Cuánta razón tenía mi amigo Mariano González Zarur, gobernador de Tlaxcala, a quien casualmente me encontré una vez en el D. F. y me dijo: “Armando, cuídate de tu sucesor porque me comentó que te está investigando, pero no ha podido encontrarte nada hasta ahora”.

Llegué al convencimiento de que, con su actitud, el gobierno de mi sucesor buscaba por todos los medios a su alcance, encontrar los elementos para denostar mi actuación y obra de gobierno, y lograr así legitimarse y fortalecer su imagen.

Existe constancia pública de que su comportamiento hostil era permanente y cotidiano, “de a tiro por viaje” como se dice coloquialmente, mencionando reiteradamente que mi gestión había sido “gris”, que no había hecho obras, que por un espacio de treinta años no se había construido ni una sola escuela, ni un hospital y muchas cosas más, y por las razones que ya expliqué antes no hubo de nuestra parte una sola respuesta. Debo aclarar que, si bien aquellas acusaciones negativas no me quitaban el sueño, sí me molestaban, pero llegue a digerirlas y a interpretarlas, por decirlo de alguna manera, como parte del folclore político.

Quizá el lector interprete un tono quejumbroso en mi relato y asumo las consecuencias, pero quise compartirle estas desagradables experiencias a los lectores para ubicarlos en el tiempo y el espacio en los que sucedieron y puedan comprender el estado de ánimo en el que me encontraba.

Los mensajes públicos y privados continuaron. Un día me llama mi amigo y “pareja” (así nos decimos desde que fuimos senadores) Guillermo Hopkins Gámez, para que le invitara un café ya que tenía algo que comunicarme. Me dijo que me

traía un mensaje del gobernador, pidiéndome que ya le parara, que dejara de tener reuniones en mi casa. El mensaje me irritó mucho y no les voy a platicar el tono de mi respuesta, pero mandé a volar a Hopkins con todo y su recado.

La gota que derramó el vaso sucedió una mañana muy temprano cuando se apareció asustado y preocupado en mi casa mi hijo Luis Armando, ya que me tenía un recado de parte de su amigo y compadre Daniel Hidalgo Hurtado, a quien durante mi gobierno apoyé políticamente, así como a su padre, como portador a su vez de un mensaje del gobernador en el que me pedía que dejara de organizar reuniones con mis amigos en mi casa o que me atuviera a las consecuencias. Mi enojo fue tal que en ese mismo momento me comuniqué a la oficina del gobernador solicitando una cita urgente. Me respondieron que no se encontraba en la oficina e insistí en que lo buscaran, ya que me urgía hablar con él. Se reportaron más tarde diciéndome que se encontraba cabalgando en San Pedro y que me recibiría a las cuatro de esa misma tarde.

Acudí a la cita con un enojo tan grande que me nublaba la razón. Preocupado, Luis Armando me pidió acompañarme sin estar presente en la reunión. Antes de llegar a la cita me imaginaba un escenario de lo peor, suponía que afuera de su oficina estarían todos los medios de comunicación listos para entrevistarme, pero no me importaba, iba decidido a arreglar en definitiva mis problemas con el gobernador o a cortar de tajo mi relación con él, topara donde topara.

Me recibió puntualmente. Con amabilidad me ofreció un café que él mismo me sirvió. Le comuniqué el motivo de mi presencia, reclamándole que si tenía algo que decirme que lo hiciera personalmente y no me enviara mensajes, que yo no aceptaba a ningún interlocutor, que nuestros asuntos políticos los dirimiéramos entre nosotros directamente y que mucho menos involucrara a mi familia. Sereno y cortés me respondió que él no me había enviado ningún recado ni personero, que seguramente algún “oficioso” se había tomado atribuciones, tal vez queriendo quedar bien con él. Cuando me lo dijo no le creí ni una sola palabra, pero acepté su respuesta. Le agradecí la reunión y me retiré.

Debo reconocer ahora que el gobernador me había respondido estrictamente con la verdad..., “una de cal por las que van de arena”.

Transcurrido el tiempo mi actitud con Daniel Hidalgo se volvió fría, distante e inclusive hasta grosera. Cuando llegaba a topármelo no lo saludaba, le daba la espalda. Seguramente mi actitud hacia él le caló hondo porque fue a buscar a su compadre Luis Armando tratando de encontrar una respuesta por mi actitud hacia él, y mi hijo le respondió: “¿Qué no te acuerdas del duro mensaje que me diste para él de parte del gobernador? Yo se lo transmití íntegramente”.

Daniel se sorprendió y le respondió: “Sí lo recuerdo, pero me equivoqué de remitente, no era de parte del gobernador, era de parte de Roberto Ruibal Astiazarán, presidente del CDE del PRI en Sonora”.

No tengo duda alguna que los hechos y circunstancias que sucedieron influyeron sobremanera para que mi gestión de gobierno se fuera perdiendo paulatinamente en la densa bruma del olvido y surgieran los juicios subjetivos

sobre ella que se fueron asentando en el ánimo de la opinión pública. Sobre todo, porque no hubo respuesta alguna de nuestra parte.

Quiero dejar en claro que no albergó en mi ser rencor o resabio alguno contra Eduardo Bours. La última comunicación que sostuvimos fue cuando me envió un mensaje de texto expresándome amablemente sus condolencias por el fallecimiento de mi suegra, ya que me había hecho varias llamadas y no le había respondido. Esa vez, además de agradecerle, aproveché para expresarle por el mismo medio mis sentimientos acerca de su actitud como persona y como gobernador, pero de eso no hablaré ahora, lo dejaré en el ámbito privado entre los dos, y solamente será público, si él decide hacerlo.

Muchos de mis amigos y colaboradores me señalaban que la razón por la que mi gobierno no había trascendido se debió a los medios de comunicación, particularmente al periódico El Imparcial. Nunca estuve ni he estado de acuerdo con esa hipótesis.

Si bien es cierto que, una vez concluida mi gestión, los medios se ocuparon en propalar a los cuatro vientos comentarios negativos de mi administración, también es cierto que los medios tenían una visión parcial y unilateral de los hechos, ya que nosotros nunca respondimos a esos señalamientos, que ahora estoy seguro hubieran cambiado su percepción.

Cuando se iniciaba mi tercer año de administración, sucedió un hecho que no puedo soslayar; una decisión personal que, al conocerse, se convirtió en un verdadero martirio para toda mi familia: la difusión de la compra de un rancho a donde pensaba retirarme una vez concluido mi gobierno, y que se mantuvo en las primeras planas de todos los medios de comunicación del Estado, sobre lo que nunca hice una declaración al respecto.

Cuando decidí hacer la compra, le pedí a mi amigo y colaborador como Contralor del Estado, Héctor Guillermo Balderrama, que me asesorara en todo el procedimiento legal que debía de realizar para que mi declaración patrimonial quedara en el debido orden.

Una vez llevada a cabo la operación de compra del rancho, para mi mala fortuna tomé una equivocada y terrible determinación: informarle personalmente a José Santiago Healy Loera sobre aquella adquisición, misma que le comuniqué a mi amigo “Temo” Balderrama.

El “Temo” puso una cara de asombro indescriptible cuando se lo dije y me respondió rotundamente que no estaba de acuerdo con aquella descabellada idea. En ese momento no escuché, ni entendí su sabia recomendación y menos recapacité que el “Temo” conocía perfectamente a la familia Healy, y muy especialmente a José Santiago, debido al parentesco entre ellos.

No le hice caso al “Temo”, ni les informé a los responsables de la comunicación social de mi gobierno e invité a Healy Loera a la Casa de Gobierno. Después de una breve conversación informal, le informé de la compra que había hecho y las razones por las que lo hacía y le entregué el expediente del caso. Healy lo recogió y no me hizo comentario alguno. Nos despedimos respetuosamente.

La mañana siguiente la noticia de ocho columnas de El Imparcial era sobre el descomunal rancho que el gobernador había comprado, descubierta después de una “detallada investigación” que el periódico había realizado.

A partir de entonces empezó un verdadero calvario o viacrucis para mí y mi familia. Reporteros y fotógrafos de El Imparcial fueron al rancho, se brincaron los cercos, amedrentaron a Francisco Villa, el encargado del rancho, y las publicaron a plenitud. Todos los medios estatales desataron una dura, cruel, despiadada y encarnizada campaña en mi contra, sembrando dudas, evidenciando falsas complicidades, atacándome de deshonesto y muchas cosas más, que duró tal vez un mes.

Debo dejar en claro que por mi formación y experiencia política jamás pasó por mi mente el solicitarle a José Santiago que ocultara la noticia. Jamás le hubiera hecho tal petición porque recordaba lo que me había enseñado hacía muchos años mi amigo periodista y subdirector de El Imparcial, Rodolfo Barraza, cuando fui a pedirle que no publicara una nota respecto a un joven que se había suicidado, hijo de unos amigos del profesor René Arvizu, que no querían que su tragedia se hiciera pública. Rodolfo me respondió: “Armando, jamás le pidas a un periodista que omita una noticia, podrás pedirle que la matice, pero jamás que la omita, los periodistas no tenemos amigos, tenemos fuentes de información, nunca te consideres amigo de un periodista, nosotros vivimos de la información”.

Lo único bueno que recuerdo de El Imparcial en aquella época fue que el entonces director editorial Javier Villegas Orpinela, escribió en su columna: “Cuando menos hay que reconocerle a López Nogales que compró el rancho antes de irse”.

No puedo negar que aquel bochornoso episodio afectó negativamente a mi gobierno y mi persona sembrando la duda sobre mi honestidad.

Como dije antes, todos los medios estatales se ocuparon de difundir aquella noticia del rancho El Amole, pero por razones personales recuerdo particularmente a mi coterráneo Fausto Soto Silva en su programa Radio Periódico en la XEDM de Hermosillo, a quien yo tanto respetaba y reconocía desde mi adolescencia en mi pueblo, además de que su hermano Ramón fue el director jurídico de mi gobierno. Siempre le dije a Fausto que su amistad conmigo era independiente de la actividad de su hermano mayor.

Soto Silva comentaba con su típico sarcasmo en la radio que el avalúo del rancho me lo habían hecho a modo en el catastro ya que estaba bajo mi autoridad. Como si el valor catastral de un predio sirviera como referencia para determinar su precio de venta, la cual deciden libremente el vendedor y el comprador.

Lo que sí llegó al límite de mi paciencia con Fausto fue cuando un grupo de habitantes de una invasión en Hermosillo decidieron ponerle el nombre de mi esposa a su colonia y con sorna comentó al aire: “¿Qué le pasa a esta señora?, apenas va llegando y ya está abusando de su poder promoviendo para que se le pongan su nombre a una colonia”. Ruin y cobarde, sabía perfectamente que Laura

Alicia nunca había promovido aquella acción. A partir de entonces Fausto cayó de mi gracia y nunca más me volví a parar en su cabina de transmisión.

Tiempo después de dejar la gubernatura acudí al cine acompañado de mi nieto mayor y al llegar al estacionamiento me encontré de frente con Fausto Soto Silva, quien también iba acompañado de los que supuse eran sus nietos. En ese tiempo él ya no estaba en la radio y al verme se me acerca sonriente y me dice: “Hola, cómo estás, qué bien te ves”, su típico saludo cuando se encontraba con alguien. Procurando que mi nieto no me escuchara le respondí discretamente: “¿Cómo te atreves a saludarme? No tienes ni una pisca de vergüenza, periodista de pacotilla”. Se quedó mudo al escucharme, mientras yo me retiraba dejándolo parado con la cara destemplada.

No puedo, ni quiero negar que aquellas experiencias negativas con algunos representantes de los medios de comunicación sí influyeron en mí para que gradualmente me fuera retirando del contacto directo y personal con los medios. Hoy en día que el tiempo ha transcurrido, considero que esa decisión que tomé fue equivocada, un error de mi parte ya que, al hacerlo sin rasero alguno, me llevé de por medio a algunos periodistas a quienes respetaba, incluso les tenía afecto.

Puedo mencionar ahora a Francisco Javier Ruiz Quirrín, a quien conocí siendo un joven periodista a través de mi compadre Miguel Nichols Flores. Quirrín, salido del nivel más bajo de la redacción de un periódico, realizó un gran esfuerzo para llegar a donde está ahora, por lo que creo que él también es un “producto del esfuerzo y no del privilegio” como decía Luis Donald, a quien se lo llevé a presentar alguna vez.

Lo mismo me sucedió con Feliciano Guirado Méndez, mi querido “Felguimén”, un ser humano atento y caballero a carta cabal con quien cultivé una entrañable amistad, a quien también abandoné en lo personal. Al dejar mi gobierno “Felguimén” se refería a mí en sus columnas como “Patas locas”, tal vez en señal de reclamo a mi abandono por lo que nunca me molestó que lo hiciera, porque sabía que le había fallado como amigo.

Otro de los periodistas amigos que desatendí fue José de Jesús “Pepechuy” Palacios Enciso, un locutor, periodista y empresario radiofónico de Caborca, quien siempre me brindó su apoyo y equivocadamente dejé de frecuentarlo.

Hay otros periodistas a los que les tengo un gran reconocimiento son Antonio Ortega Orozco, José María Armenta Balderrama, Esteban Rodríguez, Fausto Islas Salazar, de Navojoa; Mario Rivas, Jesús Corral Ruiz de Obregón; Alejandro Padilla Reyes, de Guaymas; Abelardo Rodríguez Mendoza, Armida Bernal Reyes, Felipe Larios Gaxiola, Héctor Froylán Campos, Germán Zúñiga Moreno, Rogelio Moreno Cota y Jesús Tapia Avilés, de Hermosillo; Ángel Retano López de San Luis Río Colorado y don Ramón Guzmán de radio Xeny en Nogales.

Siempre tuve la esperanza de que algún reportero, columnista, directivo o académico, por curiosidad periodística o académica se ocupara de hacer una investigación responsable y profesional sobre mi gobierno, revisando cuáles fueron las condiciones políticas, económicas y sociales bajo las que goberné y cuáles

fueron las acciones y obras que realicé, analizando la información de manera imparcial para poder emitir un juicio razonable sobre lo que hicimos, más allá de ocuparse de observar el comportamiento personal del gobernador.

Sin embargo, con profunda tristeza mi esperanza se hizo añicos al ver cómo escriben periodistas de nuevo cuño como es el caso de Luis Alberto Medina, que escribió una columna publicada en su portal de internet y en el periódico El Imparcial en marzo del 2017 titulada “La herencia fétida: exgobernadores de Sonora”, en la que sin recato ni pudor alguno emite juicios sobre mi gobierno y mi persona.

Al leer esa columna lo primero que hice fue averiguar quién era este joven periodista, ya que no lo conocía y mucho menos había cruzado palabra con él. No puedo decir que lo investigué porque no se cómo, ni cuento con equipo para hacerlo. Pregunté por él y la verdad es que recogí comentarios muy desagradables sobre su origen familiar, aficiones y apetitos sobre los que no abundaré.

Me hicieron saber que se ostenta como periodista de investigación, lo cual no lo creo, porque si así fuera, no hubiera basado su columna en “lo que se dijo o decía de mí y de mi gobierno”, ya que cuando fui gobernador él era apenas un jovencito universitario; sin embargo, me veo obligado a comentar sobre lo que escribió.

En cuanto a mi amiga y colaboradora Cecilia Sánchez, a la que llama vicegobernadora, le pregunté a ella si cuando estuvo en funciones tuvo algún roce o desencuentro con Medina. Me respondió que no tenía la menor idea de quién se trataba y que no lo conocía.

Desafortunadamente Medina tampoco la conoció y solo repite “lo que se dice de ella”, porque si la hubiera conocido sabría que Cecilia, como mi secretaria privada, llevaba mis asuntos personales y familiares, y desde que la conocí en Sinaloa le vi el profesionalismo y alta responsabilidad en el desempeño de sus funciones, por lo que es absolutamente absurdo que ella haya tenido el supuesto poder que dicen que le otorgué. Todas mis decisiones estuvieron basadas en mi propio criterio.

Medina también hace referencia a la supuesta opacidad que se dio durante mi gestión, pero en ningún momento ofreció información o los “datos duros” que prueben su afirmación. Tal vez siendo estudiante necesitó hacer una tarea escolar y no pudo obtener la información que requería, ya que en aquellos tiempos la legislación al respecto y el internet apenas eran incipientes y para conseguirla había que ir a buscarla a las oficinas respectivas.

Respecto al valor actual del rancho que Medina maneja, consulté a un especialista en valuación y me respondió que aplicando solamente la inflación acumulada de un 81.57% al rancho arroja un valor actual de \$7’262,800 de pesos.

En cuanto a mi supuesta afición o proclividad al alcohol que también menciona, debo reconocer que me enteré de esta especie o rumor que llegó a mis oídos cuando trascendió más allá de las paredes del Palacio o la Casa de Gobierno. La verdad es que nunca me preocupó, ya que en lo personal y en mi familia teníamos claro que eso no es cierto.

Tal vez ese rumor pudo haber tenido su origen en una comida en la casa de gobierno con agricultores y empresarios de la Costa de Hermosillo y técnicos de mi gobierno, cuando nos encontrábamos en el proceso de la planta desalinizadora.

Por esos días estaba en Hermosillo un técnico español especialista en el tema al que habíamos invitado como asesor y a quien también invité a la comida y con el propósito de que lo escucharan y le pedí que les diera una explicación técnica y económica a nuestros invitados acerca de la diferencia de la extracción de agua salobre y agua salada como abastecimiento para la desalinizadora.

Durante la exposición del técnico empecé a observar en nuestros invitados una actitud no solo indiferente, sino retadora y arrogante con sonrisas burlonas y sarcásticas, lo cual me molestó muchísimo. No me voy a escudar en que quizá en esos días yo me encontraba fatigado, estresado y harto con la problemática que vivíamos, pero dejé por un lado la cortesía diplomática y política y de manera muy firme les reclamé su actitud carente de toda solidaridad y sensibilidad social. Evidentemente se sorprendieron con mi respuesta, el ambiente se tensó demasiado y di por concluida la reunión.

Seguramente los comensales concluyeron de buena o mala manera fe, no lo sé, que el gobernador estaba ebrio ya que en la comida se había servido vino de mesa, y la reunión trascendió los umbrales de la Casa de Gobierno.

Sin embargo, debo hacer hincapié de que, aún hoy en día, no considero que esa haya sido la causa u origen del rumor de que el gobernador era un consuetudinario consumidor de alcohol, ya que, si bien habían asistido a la comida personas abiertamente opositoras a mi gobierno, también lo hicieron amigos y simpatizantes.

Más bien considero que el factor determinante que dio pie a que trascendiera la especie de mi afición al alcohol fue que al llegar a vivir a la Casa de Gobierno, sin proponérmelo se fue estableciendo la costumbre de invitar con regularidad a mis amigos y colaboradores a la sección de la alberca-bar de la casa, a celebrar cumpleaños y onomásticos, o simple y sencillamente a departir, escuchar música de tríos que regularmente amenizaban los convivios, obviamente aderezados con bebidas espirituosas.

Hoy reflexiono acerca de la razón o motivo que tuve para realizar aquellas reuniones y considero en principio que la Casa de Gobierno era mi casa familiar, mi zona de confort, además era muy conocido que nunca he sido afecto a acudir a restaurantes o bares a comer, mucho menos a beber.

Por otro lado, quería que al igual que yo, mis amigos y colaboradores también disfrutaran de “la casa del pueblo.” Es más, algunos, quizá la mayoría, no la conocían en su interior.

Así continuamos con las reuniones con regularidad, compartiendo, departiendo en un ambiente de amigos y compañeros de trabajo. Sin embargo, las reuniones trascendieron más allá de los muros de la residencia oficial del gobernador. Estoy seguro de que mis amigos, seguramente comentaron de buena fe lo que sucedía en esas reuniones.

Confieso que cuando me enteré, los comentarios que se hacían no fueron de mi agrado, perdí el interés en ellas y las cancelé definitivamente.

En cuanto a la sorna de Medina sobre mi nombramiento como “Gobernador más deportista del año”, debe saber este muchacho que ese reconocimiento lo daban las federaciones deportivas de todos los estados del país, que votan libre y autónomamente para determinarlo. Cuando fue mi caso, Nelson Vargas Basáñez, presidente de la Comisión Nacional del Deporte (Conade) me informó que yo estaba como finalista junto al gobernador panista de Jalisco Alberto Cárdenas Jiménez. A la hora de definir al ganador, dos federaciones de ese estado votaron a mi favor, lo cual molestó mucho a su gobernador. El presidente Fox, de otro partido político al mío, me entregó aquel reconocimiento que recibí gustoso en Los Pinos en nombre de todos los deportistas sonorenses.

Con el paso del tiempo, después de meditar y reflexionar, concluí que los rumores de mi afición al alcohol finalmente hicieron mella en mi ánimo y espíritu, por lo que, de manera consciente o inconsciente, no lo sé, decidí dedicarme de lleno a lo me ha apasionado desde mi niñez: el deporte.

Procedí entonces a formar un equipo de basquetbol en compañía de mis hijos Luis Armando y Arturo y sus amigos.

Con el apoyo y colaboración de Carlos Morales Buelna y de un extraordinario periodista deportivo, líder social y promotor deportivo de gran arraigo popular, Pedro “El Chory” Carmona, organizamos un torneo de ese deporte al que titularon “Cascareando con el gober” que resultó todo un éxito social.

Jugábamos en colonias populares y pueblos a los que visitaba durante mis giras de trabajo. Entusiasmados por jugar con “el gober”, los jóvenes integraban sus equipos para contender. Mi compromiso era arreglarles la cancha con tableros, pintura, luz, etc.

Aquellos eventos fueron de una gran convivencia social con padres de familia vecinos y familiares. Recuerdo una en particular cuando nos encontrábamos jugando en unas canchas contiguas al estadio Héctor Espino en Hermosillo, mismas que habíamos rehabilitado completamente. En un intermedio se me acercó mi amigo de la infancia Raúl Sáinz Cota y me dijo: “Lo que es la vida mi querido Armando, estás jugando basquetbol con mi hijo, como tantas veces lo hicimos tú y yo en nuestra querida Cananea”. Me presentó a su hijo. Me invadió una gran emoción.

Regresando al tema de los rumores de mi supuesto alcoholismo, si acaso albergaba dudas sobre si habían afectado mi ánimo, con el deporte corroboré que sí habían influido sobre mí.

Cuando jugábamos, mi hijo Luis Armando se molestaba y me recriminaba que no aceptara descansar ni un minuto, lo que es común en este deporte. Si a eso le agregamos que a mi edad jugaba con jóvenes entre 15 y 20 años. No le hacía caso en lo más mínimo, seguramente quería demostrarme a mí mismo y a los rumurólogos mi excelente condición física, que no era propia de un bebedor consuetudinario.

Tiempo después con el apoyo de un extraordinario softbolista de talla mundial, mi querido “mánager” José Antonio “Mechudo” Fabrett, sus hijos y Rubén Leyva Valenzuela conformamos un equipo de softbol con el que jugamos por todo el estado. Hubo ocasiones en que en algunos municipios jugábamos basquetbol en la mañana y softbol por la tarde.

Los políticos tenemos la obligación legal y moral de respetar la libertad de prensa y el derecho a la información, sin reparar jamás en la vida íntima o privada de los periodistas, que la tienen como cualquier ser humano, incluyendo a los políticos. Lo que importa son los resultados del trabajo, no los asuntos personales de cada uno.

¿Cómo no me iba a decidirme a escribir mis memorias si los periodistas, académicos e historiadores de mi época, ni de la actual no han tenido la curiosidad e interés de estudiar de manera responsable y seria sobre el ejercicio de mi gobierno y solo se dedicaron a escribir de mí por lo que se decía o se dijo?

La decisión de retirarme de la vida política la hice pública al concluir mi gestión como gobernador. En mi fuero interno había forjado planes y proyectos que pensaba emprender en mi vida privada.

Mi primer propósito y quizás el más difícil y grave de enfrentar, era eliminar de mi vida “el gusanito de la política” que ya tenía tan arraigado y que en realidad es “un viborón”, ya que como bien se dice que “la política es más celosa que una mujer”..., requiere atención de tiempo completo.

Yo le dediqué muchos años de mi vida, le entregué a ella todo mi esfuerzo, atención y capacidad. Por la política llegué a perderme el nacimiento de mi primer hijo. Mis hijos sufrieron la ausencia física de su padre por largos períodos de tiempo, pero gracias a la madurez, serenidad, comprensión e inteligencia de mi compañera de vida Laura Alicia, supo cuidarlos y formarlos, inculcándoles el amor y respeto a su padre. Por eso hoy en día me siento muy orgulloso de mis hijos Luis Armando, Armando y Laura Alicia.

Otro de los proyectos privados que tenía era la actualización del libro Ley Agraria Comentada, escrito con mi hermano Rafael, que había sido reeditado en nueve ocasiones; sin embargo, en el año que lo publicamos solo contaba con tesis de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, y para el año 2003 ya contaba con jurisprudencia al respecto. Igualmente planeábamos escribir un libro sobre Derecho Agrario.

Con ese propósito me trasladé a la Ciudad de México a recorrer todo tipo de librerías donde adquirí una buena cantidad libros sobre la materia, pero el destino truncó nuestro fascinante proyecto al fallecer mi hermano, y yo perdí totalmente el interés de realizarlo sin él. Aunado a lo anterior, mi estado de ánimo se encontraba intranquilo debido a la actitud hostil de mi sucesor.

De nuevo el destino que ha obrado a su arbitrio en mi vida se presentó. Una mañana de año 2004 recibí una llamada de Roberto Madrazo Pintado, presidente del CEN del PRI, diciéndome que quería conversar conmigo. Me trasladé a la Ciudad de México para la entrevista y Roberto, sin mayores preámbulos me dice

“Armando, quiero pedirte que me apoyes integrándote al CEN, he sido muy criticado porque se dice que todos mis colaboradores son mis amigos y compadres y para nadie es un secreto que nosotros no somos amigos, así es que necesito que te integres a mi equipo”. Me pareció increíble lo que escuché de Roberto y por la sinceridad con la que me lo dijo acepté su oferta.

Me incorporé como secretario de la Comisión Política Permanente, un órgano de deliberación y toma de decisiones del CDE del PRI, cargo que ejercí por casi dos años.

En esos tiempos Roberto me pidió que organizara una ceremonia a nivel nacional para conmemorar la memoria de Luis Donald Colosio Murrieta, a la que me dediqué gustoso y poniendo todo mi tiempo, empeño y mis propios recursos económicos.

Debo reconocer que Roberto se comportó como todo un caballero de la política y me apoyó sin restricciones durante el ejercicio de mis funciones.

Cuando Roberto renunció a la presidencia del PRI para asumir la candidatura a la presidencia de la República el 2005, renuncié junto con él a mi comisión y me pidió que lo apoyara en su campaña como delegado general del PRI en Baja California, Baja California Sur, Sinaloa, Chihuahua y Zacatecas. El resultado de aquellas elecciones es de todos conocido.

El 2007 regresé a Sonora, en principio a disfrutar a mi familia y para atender los asuntos de mi rancho. En ese momento me felicité por haber tomado la decisión de comprarlo, ya que se convirtió en mi espacio de descanso, reflexión y reposo espiritual.

El año 2009 hubo elecciones en Sonora para renovar el ejecutivo del estado. La jornada electoral celebrada el 5 de julio de 2009 dio como resultado una victoria con una ligera diferencia de 39 815 votos para el panista Guillermo Padrés Elías, contra su competidor Alfonso Elías Serrano, quien representaba la alianza PRI-PVEM-Nueva Alianza; sin embargo, la citada alianza anunció la impugnación de la elección al considerar que hubo inequidad en el proceso, y solicitó su anulación ante el Tribunal Estatal Electoral y, más tarde, al desecharse el recurso en la instancia estatal, ante el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, el cual rechazó el argumento para confirmar la victoria para el panista, el 11 de septiembre de ese mismo año. Guillermo Padrés asumió el cargo de Gobernador de Sonora el 13 de septiembre de 2009. Eduardo Bours terminaba su ciclo y pasaba a formar parte del club de los exgobernadores, mi club.

Debo reconocer que la llegada de Guillermo Padrés a la gubernatura, representaba en cierto modo, motivo de orgullo para mi querida Cananea, ya que con él seríamos tres los cananenses que habíamos obtenido el alto honor de gobernar un estado. Me refiero también a Raúl Héctor Castro Peñaloza, quien nació en Cananea en 1916, y fue el único gobernador hispano de Arizona de 1975 a 1977, además de embajador de Estados Unidos en tres países latinoamericanos y un exitoso y respetado abogado.

Por razones generacionales, no tuve trato en Cananea con Guillermo Padrés, aunque todos los cananenses conocíamos a su muy conocida y respetable familia, y tanto su padre como su abuelo, propietarios de “La Mueblería Padrés”, fueron muy queridos y respetados.

Mi primer contacto personal y formal que tuve con Padrés, se dio cuando él era candidato a la gubernatura del estado y me visitó con ese carácter dos o tres ocasiones en mi casa. Lo recibí con gusto. Su trato fue sumamente respetuoso, por siempre interponía el “usted” en su plática. Me compartía sus planes y proyectos. Lo acompañaban cananenses de su generación como Agustín Rodríguez, un joven a quien, si bien no lo había tratado, conocía muy bien a su señor padre “Tino” Rodríguez, a quien le tenía un gran afecto, y Mario Cuen, que había sido presidente municipal de mi ciudad durante el segundo trienio de mi período de gobierno.

Al asumir la gubernatura ya no volvimos a tener trato directo o personal. Sin embargo, su actitud continuó siendo respetuosa. Cesaron los embates y comentarios negativos hacia mi persona y gobierno, que cotidianamente era objeto de parte de mi sucesor. Además, tuvo detalles que en su momento le reconocí al ratificar a mi cuñado René Rodríguez Sesma, como director del Icatson en Cananea, lo cual entendí como una atención a mi persona.

Mi relación con él como gobernador se limitaba a asistir puntualmente a sus informes de gobierno, a los que era formalmente invitado. Dejé de hacerlo porque, no sé si en su segundo o tercer informe abandonó el pódium, y dueño del escenario, recorrió la sillería donde nos encontrábamos los invitados y al llegar a la sección donde nos encontrábamos los exgobernadores, a voz en cuello convocó a la ciudadanía sonoreNSE diciendo: “Compárenme con los anteriores gobernadores y se darán cuenta de los avances de mi administración, antes nada se hizo”, etc., etc. Recuerdo que en este informe nos encontrábamos presentes los exgobernadores, Samuel Ocaña García, Carlos Armando Biébrich Torres y un servidor. Biébrich, que se encontraba a mi lado, en voz baja me comentó molesto: “Oye tocayo, qué le pasa a este muchachito, él usaba “zapeta” cuando fui gobernador, cómo se atreve hablar así de mi administración de gobierno”. Pero el trago amargo que vivimos después fue aún más desagradable, ya que, al término de su informe, los medios de comunicación nos asediaron, particularmente a mí, buscando un comentario respecto a lo que había dicho el gobernador. Por supuesto que, ni en público ni en privado le recliné su actitud. Por el contrario, mis palabras fueron de apoyo a su gestión de gobierno.

Salvo este pequeño pero gran detalle para mí, la actitud de Guillermo Padrés hacia mí, reitero, fue de absoluto respeto.

Al concluir su gestión, se dieron una serie de acontecimientos de sobra conocidos que no habré de abordar, solo puedo decir que en lo personal lo lamento.

Debo de asumir ahora la más sana autocrítica, reconociendo sobre todo que, en los primeros tres años de gobierno, tuvimos serios problemas de difusión y de comunicación. Al respecto, quiero hacer una pertinente y justa precisión. Ni por asomo pretendo señalar o endilgar culpas a mis queridos colaboradores y amigos

encargados de tan importante tarea. Yo asumo totalmente mi responsabilidad de lo que se hizo o no se hizo bien.

La realidad es que durante mi gobierno no logramos informar adecuadamente de nuestras acciones. Las deficiencias en el modelo de comunicación y escasa disponibilidad de recursos fueron sin duda factores que contribuyeron de manera importante a que la difusión de las obras y las políticas gubernamentales, no cumplieran su propósito.

Es por ello por lo que la finalidad de escribir estas memorias no fue otra, más que el de brindar elementos para un juicio histórico objetivo sobre mi gobierno y mi persona, y al mismo tiempo el de aportar información, que en su tiempo no llegó a ser suficientemente ofrecida, y tal vez por ello, mi administración no fue debidamente evaluada y mucho menos comprendida.

No está por demás dejar asentado que, sin duda, ningún gobierno anterior al nuestro había enfrentado condiciones tan desfavorables como las que enfrentábamos nosotros: recesión económica, falta de crecimiento de la economía nacional, sequía persistente y la casi nula participación de la banca de desarrollo y privada, problemas que sacudieron a la planta laboral sonoreense. Pese a ello, se lograron cifras positivas en el desarrollo de la entidad.

EPÍLOGO

Encontrándome prácticamente al final de este emocionante, agotador y extenuante ejercicio de ir en la búsqueda de mis recuerdos, una tarea a la que le he dedicado ya más de un año de mi vida, llevado siempre de la mano de mi guía y conductor, mi amigo Ignacio Lagarda Lagarda, un día de pronto, con la serenidad y seriedad que le caracterizan, mi querido Nacho me dice: Don Armando, necesitamos encontrar el corolario adecuado que ponga punto final a este largo esfuerzo que hemos realizado de manera conjunta. Para ello, me dijo, necesito que se despoje de su carácter de ex gobernador y de su mentalidad de político, que haga a un lado su desconfianza, atavismos y prejuicios que son inherentes a toda personalidad política y saque de los más profundo de su ser las emociones, sentimientos y reflexiones como ser humano. Lo he acompañado por largo tiempo en éste apasionante recorrido por su vida, conocí a plenitud sus diferentes facetas, desde niño hasta llegar a ser gobernador del estado.

Como historiador, me he compenetrado a plenitud de su vida, y como ser humano he bebido y hecho mías sus emociones y sus experiencias y mi opinión al respecto las conocerá cuando escriba las “palabras del redactor” para el libro.

Ahora necesito conocer sin ambigüedades ni cortapisas lo que siente, lo que piensa y que haga reflexiones acerca de su vida, su familia y sus amigos, ahora ya no como gobernador del estado sino simplemente como el ser humano que es.

Lo escuché con toda calma y atención, de momento no tuve una respuesta para darle, solo atiné a pedirle tiempo para reflexionar y meditar. Nacho, que me tiene una paciencia de santo me respondió: tómese todo el tiempo que considere necesario y se despidió.

Les confieso que a partir de su petición mi mente se convirtió en un auténtico torbellino y después de mucho divagar y meditar concluí lo siguiente: haré ahora algunas otras reflexiones sobre mi vida, las humanas, las relativas a mi retiro de la política, mi formación espiritual, sobre mis padres, hermanos, esposa e hijos, mi amigo Luis Donald, los peligros de muerte y mi destino.

Para una persona como yo, que le dedicó la mayor parte de su vida al servicio público, tanto a nivel estatal y federal, así como a la política electoral, le resulta sumamente difícil cortar de un solo tajo esa actividad que conlleva en sí misma, emociones, sobresaltos, angustias, alegrías y muchas emociones más. Por eso dicen que los políticos nunca se retiran.

Al dejar la gubernatura del estado, confieso sin exagerar que solo conté con escasos y contados días de tranquilidad, múltiples factores y razones se me presentaron y ya no tuve reposo alguno.

De nuevo el destino, una vez más me obligaba a abandonar mi estado y a mi familia. Sin embargo, esta partida era totalmente distinta a aquellas debidamente programadas que por muchos años había realizado.

Ahora mi partida era completamente diferente, no lo hacía con las mismas ganas y empeño de antaño. Lo hacía sin emoción alguna, sin las mismas ansias de otros

tiempos en los que estaba dispuesto a enfrentarme al mundo. Ahora me sentía como un exiliado obligado por las circunstancias que vivía en ese momento.

Como ya lo narré antes, el 2004 llegué de nuevo a la ciudad de México para ocupar altas responsabilidades en el CEN de mi partido. Participé activamente como delegado regional en la campaña electoral de Roberto Madrazo Pintado el 2006 y los resultados son de todos conocidos.

Durante esos largos meses, por primera vez después de tantos de trabajo partidista, empecé a cuestionar severamente mi proceder preguntándome ¿Qué necesidad tenía de continuar en esta carrera?, ¿A quién le debía lealtad o compromiso?

Con estos cuestionamientos en mi mente decidí regresar a mi estado y refugiarme en el seno familiar.

Mis días transcurrieron apaciblemente, cuando de nuevo el destino vuelve a llamarme a la puerta.

Un día del año 2013 recibí una llamada de mi paisano y amigo José Encarnación “Pepechon” Alfaro Cázares, en ese tiempo Secretario de Organización del CEN del PRI, para decirme que el Dr. César Camacho Quiroz, a la sazón presidente del CEN del PRI, tenía mucho interés en hablar conmigo. Le pedí que me dijera cuál era su interés en buscarme y me dijo que tenía problemas con el gobernador de Sinaloa, Mario “Malova” López Valdez, por lo que requería de alguien con experiencia y conocedor de aquel estado y que quería pedirme que aceptara ser delegado del CEN del PRI en Sinaloa.

Mi respuesta a “Pepechon” fue firme y contundente, le dije que ya estaba retirado de la política y que por ningún motivo aceptaba aquel ofrecimiento. Las siguientes semanas recibí innumerables llamadas del Dr. Camacho y contraviniendo a mi costumbre y forma de ser, no contesté ninguna.

Para mi mala fortuna, tiempo después me llegó una invitación para asistir a la toma de posesión de mi amigo Adrián Gallardo Landeros como presidente de la Fundación Colosio. A Adrián lo había tratado cuando siendo joven se incorporó al equipo de Luis Donaldo por lo que asistí gustoso a su evento.

El evento se celebró en un hotel de Polanco y al ir entrando al salón me topé de frente con el Dr. Camacho quien se me vino de frente y me encañonó diciéndome: “Te he buscado mucho, me urge que me ayudes en el estado de Sinaloa, tengo muchos problemas en esa entidad”. Por mi formación y disciplina política priista no me pude negar y en junio del 2013 tomé protesta como delegado en Sinaloa del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, en sustitución de René Juárez Cisneros.

Aquella comisión en Sinaloa no era nada intrascendente para el partido, ya que un desagradable acontecimiento había provocado la salida del delegado Juárez Cisneros.

A mi llegada al estado me enteré por otras fuentes, ya que “Pepechón” malintencionadamente me lo ocultó, que un grupo de personas habían abordado al delegado en el hotel Lucerna, donde se hospedaba, para decirle: “delegado, venimos a decirle que se vaya inmediatamente de Sinaloa, de lo contrario se va a

quedar aquí para siempre”. Despavorido, el delegado hizo sus maletas y ese mismo día durmió en el Distrito Federal.

En estos días, aún me cuestiono esa decisión que tomé por un mal entendido compromiso y lealtad a mi partido. De esta manera llegué de nuevo a esas hermosas tierras sinaloenses donde permanecí hasta octubre del 2015 cumpliendo cabalmente con mi función de coordinar y organizar las elecciones locales y federales de las que mi partido resultó exitoso.

Durante ese tiempo, mi lucha interior, es decir conmigo mismo, era ya insostenible, prácticamente había llegado al hartazgo, así que una tarde-noche, en la soledad de mi habitación del hotel Lucerna en Culiacán, Sinaloa, hice las más grandes cavilaciones que hasta entonces me había hecho sobre mi vida, y decidí invitar a un desayuno la mañana siguiente a un grupo de mis amigos políticos sinaloenses y en un ambiente de convivencia amigable les agradecí todas sus atenciones y apoyo que me habían brindado y les comuniqué que había decidido dar por terminada mi función como delegado en el estado y me despedí de ellos. Acto seguido le hice una visita de cortesía política al gobernador panista del estado Mario López Valdez, a quien le informé mi decisión y le agradecí sus atenciones.

En ningún momento le informé o notifiqué oficialmente de mi decisión al CEN del PRI que presidía el doctor César Camacho y solo me retiré de mi querido estado de Sinaloa.

Meses después fue nombrado presidente del CEN del PRI mi amigo y coterráneo Manlio Fabio Beltrones Rivera y su primera gira de trabajo fue a Sinaloa. A su llegada, lo primero que hizo fue preguntar por el delegado, y mi amigo Heriberto Galindo Quiñonez le respondió: “Ya conoces a tu paisano Armando, nos reunió, nos dijo que se iba y se fue”.

Me regresé a Sonora con el más firme propósito de no volver a la vida pública, ni política ni partidista, salvo como ciudadano o como militante priista.

Ahora trataré de recordar las cavilaciones que me hice y que me llevaron al hartazgo de mi vida política y pública, para entender las razones que me motivaron a abandonar Sinaloa.

Cómo ustedes han podido constatar, con o sin mérito, no lo sé, había tenido hasta entonces una vida política y administrativa exitosa y me cuestionaba por qué seguir con ese tren de vida si ya no aspiraba a posición alguna, y por otro lado me aterrorizaba convertirme en un burócrata de mi partido, como lo habían hecho algunos de mis amigos, a quienes sin ánimo de ofender, era lastimoso verlos, no se les respetaba su experiencia y trayectoria.

Me preguntaba por qué regresaba a esa vida que por tantos años ya había vivido: Hospedado en hoteles, hoteluchos, casas de huéspedes y en departamentos rentados. Claro que en aquellos tiempos no me importaba nada, andaba en fragor de la batalla en la búsqueda de mi futuro, pero ahora ya no le veía sentido, tenía muy claro mi objetivo: regresar con mi familia.

Alguien se preguntará por qué nunca me llevé conmigo a mi familia, tengo mis razones que todavía considero siguen siendo válidas.

En principio, porque cuando empecé mi carrera mis sueldos eran raquíticos y yo solo utilizaba lo indispensable y el resto era para mantener a mi familia.

Otra razón fue que mis hijos estaban muy chicos y consideré, y lo sigo considerando hasta hoy en día, que este sacrificio debería de ser personal. Además, como decimos los sonorenses, el “desahijarlos”, es decir, llevarlos a otras tierras, a otras escuelas, a otras costumbres, sería un duro golpe para ellos.

Cuando mis hijos crecieron y tenía una posición económica más holgada, mi esposa Laura y yo decidimos irnos todos a vivir en la ciudad de México y sorprendentemente nuestros hijos se opusieron terminantemente. Mi hija Laura incluso, nos amenazó con pedir posada en casa de sus tíos y quedarse en Hermosillo.

Empero la razón más poderosa que influyó en mí, fue que si algo aprendí en este turbulento mar de la política es que los puestos son temporales, son prestados “hoy estás y mañana quien sabe.”

Para muestra un botón: Una noche pasé a recoger a mi esposa al aeropuerto de la ciudad de México y coincidí con mi amigo Enrique Alcántar Villela quien trabajaba con Ovidio Pereyra García quien era Administrador de la Aduana del Aeropuerto de la ciudad de México. Alcántar nos dijo que estaba feliz porque al día siguiente llegaba su familia con el menaje de casa para vivir con él en la ciudad de México. Tristemente al día siguiente me enteré de que había sido despedido de su trabajo en el aeropuerto.

Continuando con mi estado de ánimo en el que me encontraba, recuerdo que me auto recriminaba haciéndome fuertes interrogantes. ¿Cómo era posible que no hubiera estado presente en el nacimiento de mi hijo mayor?, ¿En qué momento crecieron mis hijos y no me di cuenta?, ¿Cómo era posible que me haya perdido de esa maravillosa etapa de su vida?

Hoy trato de justificarme diciéndome que, aunque lejos, siempre estaba al pendiente de ellos. Aunque reconozco ahora que eso no era del todo cierto porque si bien cuando esta fuera los visitaba una vez al mes, hubo muchas ocasiones en las que tardaba mucho más en verlos.

Recuerdo tres sucesos que aún me lastiman hasta el alma: Una mañana llegué a casa directamente desde el aeropuerto y al entrar me encontré al pequeño Luis Armando en su andadera. Laura se encontraba bañándose y había dejado la puerta del baño abierta para estar al pendiente del niño. Al verme de pronto, el niño retrocedió como pudo empujando la andadera viéndome fijamente con tamaños ojos. Desde lejos le hacía cariños tratando de que me reconociera hasta que lo logré y después de un buen rato el niño caminó hacia mí para abrazarme.

Por su arte Arturo, que fue un niño noble y de gran corazón, siempre me abrazaba amoroso pero yo lo sentía distante, no podía exigirle más, le faltaba la convivencia permanente con su padre.

En cuanto a mi niña Laura Alicia, la situación fue aún más dura para mí. Un día llorosa le preguntó a su mamá, ¿Mamá, qué yo no tengo papá?, ¿Por qué no tengo papá?, todas mis amigas tienen papá, ¿por qué el mío no vive con nosotros?

Ante éstos desagradables recuerdos que me lastimaban tanto, surge la recia y enorme figura de mi esposa Laura Alicia, que con su madurez, inteligencia, paciencia y fortaleza fue a la vez madre y padre de nuestros hijos durante mis prolongadas ausencias y con grandes sacrificios los cuidó, protegió y sobre todo formó con valores y principios. Además de que siempre recibí de ella comprensión y apoyo durante mi peregrinar de mi vida política.

Con su amor y serenidad siempre hizo a un lado mis grandes defectos, entre ellos el carácter agrio con el que cargo desde la infancia y que a veces me acompañaba a mi casa junto los problemas del trabajo.

Luis Armando, desde niño fue sumamente rebelde, tal vez se debía a la ausencia física de su padre, por lo que mi esposa tuvo que hacer acopio de toda su autoridad y energía para corregirlo y encausarlo bien. Hoy es un adulto maduro muy trabajador gracias a los valores que le inculcó su madre, y sobre todo un responsable y amoroso padre de familia.

Ha incursionado en el servicio público en el área que ha sido siempre su pasión; el deporte. Fue director del instituto municipal del deporte en Hermosillo. Hoy se dedica de tiempo completo a la administración del rancho familiar.

Luis Armando, es abogado y se casó con una extraordinaria mujer, María Isabel Cortes Sotomayor, hija de mis grandes amigos y consuegros Miguel Ángel Cortes Ibarra y Gloria Sotomayor. Luis Armando y María Isabel procrearon tres hermosos hijos, mis adorados nietos: Luis Armando, Mariana y Diego Andrés.

Arturo, al que considero que más se parece a su madre en cuanto al carácter y forma de ser. Desde niño dio muestras de ser muy arrojado, independiente y autónomo. Muy jovencito se fue a Boston, Massachusetts a estudiar inglés y compitió para la presidencia de la organización estudiantil de aquella escuela. A su regreso, sin apoyo alguno de mi parte se fue a la ciudad de México a trabajar en ProMéxico.

Es tan arrojado que apenas a la semana de llegar a la ciudad de México, sin conocer la ciudad, empezó a manejar sin miedo alguno, claro que se perdió muchas veces. Su actitud me sorprendió gratamente cuando me enteré. Yo nunca me atreví a manejar en aquel monstruo urbano.

Al regresar de México, sin pedirme apoyo, encontró trabajo en la Comisión Estatal de Derechos Humanos. Al concluir su trabajo ahí, sin avisarme siquiera se incorporó con el ingeniero Juan Gym Nogales, mi primo, en la campaña electoral al senado de Alfonso Durazo Montaña y Lily Téllez. Arturo, también es abogado, se encuentra felizmente soltero.

Mi hija Laura Alicia, quien heredó mi carácter, por la atención especial que le brindó su madre, se convirtieron en amigas y confidentes. Ella estudió la carrera de psicología y trabajó en el DIF estatal. Es muy emprendedora, instaló su propio negocio de cosméticos y maquillaje, que mantuvo por mucho tiempo hasta que se casó.

Mi única hija, Laura Alicia, licenciada en psicología, se encuentra felizmente casada con Carlos Armando Félix Bloch, un excelente joven hijo de mis amigos y

consuegros Carlos Armando Félix y Beatriz Bloch Mazón. De este matrimonio nacieron dos hermosas muñecas: Ximena y Laura Alicia, así como un precioso varón Carlos Armando.

No tengo la menor duda que el amor que les profesamos a los nietos es diferente que al de los hijos, no solo porque son la prolongación de uno mismo, sino porque quizá por la madurez y la tranquilidad que nos brindan los años, nos dedicamos más tiempo a disfrutarlos.

En cambio, con nuestros hijos, por la etapa en la que desarrollábamos nuestra vida activa que nos absorbe la mayor parte del tiempo, a veces no los atendemos ni los disfrutamos.

Seguramente habrán de coincidir conmigo en que los sentimientos y el instinto de protección hacia los hijos jamás terminan, independientemente de la edad, y son los mismos que les trasladamos a los nietos.

Mi esposa Laura Alicia ha enfrentado circunstancias de salud terribles en su vida los cuales nunca han menguado su fortaleza.

Ella atendía su salud en la Clínica Mayo de Phoenix, Arizona, y un día invitó a su madre para que la acompañara y se hiciera un chequeo general. Al practicarle la mamografía a mi suegra, la encargada del laboratorio, que conocía muy bien a Laura, le sugirió, que, aunque le faltaban tres meses para su revisión anual de rutina, se lo hiciera de una vez. Se lo hicieron y se regresó a Hermosillo sin conocer el resultado del estudio.

Una mañana que jamás habré de olvidar, encontrándonos en la Casa de Gobierno, recibimos una llamada de la clínica buscando a Laura para transmitirle los resultados del estudio. Tomé la llamada antes que ella y le supliqué a la persona que llamaba que me diera a conocer a mí la información, pero se negó rotundamente a hacerlo explicándome que por ley estaba impedida para hacerlo. Le pasé el auricular a Laura observándola detenidamente mientras ella escuchaba por la bocina. De pronto el rostro se le descompuso y la invadió una palidez indescriptible. Colgó y muy seria me dijo: Me acaban de decir que tengo cáncer de mama.

La noticia nos cimbró de pies a cabeza e iniciaron unos días de preocupación y angustia permanente para la familia, no obstante, la fortaleza y entereza de Laura.

A partir de entonces iniciamos una lucha frontal contra la enfermedad y empezó un verdadero peregrinar por hospitales y quirófanos, haciéndole revisiones y cirugías. Gracias a Dios y a la tenacidad y espíritu de Laura, pudo vencer la enfermedad.

Además del cáncer, mi esposa padece desde hace años osteoporosis, una enfermedad progresiva que le ha provocado desgaste en sus huesos y dolores insoportables. En su tratamiento ha recibido trasplante de prótesis en sus rodillas y operaciones en su columna vertebral.

Ya se habrá dado cuenta el lector que a lo largo de mi vida ha sido el destino el que ha obrado en el rumbo de mi vida pública, y ahora quiero agradecerle el que haya puesto en mí camino a esa extraordinaria mujer como lo es mi amada esposa

Laura Alicia, porque ahora estoy convencido de que sin su apoyo, comprensión y respaldo, jamás hubiera podido desarrollarme en mi vida pública y haber llegado hasta donde llegué.

Espero que comprendan la razón por la que escribo con tanta vehemencia y orgullo de ésta extraordinaria mujer que la Divina Providencia puso en mi camino. Mi esposa Laura Alicia.

El compartirles estos recuerdos estrictamente personales conlleva el más firme propósito de encontrar en ustedes su comprensión del porqué tomé aquella decisión en la soledad de un hotel en Sinaloa.

Después de recordar y reflexionar profundamente, el panorama se me presentó con toda claridad. ¿Tenía entonces algún caso continuar activamente en la vida político-partidista si tenía ya plena conciencia de que a nada me conduciría?, ¿O era mejor reencontrarme con los más preciados valores que tengo en la vida?

Así fue como, sin consultarle absolutamente a nadie sino únicamente a mi conciencia, tomé la decisión más importante de mi vida, romper finalmente mis propias cadenas y regresar a mi querido estado de Sonora, al seno de mi familia.

Ya no participaría en la vida pública y política, no aceptaría puesto alguno, ni de gobierno ni de partido, solo lo haría como un simple ciudadano. Hasta el día de hoy he cumplido al pie de la letra mi propia promesa.

Ahora disfruto a plenitud a mi familia, mi esposa, mis hijos y mis nietos, y me he reencontrado con la paz y la tranquilidad espiritual interna.

Mi paso por la vida masónica me fortaleció el espíritu, el carácter y la armonía entre el pensar, el decir y el quehacer como persona; me enseñó que a nadie se le debe tratar mal y mucho menos causarle algún daño. Así soy desde entonces tanto en mi vida privada como pública. Todas las noches me duermo y me dormiré con la conciencia tranquila de jamás haber lastimado a alguien. Eduqué a mis hijos como lo marca la filosofía masónica y creo que lo logré.

Respecto a Luis Donald, ahora recuerdo que él y yo establecimos una costumbre que prevaleció hasta el día de su muerte: cada mes de diciembre nos intercambiamos una carta escrita de nuestro puño y letra. En ellas, nos expresábamos recuerdos sobre todo nuestros puntos de vista acerca de cómo percibíamos la realidad que vivíamos por esos tiempos. No está en mi ánimo dar a conocer ahora el contenido de nuestras cartas, porque eran estrictamente personales, sin embargo, les comparto algunos fragmentos de lo que le escribí, en alguna de ellas.

En aquella carta le decía que estaba orgulloso de él, que lo admiraba porque yo era testigo fiel de cómo en un muy corto espacio de tiempo de su vida, hablando en términos beisbolísticos, prácticamente de los campos llaneros de nuestro estado, llegó a la serie mundial. Le reconocía su temple, su entereza, su esfuerzo con angustia y sacrificios que conllevaba su meteórica carrera.

Hoy, con el paso del tiempo y con muchos años más de vida me reencuentro con aquellas palabras que le expresé en esos tiempos y reflexioné sobre ellas. Si bien, guardadas las debidas proporciones a mí me sucedió algo similar.

Recuerdo cuando llegué por vez primera al escenario nacional, al Congreso de la Unión, de pronto, convivía codo a codo con aquellos personajes, santones de la política nacional, a quienes a lo lejos admiraba y respetaba. Ya era uno de ellos, reconozco que me encontraba asustado, temeroso de no estar a la altura de las circunstancias.

Aún más, Donaldo, mi gran amigo ausente, que sin duda confiaba en mi capacidad, con su manto protector, de la noche a la mañana me convierto en coordinador de la diputación sonorensis, vicepresidente de la Cámara de Diputados, miembro de la Comisión de Gobernación, presidente de la comisión de la Reforma Agraria y a la vez delegado del CEN del PRI en Sinaloa. Sus razones tenían para promoverme y yo las conocía.

Donaldo jamás me preguntó si quería o si tenía la capacidad para hacer frente a aquellas responsabilidades. Hoy les puedo decir que no fue una tarea fácil cumplir con esas tareas. Viví muchas angustias y sinsabores, y tuve que hacer un gran esfuerzo para salir adelante. Él simplemente creía en mí y puedo decir que no lo defraudé.

Gracias a su apoyo y sobre todo a su ejemplo, puse toda mi capacidad y esfuerzo y con el tiempo me convertí en otra persona, mucho más seguro de mi mismo. Seguía respetando a los “santones de la política”, pero yo ya estaba a la par de ellos en el Congreso. Por supuesto, que ellos sabían que atrás de mí estaba la figura de Luis Donaldo Colosio.

Hoy, con muchos más años de vida, le he comentado a mi esposa Laura que aquellas palabras que le dirigí a Donaldo cobran un gran significado.

En este oficio de la política un ser humano puede terminar como un demente, la personalidad, sin quererlo se transforma, el carácter se vuelve huraño, agrio, desconfiado y nunca se aprende a controlar las emociones, más bien, a reservárselas, nunca externarlas, se vuelve más frío y calculador, por consiguiente, se convierte en otro al que conocieron sus amigos y familia.

Por ello, seguramente habrán de comprender, por qué por siempre valoré y admiré a mi amigo Donaldo.

Mi madre murió el 9 de agosto de 1997, un mes después de haber sido electo gobernador, cuando estaba en pleno gozo por haber cumplido uno de mis más grandes anhelos políticos.

Su muerte fue consecuencia de una rotura de cadera en casa de mi hermana Irma Alicia en Cananea, algo común en los ancianos. Al principio creímos que la fractura se debió a una caída, pero fue debido a la porosidad de sus huesitos.

La trasladamos de inmediato a Hermosillo, al hospital CIMA, que por cierto fue la primera vez que visité ese hospital. Esa misma tarde-noche de su llegada la intervinieron quirúrgicamente, la operación resultó todo un éxito. La visité por la mañana, estaba consciente y con un buen semblante. Recuerdo que mi amigo, Manuel Robles Linares, quien como siempre atento y solidario había estado pendiente del proceso operatorio, me dijo: “Armando, tu mamá está muy bien, va a desayunar, yo opino que la dejen descansar, más tarde podrán estar con ella”. Me

pareció prudente y correcta su observación, por lo que me retiré a mis oficinas. No alcancé a llegar a las mismas, cuando recibí una llamada de Manuel que con voz grave me dijo: “Armando, regrésate lo más pronto que puedas, la situación de tu mama se complicó”. Regresé de inmediato al hospital, pero cuando llegué mi madre ya había fallecido. Después me enteré de que había sufrido dos infartos; superó el primero, pero en el segundo ya no pudieron rescatarla.

Al enterarme de la muerte de mi madre experimenté un inmenso dolor, rabia y coraje porque a pesar de su avanzada edad de 86 años, no estaba preparado para su partida, no esperaba que falleciera. Un poco después, ya más tranquilo, traté de recordar las cosas agradables de ella para que me ayudaran a mitigar el enorme vacío que me dejaba su partida.

Recordé las palabras que le dijo a mi hermana Irma Alicia cuando le comunicó que había ganado la elección y que sería gobernador de Sonora. Mi hermana me contó que se le iluminó su hermosa carita, sonrió ampliamente y le respondió: “Mira, Dios le está cumpliendo sus sueños a mi ‘chinito macailú’, ahora va a ser gobernador, después será presidente de la República”.

Mi madre siempre me contaba que, a muy temprana edad, desde que todavía ni siquiera asistía a la escuela, yo afirmaba con seguridad y firmeza que cuando fuera grande sería presidente de la República.

Hoy me pregunto, ¿de dónde sacaba yo aquellas ideas apenas siendo un niño?, ya que a esa edad yo no leía periódicos, mucho menos veía televisión porque en mi casa no la teníamos. Solo había una radio que mi madre mantenía permanentemente encendida.

Don Atanasio “Don Nata” Zatarain, un venerable anciano, abuelo de mis primos Zatarain Nogales, platicaba una anécdota de mi niñez que refleja mi personalidad. “Don Nata” comentaba divertido que un día, encontrándose de visita en casa de mis padres, pasó una avioneta a muy baja altura sobre la casa, y yo, despavorido, salí de la casa gritando: “Escóndanse, protéjense, ¡nos están atacando los “guatemaleros”! Hasta sus últimos días “Don Nata”, siempre se refirió a mi como “el guatemalero”.

Les confieso que, hasta el día de hoy, solo sé que en 1958 nuestro país tuvo un serio conflicto con Guatemala cuando barcos pesqueros mexicanos fueron atacados por aviones de la Fuerza Aérea Guatemalteca en aguas territoriales de ese país, lo que provocó que el gobierno mexicano desplegara tropas resguardando la frontera. Aún no me explico cómo es que a esa edad estuviera tan al tanto de lo que sucedía en mi entorno.

La mañana del fallecimiento de mi madre ingresamos a la habitación donde yacía su cuerpo solo sus hijos y mi padre. Yo procedí a tomar una de sus manos y les pedí que uno a uno se hincase haciendo la señal de la cruz, y sosteniendo su mano inerte hice que con sus deditos les diera su bendición. Yo hice lo mismo, me hincé y la recibí. Mi padre nos observaba serio, con el rostro descompuesto y su respiración agitada. Se acercó, abrazó y beso a su compañera de toda una vida.

De pronto mi padre nos dijo unas palabras que nos heló la sangre: “Hijos, muchachos, quiero pedirles perdón”. “¿Por qué?”, le preguntamos. “Porque no puedo llorar, quiero hacerlo, pero no puedo, jamás he llorado en mi vida y nunca aprendí a hacerlo, perdónenme por favor”, nos dijo, deshecho. Juntos lo abrazamos con todo nuestro amor.

A partir de ese momento mi viejo cambió totalmente, se encerró en sí mismo, dejó de hablar, no quería comer, era otro. Un buen día, me armé de valor y lo encaré. Él siempre me escuchaba. Le dije con firmeza: “Qué pasa contigo Rafael, reacciona, tus hijos y tus nietos te necesitamos, quiero que vuelvas a ser tú mismo, alegre, jovial, platicador”.

Mi padre me miró fijamente, me taladró con su fuerte mirada y me dijo muy serio unas palabras que se me quedaron grabadas con fuego en mi mente y mi corazón: “¿Qué no entiendes, que un hombre sin su mujer no sirve para nada? ¡Yo ya no sirvo para nada!”. Traté de consolarlo, pero me di cuenta de que ya no me escuchaba.

En ese silencio y aislamiento que él mismo se impuso, le sobrevivió a mi madre casi cuatro años, hasta que falleció el 27 de enero de 2001.

Mi primo médico Francisco Navarro Nogales, que lo atendió, me dijo que la causa de su muerte se debió a que bronco aspiró. La verdad, mi viejo, no quería ya vivir sin su mujer y se fue a su encuentro.

La secuela que precedió a la muerte de mi padre nos resultó sumamente dolorosa para sus hijos. Puedo afirmar que ese penoso proceso se inició el mismo día en que falleció nuestra madre.

Una mañana del 2005, siendo delegado general el PRI en Baja California Sur, me encontraba presidiendo una numerosa reunión partidista en una colonia popular en la ciudad de Los Cabos, y en el momento que me encontraba haciendo uso de la palabra, se aparece en la entrada del salón mi amiga Cecilia Sánchez Luque, quien tenía la función de subdelegada y con el teléfono celular en la mano me señalaba que tenía una llamada telefónica. No le hice caso. Es más, me molestó su interrupción. De nuevo me hace señas, por lo que me disculpé para atender aquella que parecía una llamada urgente. Era mi hermano menor Benjamín, quien, con voz entre cortada me informa de los resultados clínicos de Rafael, que tenía cáncer. Lo escuché sin atinar a responderle algo y le dije que de inmediato vería la forma de regresarme a Hermosillo.

Al llegar, Rafael y yo nos trasladamos a Tucson, Arizona, acompañados por mi amigo Manuel Padilla Oloño, quien iba como chofer, para consultar a un médico oncólogo originario de Nogales, Sonora que me había recomendado el Dr. Jaime Ibarrola Elías, uno de los hijos de mi amigo Bernardino Ibarrola, que era neumólogo en Phoenix, Arizona.

El oncólogo nos recibió inmediatamente en su consultorio en Tucson. Revisó los análisis, radiografías y demás estudios que llevábamos, nos dijo que Rafael aún estaba joven y que él consideraba que el diagnóstico estaba muy a tiempo para atenderlo. Ordenó nuevos estudios, análisis, le recetó medicinas, etc. Es más, nos

recomendó a un cirujano de tórax para que se fuera preparando para intervenirlo quirúrgicamente, pero con tan mala suerte que el cirujano estaba fuera del país, pero le dejamos los antecedentes en su consultorio. Para ese entonces, ya habían llegado Edelmira Girón, la esposa de Rafael, acompañada de sus hijos y mi hermano Benjamín.

El oncólogo le ordenó que se hiciera una tomografía en un moderno aparato que según me informaron, solo había dos en las áreas hospitalarias de Tucson. Con los resultados en un sobre cerrado, Rafael acudió a su cita con el oncólogo acompañado por Benjamín en su condición de doctor, mientras yo los esperaba en el hotel hecho un auténtico manojo de nervios.

Benjamín me relató lo que sucedió en esa cita, ya que fue el único que entró al consultorio con Rafael. El oncólogo, al conocer los resultados del estudio, muy serio y con la frialdad que caracteriza a los médicos, le dijo a Rafael: “Licenciado, ya no hay nada que hacer, el cáncer ya está muy diseminado en pulmones, huesos, hígado, etc., y mi recomendación es que ponga en orden sus asuntos legales y familiares”.

Rafael no contestó nada, solo le temblaban las manos y la barbilla. Benjamín hizo la pregunta obligada: “¿Cuánto tiempo le queda de vida?”. El doctor respondió que él consideraba que, sin tomar quimioterapias, de tres a cuatro meses y tomándolas, de seis a siete meses.

Así pues, nos regresamos a Hermosillo, deshechos, derrotados con el alma a flor de piel.

Rafael se refugió en su recámara, ya nunca quiso ver ni recibir a nadie a excepción de su familia. Yo, muy temprano y puntual, todos los días estaba con él. Los dos solos platicábamos por horas y compartíamos recuerdos y anécdotas de Cananea y de nuestra niñez. Para mi desgracia fui testigo de cómo se iba apagando y consumiendo por los malestares y estragos que le causaban las quimioterapias. Una tarde después de visitarlo, me retiré a mi casa y al llegar ya me estaba llamando por teléfono: “Armando, estoy muy nervioso, regrésate y llévame al hospital CIMA por favor”. Me lo pidió con su voz ya muy apagada. Me regresé y lo llevamos al hospital donde finalmente falleció el 10 de agosto del 2005.

La muerte de mi hermano mayor Rafael fue una experiencia sumamente dolorosa y desgarradora que me marcó para siempre. Descanse en paz mi querido hermano.

Solo tuve una hermana. Si bien tuvimos a Guadalupe, desafortunadamente solo vivió unos días.

Con Irma Alicia compartí a plenitud la época dorada de la niñez, nos identificamos plenamente porque la diferencia de edad entre nosotros no es mucha, solamente un año, además de que nuestro hermano Rafael, siempre y por siempre fue extremadamente serio, introvertido y tímido. Bien portado, yo diría. Yo era precisamente todo lo contrario.

En esa convivencia le hice objeto de todas las travesuras posibles que un niño le puede hacer a una hermana. Gracias a ella el apodo de “el chino” se arraigó en mí, ya que fue su forma de ofenderme y responder a mis travesuras.

Mi hermana era una niña preciosa, regordeta, cariñosa y de carácter fuerte.

Recuerdo una anécdota que hasta hoy me produce risa. Era tan obediente y dócil conmigo que un día, tijera en mano le corté el pelo. Al enterarse mi madre puso el grito en el cielo preguntándole: “¿Por qué te dejaste cortar el pelo por este cabrón ‘chino’?”. “Porque Armando me lo pidió”, le respondió ella.

Así transcurrieron los años de nuestra infancia feliz hasta que ella se convirtió en una bella señorita.

Por circunstancias que ignoro, tal vez por las condiciones económicas en casa, por su condición de mujer (ya que por aquellos tiempos no existían los derechos de género) o bien porque ella así lo decidió, no salió a estudiar fuera de Cananea. Estudió por cuatro años en el Colegio de Anza para contador privado y secretaria.

Mi hermana siempre fue seria, madura y muy responsable. Recuerdo que empezó a trabajar muy joven en la Secretaría de la Reforma Agraria, después en Sedesol y en la empresa Caterpillar.

Ella es una mujer muy emprendedora, abrió un restaurante llamado “La Mina”, sin duda el mejor de Cananea, pero se vio obligada a cerrarlo por la crisis económica recurrente que vive mi pueblo.

No le conocí otro novio que no fuera René Rodríguez Sesma, con quien se casó y procrearon tres hijos: René Jr., Iveth y Edgard.

René por su parte es jubilado de la compañía minera y pensionado del Gobierno del Estado.

Hoy en día viven tranquilamente en Cananea disfrutando de sus primeros nietos.

Le profeso un gran cariño a mi hermana menor por ser como es, pero además porque cada día que pasa, se parece más a mi madre, no solo en lo físico sino en su forma de ser.

A mi hermano menor Benjamín Luis, “Chamín” para nosotros, mi madre lo parió ya entrada en años, quizá más de cuarenta, por lo que es el “pilón” de la dinastía.

Para nosotros era como un muñeco de carne con el que podíamos jugar. Le llevo nueve años de diferencia. La convivencia con él fue diferente por la diferencia de edad con sus hermanos mayores. No así con mis padres, ya que era su compañero con el que se complementaban y disfrutaban.

Benjamín fue un niño inquieto, inteligente y sumamente travieso. Estudió la preparatoria en Cananea, donde se destacó como un excelente basquetbolista y desde niño manifestó su interés por ser médico.

Terminando la preparatoria, cargado de ilusiones se trasladó a la Ciudad de México para inscribirse en la Escuela Médico Militar. Iba muy optimista, ya que tenía una excelente condición física, pasó todos los exámenes académicos y cuando hizo el físico le detectaron “pie cabo” y eso fue un impedimento infranqueable para que lo aceptaran.

Sus ilusiones y proyectos se le destrozaron, pero muy firme me platicó que no se regresaría a Cananea derrotado.

Sin nada qué hacer en México se dedicó a jugar basquetbol, su pasión deportiva, con un grupo de amigos de Cananea en el parque de Los Venados que estaba cerca de su casa.

Un día de éstos el destino tocó su puerta. Mientras jugaba con sus amigos llegó al parque el señor Constancio Córdova, un famoso entrenador de basquetbol de talla internacional que inventó un método de entrenamiento que lleva su nombre, que ese día llevaba a sus alumnos de la Universidad La Salle a entrenar en las canchas del mismo parque. Córdova les pidió a los muchachos de Cananea que integraran una “quinta” para que jugaran un partido contra su equipo. Los cananenses aceptaron el reto y el resultado fue una apabullante derrota del equipo universitario.

Al terminar el juego el entrenador Córdova se dirigió a “el Chamín” preguntándole quién era, a qué se dedicaba. Mi hermano le contó su historia y el entrenador le entregó su tarjeta diciéndole: “Búscame en la universidad, llévate tus tenis, te haré unas pruebas y dependiendo del resultado te puedo ofrecer una beca para que estudies medicina en La Salle”.

Benjamín estudió medicina becado en la Universidad La Salle de la Ciudad de México, jugando basquetbol con el equipo universitario durante sus estudios, llegando a conquistar el campeonato nacional de las universidades particulares.

“Chamín” siempre fue muy dedicado. Después de terminar la carrera de médico general se especializó en medicina interna. Trabaja como médico internista en el Hospital Oncológico de Hermosillo y en el hospital “Ignacio Chávez” del Isssteson.

Cursó una maestría en cuidados paliativos y es pionero en esa rama de la medicina en el Hospital Cima, además es profesor de esa materia en la Universidad Kino.

Mi relación con Benjamín siempre ha sido de mucho respeto, quizá por la diferencia de edades, por el contrario, a la que tiene con mi hermana, que son grandes amigos y confidentes. Confieso que quiero a mi hermano menor al igual que a un hijo.

En toda mi vida solamente dos veces estuve en peligro de muerte y en ambos casos fueron posibles accidentes aéreos.

Siendo subsecretario de gobierno a finales de los años setenta, en compañía de un grupo de funcionarios del Gobierno del Estado nos trasladábamos a Divisaderos, Sonora a supervisar los trabajos de la construcción de una presa en ese municipio. Volábamos en un bimotor que pilotaba el capitán Emilio Andere, el mayor de esa reconocida familia de pilotos.

Al llegar a la zona serrana avistamos la pista de Tepache, sin duda, la mejor de la región en aquella época y me preparé para el aterrizaje; sin embargo, el piloto la pasó de largo y viró hacia el noreste rumbo a Divisaderos. Yo, que iba en el asiento del copiloto le pregunté con extrañeza por qué lo hacía y me respondió que íbamos solo a revisar pista de Divisaderos y hacia allá se enfiló.

Para todos los que habíamos volado periódicamente a esa región de Sonora sabíamos que la pista de Divisaderos era muy corta y se encontraba en pésimas condiciones, ya que nadie la operaba, además ni tenía capacidad, ni estaba autorizada para que aterrizaran bimotores.

De pronto el piloto empezó a bajar el avión enfilándolo hacia la pista de Divisaderos; le insistí del peligro y no me respondió. Al darme cuenta de su irresponsabilidad, me agarré fuertemente de donde pude esperando lo peor; el encontronazo con la tierra fue terrible, el avión se levantó de nuevo y volvió a caer dando tumbos, golpeando con las alas y las hélices los mezquites de la orilla hasta que se detuvo.

Los funcionarios de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, encabezados por el ingeniero Miguel Ángel Teyechea Rascón, que nos esperaban en la obra de la presa cercana, aterrorizados corrieron hacia la cabecera de la pista para auxiliarnos, no obstante que el avión parecía que iba a explotar. La avioneta quedó destrozada, con las hélices completamente dañadas y las alas hechas pedazos. Me bajé apresuradamente y a uno de mis compañeros de viaje lo bajaron en brazos, ya que se había “desguanzado” del terror. Cuando logramos salir todos, nuestros amigos en tierra nos explicaron que la escena había sido espantosa.

Aquella fue una experiencia atroz donde pude haber muerto, todo por la irresponsabilidad del piloto, a quien tiempo después se le retiró la licencia, ya que, al aterrizar en el aeropuerto de Hermosillo, olvidó bajar el tren de aterrizaje.

En otra ocasión, siendo gobernador del Estado, un día 5 de febrero, con motivo de la celebración del aniversario de la Constitución acudimos a Querétaro al magno evento.

Contrario a mi costumbre, invité a mi esposa Laura Alicia y a Guadalupe, su hermana menor, además de Manuel Emilio Hoyos y Cecilia Sánchez Luque. La tripulación la conformaban Francisco Medina Vargas como piloto, Manuel Rojas Acosta como copiloto y Jaime Luna Virgen como el mecánico de aviación, volando un Dassault Falcon 20, un jet ejecutivo de dos turbinas.

Acudí puntualmente a la ceremonia, mientras mi esposa y mi cuñada conocían aquella hermosa ciudad. Concluida la ceremonia abordamos de nuevo el avión para regresarnos a casa. Hicimos escala en León, Guanajuato para reabastecer combustible y nos enfilamos de nuevo a Sonora.

Cuando volábamos a la altura de Sinaloa, empecé a observar que el mecánico con el rostro descompuesto y sudoroso prácticamente corrió a la parte trasera del avión y después regresó a la cabina de pilotos. Algo que me pareció inusual, así que me levanté de mi asiento y fui a preguntarles a los pilotos qué pasaba. Sumamente nerviosos y preocupados me informaron que el avión tenía problemas con el suministro de combustible en una de las turbinas y se había apagado, pero que no me preocupara, que aterrizaríamos en el aeropuerto de Los Mochis.

Me regresé a mi asiento sin decirles nada las mujeres que nos acompañaban, pero vi que Manuel Emilio entendió lo que pasaba y con los ojos nos transmitimos la preocupación.

Yo notaba que el avión perdía altura. Las carreras del mecánico con el rostro de preocupación no cesaban, de pronto me manda llamar el piloto y en la cabina con el rostro de verdadera angustia, nerviosismo y preocupación me dice: “Gobernador, hemos perdido las dos turbinas, no vamos a alcanzar a llegar al aeropuerto de Los Mochis, planearemos y aterrizaremos en la pista de asfalto de El Fuerte, Sinaloa. Avíseles a los demás pasajeros por favor”.

Me regresé a mi asiento sumamente nervioso, no quise alarmar a los demás y haciendo acopio de todas mis fuerzas para no externarles preocupación, les informé que por una falla técnica en un motor aterrizaríamos para que lo revisaran y continuaríamos nuestro vuelo.

Los siguientes minutos fueron de verdadero terror y angustia que no alcanzo a describir ahora. Rápidamente perdimos altura, solo se escuchaba el crujir del fuselaje y las alas, sentí que empezamos a planear.

De pronto tocamos pista tras un golpe seco y brutal con un ruido espantoso. El avión siguió por la pista de tierra hasta que frenó tan bruscamente que nos salimos de nuestros asientos.

Fui el primero en bajar a toda prisa del avión. La escena que presencié fue de pesadilla, una de las llantas había explotado y en la parte posterior de la aeronave había un paracaídas gigante, hasta ese momento supe que los aviones cuentan con uno para aminorar un frenado de emergencia y esa vez funcionó a la perfección. Inmediatamente ayudé a los demás a salir del avión, de pronto llegaron patrullas municipales de El Fuerte, con su director al frente a ver qué pasaba, a quien curiosamente yo conocía debido a mis andares en la política en ese estado vecino.

De pronto me vi con un cigarro en la mano que no supe quién me dio, ya que tenía nueve meses que había dejado de fumar. A partir de entonces me volví a enganchar en ese maldito vicio.

Inmediatamente le llamé desde mi celular al capitán Gildardo Valenzuela Romero, jefe de pilotos del gobierno del Estado quien se informó técnicamente de parte de los pilotos de lo sucedido y me pidió que nos quedáramos en el lugar esperando que llegaran por nosotros un avión que estaba en el aeropuerto de Obregón y otro que saldría de Hermosillo. En esos aviones nos evacuaron a todos los pasajeros y los mecánicos se encargaron de sustituir la llanta dañada, reintegrar el paracaídas al avión y reparar la falla en el suministro del combustible a una de las turbinas. Dos días después el Falcon 20 despegó de la pista de El Fuerte sin problema alguno.

Según el reporte que me hicieron llegar del incidente, en realidad lo que sufrimos fue un aterrizaje de emergencia, ya que el avión se había quedado sin las dos turbinas funcionando y para aterrizar en Los Mochis tenía que desviarse mucho.

Como no lo lograría, por seguridad el piloto Medina Vargas decidió aterrizar en la pista de terracería de El Fuerte, que es corta y no apta para el tipo de avión en el que viajábamos, por lo que al bajar tendría que hacer un frenado brusco utilizando el paracaídas para apoyarse y no tragarse la pista, lo cual habría sido desastroso.

Los daños en el avión fueron en la llanta únicamente y nosotros no sufrimos ni un solo rasguño, pero el susto no lo olvidaremos jamás.

No puedo dejar de expresar ahora mi profundo agradecimiento a los pilotos y el mecánico de aviación que vivieron la experiencia con nosotros, por su habilidad, experiencia y capacidad, que nos permite ahora narrarla. A Dios, gracias.

Sin duda alguna, el viejo refrán popular que reza “tiempos traen tiempos”, es muy válido. Lo menciono porque con el transcurrir de los años me reencontré con el doctor Samuel Ocaña.

Nos habíamos conocido en los años setenta cuando fuimos compañeros de trabajo en la administración del gobernador Carrillo Marcor. A partir de entonces ambos desarrollamos nuestras propias carreras políticas y administrativas y en algunos casos volvimos a coincidir, pero nuestra relación siempre fue cortés y respetuosa, sin trascender al ámbito personal.

Siendo gobernador del estado, en mi primer trienio, el calendario electoral marcó la renovación constitucional de los presidentes municipales del estado y un buen día se presentó conmigo mi amigo Alfonso Molina Ruibal diciéndome que era portador de una atenta petición de parte del doctor Ocaña, misma que él respaldaba, solicitándome mi apoyo para ser candidato a la presidencia municipal de Arivechi, su pueblo natal.

La verdad, me quedé asombrado de tal petición por la sencilla razón de que nuestro partido ya tenía candidato formal y oficial a la presidencia municipal de ese municipio y le respondí a Alfonso que aquello era imposible. Eso no es problema - me reviró Alfonso sonriendo - el candidato ungido, por cariño y respeto, está dispuesto a declinar su candidatura a favor del doctor Ocaña. Siendo así, mi querido Alfonso, adelante, dile al doctor que cuenta con todo mi apoyo.

De esta manera, el doctor Samuel Ocaña, fue candidato y presidente municipal de Arivechi en el período 2000-2003.

Como gobernador lo visité en algunas ocasiones y lo apoyé económicamente en su gestión. Reconozco que el doctor Ocaña realizó una excelente labor como presidente municipal, ya que es muy querido y respetado por la población.

El tiempo transcurrió y un día se presentó conmigo mi querido amigo doctor Víctor Galindo Sánchez, que entonces era mi secretario de Educación y Cultura, para hacerme la formal petición personal para que nombrara al doctor Samuel Ocaña rector de la Universidad de la Sierra, que recién habíamos fundado en Moctezuma.

Acordé con gusto la petición de Víctor Galindo, ya que el doctor Ocaña tenía sobrados méritos personales y académicos para dirigirla. Así pues, el doctor Samuel Ocaña García fue el primer rector de la Universidad de la Sierra, donde llevó a cabo una excelente gestión, no solo en lo académico, sino también en lo humano, ya que con su muy particular estilo y don de gentes logró integrar a la comunidad serrana de padres de familia, rancheros y amas de casa, al ámbito universitario.

Al concluir mi gestión, mi sucesor, lamentablemente no solo no lo apoyó, sino que hizo todo lo posible y necesario para desestabilizar su gestión orillándolo a presentar su renuncia, situación que lamenté, no solo por el doctor Ocaña, sino también por mis queridos amigos serreños.

Los tiempos transcurrieron y de nuevo me reencuentro con el doctor Ocaña, ahora como exgobernador, cuando él, con toda atención, me solicitó integrarse a un grupo de amigos y excolaboradores que por años nos reunimos cada miércoles en el café Buganvilias. Acepté gustoso su demanda y se sumó e integró a este grupo de amigos.

En estas convivencias, nuestro trato fue más cercano, ya que percibí que el doctor Ocaña, quien fue un excelente y querido gobernador, no cambió en su forma de ser: atento, sumamente respetuoso, diría yo que hasta cierto punto humilde. Con el tiempo conformamos un grupo muy compacto de amigos entre quienes están su hermano Guillermo Ocaña, Gildardo Valenzuela, Alfonso Molina, Rubén Sierra y Heriberto “Chito” Jiménez Lizárraga, quienes, desde hace quince años, nos reunimos un día a la semana a jugar póker.

En estas largas horas de feliz convivencia, nuestros vínculos se fueron ensanchando, trascendiendo hacia el afecto, estableciendo una sólida y sincera amistad.

Les comparto una anécdota que retrata de cuerpo entero la serenidad y la sensatez del doctor Ocaña. Cuando asistíamos como exgobernadores a los informes de gobierno de Guillermo Padres, encontrándonos en uno de estos eventos, yo me molesté por la actitud hacia nosotros del gobernador Padres, y el doctor Ocaña, con la serenidad y la sensatez que le caracteriza, para hacerme sentir bien me dice al oído: “no se moleste gobernador, este muchacho no tarda en estar sentado junto a nosotros”.

La tarea de escribir, si bien me resultó apasionante, también me resultó muy difícil, ya que escombrar en el baúl de mis recuerdos tuvo su precio.

Al terminar estas memorias puedo afirmar que la tarea de escribir, si bien me resultó apasionante, también me resultó muy difícil, ya que escombrar en el baúl de mis recuerdos tuvo su costo.

Volví a vivir momentos de alegría, pero también momentos que me estrujaron el alma y no me da pena reconocer que en algunas ocasiones se me humedecieron los ojos al recordar.

Al analizar con toda tranquilidad y detenimiento mi niñez, mi juventud y mi adultez, se me presentaron algunas dudas existenciales que todavía no he podido discernir, que pese a los grandes esfuerzos de reflexión que he hecho, todavía no he encontrado las respuestas a muchas preguntas sobre mi vida.

¿Cómo es posible que aquel adolescente de escasos 16 años, casi un niño, inseguro, introvertido, sumamente tímido, que no sabía comunicarse bien, que llegó a la capital del país con sus alforjas cargadas de sueños e ilusiones, llegó a ocupar tan altas responsabilidades políticas y administrativas, tanto a nivel estatal como nacional y llegó a ser gobernador de su estado?, no lo sé.

Estoy seguro de que hubo cientos o miles de sonorenses con mayores atributos, capacidades y preparación que yo, que sin duda hicieron su mejor esfuerzo y que legítimamente también aspiraron a ocupar esos cargos; sin embargo, ¿por qué el destino no se los permitió?, no lo sé.

Mucho he meditado y reflexionado sobre muchos otros “porqués” en mi vida, y reitero: tampoco lo sé.

En mi afán de encontrar una única respuesta a mis preguntas, he tenido que recurrir a la religiosidad que mi madre me inculcó, en la que el culto al Sagrado Corazón de Jesús fue lo que me convenció de que hay un ser superior más allá de nosotros mismos llamado Dios, el gran arquitecto del universo para los masones, que no son enemigos del catolicismo y de ninguna otra religión en el mundo, sino simplemente no compartimos las actitudes de la estructura administrativa de la Iglesia Católica Romana. En lo personal, yo conservo muy gratos recuerdos de mi infancia del sacerdote Gildardo Monge y en la actualidad, tengo un gran afecto, respeto y admiración por el padre Hugo Montaña Terán, un sacerdote que a mi juicio cumple a cabalidad con su apostolado.

No obstante, de todo esto que reflexiono, solo me queda recordar lo que un día mi hermana Irma Alicia, quien sí abrevó en la religiosidad de mi señora madre, me dijo: “Armando, tú fuiste tocado por Dios”.

Estimados lectores, les ofrezco mis más sentidas disculpas por compartir con ustedes estas dudas existenciales que aún no alcanzó a discernir. No comparto del todo la validez de la frase que dice: “Cada quién es el arquitecto de su propio destino”. Si bien reconozco que desde niño yo quería ser alguien en la vida, fundamentalmente para ayudar a mis padres a salir de tantas limitaciones y pobrezas, sin embargo, no tenía la menor idea de cómo podría lograrlo.

De joven me aterrorizaba la idea de quedarme en Cananea, ya que mi único destino era muy claro: con palancas e influencias conseguir ingresar a trabajar a la compañía minera y quedarme ahí toda la vida.

Al terminar mi carrera tampoco estaba satisfecho y quería aún más, por ello abordé un camión con un poco de dinero en mis bolsillos y me fui rumbo a la Ciudad de México, a donde no tenía ni la más remota idea a qué iba.

Creo que aquellas decisiones que en su momento tomé sin objetivo o propósito alguno, fueron las que me pusieron a la vera de las vías dónde abordar el tren de mi destino. Pero también doy por hecho que muchos otros de mi generación hicieron lo mismo que yo, pero no obtuvieron en la misma medida la recompensa que yo sí logré.

Estoy convencido de que el destino de toda persona está escrito en algún lugar del universo, pero las acciones y las obras que esa misma persona realice indudablemente contribuyen para forjarlo. También creo firmemente que hay algo más que nos cuida, nos protege, nos ilumina y nos guía por nuestra vida.

Como todo ser humano tuve mis propias ambiciones e ilusiones personales que fueron los acicates y el motor que me impulsaron para ir en la búsqueda de mi propio destino. Cuando niño, el ayudar a mis padres a salir de la pobreza; de joven,

ser un gran profesionalista, como adulto, el cuidar y proteger a mi esposa y a mis hijos.

El destino me llevó por muchas autopistas, veredas y caminos de la vida, por los que anduve hasta llegar al final de mi destino: lograr la máxima aspiración que todo político sonoreense tiene, el dirigir los destinos de la gran familia sonoreense.

Ni por asomo pretendo insinuar que mi vida pudiera ser un ejemplo o modelo para seguir por otros. Este recuento de mi vida pública y privada se debe en gran medida a mi amigo Ignacio Lagarda Lagarda, quien, con claridad y paciencia me convenció de que estas memorias no son las de Armando López Nogales, sino las de un gobernador del Estado de Sonora, por lo que era mi deber y responsabilidad histórica escribirlas para la lectura y revisión de las futuras generaciones de sonorenses, y que serán ellos quienes las evaluarán y podrán entonces emitir su juicio histórico e inapelable sobre las mismas.

Fue por eso, por lo que me decidí a escribir estas memorias.

FIN